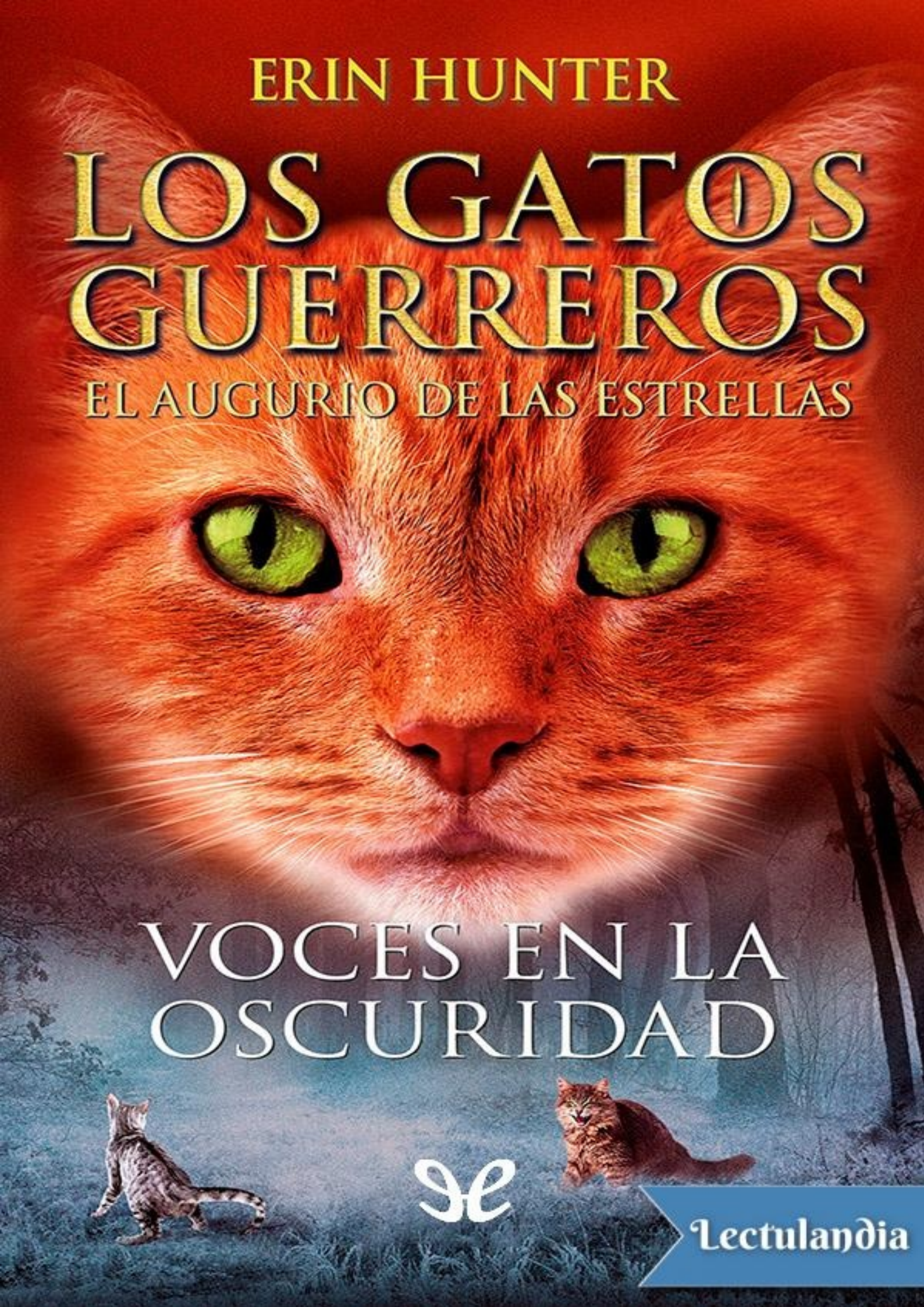
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL AUGURIO DE LAS ESTRELLAS



VOCES EN LA OSCURIDAD

Lectulandia

El sangriento combate entre el Clan del Trueno y el Clan de la Sombra ha terminado, pero las consecuencias aún resuenan en los cuatro clanes. Mientras Zarpa de Tórtola intenta asumir que hay reinos —y gatos— que sus sentidos no pueden alcanzar, Glayo y Leonado están decididos a descubrir cómo el Clan Estelar pudo permitir que se desencadenara esa batalla. Glayo pronto encuentra la respuesta en el lugar más oscuro, y él y Leonado se preparan con todas sus fuerzas para contener el mal que anida en el Clan del Trueno.

Erin Hunter

Voces en la oscuridad

Los gatos guerreros: El augurio de las estrellas - 3

ePub r1.0
Titivillus 01.01.2023

Título original: *Night Whispers*
Erin Hunter, 2010
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Un agradecimiento especial para Kate Cary

Glayo notó que el estómago se le estremecía de pavor. Estaba rodeado de gatos de clan, gatos que vivían junto al lago cuando estaban despiertos. Percibía los cálidos latidos de sus corazones, acelerados por las mentiras de los muertos. Ya no había forma de negar lo que estaba sucediendo: guerreros del Bosque Oscuro entrenaban a gatos de todos los clanes para que se alzaran contra sus propios compañeros y quebrantaran todas las leyes del código guerrero que los clanes habían salvaguardado durante tanto tiempo.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

Líder

ESTRELLA DE FUEGO: gato de un intenso color rojizo.

Lugarteniente

ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

Curandero

GLAYO: gato ciego y atigrado de color gris y ojos azules.

Guerreros

(*gatos y gatas sin crías*)

LÁTIGO GRIS: gato gris de pelo largo.

MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro y ojos verdes.

FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo y ojos azules.

CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

MILI: gata atigrada de color gris.

ESPINARDO: gato atigrado marrón dorado.

ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro y de ojos verdes.

HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada de color marrón claro y de ojos ámbar.

ZANCUDO: gato negro de patas largas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

BETULÓN: gato atigrado marrón claro.

CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

BAYO: gato de color tostado.

PINTA: pequeña gata gris y blanca.

RATONERO: gato gris y blanco.

CARBONERA: gata atigrada de color gris.

Aprendiza: ZARPA ESPINELA

LEONADO: gato atigrado de color dorado y ojos ámbar.

Aprendiza: ZARPA DE TÓRTOLA

RAPOSO: gato atigrado rojizo.

NUBE ALBINA: gata blanca.

TORDO: gato blanco y negro.

ROSADA: gata de color tostado oscuro.

GABARDA: gata de color marrón oscuro.

FLORESTA: gata parda y blanca.

ABEJORRO NEGRO: gato de color gris muy claro con rayas negras.

Aprendices

(*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)

ZARPA DE TÓRTOLA: gata de color gris claro y ojos verdes.

ZARPA ESPINELA: gata atigrada de color plateado y blanco y ojos azul oscuro.

Reinas

(*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)

FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

DALIA: gata de pelo largo color tostado, procedente del cercado de los caballos.

ROSELLA: gata parda, madre de dos cachorritos hijos de Bayo: Grosellita (gatita de color rojizo) y Jerbillo (gatito marrón y tostado).

Veteranos

(*antiguos guerreros y reinas, ya retirados*)

MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

PUMA: gato viejo, rechoncho y de hocico gris. En otro tiempo, un solitario.

CLAN DE LA SOMBRA

Líder

ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

Lugarteniente

SERBAL: gato rojizo.

Curandero

CIRRO: gato atigrado muy pequeño.

Aprendiz: ROSERO (gato rojizo)

Guerreros

ROBLEDO: pequeño gato marrón.

Aprendiz: ZARPA DE HURÓN (gato tostado y gris)

CHAMUSCADO: gato negro.

SAPERO: gato marrón oscuro.

POMA: gata moteada de color marrón.

GRAJO: gato negro y blanco.

LOMO RAJADO: gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

Aprendiza: PINOSA (gata negra)

AGUZANIEVES: gata de un lanco inmaculado.

TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

Aprendiz: CHIRLERO (gato rojizo)

OLIVA: gata parda.

RAPAZ: gato atigrado de color marrón claro.

TOPERA: gata gris de zarpas negras.

CARBÓN: gato gris oscuro.

MANTO RUANO: gato moteado de color marrón y rojizo.

CORAZÓN DE TIGRE: gato atigrado marrón oscuro.

CANELA: gata de color marrón claro.

Reinas

PELOSA: gata atigrada de pelo largo que apunta en todas direcciones, madre de Borrina, Gorrioncillo y Gotita.

YEDRA: gata blanca, negra y parda.

Veteranos

CEDRO: gato gris oscuro.

AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CRÓTALO: gato marrón oscuro de cola rayada.

ESPUMOSA: gata blanca de pelo largo, ciega de un ojo.

CLAN DEL VIENTO

Líder

ESTRELLA DE BIGOTES: gato atigrado de color marrón.

Lugarteniente

PERLADA: gata gris.

Curandero

AZOR: gato moteado gris.

Guerreros

CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro.

CÁRABO: gato atigrado de color marrón claro.

Aprendiz: PARDINO (gato de color marrón claro)

COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

NUBE NEGRA: gata negra.

GENISTA: gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

TURÓN: gato rojizo de patas blancas.

LEBRÓN: gato marrón y blanco.

HOJOSO: gato atigrado oscuro de ojos ámbar.

HORMIGUERO: gato marrón con una oreja negra.

RESCOLDO: gato gris con dos patas oscuras.

COLA BRECINA: gata atigrada de color marrón claro y ojos azules.

Aprendiza: ZARPA DE RETAMA (gata blanca y gris)

VENTOLERO: gato negro de ojos ámbar.

Aprendiz: PLOMIZO (gato grande de color gris claro)

CAÑAMERA: gata atigrada de color marrón claro.

FOSCA: gata de color gris oscuro.

CARA SOLEADA: gata parda con una gran mancha blanca en la frente.

Veteranos

MANTO TRENZADO: gato atigrado de color gris oscuro.

OREJA PARTIDA: gato atigrado.

CLAN DEL RÍO

Líder

ESTRELLA VAHARINA: gata gris de ojos azules.

Lugarteniente

JUNCAL: gato negro.

Aprendiz: LOBEZNO (gato atigrado de color marrón oscuro)

Curandera

ALA DE MARIPOSA: gata atigrada de color dorado y ojos ámbar.

Aprendiza: BLIMA (gata atigrada de color gris)

Guerreros

BOIRA: gata atigrada gris claro.

Aprendiza: NEBLINA (gata atigrada gris claro)

AJENJO: gato atigrado de color gris claro.

NÍVEA: gata blanca de ojos azules.

PALOMERA: gata de color gris oscuro.

Aprendiza: ZARPA PICAZA (gata blanca y marrón)

GUIJO: gato moteado gris.

Aprendiz: CARRICERO (gato atigrado marrón claro)

MALVOSO: gato atigrado marrón claro.

PARDAL: gato pardo y blanco.

BICHERO: gato atigrado marrón y blanco.

PÉTALO: gata blanca y gris.

MATOJO: gato de color marrón claro.

Reinas

VESPERTINA: gata atigrada marrón.

MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

Veteranos

ROANA: gata gris moteada.

SALTÓN: gato blanco y canela.

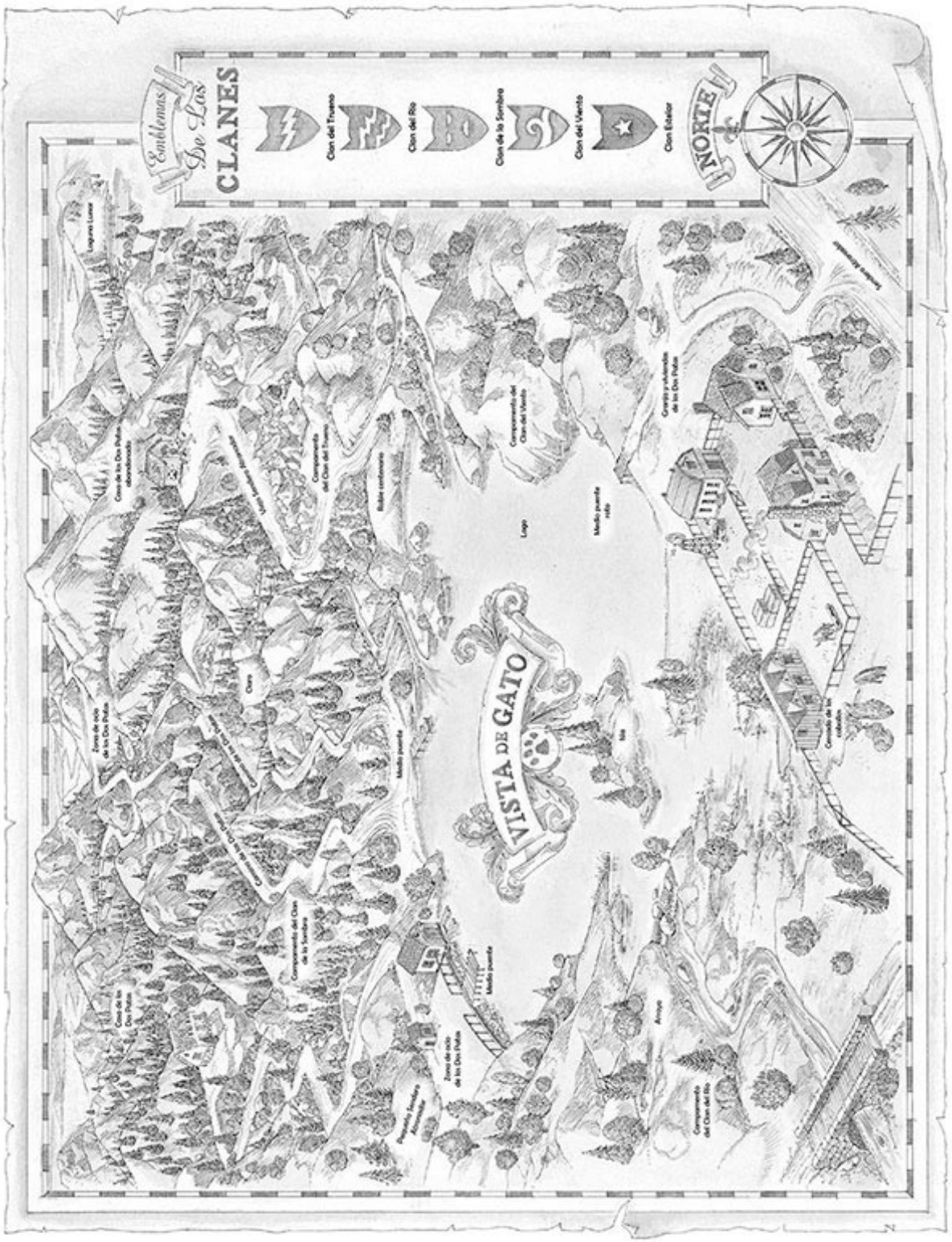
GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

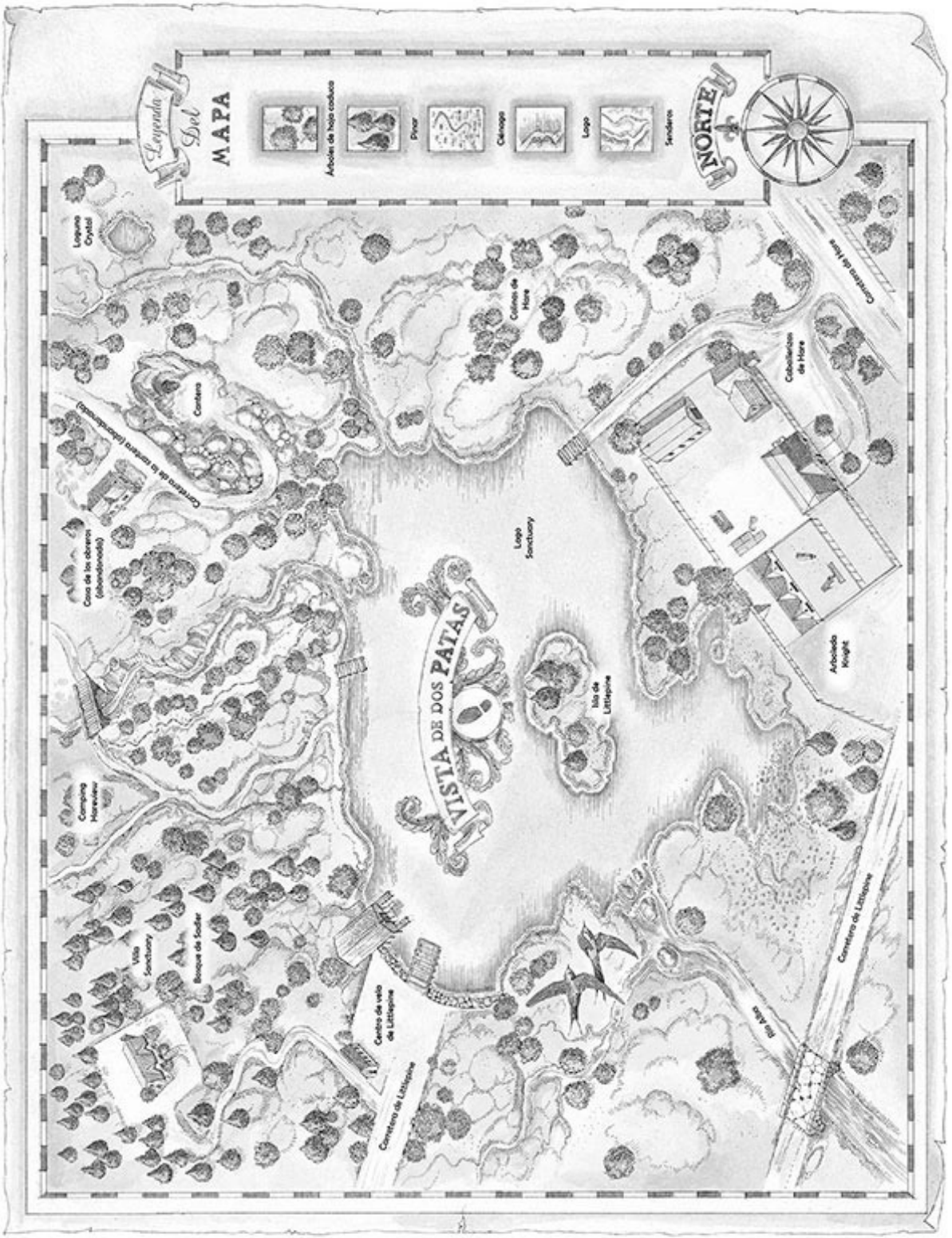
HUMAZO: gato musculoso de color blanco y gris que vive en un granero junto al cercado de los caballos.

PELUSA: pequeña gata blanca y gris que vive en el cercado de los caballos.

OTROS ANIMALES

MEDIANOCHE: tejona observadora de las estrellas que vive junto al mar.


Emblemas
De Los
CLANES
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar
NORTE
VISTA DE GATO
Lago
Río
Arroyo


Leyenda Del MAPA
Árboles de hoja caduca
Pinar
Cénaga
Lago
Senderos
NORTE
VISTA DE DOS PATAS
Laguna Crystal
Cantera
Cantera de la cantera (abandonada)
Casa de los obreros (abandonada)
Camping Hareview
Villa Sanctuary
Bosque de Sadler
Centro de vela de Littlepine
Carretera de Littlepine
Lago Sanctuary
Isla de Littlepine
Colinas de Hare
Caballerizas de Hare
Arboleda Knight
Carretera de Hare
Carretera de Littlepine
Río Alto

Prólogo

Unas nubes deshilachadas pasaban velozmente ante las estrellas. Las ramas rozaban el negro cielo nocturno y lanzaban hojas sobre el claro en penumbra, y el viento azotaba la hondonada rodeada de arbustos, que se agitaban y susurraban como si los lobos se pasearan entre ellos.

En el centro del claro, una vieja gata se encorvaba para protegerse del viento, que rugía. La luz de las estrellas centelleaba en su enmarañado pelaje gris. La anciana pegó las orejas a la cabeza cuando dos figuras felinas descendieron por la ladera para reunirse con ella.

—Fauces Amarillas. —La primera en hablar fue una gata blanca—. Te estábamos buscando.

—Corazón de León me lo ha comentado. —Fauces Amarillas alzó la cabeza y la lluvia le salpicó el hocico cuando saludó con un guiño a su antigua mentora—. ¿Qué ocurre, Nacarada?

—Hemos estado hablando —respondió Nacarada con cierta aspereza.

—De hecho, el Clan Estelar al completo ha estado hablando —intervino la gata parda que la acompañaba—. Todos creen que deberías haber impedido la batalla.

—¿Entre el Clan del Trueno y el Clan de la Sombra? —Fauces Amarillas sacudió la cola—. ¿Acaso crees que tengo tanto poder como para hacer algo así, Salvinia?

Nacarada se inclinó hacia delante.

—Podrías haber avisado al Clan del Trueno.

—Si lo hubieras hecho, quizá Bermeja no habría muerto… —añadió Salvinia, enfadada, acercándose un poco más a Fauces Amarillas—. Supongo que recuerdas que yo la entrené.

—No lo he olvidado —respondió Fauces Amarillas con la voz quebrada.

Salvinia entornó los ojos.

—Y soy yo quien va a tener que ir a recogerla.

Fauces Amarillas volvió a encorvarse.

—Ya era una gata vieja —murmuró—. Quizá se alegre de unirse a nosotros…

—¡Ningún guerrero desea morir! —maulló Nacarada sacudiendo su blanca cola—. Y mucho menos en una batalla que no debería haberse producido.

Salvinia dio otro paso adelante y frunció el hocico.

—Tú sabías lo que estaban haciendo los gatos del Bosque Oscuro, Fauces Amarillas. No había ninguna necesidad de que Estrella de Fuego desafiara a Estrella Negra por esa pequeña extensión de hierba que no vale para nada. ¿Es que querías que murieran gatos?

El viento formó un remolino en la hondonada, tirando de las colas y las orejas de las gatas, y la voz de Estrella Azul sonó desde lo alto de la cuesta:

—¡Ya basta!

La antigua líder del Clan del Trueno descendió por la ladera y saludó a Nacarada y Salvinia.

—Ha sido una batalla desafortunada, pero teníamos que aprender una lección.

Nacarada la miró fijamente.

—¿Una lección sobre qué?

Estrella Azul se detuvo entre la ondulante hierba.

—Ahora ya sabemos a lo que nos enfrentamos. Los gatos del Bosque Oscuro pueden cambiar el destino de los clanes. De no ser por ellos, esta batalla no se habría producido.

Fauces Amarillas se estremeció.

—Debería haber imaginado que los clanes sufrirían en cuanto vi a Estrella Rota en el Bosque Oscuro.

Nacarada se volvió hacia su antigua aprendiza.

—¿Y quién tiene la culpa de que él esté allí? ¿O incluso de que naciera? —Sus ojos brillaron—. Quebrantaste el código guerrero al convertirte en madre. ¿Qué esperabas?

Fauces Amarillas se encogió un poco más, y Estrella Azul se acercó a ella y pasó la cola por su enredado pelaje.

—Culparnos los unos a los otros no servirá de nada —maulló—. Todos hemos cometido errores.

Salvinia agitó los bigotes, indignada.

—¡No todos quebrantamos el código guerrero!

Estrella Azul ni se inmutó.

—De los errores es de lo que más aprendemos —maulló con calma—. Y también aprenderemos de esta batalla. Debemos dejar a un lado las viejas rencillas. Los clanes deben unir sus fuerzas.

—Estrella Rota ya me ha castigado más de lo que merecía —masculló Fauces Amarillas—. Y ahora está tratando de castigarme de nuevo destruyendo a los dos clanes que una vez llamé míos.

—¡Esto no va solo de ti! —le espetó Nacarada—. Lo que suceda en el Bosque Oscuro nos afecta a todos. ¡Tenemos que ocuparnos de esos gatos antes de que le hagan más daño al Clan de la Sombra!

Estrella Azul contuvo un gruñido.

—¡No solo afecta al Clan de la Sombra! ¡Estrella de Fuego también ha perdido una vida!

Un relámpago restalló en el cielo y las gatas se encogieron. Miraron hacia arriba y erizaron el pelo. Cuando el trueno resonó en la distancia, empezaron a llegar más gatos al claro.

—¡Corazón de León! —exclamó Estrella Azul, aliviada al ver a su viejo amigo descendiendo por la ladera, seguido de Arcilloso y Corazón de Roble.

—¿Qué ocurre? —El guerrero se detuvo junto a la gata de color gris azulado.

—Sabemos que el Bosque Oscuro está detrás de la batalla entre el Clan del Trueno y el Clan de la Sombra —le explicó Estrella Azul.

—¡Empezó el Clan del Trueno! —gruñó Salvinia.

—¡Comenzaron los gatos del Bosque Oscuro! —le recordó Estrella Azul, mirando de reojo a Fauces Amarillas—. Y no solo fue Estrella Rota. Alcotán y Estrella de Tigre también tienen su parte de responsabilidad.

Corazón de Roble entornó los ojos.

—¿Sabemos a qué gatos están entrenando?

Su lustroso pelaje de miembro del Clan del Río estaba perlado de gotas de lluvia.

Fauces Amarillas le enseñó los dientes, agrietados y manchados.

—Estrella Rota reclamará cualquier alma a la que pueda alcanzar.

—¿Y si consiguen reclutar a un líder de clan? —gruñó Salvinia.

Arcilloso, el viejo curandero del Clan del Río, negó con la cabeza.

—Ya no podemos confiar en ningún gato.

—Y tampoco en ningún clan —añadió Salvinia, sombría.

De pronto, Arcilloso se puso tenso y saboreó el aire, plantando las orejas.

—¿Quién está ahí…? Ah, eres tú, Enlodado… No esperábamos verte por aquí.

Todos se volvieron hacia la ladera, por la que el guerrero del Clan del Viento descendía a grandes zancadas.

—He venido en cuanto me he enterado. ¿Cuál es el plan? ¿Cómo vamos a lidiar con los gatos del Bosque Oscuro?

Estrella Azul desenvainó las garras, cortando la hierba bajo las zarpas.

—Debemos convencer a los clanes para que unan sus fuerzas y luchen contra esta amenaza.

Nacarada agachó las orejas.

—¿Y cómo sabrán contra quién luchar?

—Si tienen tantas ganas de pelea, ¿por qué los guerreros del Bosque Oscuro no se enfrentan directamente a nosotros? —gruñó Salvinia.

Corazón de León miró por encima de la agitada hierba.

—Porque eso sería demasiado fácil —respondió—. Saben que nos harán muchísimo más daño si atacan a los clanes que hemos dejado atrás.

—¿No hay otra manera de derrotarlos? —maulló Corazón de Roble, mirando a Estrella Azul.

La esbelta gata gris del Clan del Trueno parpadeó y se quedó quieta un instante, reflexionando.

—Lo único que ha entendido siempre Estrella de Tigre es la violencia…

Corazón de Roble desvió la mirada.

—Eso es lo único que entienden los gatos del Bosque Oscuro —insistió la antigua líder—. Si intentamos razonar con ellos, lo verán como una debilidad.

Nacarada soltó un bufido.

—Mientras nadie culpe al Clan de la Sombra por Estrella Rota… —masculló, mirando de soslayo a Fauces Amarillas.

—Por lo que yo veo, el Clan de la Sombra es el que más ha sufrido esta vez —afirmó Salvinia.

Por encima de sus cabezas retumbó un trueno.

Nacarada empujó delicadamente a Salvinia con el hocico.

—Será mejor que vayas a recoger a Bermeja.

En ese mismo instante, el cielo se abrió de par en par. Empezó a llover intensamente sobre el claro, y los gatos se dispersaron, corriendo a buscar refugio entre los árboles.

—¡Salvinia! —exclamó Fauces Amarillas.

La guerrera parda frenó en seco para mirar atrás.

—¿Qué quieres?

La lluvia empañaba los ojos de Fauces Amarillas.

—Que tengas un buen viaje… —susurró con la voz quebrada—. Y dile a Bermeja que lo lamento.

1

A través del fragor de la batalla se abrió paso un alarido, más cargado de pesar que de rabia.

Zarpa de Tórtola se agachó para esquivar a Sapero y se giró en redondo.

«¡Estrella de Fuego!».

El claro estaba lleno de guerreros enzarzados en combate, y Betulón y Zancudo intentaban sacar a rastras al líder del Clan del Trueno, que iba dejando un rastro de sangre tras él. Al final, Betulón agarró del pescuezo a Estrella de Fuego, lo izó sobre el lomo de su compañero y luego ayudó a este a llevarlo hacia los árboles.

Zarpa de Tórtola observaba la escena horrorizada. A su alrededor, la batalla iba perdiendo intensidad a medida que los gatos envainaban las garras y se miraban con los ojos desorbitados. Zarzoso, con sus anchos hombros manchados de sangre, se acercó a Estrella Negra. El líder del Clan de la Sombra ni siquiera se volvió; su mirada siguió posada en el pelaje rojizo oscuro de la gata que yacía ante él.

Zarzoso inclinó la cabeza.

—La batalla ha terminado —gruñó—. El claro es nuestro. ¿Lo aceptáis, o tendremos que luchar por él de nuevo?

Estrella Negra le lanzó una mirada de odio abrasador por encima del hombro.

—Podéis quedaros con él —bufó—. Nunca ha valido la sangre que hoy se ha derramado aquí.

Cuando Zarzoso retrocedió, Zarpa de Tórtola reconoció el pelaje rojizo.

«¡Bermeja! ¿Está… muerta?».

La lugarteniente del Clan de la Sombra estaba tendida en el suelo, inmóvil, y un hilo de sangre resbalaba por su hocico. Sus compañeros de clan comenzaron a avanzar con cuidado entre los gatos del Clan del Trueno para

dirigirse hacia los pinos. Carbón, Corazón de Tigre y Serbal se detuvieron junto a su líder. Mientras Carbón empujaba con delicadeza a Estrella Negra para que se incorporara y lo guiaba hacia los árboles, Corazón de Tigre agarró a Bermeja del pescuezo y, lenta y cuidadosamente, la colocó sobre el lomo de Serbal. Luego, en silencio, siguieron a sus vapuleados compañeros de clan entre los árboles envueltos en la niebla.

Zarpa de Tórtola se quedó mirándolos, notando cómo se le iba toda la energía al ver a Corazón de Tigre arrastrando la cola entre las sombras. Luego buscó a Zarpa Espinela y vio que su hermana estaba ayudando a Floresta a regresar al bosque. La joven guerrera cojeaba.

—Vamos, Floresta —susurró Zarpa Espinela—. Glayo te curará —añadió, sin rastro en su voz de las peleas que habían tenido las dos últimamente.

Esquiruela estaba examinando las heridas de Hojarasca Acuática. La antigua curandera del clan inspeccionaba el claro con los ojos dilatados de preocupación.

—Leonado está bien —maulló la guerrera, intentando tranquilizar a su hermana.

Centella se había dejado caer sobre la hierba, resollando, y su único ojo bueno estaba tan desorbitado que se le veía un círculo blanco alrededor del azul.

Nimbo Blanco la empujó afectuosamente con el hocico.

—Vamos, te sentirás mejor en cuanto empieces a moverte.

La guerrera soltó un gemido y se levantó con dificultad.

Abejorro Negro, con una oreja desgarrada, paseó la vista por la hierba aplastada.

—Creo que les hemos enseñado lo que es bueno —declaró.

Pinta lo miró con desdén mientras se acercaba a Ratonero y empezaba a lamerle el pelaje alborotado y ensangrentado.

—¿Y qué es lo que les hemos enseñado exactamente? —masculló entre lametones—. ¿La de sangre que puede derramarse en una batalla sin sentido?

Solo Leonado parecía ileso. Tenía un manchurrón de sangre en el costado, pero Zarpa de Tórtola sabía que no era suya. La aprendiza frunció el ceño, y las dudas se arremolinaron en su mente como estorninos. Igual que ella, Leonado formaba parte de la profecía, y el don que le había sido concedido consistía en poder luchar contra cualquier gato o cualquier criatura sin resultar herido.

«¿Por qué no ha salvado a Estrella de Fuego? ¿De qué le sirve tener todo ese poder si no ha sido capaz de ayudar a su líder?».

Delante de ella, Zarzoso cruzó la hierba teñida de rojo sobre la que había estado Bermeja y tocó a Leonado con la punta de la cola.

—Bermeja era demasiado vieja para esta batalla —murmuró el lugarteniente—. No ha sido culpa tuya.

Leonado estaba cabizbajo.

A Zarpa de Tórtola se le encogió el estómago. «¡Por el Clan Estelar! ¿Leonado ha matado a Bermeja?».

Su mentor parecía destrozado y tenía los ojos apagados. La joven corrió junto a él y se restregó contra su costado, sintiéndose del todo impotente. Ella tenía el don de oír y ver cosas que estaban sucediendo muy lejos, mucho más lejos de lo que los demás gatos podían percibir… Debería haber sabido lo que estaba tramando el Clan de la Sombra… Y, sin embargo, no había sido ella, sino su hermana, Zarpa Espinela, quien le había contado a Estrella de Fuego que Estrella Negra estaba planeando invadir el territorio del Clan del Trueno para arrebatarles más terrenos de caza. ¿Acaso el Clan Estelar le había enviado un sueño a su hermana porque ella se había negado a utilizar su poder para espiar a los demás clanes? Quizá si hubiese estado alerta, escuchando y observando, como Leonado le había pedido, habría sabido lo que iba a hacer el Clan de la Sombra. Podría haber avisado a Estrella de Fuego antes de que no quedara otra opción que pelear.

«¿Podría yo haber evitado todo esto?».

Notó el aliento cálido de Leonado, que le tocó la cabeza con el hocico.

—Venga —murmuró el guerrero, agotado—. Vámonos a casa.

Zarpa de Tórtola se pegó a él mientras avanzaban con pesadez entre los susurrantes árboles.

2

Glayo introdujo una zarpa en el rincón más alejado de su almacén de hierbas curativas. Captaba el olor rancio de la caléndula debajo de la roca, pero eran sus últimas provisiones de esa planta y era tan vieja que no estaba seguro de que le sirviera para evitar que la herida de Acedera se infectara. Aun así, la sacó y la mezcló con corteza de roble seca.

—A lo mejor te escuece —la avisó.

Acedera había estado esperando pacientemente junto al lecho de Gabarda.

—Está bien —la tranquilizó Glayo—, aunque su respiración suene un poco ronca.

Gabarda se había quedado dormida antes de la puesta de sol, a pesar del constante ir y venir de guerreros y aprendices heridos. Ya solo quedaba Acedera, que había insistido en esperar hasta que Glayo atendiese a los demás, aunque el corte de su bíceps era profundo y aún sangraba un poco.

El curandero le aplicó la cataplasma y le cubrió la herida con telarañas.

—Gabarda tiene infección de pecho —le explicó a la guerrera parda mientras enrollaba las pegajosas tiras blancas—. No estoy seguro de si debo forzarla a hacer más ejercicio para que sus pulmones se despejen o dejar que descanse para que combata la enfermedad desde dentro.

Acedera le rozó el lomo con el hocico.

—¿Le has preguntado a Hojarasca Acuática?

Glayo señaló con la cola las bolas de musgo manchadas de sangre y los pedacitos de hierbas que alfombraban el suelo de la guarida.

—¿Te parece que he tenido tiempo?

—Solo preguntaba —respondió la gata con dulzura.

—Además —masculló el curandero—, Hojarasca Acuática está ocupada examinando heridas.

—Ya. —Acedera se puso en pie—. Gracias por la cataplasma, Glayo.

Arrepentido por haber sido tan brusco, el joven curandero le tocó el costado con la cola.

—¿Quieres semillas de adormidera para descansar mejor?

—No hace falta, gracias —respondió la guerrera, saliendo ya de la guarida —. Los ronquidos de Fronde Dorado me ayudan a dormir mejor que ninguna medicina.

Glayo ya había tratado al guerrero. Había tenido que colocarle en su sitio un hombro dislocado, y lo había mandado a su lecho con estrictas instrucciones de no moverse hasta que saliera el sol. El resto del clan se había librado de sufrir heridas graves. Solo Estrella de Fuego había requerido una atención especial. Glayo había vendado con firmeza el desgarro de su cuello con telarañas y sabía que la herida sanaría, pero también era consciente de que jamás recuperaría la vida que había escapado de su cuerpo. El joven curandero se imaginó al débil guerrero del Clan Estelar un poco menos transparente ahora, con su pelaje del color del fuego un poco más vivo contra el verdor de los terrenos de caza del Clan Estelar.

Cuando Acedera salió de la guarida cojeando, Gabarda se removió en su lecho.

—Menudo desastre —susurró con voz ronca.

—¿Cómo te encuentras?

Glayo la olfateó y se sintió aliviado al notar que la joven tenía las orejas más frías.

—Soñolienta. ¿Cómo está Estrella de Fuego? —preguntó la joven guerrera, parpadeando.

—Duerme en su guarida. Tormenta de Arena está cuidándolo. Dentro de unos días se encontrará mejor.

—Ojalá Bermeja no lo hubiera atacado. —Se había enterado de todo a través de los comentarios de los demás guerreros—. Así Estrella de Fuego no habría resultado herido y Leonado no habría matado a Bermeja.

Glayo se puso tenso.

—¡Bermeja era demasiado vieja para pelear!

Las zarzas susurraron, y el curandero detectó el familiar olor de su hermano, que entró pesadamente en la guarida.

—Debería haberme dado cuenta antes de atacarla —musitó el guerrero.

—¿Y qué otra cosa podías hacer? ¡Bermeja estaba matando a Estrella de Fuego! —Glayo se sacudió de arriba abajo y fue al encuentro de su hermano —. ¿Zarpa de Tórtola está bien?

—Sí —lo tranquilizó el guerrero—. Sigue sin querer hablar con nadie, pero está bien.

Zarpa de Tórtola había vuelto de la batalla temblando y conmocionada. Glayo le había ofrecido tomillo, pero ella lo había rechazado, asegurando que solo necesitaba descansar. Aun así, al contrario que sus compañeros de clan, que estaban ansiosos por compartir todos y cada uno de los momentos de la batalla, la aprendiza gris había permanecido en silencio mientras el curandero la examinaba; solo al preguntarle él mencionó que Leonado la había salvado de Canela.

Glayo sintió un nudo de preocupación en el estómago. «¿Era justo que los aprendices peleasen contra guerreros?». A veces, Zarpa de Tórtola parecía tan joven… Al menos Zarpa Espinela estaba bien; en realidad, daba la impresión de sentirse bastante satisfecha de sí misma. Y solo tenía magullada la cola tras haberse enfrentado con los guerreros más feroces del Clan de la Sombra.

Aun así, Zarpa Espinela no había vuelto a mencionar su sueño. El que le había contado a Estrella de Fuego, en el que el Clan de la Sombra invadía el territorio del Clan del Trueno y teñía de sangre los arroyos del bosque. De hecho, cuando Glayo se coló en los pensamientos de la aprendiza atigrada, el sueño había desaparecido por completo de su mente. ¿Cómo podía haberse olvidado de una pesadilla tan vívida que incluso había llegado a desencadenar una batalla entre el Clan del Trueno y el Clan de la Sombra?

El curandero volvió su ciega mirada azul hacia Leonado.

—¿Ha valido la pena?

—¿La batalla? —El guerrero se puso tenso—. ¡Por supuesto!

—Pero ¡se han perdido dos vidas por una extensión de hierba sin ningún valor!

—Le hemos enviado al Clan de la Sombra un mensaje que jamás olvidará.

—Aun así, hemos pagado un precio demasiado alto… —masculló su hermano.

—No es momento de ablandarnos, Glayo. —Leonado bajó la voz hasta susurrar para no atraer la atención de Gabarda—. ¿Quién sabe cuándo llegará el próximo golpe?

Glayo se preocupó al oír que Gabarda empezaba a toser de nuevo.

Leonado lo empujó con el hocico hacia su paciente.

—Ahora no podemos permitirnos pasar por alto ninguna señal —dijo en un murmullo—. Venga, ve a ver a Gabarda. Ya hablaremos luego.

Cuando su hermano salió de la guarida, Glayo comenzó a masajearle el costado a Gabarda. La tos cedió, y la joven guerrera apoyó la barbilla en el

borde de su lecho. Poco después, su respiración adquirió la cadencia del sueño.

—¿Está bien? —susurró Hojarasca Acuática desde la entrada de la guarida.

La gata se acercó al lecho de Gabarda.

—Le ha bajado un poco la temperatura.

Glayo oyó que Hojarasca Acuática se despegaba retazos de telaraña de las zarpas; por el olor, supo que la guerrera había estado vendando de nuevo los cortes de Nimbo Blanco.

—¿Cómo se encuentra Fronde Dorado? —le preguntó, preocupado por si al recolocarle el hombro dislocado se lo hubiera dañado más en vez de arreglárselo—. ¿Has podido echarle un vistazo?

—S-sí. —Vaciló—. ¿Tú qué opinas?

A Glayo se le hizo un nudo en el estómago. En otro momento, la pregunta de la gata habría sido una prueba, pero ahora Hojarasca Acuática sonaba como si realmente no estuviese segura. ¿Por qué mascullaba como una aprendiza nerviosa? Era como si le diese miedo meter la pata. El joven curandero aún se acordaba de los días en que solía darle órdenes sin parar en aquella misma guarida. Él le respondía malhumorado y ella le replicaba a su vez. El aire chisporroteaba y crepitaba cuando él se rebelaba contra la cautela excesiva y quisquillosa de su mentora.

El recuerdo le dolió. En aquella época, Glayo creía conocer perfectamente a Hojarasca Acuática; incluso podía predecir todas sus objeciones. Desde que descubrió que era su madre, sentía como si no la conociera en absoluto.

Decidió que lo mejor era sacársela de encima y pasar por alto su pregunta.

—¿Podrías ir a examinar a Estrella de Fuego, por favor? —maulló mientras levantaba una pata para lavársela.

Hojarasca Acuática inclinó tanto la cabeza que le rozó la zarpa con los bigotes.

—Por supuesto.

«¡Y deja de comportarte como un ratón!», pensó Glayo, indignado, mientras se sacaba una hojita de tomillo de entre las garras. Las zarzas susurraron y los pasos arrastrados de Hojarasca Acuática se alejaron por el claro.

Glayo dejó de atusarse y se quedó escuchando cómo su clan se acomodaba para pasar la noche. En la maternidad, Rosella estaba lavando a Jerbillo y Grosellita. La sonora voz de Puma llegaba cruzando el claro desde la guarida de los veteranos. Fronde Dorado estaba roncando, como había

predicho Acedera. Floresta estaba arreglando su lecho en la guarida de los guerreros, bajo el haya caída; quizá estaba intentando volver a dejarlo tal como estaba antes de que el árbol cayera sobre la hondonada…

Glayo se estremeció al recordar el día en que se produjo el desastre. Después de que las intensas lluvias hicieran mella en la tierra que sujetaba sus raíces, el gigantesco árbol se había deslizado desde lo alto de la quebrada hasta desplomarse sobre el claro, aplastando la guarida de los veteranos y destrozando el enorme zarzal donde dormían los guerreros. Rabo Largo había fallecido, y Gabarda había quedado tullida: se le había roto la espina dorsal y ya no podía mover las patas traseras. Solo el extraordinario oído de Zarpa de Tórtola había impedido que más gatos murieran o quedaran lisiados…

Durante media luna, el clan había trabajado con dureza para reconstruir su hogar, retirando todas las ramas, troncos y leños que pudieron levantar. Habían reconstruido la guarida de los veteranos entrelazando los zarcillos de la vieja madreselva alrededor de una estructura de madera astillada, y, aunque el haya seguía ocupando el campamento, su tronco era como una columna vertebral: las ramas, como una caja torácica en mitad del claro; las raíces, garras aferrándose al zarzal de la maternidad. Todas las noches se llenaban con el sonido de las hojas y las ramitas que los guerreros del Clan del Trueno arrancaban o recolocaban, mientras trabajaban en los lechos de su nueva guarida bajo la rama más fuerte del árbol caído.

A Glayo todavía le costaba desplazarse por el campamento, porque tropezaba constantemente con ramas inesperadas o montones de palitos que habían dejado a un lado y aún no habían retirado. Si hubiera estado vivo, Rabo Largo, el veterano ciego, lo habría tenido más difícil aún para acostumbrarse. En realidad, quizá era afortunado por haber podido reunirse con el Clan Estelar, más afortunado que Gabarda, en cualquier caso. Ahora la joven guerrera tenía infección de pecho porque no podía correr y cazar como sus compañeros de clan. Solo podía ir arrastrándose hasta el claro y volver, con las patas traseras tan muertas como la carne fresca.

Glayo se sacudió aquellos pensamientos. Preocuparse no ayudaría en nada. Se lavó las zarpas en el charco, estremeciéndose al sentir el contacto con el agua helada, y luego se acercó el montón de frondas que había junto al lecho de Gabarda.

Mientras se ovillaba entre las blandas hojas de helecho y cerraba los ojos, el sueño de Zarpa Espinela se coló en sus pensamientos. ¿Por qué el Clan Estelar había puesto en marcha esa batalla? El curandero no podía quitarse de encima la insistente sospecha de que el Clan Estelar jamás compartiría sueños

con una aprendiza como Zarpa Espinela. ¿Por qué elegirla a ella en vez de a uno de los Tres?

«Hablaré de todo esto con Leonado por la mañana», se dijo. Agotado hasta la punta de la cola, dejó que su mente se sumiera en el sueño.

El olor a descomposición le provocó un escalofrío. Al abrir los ojos, vio que se encontraba en el Bosque Oscuro. Las sombras lo rodeaban como pelajes negros. Miró nerviosamente por encima del hombro. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Acaso Estrella de Tigre planeaba reclutarlo también a él?

«No, Estrella de Tigre no está tan loco».

Glayo saboreó el aire, y un olor familiar se le posó en la lengua. Con todo el cuerpo en tensión, escudriñó la penumbra.

—¡Hola! —Un maullido alegre sonó en el claro que tenía delante.

«¿Zarpa Espinela?».

Una voz ronca respondió a la aprendiza.

—Perdona si hoy te he asustado.

«¿Con quién habla?».

—No me has asustado para nada. —La joven atigrada no sonaba atemorizada ni sorprendida de hallarse en el Bosque Oscuro—. Sabía que no me harías daño. Eres uno de los compañeros de clan, ¿no?

«¿Compañeros de clan?».

Agazapándose, Glayo avanzó a través de la niebla. Zarpa Espinela se encontraba a poco más de un zorro de distancia, con las orejas plantadas y la cola bien alta. Junto a ella, el curandero reconoció a un corpulento gato atigrado marrón oscuro.

«¡Corazón de Tigre!».

El guerrero del Clan de la Sombra se inclinó más hacia la aprendiza del Clan del Trueno.

—Te vi la otra noche con Alcotán, mientras yo entrenaba con Estrella Rota. Jamás imaginé que serías una de nosotros.

«¿Una de nosotros?». Glayo se acercó un poco más.

Corazón de Tigre rodeó a Zarpa Espinela.

—Eres buena… —comentó el atigrado, y la gata hinchó el pecho, orgullosa—, pero es una lástima que nuestros clanes hayan tenido que pelear. ¿Cómo es posible que eso haya sucedido?

«¡Cuéntale tu sueño!».

Sonaron unos pasos entre las sombras, y Glayo sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral cuando un sonoro maullido interrumpió a los dos jóvenes gatos.

—¡Vamos, Zarpa Espinela! ¡Estás malgastando un tiempo precioso!

A Glayo se le cortó la respiración al reconocer la voz del guerrero que acababa de pronunciar esas palabras. Era Alcotán. El hijo de Estrella de Tigre, eternamente furioso por haber muerto a manos de su medio hermano, Zarzoso, cuando estaba intentando arrebatarle a Estrella de Fuego las vidas que le quedaban para dejar al Clan del Trueno sin líder y vulnerable frente a la cruel ambición de Estrella de Tigre y la suya propia.

—Hoy has peleado bien —le dijo el antiguo guerrero del Clan del Río—, pero has ejecutado mal el movimiento cuando has atacado a Carbón. ¡Nunca gires sobre las dos patas traseras cuando puedas hacerlo sobre una!

Le hizo una señal con la cola a la joven aprendiza, que lo siguió sin replicar y desapareció con él entre la densa niebla.

La voz de Alcotán, que sonó como un gruñido, aún brotó de las sombras una vez más:

—Corazón de Tigre, tú espera ahí. Enseguida llegará Estrella Rota.

Glayo estaba horrorizado, y se quedó mirando al joven guerrero con los ojos abiertos de par en par y las zarpas clavadas en la fría tierra.

Cuando la niebla lo envolvió de nuevo, comenzaron a brotar maullidos y gruñidos de la oscuridad: voces jóvenes que hacían preguntas y pedían aprobación, mientras que las de los guerreros más experimentados contestaban hurañas, instando a los gatos a continuar y presionándolos con dureza. Era el mismo sonido que uno podía oír en las sesiones de entrenamiento de cualquier clan del lago… Solo que aquello no era el lago, sino el Lugar Sin Estrellas. Glayo vislumbró pelajes elegantes y lustrosos luchando entre las sombras, y detectó el olor del Clan del Río. Más allá de una hilera de helechos grises, figuras más ágiles se plantaban sobre las patas traseras para golpearse.

«¿También el Clan del Viento está metido en esto?».

—¡Desenvaina las garras!

—¡Pelea como un guerrero, no como un cachorro!

El olor a descomposición inundó la lengua de Glayo.

Justo en ese momento, la voz de Ventolero se elevó entre las sombras.

—¡Ojalá hubiera podido participar en la batalla de hoy! —El guerrero del Clan del Viento sonaba tenso, y su tono estaba lleno de frustración—. Habría combatido a tu lado, si hubiera tenido la oportunidad.

«¿Con quién habla?».

El curandero paladeó el aire, abriéndose paso a través de los repugnantes sabores del Bosque Oscuro, y se estremeció al reconocer el olor del Clan de la

Sombra. ¡Ventolero estaba jurándole lealtad a un gato del Clan de la Sombra!

Otra figura se movió entre los árboles. Glayo distinguió el largo lomo oscuro que se movía a través de la niebla como una serpiente. En su última visita al Lugar Sin Estrellas, Fauces Amarillas le había dado nombre… Un nombre que la anciana había pronunciado como quien escupe veneno.

«Estrella Rota…».

—No te preocupes, Ventolero —gruñó el guerrero marrón oscuro—. Habrá muchas más oportunidades de entrar en combate. Destruiremos el código guerrero, y en cuanto deje de existir no habrá límites para nosotros. —Ventolero soltó un gruñido de emoción—. Sin normas timoratas que nos digan cómo actuar, podremos reconstruir los clanes y hacerlos más fuertes que nunca.

Glayo notó que el estómago se le estremecía de pavor. Estaba rodeado de gatos de clan, gatos que vivían junto al lago cuando estaban despiertos. Percibía los cálidos latidos de sus corazones, acelerados por las mentiras de los muertos. Ya no había forma de negar lo que estaba sucediendo: guerreros del Bosque Oscuro entrenaban a gatos de todos los clanes para que se alzaran contra sus propios compañeros y quebrantaran todas las leyes del código guerrero que los clanes habían salvaguardado durante tanto tiempo.

3

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó Leonado entre dientes cuando Betulón, roncando, le puso las patas en la barriga por tercera vez.

«¡Ojalá pudiera dormir como él!», pensó el guerrero mientras se apartaba de Betulón bruscamente y se incorporaba.

—¡Ay!

Una ramita afilada se le clavó entre las orejas. El techo era bajo y espinoso como un erizo, y estaba lleno de ramas que aún tenían que podarse. En realidad, la guarida entera estaba por podar.

Leonado arrugó el hocico. El aire estaba cargado del olor de los guerreros, exhaustos por el combate. Notó que se le encogía el estómago al recordar la batalla. Bermeja no debería haber muerto. El enfrentamiento por el claro de los Dos Patas debería haberse prolongado hasta que el clan más fuerte reclamara el territorio. La muerte no tenía sentido en una disputa fronteriza.

El guerrero pasó junto a Mili, ovillada cerca de la entrada, y salió de la guarida, notando en la nariz el aire frío de la noche. Parpadeó, disfrutando del frescor, y se sacó de encima las ramitas que se le habían enganchado en el pelo. El claro resplandecía bajo la brillante luz de la luna: la escarcha refulgía en los muros rocosos que circundaban el campamento, y el suelo parecía tan duro como la piedra. Leonado notó que le escocían las almohadillas durante los primeros pasos, hasta que sus patas se acostumbraron al frío.

Se detuvo a escuchar. En la guarida del curandero, Glayo tranquilizaba a Gabarda, que estaba tosiendo. Jerbillo ronroneaba en la maternidad, probablemente mientras se calentaba el cuerpo con la leche de su madre. La batalla parecía haber tenido lugar a un mundo de distancia.

De pronto, oyó un leve crujido en lo alto de la hondonada. Leonado levantó la cabeza y, a la luz de la luna, vio caer una piedrecilla que aterrizó con un tenue golpecito en el claro helado.

«Ahí arriba hay algo…».

El guerrero se encaminó hacia la barrera de espinos. Glayo le había advertido de que el Bosque Oscuro estaba alzándose contra ellos; no se podía pasar por alto ninguna señal.

—¿Leonado? —Carbonera acababa de salir de la guarida de los guerreros, a sus espaldas—. ¿Te encuentras bien?

El guerrero la miró por encima del hombro. La gata atigrada gris tenía el pelaje un poco alborotado; era evidente que acababa de levantarse de su lecho.

—¿Has oído algo ahí fuera?

La barrera de espinos susurró levemente, y Pinta entró en el campamento.

—¿Qué ocurre?

Estrella de Fuego le había ordenado que vigilara la entrada con Látigo Gris. El líder del Clan del Trueno siempre doblaba la guardia después de una batalla.

—¿Has oído o visto algo esta noche? —preguntó Leonado, que miró de nuevo hacia lo alto de la hondonada.

Pinta siguió su mirada.

—No.

—¿Y Látigo Gris?

—¿Alguien ha pronunciado mi nombre?

El guerrero gris se asomó a través del túnel de espinos. Tenía el pelo ahuecado para protegerse del frío.

—¿Has notado algo extraño mientras estabas de guardia? —preguntó Leonado.

—No, nada.

Pinta se desperezó, tragándose un bostezo.

—La noche ha estado tan silenciosa como las estrellas —explicó la guerrera—. ¿Por qué? ¿Estás esperando algo?

La piedrecilla que había caído en el claro relucía sobre el suelo escarchado.

—Probablemente solo sea una presa —masculló Leonado.

—Hum, una presa…

Látigo Gris se relamió y volvió a desaparecer tras la barrera de espinos, y Pinta se sacudió de arriba abajo y lo siguió.

Carbonera, por su parte, se quedó mirando a Leonado.

—¿Quieres que vayamos a echar un vistazo?

El guerrero vaciló.

—El bosque estará helado.

La gata se encogió de hombros.

—Una carrera nos ayudará a entrar en calor.

—Pero estamos en mitad de la noche, no sé si…

No quería compartir su inquietud con ella. ¿Y si había algo ahí fuera? Sintió que una oleada protectora le ascendía por el pecho.

—Tú quédate aquí. Yo lo comprobaré —dijo al fin.

Los ojos de Carbonera centellearon a la luz de la luna.

—¡No soy una cachorrita!

Nervioso, Leonado agitó la cola.

—No pretendía…

Carbonera pasó ante él a grandes zancadas.

—¡Y no voy a quedarme aquí a esperar a que se me congelen las patas!

El guerrero suspiró mientras la gata se dirigía hacia la entrada del campamento. Si Carbonera iba a ponerse tozuda, no había nada que él pudiera hacer.

La alcanzó antes de que llegara al túnel de espinos.

—Será mejor que estemos ojo avizor. Quizá el Clan de la Sombra le haya tomado gusto a la sangre del Clan del Trueno.

Carbonera se volvió hacia él.

—¿Tú crees? —le preguntó antes de internarse en el túnel.

Leonado resopló, irritado consigo mismo. La gata tenía razón: estaba tratándola como a una cachorrita.

—¿Adónde vais vosotros dos? —les soltó Látigo Gris al verlos salir por la barrera de espinos.

—No podemos dormir —contestó Carbonera.

—Tened cuidado —les advirtió Pinta.

—No estaremos fuera mucho rato… —El aliento de Leonado se condensaba delante de su hocico—. Hace demasiado frío.

Se dirigieron hacia una senda estrecha que ascendía a través de los helechos escarchados y los árboles.

Al llegar a lo alto de la hondonada, dejaron atrás el bosque cerrado y salieron a la luz de la luna. Leonado olfateó la hierba que ribeteaba la cima del muro rocoso. Estaba toda cubierta de escarcha, y el joven guerrero no pudo captar otro olor que no fuera el del hielo y las hojas congeladas.

—¿Estás bien, Leonado? —La voz de Carbonera estaba teñida de preocupación.

—¿A qué te refieres?

—A Bermeja… —La gata ladeó la cabeza—. A su muerte.

El guerrero se puso tenso.

—¿Te refieres a que la he matado?

—Tenías que salvar a Estrella de Fuego…

—No me apetece hablar de eso.

Volvió a centrarse en la hierba, siguiendo las relucientes briznas por el borde de la hondonada y avanzando hacia una rama caída. Solo captó olores del Clan del Trueno. No había ni rastro de intrusos ni de presas.

—Deberías hablar de ello… —insistió Carbonera—. Los demás lo harán. No puedes fingir que no ha ocurrido.

Leonado apenas pudo contener la rabia.

—¡Es que no debería haber ocurrido! —exclamó, saltando sobre la rama caída y volviéndose hacia su compañera—. ¡Yo no tenía intención de matarla! —Sus patas empezaron a arañar la corteza, arrancando trozos con las garras —. ¡Solo intentaba salvar a Estrella de Fuego! Y ni siquiera eso he conseguido. ¡Nuestro líder ha acabado perdiendo otra vida!

La guerrera se encogió ante la lluvia de astillas.

—Lo has salvado —declaró con voz firme—. ¿Quién sabe hasta dónde habría llegado Bermeja? Podría haberle arrebatado todas sus vidas…

¿Por qué insistía tanto Carbonera en hablar de ese momento? De repente, Leonado se vio de nuevo en la batalla, con Bermeja debatiéndose entre sus garras mientras él trataba de separarla de Estrella de Fuego, y se estremeció al sentir cómo se quedaba inerte bajo sus zarpas. El Clan Estelar nunca debería haber permitido que la matara…

Carbonera no cedió.

—Todos los guerreros saben que pueden morir en combate. ¿Por qué estás tan afligido? ¿Es que temes que el Clan de la Sombra tome represalias? —En sus ojos azul oscuro se reflejaban las estrellas—. ¿Por qué iban a hacer algo así? Los gatos mueren. Los clanes tienen más cosas de las que preocuparse que la pérdida de un guerrero.

—¡Bermeja era su lugarteniente! —le espetó Leonado.

Carbonera lo miró a los ojos.

—Era una gata vieja.

De repente, la rabia que sentía Leonado pareció disiparse y el joven gato del Clan del Trueno se arrepintió de haber dejado que su estado de ánimo se apoderara de él.

—Un auténtico guerrero no mata para vencer —murmuró—. ¿Recuerdas el código?

Carbonera parpadeó, alisándose el pelo, y luego dejó que su mirada se perdiera entre los árboles, como si contemplara un pensamiento que se escapaba hacia el bosque.

—Quizá los tiempos estén cambiando… —dijo en voz baja.

Leonado se puso tenso.

—¡No!

La guerrera arañó el suelo.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Leonado—. El código guerrero es el de siempre. ¿Cómo puede cambiar algo tan importante para los clanes?

Ella se encogió de hombros.

—¿Tú no lo has notado?

—¿El qué? —El guerrero sintió que se le empezaba a erizar el pelo. ¿Acaso Zarpa de Tórtola había revelado algo sobre la profecía?

—No sé, las cosas parecen… —Carbonera estaba buscando la palabra correcta—. Parecen distintas. Esta última batalla ha sido muy violenta… Demasiado para ser una frontera lo que estaba en juego… Es como si fuera el inicio de algo mucho peor. —Sus ojos eran dos estanques redondos y oscuros.

Leonado se quedó mirándola. ¿Era Carbonera la única que sentía eso? Él conocía la profecía —«Habrá tres que tendrán el poder de las estrellas en sus manos»—; sabía desde hacía lunas que antiguos enemigos estaban despertando. Los clanes se hallaban al borde de la oscuridad. De repente, esa certeza coloreaba todos sus momentos y daba forma a todos y cada uno de sus pensamientos. Pero había que proteger al resto del clan de esa información. Era mucho más de lo que podrían soportar. Más de lo que podrían sobrellevar por muy duro que entrenaran, por mucho que creyeran en el código guerrero.

—¿Has tenido algún sueño? ¿Algún aviso? —le preguntó a Carbonera—. Si es así, deberías contárselo a Estrella de Fuego.

La gata negó con la cabeza.

—No. Es solo que no entiendo por qué Bermeja intentó matar a Estrella de Fuego. Era una buena guerrera. ¿Por qué quería acabar con él? Sin duda sabía que el Clan Estelar lo desaprobaría…

Leonado la escuchaba con la cabeza inclinada.

—Era… Era como si algo oscuro impulsara al Clan de la Sombra… —añadió la guerrera.

Justo en ese instante oyeron un chillido entre los árboles, y los dos se volvieron con el pelo erizado y las garras desenvainadas. Una lechuza blanca revoloteó entre las ramas y descendió hacia ellos en picado. El aire que

levantó al batir sus anchas alas blancas como la nieve les azotó el pelo al pasar.

—¡En el nombre del Clan Estelar! —exclamó Leonado con la voz estrangulada.

La punta de una de las alas le golpeó el hocico, y el joven guerrero tuvo que hacer un esfuerzo por mantener el equilibrio sobre la rama cuando, con otro chillido, la lechuza viró y se alejó de la hondonada. Con un maullido de espanto, Carbonera echó a correr entre los árboles, con la cola erizada como la aulaga. Leonado salió disparado tras ella.

Empezó a llamarla, tranquilizándola, pero enseguida dejó de hacerlo. Correr la ayudaría a combatir el miedo. Además, la fría brisa nocturna resultaba de lo más agradable mientras avanzaba. Se sintió poderoso. Los árboles pasaban borrosos a su alrededor; las ramas temblaban a su paso. La cola de Carbonera, a poco más de un zorro de distancia, estaba empezando a alisarse, ondulándose tras ella al internarse en una franja de helechos. Leonado la siguió y los tallos helados le arañaron el pelo.

Carbonera se desvió al salir de entre los helechos. El suelo forestal descendía en una ladera corta y empinada que la guerrera salvó de un simple salto. Aterrizó con suavidad y siguió corriendo. Bordeó un zarzal desnudo, y el sotobosque se fue cerrando a su alrededor mientras se internaban más y más entre los árboles. Leonado dejó que Carbonera siguiese en cabeza, disfrutando de la calidez de su estela, ajustando su ritmo al de ella, concentrándose solo en el suelo bajo sus patas.

Cuando la gata comenzó a reducir el paso, él la imitó, resollando, y ambos se detuvieron a la vez. Leonado se sorprendió al ver la vivienda abandonada de los Dos Patas, una masa oscura entre los árboles, más oscuros aún. No se había dado cuenta de que se habían alejado tanto. Avanzaron en silencio hacia la ladera bordeada de robles que había detrás de las piedras. Ante ellos se elevaban unos zarzales muy densos, pero Carbonera continuó adelante hasta que llegaron a un claro diminuto.

Tras ella, Leonado se detuvo sobresaltado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó la gata, volviéndose hacia él.

El joven se quedó mirando el abarrotado espacio, rodeado de espinos. Él ya había estado allí. Pero en esas ocasiones, el suelo inclinado estaba liso y cubierto de hierba, y descendía hasta el centro de un agujero. Ahora el agujero había desaparecido y, en vez de hierba, en el suelo forestal había una densa costra de rocas y barro.

Leonado sintió náuseas. En algún punto, debajo de aquella tierra herida, yacía el cuerpo de su hermana, Carrasca. Aquel era el lugar por el que ella había huido tras descubrir que Hojarasca Acuática era su verdadera madre. La entrada del túnel se había hundido, desapareciendo detrás de un corrimiento de tierras, y había atrapado a Carrasca para siempre.

—¿Qué ocurre, Leonado? —Carbonera le rozó los bigotes con los suyos.

El joven guerrero sacudió la cabeza. Solo Glayo y él sabían la verdad de la desaparición de Carrasca, la razón por la que su hermana se había esfumado bajo tierra, y no había sido únicamente por Hojarasca Acuática, sino porque había matado a Cenizo, el único gato que sabía la verdad —aparte de Esquiruela—, para que no revelara su secreto. La muerte de Cenizo, sin embargo, no cambió nada en la tormenta interior de Carrasca, que terminó desvelando toda la verdad en una Asamblea y luego regresó para encararse con Hojarasca Acuática por última vez, antes de huir por el túnel. Para sus compañeros de clan, Carrasca había muerto en un trágico accidente y el asesino de Cenizo seguía siendo una incógnita, aunque todos pensaban que lo había atacado un gato descarriado que estaba de paso.

Leonado recordaba perfectamente lo entusiasmado que se había sentido la primera vez que vio aquellos túneles. ¡Qué maravilla! Un lugar secreto donde reunirse y pasarlo bien. Pero de repente, mirando la tierra fracturada, deseó que Cola Brecina nunca los hubiera descubierto. Sintió una punzada de culpabilidad al recordar sus juegos subterráneos con la preciosa gata del Clan del Viento, cuando los dos no eran más que aprendices.

Un gruñido le subió por la garganta. Si Cola Brecina no hubiera descubierto esos túneles, Carrasca tal vez estaría viva…

—¿Leonado?

La voz nerviosa de Carbonera lo devolvió a la realidad. El guerrero notó que le dolían las patas y se dio cuenta de que había estado clavando las garras profundamente en el suelo congelado.

—¿Qué pasa? —Carbonera lo miraba con la cabeza ladeada—. ¿Sigues asustado por la lechuza?

—Sí… Supongo que sí. —Sacó las garras de la tierra y se alisó el pelo con un par de lametones—. ¿Por qué no vamos a examinar la frontera del Clan de la Sombra? —propuso, esperando distraer a su amiga—. Estamos bastante cerca.

—¿No te da miedo que le hayan tomado gusto a nuestra sangre?

Leonado miró el cielo lechoso, pasando por alto la broma de Carbonera.

—Falta poco para que amanezca. Podemos hacer una patrulla matutina e informar luego a Estrella de Fuego.

La gata pareció aliviada.

—Bueno, al menos ya vuelves a sonar como un guerrero —maulló, pasando junto a él—. Me tenías preocupada…

El joven echó a andar junto a ella.

—¿Estabas preocupada por mí?

—¿Por qué no? —Se detuvo para mirarlo, muy seria—. Eres un buen amigo.

«¿Quizá más que un amigo?», se preguntó Leonado. Pero, antes de que lograra reunir el valor para decirlo en voz alta, Carbonera salió disparada.

—¡Te echo una carrera! —exclamó.

Leonado fue tras ella, siguiéndole el ritmo sin esfuerzo mientras serpenteaba entre los árboles. ¿Alguna vez tendría el coraje de decirle que quería que fuesen más que amigos? Notó un hormigueo de frustración. Podía ser el guerrero más valiente de los cuatro clanes, pero la idea de confesarle a Carbonera lo que sentía por ella lo dejaba completamente acobardado.

Más adelante, empezaron a ver el cielo estrellado entre los árboles. Estaban acercándose al final del bosque.

Leonado apretó el paso.

—¡Date prisa!

Adelantó a Carbonera, fingiendo que bromeaba con ella, pero, en realidad, deseaba alcanzar el claro de los Dos Patas el primero. Habían peleado por ese territorio y habían ganado, pero él seguía sin fiarse del Clan de la Sombra. De ninguna manera iba a permitir que su compañera cayese en una trampa.

Se detuvo en el lindero del claro y le hizo una señal con la cola a Carbonera para que se quedara atrás. Ella no le hizo el menor caso y se agazapó a su lado, inspeccionando la hierba blanqueada por la escarcha.

—¡Ojalá Estrella de Fuego nunca hubiera reclamado que se lo devolvieran! —masculló la guerrera.

Leonado se giró de golpe, mirándola pasmado.

La guerrera cambió el peso del cuerpo.

—Lo digo porque es una zona imposible de vigilar —maulló en tono de disculpa, como si percibiera que se había precipitado al hablar—. El Clan de la Sombra puede ver a cualquier patrulla que ponga una pata fuera del bosque, y además la caza es mínima, y los Dos Patas se instalan aquí en la estación de la hoja verde… —De pronto, se quedó callada.

Leonado pensó que el razonamiento de su amiga era acertado, y estuvo a punto de confesarle que él también había tenido sus dudas sobre la batalla por esa franja del territorio. ¿De verdad había valido la pena toda la sangre derramada? Aun así, se mordió la lengua. El clan debía permanecer fuerte y unido, sobre todo en momentos como ese.

Una vez más, tuvo que reprimir un estremecimiento. El fragor de la pelea resonaba en sus oídos. Volvió a notar cómo la vida de Bermeja se desvanecía entre sus garras. Sintió náuseas y pegó la barriga al suelo.

—¡Alguien está observándonos! —bufó Carbonera, devolviendo a Leonado al presente.

—¿Dónde?

La guerrera señaló con el hocico, y Leonado vio un par de ojos refulgentes entre los árboles del Clan de la Sombra, en el otro extremo del claro.

Como un relámpago, el joven guerrero echó a correr. Ningún gato de otro clan iba a pisar el territorio que el Clan del Trueno acababa de ganar. Con el pelo erizado de rabia, Leonado frenó en seco a un zorro de distancia de la frontera del Clan de la Sombra, con las orejas pegadas a la cabeza y sacudiendo la cola.

Los ojos parpadearon, mirándolo con calma; luego, un gato salió entre los árboles.

Era Rosero.

El joven curandero del Clan de la Sombra miró fijamente a Leonado, sin amilanarse.

—¿Has venido a matarme como has hecho con Bermeja? —gruñó.

Los pasos de Carbonera sonaron detrás de Leonado.

—Ahora este territorio es nuestro —lo avisó la gata—. Será mejor que lo recuerdes.

El gato del Clan de la Sombra soltó un bufido y se acercó más, traspasando la línea olorosa con tanta tranquilidad como si estuviera entrando en su propio campamento.

—Soy curandero —le recordó él a su vez—. Puedo ir a donde me plazca.

Leonado tragó saliva para aplacar la rabia que le subía desde el estómago. «¡No puedo con la arrogancia del Clan de la Sombra!».

—¿No deberías estar en tu campamento, atendiendo a tus heridos?

—Mis compañeros de clan están bien. —Rosero clavó la vista en Leonado —. Excepto Bermeja, claro.

El guerrero del Clan del Trueno tuvo que contenerse para no saltar sobre el curandero. ¿Es que Rosero no comprendía la importancia de la batalla? ¿Es que no entendía el precio que habían pagado los dos clanes?

Notó que Carbonera le rozaba el lomo con la cola.

—Ya basta —le susurró la gata, alisándole el pelo erizado—. Rosero solo intenta provocarte. No le des ese gusto.

Leonado dejó que la dulce voz de la guerrera lo sosegara y envainó las garras.

—Será mejor que hoy te mantengas alejado del Clan del Trueno —le dijo Carbonera a Rosero—. Tenemos que dejar nuevas marcas olorosas, y no olvides que tu clan no es el único que ha sufrido por la batalla.

Rosero parpadeó imperceptiblemente sin dejar de mirar a Leonado, ninguneando a la guerrera.

—Hubo un tiempo en que creí que éramos parientes —dijo en un susurro —. Ahora me alegro de que no lo seamos. Detestaría tener la misma sangre que un asesino.

Leonado soltó un bufido de advertencia, pero Rosero dio media vuelta y, con la cabeza bien alta, se dirigió hacia los árboles.

—¡Eres un maldito cobarde con el corazón de un zorro! —exclamó, con ganas de lanzarse sobre Rosero y notar cómo su vida se apagaba, igual que la de Bermeja.

—Olvídalo, Leonado. —Carbonera lo rodeó, nerviosa, y lo obligó a retroceder y a alejarse de la frontera del Clan de la Sombra—. Aquí no hay nada que podamos hacer, excepto crear más problemas.

Gruñendo de impotencia, el guerrero se dio la vuelta y atravesó el prado al trote. Al llegar al bosque del Clan del Trueno, rodeó un muro de zarzas sin apenas notar las espinas que le arañaban el hocico y le arrancaban mechones de pelo. Cruzó el bosque corriendo, cegado por la furia y el dolor. Se metió en el túnel de espinos que daba acceso a la hondonada rocosa, ignorando a Látigo Gris y a Pinta, que lo saludaron al verlo aparecer, y entró en el campamento como una flecha.

Bayo estaba a punto de entrar en la maternidad y se sorprendió al verlo tan enfadado.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

—Sí.

Bayo entornó los ojos un instante, pero luego asintió y desapareció entre las zarzas. En el interior de la maternidad sonaron los gritos de bienvenida con los que Jerbillo y Grosellita recibieron a su padre.

—¿Leonado? —Glayo estaba junto a la guarida de los guerreros.

—¿Qué haces despierto? —le preguntó su hermano, todavía resollando—. Ni siquiera ha amanecido.

—Estaba examinando a los heridos.

—¿Están todos bien?

El curandero asintió, camino de la barrera de espinos.

—Ven conmigo. Tenemos que hablar.

Leonado empezaba a estar harto de tanto correr arriba y abajo.

—¿De qué? —refunfuñó, malhumorado.

Glayo entornó los ojos.

—De Zarpa Espinela —gruñó.

4

—¡¿Zarpa Espinela?!

Zarpa de Tórtola se incorporó, parpadeando.

El maullido de incredulidad de Leonado, que resonó en sus oídos con tanta claridad como el grito de alarma de un mirlo, la había despertado. Miró a su alrededor, buscando a su mentor en la guarida de los aprendices, pero Leonado no estaba allí. Zarpa Espinela dormía a su lado, y Floresta y Abejorro Negro seguían roncando en sus lechos. No se trasladarían a la nueva guarida de los guerreros hasta que estuviera acabada, y cuando llegara ese momento las dos hermanas se convertirían en las únicas aprendizas del clan, al menos hasta que Jerbillo y Grosellita se convirtiesen a su vez en aprendices.

—Sí, Zarpa Espinela —oyó que contestaba Glayo.

Zarpa de Tórtola negó con la cabeza. Probablemente los dos hermanos estaban hablando cerca de la guarida de los aprendices.

Asomó la cabeza al campamento helado, proyectando sus sentidos y buscando la conversación que la había despertado.

—¿Estás seguro? —Leonado sonó tan incrédulo que casi no le salía la voz.

¿Qué estaban diciendo de Zarpa Espinela? ¿Y por qué sonaban tan preocupados? Temblando de inquietud, Zarpa de Tórtola salió de la guarida. «Yo soy una de los Tres. También deberían hablar conmigo. Además, soy la hermana de Zarpa Espinela…».

Fue hacia el túnel de espinos, apresurándose con cuidado sobre la resbaladiza tierra escarchada, pero cuando estaba a menos de una cola de distancia de la entrada oyó que la llamaban desde la maternidad:

—¡Zarpa de Tórtola!

La joven se detuvo, frustrada.

Bayo estaba mirándola.

—¿Adónde vas?

El pelaje tostado del guerrero brillaba bajo la tenue luz del claro. Jerbillo y Grosellita se apretujaban junto a él, exhalando nubecillas de vaho.

—Al aliviadero —respondió la aprendiza.

—Entonces ve por el túnel del aliviadero.

La voz de Leonado resonó de nuevo en los oídos de Zarpa de Tórtola:

—¿Y ella lo conocía?

«¿"Lo conocía"? ¿De quién están hablando ahora?».

Tenía que averiguarlo. Zarpa de Tórtola cambió de dirección y se dirigió al túnel del aliviadero. Podría escabullirse por allí e ir en busca de Glayo y Leonado.

Unos pasos sonaron tras ella.

—¿Vas al aliviadero? —Era Zarpa Espinela, que se le acercaba con el pelo alborotado de dormir—. Yo también.

Zarpa de Tórtola flexionó las garras por la frustración. De repente ya no tenía forma de escabullirse, porque su hermana querría ir con ella. Plantó las orejas, buscando de nuevo la voz de Leonado, pero entonces reparó en que Zarpa Espinela cojeaba.

Sus preocupaciones se centraron de inmediato en su hermana, que se desplazaba sin apoyar en el suelo una de las patas traseras.

—¿Qué te pasa? Creía que no habías sufrido ninguna herida en la batalla.

—Debo de haber dormido en una mala postura… —masculló Zarpa Espinela, que se puso rígida como para intentar disimular la cojera—. ¿Qué te pareció la batalla? Fue emocionante, ¿verdad? —le preguntó, cambiando de tema.

Zarpa de Tórtola la miró boquiabierta.

—¿A ti te pareció… emocionante? Pero si Estrella de Fuego perdió una vida…

—Bueno, esa fue la parte mala… Y que Bermeja muriera, también… Pero fue genial poder practicar todas las técnicas que hemos aprendido.

Zarpa de Tórtola entró en el túnel del aliviadero.

—Yo preferiría limitarme a practicar las técnicas de caza y guardar las de combate para defender a mi clan.

—Pero si eso es lo que hacíamos, ¡defender a nuestro clan! —Zarpa Espinela la siguió—. El Clan de la Sombra estaba decidido a robarnos nuestro territorio. ¿No te acuerdas de mi sueño?

Zarpa de Tórtola no respondió. Seguía sin comprender por qué el Clan Estelar le había enviado un sueño a su hermana y no a ella. Tras hacer sus necesidades, volvió a salir al claro del campamento.

El clan estaba despertando. Látigo Gris pasó por su lado bostezando, en dirección a la guarida de los guerreros, y antes de entrar lanzó una mirada torva al despejado cielo del alba.

—Este frío ha llegado para quedarse. Dentro de poco, las presas escasearán…

Pinta lo seguía a una cola de distancia.

—Qué noche tan larga y fría… —comentó.

El guerrero gris de pelo largo se detuvo para entrechocar el hocico con Mili, que justo en ese momento salía de la guarida.

—Estás calentita —maulló con un ronroneo.

La gata se restregó contra él.

—Descansa un poco. Dentro se está muy bien. Cazaré algo rico para cuando te despiertes.

Los primeros rayos de sol se colaron desde lo alto de la hondonada y bañaron la maternidad con una luz anaranjada. Zarpa de Tórtola intentó localizar de nuevo la conversación que la había despertado, pero Leonado y Glayo se alejaban del campamento en silencio, y solo consiguió oír el crujido de sus pasos sobre las hojas heladas.

«¿Por qué están siendo tan reservados?».

—¡Eh! —Zarpa Espinela salió corriendo del túnel del aliviadero—. No me has esperado…

Zarpa de Tórtola se obligó a contestar con despreocupación.

—¿Y te sorprende? —replicó, arrugando el hocico.

—¿Insinúas que apesto?

La joven atigrada se plantó sobre las patas traseras y le dio un manotazo en broma, pero luego hizo una mueca y volvió a ponerse a cuatro patas.

—Quizá deberías ir a ver a Glayo para que le eche un vistazo a esa pata —le sugirió su hermana.

—Me recuperaré enseguida —dijo Zarpa Espinela con convicción—. Mira… Hay cosas más importantes de las que preocuparse, ¿no crees?

Señaló hacia la roca partida, donde Estrella de Fuego y Zarzoso empezaban a organizar las patrullas del día.

—Quiero dos patrullas a lo largo de la frontera del Clan de la Sombra.

Estrella de Fuego dio la orden con la cabeza alta, pero sus ojos verdes delataban cansancio. El pelo del cuello, allí donde Bermeja lo había mordido,

se veía apelmazado por la sangre.

Tordo, Nube Albina, Carbonera y Rosada se apiñaron junto a la roca partida. Espinardo, Tormenta de Arena y Manto Polvoroso estaban sentados un poco más atrás, y Esquiruela y Hojarasca Acuática se paseaban de un lado a otro.

—¿Cuál es el plan? —Nimbo Blanco se unió a ellos; sus ojos azules estaban aún empañados por el sueño.

—Dos patrullas —le explicó Esquiruela.

—Zarzoso encabezará la del lago —continuó Estrella de Fuego—. Manto Polvoroso liderará la otra. Espinardo, Candeal y Esquiruela, vosotros iréis con Zarzoso.

Espinardo inclinó la cabeza y Candeal asintió. Esquiruela miró tímidamente a Zarzoso, pero bajó la vista cuando él le dedicó una mirada torva.

—Nimbo Blanco, Acedera y Zancudo —prosiguió el líder—, vosotros id con Manto Polvoroso.

Nimbo Blanco se dio la vuelta de inmediato, con el pelo erizado, y se dirigió a la salida del campamento. Acedera lo siguió, con el resto a la zaga. Desaparecieron por el túnel de espinos con las colas erizadas, como si estuvieran preparándose para una pelea.

—Carbonera. —Estrella de Fuego centró su atención en la atigrada gris—. Estamos en la estación sin hojas. El clan necesita cazadores hábiles, así que hoy practica el acecho con Zarpa Espinela. No quiero que esta batalla distraiga a nuestras aprendizas de su entrenamiento ni un instante más. Leonado, haz lo mismo con Zarpa de Tórtola…

La joven aprendiza se puso tensa cuando vio que Estrella de Fuego inspeccionaba el campamento.

—¿Dónde está Leonado? —preguntó el líder del clan.

Bayo dio un paso adelante.

—Ha salido con Glayo justo antes del alba.

Estrella de Fuego miró a Zarpa de Tórtola y ella entendió que él quería saber si sucedía algo.

La joven se encogió de hombros: ella no sabía más que él.

El líder frunció el ceño.

—En ese caso, Zarpa de Tórtola, únete a Carbonera y Zarpa Espinela. —Se volvió hacia Bayo—. Tú ve con ellas. Hoy puedes ocupar el lugar de Leonado.

Zarpa Espinela se inclinó hacia su hermana.

—Genial —masculló—. Práctica de caza y, encima, con Bayo.

Zarpa de Tórtola comprendió la frustración de su hermana. El día anterior habían peleado al lado de los guerreros y hoy volvían a ser simples aprendizas.

—Seguidme.

Bayo avanzó hacia la entrada y, al pasar por delante de la maternidad, Jerbillo y Grosellita se separaron de Rosella y se colaron entre las patas del guerrero. Su padre estuvo a punto de tropezar, pero ronroneó sonoramente.

—No tardaréis en ser guerreros —les prometió—. Y cuando lo seáis, el Clan de la Sombra no se atreverá a amenazar nuestro territorio.

Zarpa Espinela puso los ojos en blanco y se acercó a su hermana:

—¿Por qué estará siempre alardeando? —le susurró al oído.

Zarpa de Tórtola apenas la oyó. Estaba proyectando sus sentidos en busca de Leonado y Glayo. «¿Dónde os habéis metido…?».

Un empujoncito por la espalda la sorprendió.

—Deja de mirar hacia los árboles como si buscaras estorninos —la riñó Carbonera con cariño—. Estrella de Fuego tiene razón. En la estación sin hojas nuestra prioridad es cazar. Quiero que te centres en eso.

Zarpa de Tórtola inclinó la cabeza y siguió a su hermana y a Bayo fuera de la hondonada.

—¡Traednos un campañol! —les gritó Grosellita.

Mientras atravesaban el bosque hacia la hondonada de entrenamiento, Zarpa de Tórtola seguía nerviosa. ¿Por qué Leonado y Glayo estaban hablando de Zarpa Espinela? Recordó la mirada de complicidad que su hermana había intercambiado con Corazón de Tigre durante la batalla. En aquel breve instante, no le había parecido que fueran enemigos, en absoluto. La joven frunció el ceño. ¿Acaso Leonado los había visto también? ¿Recelaba de la lealtad de Zarpa Espinela? ¡No, seguro que no!

La voz de Bayo la sacó de sus pensamientos.

—¡Zarpa de Tórtola! ¡Concéntrate!

Habían llegado a la hondonada arenosa y se habían detenido en mitad del claro.

—¿Qué acabo de decir? —le preguntó Bayo.

Zarpa de Tórtola levantó la cabeza y se quedó mirándolo con la mente en blanco, notando cómo le ardía la piel.

Con un suspiro lo bastante sonoro como para ahuyentar a todas las presas de la zona, Bayo comenzó a pasearse delante de ella.

—He dicho que ni el guerrero más experimentado puede dejar de trabajar en su posición de acecho —maulló, ondeando la cola—. Enséñame la tuya.

Zarpa de Tórtola se agazapó.

—Junta más las patas traseras, o tu salto será flojo. —Bayo la empujó con el hocico y le enderezó la cola con una zarpa—. No toques el suelo con la cola… ¡Y deja de moverte! El ruido del pelo contra las hojas alertará a tus presas.

La joven bajó la cabeza, manteniéndose inmóvil y derecha.

—Tampoco debes estirar tanto el cuello —la corrigió Bayo—. Tienes que enroscarte como una serpiente, lista para atacar, no estirada del todo como si fueras una comadreja olfateando nidos de pájaros.

Zarpa de Tórtola hundió las garras en el suelo, que estaba duro como la piedra.

Carbonera se acercó.

—A mí me parece que está bien.

—A que no alcanzas esa castaña —retó Zarpa Espinela a su hermana.

—¡Seguro que sí!

Zarpa de Tórtola respiró despacio, centrándose en el envoltorio espinoso que se hallaba a tres colas de distancia. Dejó que la energía se acumulara en sus patas y, cuando al fin saltó, aterrizó directamente sobre la castaña.

—¡Ay!

Al notar las espinas en las almohadillas, se separó de un brinco, erizando el pelo.

Zarpa Espinela chilló de risa.

—¡Lo siento, hermanita! Nunca hubiera imaginado que fueras tan cabeza de chorlito como para saltar encima de ella…

—¡Vale, vale! —La aprendiza gris se sentó para lamerse las almohadillas —. Tengo el cerebro de un ratón… —añadió, sin poder evitar un ronroneo.

Zarpa Espinela brincó a su alrededor.

—¡Ni siquiera los ratones son tan bobos!

Zarpa de Tórtola fingió sentirse dolida y luego saltó sobre su hermana, derribándola y rodando por el suelo con ella.

—Ya basta —maulló Carbonera con afecto—. Volvamos al trabajo. —Empujó a su aprendiza con el hocico—. Enséñanos tu posición de acecho, Zarpa Espinela.

La gata pegó la barriga al suelo.

—Estás escorándote hacia un lado —la avisó Bayo.

Zarpa de Tórtola se dio cuenta de que su hermana seguía disimulando el dolor de su pata herida, y, mientras Bayo y Carbonera la evaluaban, ella plantó las orejas en busca de la voz de Leonado. Concentrándose con todas sus fuerzas, dejó que sus sentidos se desplazaran hasta el lago, donde captó cómo las olas acariciaban los guijarros en la orilla. Un poco más allá, detectó el olor familiar de los dos hermanos: Glayo y Leonado estaban junto al agua, sobre las piedras.

—¿Y estás seguro de que Zarpa Espinela quería estar allí?

Zarpa de Tórtola se puso tensa. «¿Estar dónde?». Cerró los ojos… Y entonces pudo distinguir a Leonado y Glayo, conformados en olor y sonido, sentados entre las piedras, con el lago lamiendo la orilla junto a ellos y con el viento helado alborotándoles el pelo.

—Se comportaba como si perteneciese a ese lugar —masculló Glayo.

Leonado paladeó el aire con los dientes apretados.

—Esto es muy grave, Glayo.

—¿Grave? —repitió su hermano—. ¡Es lo peor que ha sucedido jamás! ¡El Bosque Oscuro estaba lleno de gatos de todos los clanes! ¡Eran tantos que en una batalla contra ellos podrían destruirnos a todos!

A Zarpa de Tórtola se le erizó el pelo al comprender las palabras de Glayo. Ella sabía que Alcotán y Estrella de Tigre estaban reclutando a todos los gatos a los que eran capaces de engañar, pero no podía creerse que los miembros del Clan del Trueno fueran a dejarse engatusar por sus mentiras.

Algo la embistió por el costado, haciéndola rodar por la tierra congelada.

—¡Ja! —Bayo se inclinó sobre ella—. Ya te he dicho que estaba dormida, Carbonera.

Zarpa de Tórtola se levantó con dificultad, escupiendo arena escarchada.

—Estamos en la estación sin hojas —maulló Bayo con tono cortante—. ¿Cuántas presas crees que podrás cazar mientras sueñas?

La aprendiza gris lo miró parpadeando. «¡Los guerreros del Bosque Oscuro están entrenando a Zarpa Espinela!».

En el otro extremo del claro, su hermana estaba poniéndose en pie, con el pelo revuelto tras rodar por la arena. De repente, le parecía más menuda y cansada de lo habitual; estaba un poco encorvada y tenía los ojos apagados.

«¡No puede ser verdad! ¿Por qué la elegirían a ella? ¡No tiene ningún poder especial!».

Sus pensamientos iban a la velocidad de un huracán. «¡Espera, no te precipites…!». Tomó una bocanada de aire e intentó recuperar la calma.

«Quizá Glayo se equivoque. Tal vez Estrella de Tigre pretendía llevarlo por mal camino a él y no a Zarpa Espinela…».

—¡Zarpa de Tórtola! —El brusco maullido de Bayo volvió a colarse en sus pensamientos—. ¿Eres igual de inepta cuando entrenas con Leonado?

La aprendiza sacudió la cabeza.

—Lo siento… —Bajó la mirada—. Estoy un poco distraída después de la batalla… solo es eso.

Bayo pareció reaccionar a sus palabras y Zarpa de Tórtola se sintió aliviada al ver que le respondía en un tono más amable:

—Eres joven. Estoy seguro de que la batalla fue dura para ti… —Le pasó la cola por el costado—. Vamos a concentrarnos en alimentar al clan. Eso es tan importante como combatir. Quiero enseñarte algo que te ayudará a cazar en la estación sin hojas. —Corrió al centro del claro—. Presta atención tú también, Zarpa Espinela.

Al ver que se acercaba a ellos, Zarpa de Tórtola fulminó a su hermana con la mirada.

Zarpa Espinela se quedó mirándola.

—¿Estás bien?

—Fijaos en esto las dos… —Bayo se había agazapado. Tenía la vista clavada en un montoncito de hojas heladas, a unas pocas colas de distancia—. Cuando el suelo está congelado, como ahora, las presas pueden oír todos los pasos como si un pájaro carpintero estuviera picoteando un tronco hueco.

Avanzó despacio, deslizando las patas por las hojas escarchadas.

—Pareces una serpiente —maulló Zarpa Espinela.

Carbonera rodeó a su aprendiza.

—Y sonará como una serpiente para cualquier presa —señaló—, y esta estará tan ocupada intentando localizar a la serpiente que no caerá en que se trata de un gato hasta que sea demasiado tarde.

Cuando la guerrera terminó de hablar, Bayo se lanzó hacia delante, veloz como un halcón, y aterrizó sobre las hojas amontonadas. Luego se incorporó, volviéndose hacia las jóvenes.

—Prueba tú, Zarpa de Tórtola.

La aprendiza gris avanzó arrastrándose; sus almohadillas heladas se deslizaban con facilidad, como hielo sobre hielo. Finalmente, dio un gran salto.

—¡Perfecto! —exclamó Bayo al verla aterrizar encima de las hojas.

Zarpa de Tórtola sacudió la cola. Cuanto antes terminaran con el entrenamiento, antes podría interrogar a su hermana.

—Tu turno —le dijo Bayo a Zarpa Espinela.

Zarpa de Tórtola se incorporó, mirando al guerrero tostado.

—¿Por qué no me voy con ella para ponerlo en práctica? —le preguntó—. Va a ser un día muy corto. —Miró hacia arriba, entre los árboles: el sol acababa de alcanzar las ramas más elevadas y no tardaría mucho en empezar a descender—. Tu demostración ha sido tan buena que estoy convencida de que Zarpa Espinela podrá repetir ese movimiento sin problemas.

Bayo hinchó el pecho.

—Me parece justo.

Carbonera ladeó la cabeza.

—¿Seguro que lo dominas?

—Absolutamente —afirmó la aprendiza gris—. Y si mi hermana necesita ayuda, iremos a buscaros.

La guerrera entornó los ojos.

—¿Zarpa Espinela?

La atigrada plateada asintió.

—Muy bien, pero no os acerquéis a la frontera del Clan de la Sombra… —las avisó Carbonera.

Zarpa de Tórtola ya estaba saliendo de la hondonada de entrenamiento. Tomó una senda estrecha entre dos arbustos de aulaga y se dirigió a lo alto de la ladera.

—¡Claro que no!

Zarpa Espinela la seguía de cerca, podía notar la calidez de su aliento en la cola.

—¡Bien pensado! —resopló la atigrada tras ella—. No hubiera soportado ni un instante más los alardes de Bayo.

Zarpa de Tórtola no respondió. Estaba ensayando las preguntas mentalmente: «¿Por qué estás haciendo esto? ¿Cómo has podido ser tan idiota?».

Llegaron al borde de la hondonada rocosa. Zarpa de Tórtola no se detuvo y siguió la curva de las escarpadas paredes de piedra sin hacer caso de las voces que llegaban del campamento.

—¡Eh, Rosada! —llamó Tordo a su hermana—. ¿Quieres venir a cazar con Ratonero y conmigo?

—La patrulla de Hojarasca Acuática acaba de traer un tordo…

—No sabemos cuánto durarán las heladas. Es mejor mantener el montón de la carne fresca bien abastecido…

Zarpa de Tórtola notó que su hermana le tiraba de la cola.

—¿No íbamos a cazar? —maulló Zarpa Espinela, malhumorada.

La aprendiza gris no le hizo caso y continuó entre las hayas, hacia la frontera del Clan del Viento. Oyó el correteo de una ardilla por el suelo, a poca distancia, pero siguió adelante. No tenía la menor intención de detenerse a cazar. Necesitaba llevar a su hermana lejos del clan y preguntarle si Glayo tenía razón.

De repente, reparó en que Zarpa Espinela había dejado de seguirla. Frenando sobre las resbaladizas hojas, se volvió en redondo. Su hermana había adoptado la posición de caza y estaba acechando a un ratón, que mordisqueaba un hayuco entre las raíces de un árbol. La joven atigrada avanzó despacio, con los ojos fijos en la presa.

«¿Cómo puedes cazar como si nada?». Zarpa de Tórtola notó que la rabia le subía por la garganta, pero fue incapaz de tragársela.

—¡Déjalo ya! —aulló.

El ratón se quedó paralizado, y luego soltó el hayuco y se escondió a toda prisa bajo las raíces del árbol.

—¿Es verdad? —preguntó Zarpa de Tórtola a su hermana con el pelo erizado, en parte por el miedo y en parte por la furia que apenas podía contener.

Su hermana la miró, parpadeando.

Zarpa de Tórtola respiró hondo.

—¿Has estado en el Bosque Oscuro?

—¡¿Qué?! —exclamó Zarpa Espinela, retrocediendo.

—¡Ya me has oído! —Se detuvo, fulminando a su hermana con la mirada —. ¿Has estado en el Bosque Oscuro?

—¡Por supuesto que no! —Erizó el pelo, con los ojos desorbitados—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Glayo te ha seguido en tus sueños.

Zarpa Espinela tragó saliva.

—Yo, yo…

—Entonces, ¡¿es cierto?! —A Zarpa de Tórtola le retumbaba el corazón.

Los ojos azules de la atigrada se endurecieron.

—¿Y qué si he estado allí? Es la única forma que tengo de aprender a ser una gran guerrera. En el Clan del Trueno todos se esfuerzan en convertirte a ti en la mejor guerrera… ¡Y a mí no me hacen ni caso! Yo no soy más que la hermana tonta de Zarpa de Tórtola…

La aprendiza gris no pensaba seguir escuchándola.

—¿Cómo has podido ser tan estúpida? ¡Los gatos del Bosque Oscuro son malvados!

—¿Y tú cómo lo sabes? —le espetó Zarpa Espinela—. ¡No conoces a ninguno!

Su hermana se quedó mirándola, boquiabierta.

—¡Son malvados, Zarpa Espinela! ¿Por qué si no iban a estar en el Bosque Oscuro? ¿Crees que el Clan Estelar mandó allí a Estrella de Tigre porque era bueno?

—¿Acaso conoces a Estrella de Tigre?

—¡No! Pero en la maternidad oí historias sobre él. ¡Igual que tú! Estrella de Tigre intentó acabar con Estrella de Fuego; envió al Clan de la Sangre contra él…

—¡Ahora es diferente! —Zarpa Espinela pegó el hocico al de su hermana, encarándose con ella—. El tiempo que ha pasado en el Bosque Oscuro le ha enseñado lo importante que es ser leal —añadió desafiante.

Zarpa de Tórtola no se arredró.

—Te equivocas —bufó—. Estrella de Tigre quiere destruir a Estrella de Fuego tanto como antes. Lo único que le importa es el poder.

Su hermana frunció el hocico.

—Tú nunca has hablado con él. ¡Yo sí! Y me lo ha contado todo. Se convirtió en líder del Clan de la Sombra después de que Estrella Azul lo expulsara del Clan del Trueno. Y siempre se ha mantenido fiel a su clan de nacimiento. ¡A pesar de todo lo que le hicieron!

—¿«De todo lo que le hicieron»…? —Zarpa de Tórtola no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Quién ganó la batalla de ayer?

—¿Qué tiene que ver la batalla de ayer con todo esto?

—¡Fue idea de Estrella de Tigre! Él me dijo que convenciera a Estrella de Fuego para que luchara contra el Clan de la Sombra. Me avisó de que el Clan de la Sombra estaba planeando robarnos nuestro territorio y, gracias a él, nosotros le hemos robado el territorio al Clan de la Sombra. Si eso no es lealtad, ¿qué es?

—Pero… ¡Estrella de Tigre forma parte del Bosque Oscuro! ¡No puedes confiar en él! ¿Es que no ves que esa batalla no ha hecho más que causar problemas? ¡Ganar un trozo de tierra sin valor le ha costado una vida a Estrella de Fuego y ha matado a Bermeja!

Zarpa Espinela entornó los ojos.

—Estrella de Tigre sigue siendo leal al Clan del Trueno. Y a ti lo único que te pasa es que estás celosa. ¡Tienes celos de que Estrella de Tigre me visite a mí y no a ti! ¡Te da miedo que yo llegue a ser mejor guerrera que tú! Que quizá sea yo la especial ¡y que quizá Estrella de Fuego empiece a fijarse en mí en vez de en ti!

—¡No seas ridícula! ¡Eres mi hermana, cómo voy a…!

De repente, Zarpa de Tórtola se encontró hablándole al aire. Zarpa Espinela había dado media vuelta y había desaparecido entre los helechos.

Y, de pronto, sola en el bosque helado, la aprendiza gris empezó a temblar.

¡Su hermana estaba entrenando en el Bosque Oscuro! ¿Cómo podía permitir el Clan Estelar que sucediera algo así?

5

—Yo creo que deberíamos limitarnos a esperar y observar. Será mejor que vuelva al campamento.

Glayo se dio la vuelta y empezó a subir por la pendiente, encogiéndose ante el cortante viento.

El acuoso sol no había ablandado la escarcha y la hierba crujía bajo sus patas.

Leonado se quedó junto al lago y el curandero se detuvo en lo alto de la cresta al notar los esfuerzos de su hermano por librarse de la angustia que lo había dejado clavado en la orilla.

—¡Caza para tus compañeros de clan! —le dijo por encima del hombro—. ¡Tendrán hambre después de la batalla!

Cuando Leonado se puso en marcha, los guijarros crujieron bajo sus zarpas, y Glayo corrió hacia la protección de los árboles. Al captar el olor mohoso de la vegetación marchita, lo asaltaron los recuerdos del Bosque Oscuro. No podía creer que Estrella de Tigre hubiese encontrado una recluta en el Clan del Trueno… Y además, era muy raro que se tratara de Zarpa Espinela. Quizá Zarpa de Tórtola no fuese la única de las dos hermanas con un destino especial.

El joven curandero intentó concentrarse en los sonidos familiares del territorio del Clan del Trueno —presas correteando sobre corteza escarchada, pájaros llamándose entre las ramas de lo alto…—, pero solo captó el miedo que latía en todos los corazoncitos a medida que la estación sin hojas iba posándose sobre el bosque. Era la estación de la muerte y, cuando llegara la de la hoja nueva, el frío y el hambre habrían aniquilado a los más débiles.

Apartó esa idea con un estremecimiento que lo recorrió de arriba abajo y se apresuró por la senda zarzosa que llevaba a la hondonada. Delante de la

barrera de espinos el aire estaba helado, pero, al cruzar el túnel, Glayo notó una oleada de calidez en el pelo. Sus compañeros de clan estaban atareados.

—Podemos levantar esta rama y afianzarla con una de las ramas del haya —maulló Hojarasca Acuática desde la guarida de los guerreros—. Si entretejemos paredes nuevas a su alrededor, habrá espacio para tres lechos nuevos como mínimo.

Glayo serpenteó entre el revoltijo de palos que habían amontonado para la guarida de los guerreros.

—¡Cuidado! —lo avisó Mili al ver que se acercaba al montón de la carne fresca—. Betulón está cavando un hoyo para conservar las presas.

Cuando la tierra se helara, podrían mantener las presas frescas durante días si las enterraban.

Glayo se detuvo al borde de la pequeña fosa.

—¿Crees que este tiempo va a durar mucho? —le preguntó a Mili.

—No estoy segura, pero más vale prevenir —respondió la guerrera—. Necesitamos conservar todo lo que podamos.

—¡Glayo! —aulló Abejorro Negro desde la guarida del curandero.

Glayo levantó la cabeza con rapidez, percibiendo la angustia de Mili. ¿Es que Gabarda estaba peor? Corrió a su guarida y cruzó la cortina de zarzas que cubría la entrada.

Abejorro Negro estaba plantado en mitad de la cueva, el pelo le olía a corteza y hojas verdes húmedas.

—¡Mira lo que te he traído! —anunció el guerrero alegremente.

Debajo de los aromas forestales, Glayo distinguió el olor a telarañas polvorientas.

—¡Creía que pasaba algo! —lo reprendió el curandero.

Mili llegó corriendo tras él.

—¿Gabarda está bien?

—Sí, todo va bien —aclaró Centella, adelantándose—. Abejorro Negro ha encontrado una buena cantidad de telarañas detrás de la hiedra del Gran Roble. —La guerrera tuerta parecía orgullosa—. Ha tenido que trepar muy alto para alcanzarlas.

Gabarda se arrebujó en su lecho.

—¿A que es muy valiente?

Glayo olfateó el pelaje de Centella, buscando el olor amargo de una infección.

—¿Cómo están tus heridas?

—Me escuecen un poco —admitió la guerrera—. Pero no son más que rasguños, se curarán.

—Asegúrate de que no se te vuelve a abrir ningún corte —le dijo Glayo. Luego se giró hacia Abejorro Negro—: ¿Te duele el desgarro en la oreja?

—Un poco, pero con este tiempo a todo el mundo le duelen las puntas de las orejas.

El curandero se detuvo junto al lecho de Gabarda y se inclinó a escuchar su respiración, que ya no sonaba tan áspera.

—No te olvides de hacer un poco de ejercicio, como todos los días —le ordenó.

—Ya ha estado en el montón de la carne fresca —anunció Abejorro Negro.

—¿Quieres revisar las telarañas? —le preguntó Centella a Glayo—. Son buenas y tupidas.

—Estoy seguro de que están muy bien… —Le habría encantado que el entusiasmo de sus compañeros de clan pudiera animarlo—. Centella, ¿podrías encargarte de llevar musgo a la maternidad, por favor? Hay que renovar el lecho de los cachorros… —Notó que la guerrera se sorprendía un poco—. Ya sé que es tarea de aprendices —añadió a modo de disculpa—, pero es que nuestras dos únicas aprendizas están fuera, entrenando.

—Por supuesto. —Centella se dirigió a la salida—. Me llevaré conmigo a Abejorro Negro. Ahora que ha encontrado telarañas, no le costará nada localizar un poco de musgo.

Cuando se marcharon, Glayo se volvió hacia Mili.

—Betulón seguro que necesita ayuda con el hoyo para las presas…

—Pero Gabarda está bien, ¿verdad? —quiso saber la gata.

—Cada día mejor.

—¿No crees que es demasiado pronto para ponerla a hacer ejercicios? —La guerrera acarició con la cola a su hija—. Parece muy cansada.

Glayo suspiró lentamente.

—No voy a forzarla a hacer más de lo que pueda.

—Además, así no me aburro —intervino Gabarda.

El curandero percibió que la gata dudaba.

—Vuelve al trabajo, Mili —le dijo en voz baja—. Preocuparte no te servirá de nada.

Cuando su madre salió de la guarida, Gabarda se removió en el lecho.

—Podrías haberles dado las gracias por las telarañas a Centella y Abejorro Negro —le recriminó a Glayo—. Han encontrado un montón. Tendrás

reservas hasta la estación de la hoja verde.

La cortina de zarzas de la entrada susurró antes de que él pudiera responder.

—¡Glayo! —El maullido tenso de Zarpa de Tórtola rechinó en el aire.

Gabarda se incorporó, sobresaltada.

—¿Qué ocurre?

El curandero se apresuró a calmar a su paciente; sabía perfectamente qué le pasaba a la aprendiza gris.

—Seguro que no es nada, Gabarda… —Y volviéndose hacia Zarpa de Tórtola, añadió—: Ven conmigo, tengo que examinar a Estrella de Fuego. Hay que volver a vendarle las heridas…

La empujó fuera de la guarida y en cuanto traspasaron la cortina de zarzas la gata se dio media vuelta:

—¡Sé lo de Zarpa Espinela! —bufó—. ¡Está entrenando con los guerreros del Bosque Oscuro…!

—¡Baja la voz! —le espetó el curandero.

—Pero… ¡tenemos que hacer algo!

Glayo puso una mueca cuando un palo de haya se le clavó en la pata delantera.

—¿Algo? ¿Como qué? ¿Prohibirle que vaya? ¿Crees que nos escuchará?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —preguntó la joven aprendiza con más miedo que ira.

Glayo la guio hasta un rincón apartado del claro.

—Tu hermana ha elegido, Zarpa de Tórtola… —susurró—. Tal vez deberíamos limitarnos a vigilarla para ver qué hace. Quizá así podamos averiguar las intenciones de nuestros enemigos.

—¡Zarpa Espinela no es nuestra enemiga! —La aprendiza gris sonó desesperada—. Es… mi hermana… No puedo permitir que siga con esto. ¡El Clan Estelar sabe perfectamente lo que le pasará si sigue con Estrella de Tigre!

—No voy a quedarme aquí hablando contigo de este asunto —gruñó Glayo, girándose al oír un ruido en la barrera de espinos.

Ratonero, Tordo y Rosada estaban entrando por el túnel y el aire traía el aroma de presas frescas.

—Aquí no. Ahora no —añadió, echando a andar ya hacia los guerreros—. Será mejor que vayas a ayudar a tus compañeros de clan. Hay mucho que hacer.

Dejó a Zarpa de Tórtola sumida en una nebulosa de miedo y confusión y se encaminó a la Cornisa Alta. «Ya hablaré con ella más tarde. Cuando tengamos la oportunidad de salir al bosque, lejos de oídos aguzados y miradas curiosas…».

Por los olores que se elevaban del montón de la carne fresca, supo que la patrulla de Ratonero había cazado un tordo, un campañol y una paloma.

—Vamos a tener que hacer más profunda la fosa de las presas —maulló Mili.

—No hasta que yo haya comido algo —respondió Betulón, saliendo del hoyo de un salto.

—¡Ratonero! —exclamó Grosellita desde la entrada—. ¡Te has dejado esto!

Glayo oyó que Grosellita y Jerbillo arrastraban algo pesado desde la barrera de espinos.

—¡Una ardilla! —Betulón se relamió, yendo hacia los dos cachorros—. ¿La habéis atrapado vosotros? —bromeó.

—La hemos encontrado fuera —le explicó Jerbillo—. Se le habrá caído a la patrulla de Ratonero.

—Nosotros no hemos cazado ninguna ardilla… —replicó Ratonero desde el montón de la carne fresca, desconcertado.

Rosella salió corriendo por el túnel del aliviadero.

—¿Qué estabais haciendo vosotros dos fuera del campamento? —maulló, reprendiendo a los cachorros—. ¡Y con un tiempo como este!

—A este paso, vamos a necesitar dos fosas para las presas —comentó Mili mientras Betulón arrastraba la ardilla a través del claro.

Cuando Glayo trepaba por las rocas desprendidas hacia la Cornisa Alta, Tormenta de Arena asomó la cabeza desde la guarida del líder.

—¿Cómo se encuentra Estrella de Fuego? —le preguntó el curandero al llegar a lo alto.

—Cansado, pero protestando por tener que quedarse acostado.

Glayo entró en la pequeña cueva. El líder del Clan del Trueno se incorporó y dio un largo bostezo. La herida de su cuello olía a limpio y seco.

—¿Te duele?

Glayo la tocó con cuidado, buscando calor e hinchazón. El pelo estaba apelmazado por la sangre seca, pero la carne se notaba sana y blanda.

Estrella de Fuego se apartó.

—Si me duele te lo haré saber. —Se sacudió el pelo, pegado al cuerpo tras las horas de sueño—. ¿Ha vuelto ya Zarzoso con su patrulla?

—Todavía no —respondió Tormenta de Arena.

—Espero que les haya ido bien con el marcado de la frontera —gruñó el líder—. Quiero que al Clan de la Sombra le quede claro que ahora ese territorio es nuestro.

El curandero agitó la cola. «Está convencido de que todo esto no ha sido más que una lucha entre dos clanes por un trozo de territorio…».

—¿Glayo? —Estrella de Fuego sonó tenso—. ¿Hay algo que quieras decirme?

«¿Debería hablarle de Zarpa Espinela? ¿Contarle que la gata que lo convenció de luchar por el claro de los Dos Patas está entrenando con los guerreros del Bosque Oscuro?». Sin duda, habría que alertar al líder del Clan del Trueno de que los sueños y las señales ya no procedían únicamente del Clan Estelar.

«No —decidió al cabo—. Podemos encargarnos de esto solos…».

—¡Ya están aquí! —maulló Tormenta de Arena, volviéndose a toda prisa y saliendo de la cueva—. ¡Zarzoso y Manto Polvoroso!

Una pequeña nube de piedrecitas y arena cayó de la Cornisa Alta cuando la gata bajó al claro. Estrella de Fuego la siguió, dejando atrás a Glayo, que se quedó escuchando desde la cueva cómo las patrullas de Zarzoso y Manto Polvoroso se detenían a sus pies. Captó los olores del bosque que llevaban pegados al pelo y el tenue matiz del Clan de la Sombra en sus zarpas.

—¿Habéis marcado la frontera? —le preguntó Estrella de Fuego a su lugarteniente.

—Nosotros sí —respondió Zarzoso.

Manto Polvoroso dio un paso adelante.

—El Clan de la Sombra todavía no ha marcado su línea fronteriza.

Mili se acercó a ellos desde el montón de la carne fresca.

—¡Se niegan a reconocer la frontera! —exclamó indignada.

—¡Tienen que reconocerla! —Hojarasca Acuática había dejado el trabajo en la guarida de los guerreros para escuchar el informe de las patrullas.

—No tienen que hacer nada —señaló Betulón.

El pelo de Mili chispeó de rabia.

—Pero… ¡han perdido la batalla!

Glayo distinguió los pasos lentos y pesados de Puma, que se acercó desde la guarida de los veteranos.

—¿Estás segura de que saben que la han perdido?

—¡Por supuesto que sí! —Musaraña apartó a su compañero de guarida—. Leonado mató a su lugarteniente, ¿no?

Nadie respondió a eso, pero las zarpas arañaron la tierra y las colas barrieron el suelo mientras Estrella de Fuego se adelantaba.

—Todos lamentamos la pérdida de Bermeja… —maulló apesadumbrado.

«¿Dónde se ha metido Leonado? —Glayo sintió un hormigueo en las patas—. Tendría que estar aquí para defenderse…».

—Leonado debería haber tenido más cuidado —masculló Zarzoso.

Glayo tragó saliva, enfurecido. Su hermano tendría que estar allí para responder a esas acusaciones. Si lo hacía él en su lugar, daría la impresión de que Leonado se escondía de lo que había hecho. Oyó el roce de un pelaje en la barrera de espinos.

«Zarpa Espinela…».

La aprendiza entró en el campamento, zigzagueando entre sus compañeros de clan.

—¿Qué ocurre?

Glayo notó que se le helaba la piel. La luz atravesó sus ciegos ojos azules y, de repente, pudo ver a Zarpa Espinela con tanta claridad como en un sueño, con su pelaje atigrado brillando contra el claro blanqueado por la escarcha. Un presagio lo atenazó mientras una visión se desplegaba ante él: las sombras se deslizaron desde lo alto de la hondonada, engullendo las guaridas y a los guerreros del Clan del Trueno; los gatos del Bosque Oscuro descendieron en tropel por los muros rocosos, moviéndose como lagartijas sobre la piedra; sus ojos destellaban rojos, y sus colmillos y garras relucían como el cristal, brillando entre las sombras mientras iban abarrotando la hondonada.

Con un rugido de furia, el Clan del Trueno se alzó para recibirlos. Látigo Gris atacó a un gato marrón, que le lanzó una dentellada a la garganta y lo mandó a la muerte mientras pataleaba en el aire. Con un alarido, Mili se abalanzó sobre el asesino de su pareja, pero dos guerreros le clavaron las zarpas en el lomo y la arrastraron a las sombras entre chillidos.

El Clan del Trueno estaba en inferioridad. Eran menos y se veían sobrepasados.

Betulón, chillando de angustia y rabia, fue aniquilado por unas garras implacables. Manto Polvoroso se derrumbó con el cuello rajado por unos colmillos salvajes. Uno a uno, los guerreros del Clan del Trueno fueron cayendo, hasta que el claro se llenó de cadáveres. Sangraban por la boca, por el hocico, y la sangre empapaba el suelo y se extendía por la tierra creando una sombra lúgubre. Rezumaba de las guaridas, chorreaba por los muros y goteaba de los espinos de la maternidad hasta que todo el campamento centelleó de color escarlata.

Solo Zarpa Espinela se mantuvo en pie, sin una sola mancha en su pelaje.

Los guerreros del Bosque Oscuro giraron a su alrededor, con los ojos iluminados por el triunfo, y Zarpa Espinela permanecía tan inmóvil como una roca, bañada por la luz de la luna, ilesa, impertérrita. Glayo sintió que se le paraba el corazón cuando la joven levantó el hocico y lo miró directamente: sus ojos eran tan negros como la noche y su mirada, vacía e inexpresiva.

Un bufido horrorizado sonó junto al curandero, que se giró en redondo con el pelo erizado.

Jaspeada estaba encorvada a su lado, con la expresión ensombrecida por la desesperación.

—Lo lamento —susurró—. No he podido cambiar nada.

6

Rosero iba resbalando sobre la pinaza helada mientras corría hacia el campamento. Desenvainó las garras para aferrarse mejor y volvió a pensar en Leonado. «Siempre sacando pecho, como si fuera el preferido del Clan Estelar. Típico del Clan del Trueno…».

Un mirlo chilló desde lo alto del pinar cuando Sapero se interpuso de un salto en el camino de Rosero.

—¡Eh, ten cuidado! —maulló el curandero del Clan de la Sombra, frenando de golpe para no chocar.

—Solo estaba poniendo a prueba tus reflejos —bromeó Sapero, quitándose de en medio de un brinco.

—¡Pues pon a prueba esto!

Rosero se abalanzó sobre su compañero y lo hizo rodar por el suelo. Sapero se liberó y se puso en pie, ronroneando.

—Estoy convencido de que los demás clanes no tienen un curandero que luche como un guerrero… —maulló, mientras se sacudía el pelo de arriba abajo—. ¿Dónde has estado?

—En la nueva frontera.

El gato marrón oscuro resopló.

—¿Ya la han marcado?

—Justo cuando me iba de allí Zarzoso empezaba a trazar una línea olorosa nueva.

—Si los gatos del Clan del Trueno creen que van a conservar ese territorio es que tienen el cerebro más pequeño de lo que pensaba.

Rosero asintió con un bufido.

—Pronto sabrán que la batalla no ha terminado.

A poca distancia se oyó el roce de un pelaje contra el suelo. Rosero giró la cabeza de golpe y arrugó el hocico al captar el olor de la muerte.

Sapero siguió su mirada.

—Van a enterrar a Bermeja.

—Vamos con ellos.

Se dirigieron hacia Serbal y Lomo Rajado, que arrastraban el cuerpo rígido de la lugarteniente del Clan de la Sombra a través de los pinos iluminados por el sol. Serbal era el padre de Rosero y había sido nombrado nuevo lugarteniente la noche anterior.

Los pelajes del Clan de la Sombra centelleaban entre los pinos a medida que los gatos del clan iban saliendo del campamento para reunirse alrededor de la tumba.

—Echaremos de menos la sabiduría de Bermeja… —maulló Amapola, con los ojos brillantes, al ocupar su sitio junto a los demás veteranos.

Cedro y Espumosa se apretaron para dejarle espacio.

Crótalo mantuvo la cabeza bien alta mientras llevaban a Bermeja hasta su lugar de descanso.

—Con la muerte de nuestra compañera de clan desaparecen muchas habilidades adquiridas con esfuerzo y muchos recuerdos —susurró con la voz quebrada.

Lomo Rajado y Serbal se detuvieron junto a la tumba y dejaron a Bermeja en el suelo. Rosero captó el olor de la savia de pino que él mismo había aplicado sobre el pelaje de la gata cuando había ayudado a Cirro a prepararla para la vigilia.

—Es una despedida difícil —murmuró Rapaz.

Topera se apoyó en su compañero de clan.

—¿Acaso alguna despedida es fácil?

Estrella Negra se acercó a Bermeja.

—Murió luchando. Murió valerosamente. —Luego se volvió hacia sus compañeros de clan—. A nuestros guerreros no les pedimos nada más que eso.

A Cedro le brillaron los ojos.

—Fue mi mentora y me enseñó muy bien.

Serbal inclinó la cabeza.

—Llegó al Clan de la Sombra como una gata descarriada y ha muerto como una guerrera.

Estrella Negra miró hacia el sol, que luchaba por alzarse por encima de las copas de los pinos.

—El Clan Estelar la recibirá de buen grado. Lo que hoy hemos perdido nosotros lo ganarán ellos. Que los recuerdos de Bermeja se conviertan en

nuestros recuerdos y que sus habilidades se conviertan en las nuestras.

Le hizo un gesto con la cabeza a Serbal, y el nuevo lugarteniente del Clan de la Sombra agarró a Bermeja por el pescuezo. Lentamente, tiró de su cuerpo hacia el borde de la tumba y lo dejó caer.

Estrella Negra se dio la vuelta y, con un destello sombrío en los ojos, guio a sus compañeros de regreso al campamento. Rosero alcanzó a su padre antes de que entrara en el túnel de espinos.

—¿Dónde está Cirro?

—Está agotado; se ha pasado la noche entera curando heridas de batalla. Estrella Negra le ha ordenado que se fuera a descansar. Compartirá lenguas con Bermeja en la Laguna Lunar; allí podrá despedirse de ella. —Serbal miró a su hijo—. Tú también debes de estar cansado. Has permanecido a su lado hasta el alba.

Rosero, de hecho, estaba exhausto, pero no tenía intención de admitirlo.

—Puedo descansar más tarde —replicó—. Solo quería ver el campo de batalla.

—Bien. —Serbal asintió—. El territorio que hemos perdido debería arder en tu mente hasta que lo recuperemos.

Le tocó la cabeza con el hocico antes de colarse por el túnel que se abría entre las zarzas. Cuando Rosero lo traspasó, vio que su padre desaparecía con Estrella Negra en la guarida del líder.

—Lamento molestarte —le dijo Topera, colocándole delante una de sus patas negras—. ¿Puedes echarle un vistazo a esto? Cirro está durmiendo.

Rosero le examinó la zarpa. Estaba hinchada en la articulación inferior y se notaba caliente al tacto, pero la gata apenas hizo una mueca cuando él se la tocó con el hocico.

—Solo es una torcedura —la tranquilizó—. Te daré una semilla de adormidera para el dolor.

La guio a través de la espinosa entrada de la guarida del curandero, que se abría a un espacio profundo en el interior del arbusto. Dentro, el suelo arenoso había sido excavado para ganar amplitud y también había sido alfombrado con pinaza seca para que fuese más confortable.

Al fondo de la guarida, Cirro se incorporó en su lecho. El curandero atigrado parecía más pequeño de lo habitual, y tenía los ojos dilatados y el pelo revuelto por el sueño.

Rosero frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien?

Cruzó la guarida para olfatear el pelaje de su mentor. Lo encontró más caliente de lo que esperaba.

—Sí —le aseguró Cirro—. Solo un poco cansado.

—Quédate en el lecho —le recomendó Rosero.

Cirro no protestó, pero miró a Topera, que aguardaba en la entrada.

—¿Y ella está bien?

—Se ha torcido una pata —le informó su aprendiz—. Voy a darle adormidera.

Cirro negó con la cabeza.

—Mejor envuélvesela con consuelda y ortiga. —Señaló con la cabeza un montoncito de hojas partidas—. La adormidera siempre la deja un poco aturdida.

—¿Crees que podrás aguantar el dolor si conseguimos que la inflamación baje un poco? —le preguntó el joven curandero a Topera.

Ella asintió, levantando la pata. Rosero masticó las hojas hasta convertirlas en una pasta, se la aplicó a la guerrera en la zarpa y la cubrió con una hoja de romaza para proteger la mezcla.

Cuando su compañero de clan terminó la operación, Topera soltó un suspiro.

—Ya me siento mejor.

—Descansa durante un día y luego haz ejercicios suaves —le aconsejó Rosero.

La gata asintió y salió de la guarida, y Rosero se dio la vuelta para decirle a Cirro que se marchaba, pero el curandero del Clan de la Sombra ya se había dormido. A él también le pesaban las patas, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ovillarse en su lecho y echarse a dormir.

Pero aún tenía que examinar un montón de heridas.

Al salir de la guarida, guiñó los ojos ante la luz que se colaba en el amplio claro del pinar. Varios de sus compañeros de clan estaban tumbados en el lindero, aprovechando la poca calidez que el sol les brindaba en la estación sin hojas. Aguzanieves rodó por el suelo, desperezándose. Las delgadas líneas rojas que cruzaban su barriga blanca estremecieron a Rosero, aunque sabía que todos los cortes estaban limpios y adecuadamente tratados con jugo de caléndula. Junto a ella, Carbón descansaba con el hocico apoyado en las patas, sin hacer caso del tordo a medio comer que tenía al lado. Manto Ruano estaba echado delante de la guarida de los guerreros, con el pelo enredado y revuelto. Se retorció para lamerse el costado, pero volvió a tumbarse con una

mueca de dolor, resollando. Oliva y Rapaz estaban tumbados uno al lado del otro, con el pelo alborotado y el hocico lleno de arañazos.

De pronto, el muro de espinos tembló cuando Corazón de Tigre cruzó la entrada. Llevaba una ardilla en la boca y la lanzó al montón de la carne fresca. Canela apareció corriendo tras él, con una paloma entre los dientes.

Rosero trotó hacia sus hermanos, olfateando en busca de sangre.

—¡Espero que no se os haya reabierto ninguna herida!

—Hemos tenido cuidado.

Canela se agachó un poco para mostrarle que el corte entre los hombros seguía bien cerrado con las telarañas que le había aplicado su hermano. No había el menor rastro de sangre fresca.

Justo en ese momento, Trigueña salió de la guarida de los guerreros. Sus ojos verdes se iluminaron al ver juntos a sus tres hijos, y los saludó con un lametazo en la mejilla a cada uno.

Canela se zafó.

—¡Puf! ¡Somos demasiado mayores para esto!

Trigueña ronroneó mientras buscaba a Serbal en el claro.

—¿Dónde está vuestro padre?

—Con Estrella Negra. —Rosero rodeó a sus hermanos—. Supongo que, ahora que es lugarteniente, pasará mucho tiempo allí.

Corazón de Tigre flexionó las garras.

—Estoy deseando que se convierta en líder.

—¡Chist! —Canela le dio un empujón.

Corazón de Tigre se encogió de hombros.

—Bueno, es verdad, ¿no? Estrella Negra no vivirá eternamente.

Trigueña le pasó la cola por la boca.

—¡No digas esas cosas!

—Al menos con Corazón de Tigre uno siempre sabe a qué atenerse… —maulló Rosero, dándole un toquecito a su hermano.

El joven guerrero alzó la cabeza.

—Seguro que no sabéis qué estoy pensando ahora.

Canela agitó los bigotes.

—No, pero estoy convencida de que no tardarás mucho en soltarlo.

Corazón de Tigre se agazapó, adoptando la posición de ataque con los ojos brillantes.

Su hermana fingió asustarse.

—¡Ayuda! —chilló, corriendo a esconderse tras su madre.

—¡Parad ya! —los riñó Trigueña—. El clan sigue de duelo por la muerte de Bermeja.

Rosero vio que, en el extremo más alejado del claro, Serbal salía de la guarida de Estrella Negra y se dirigía hacia ellos. Corazón de Tigre y Canela estaban demasiado ocupados persiguiéndose alrededor de Trigueña para reparar en su presencia.

Corazón de Tigre hizo rodar a su hermana por el suelo.

—Algún día seré el lugarteniente y entonces no podrás burlarte de mí.

—¡De eso nada! —Canela se debatió debajo de él—. ¡La lugarteniente del Clan de la Sombra voy a ser yo!

Serbal se detuvo junto a los jóvenes enzarzados.

—¿Ya tengo rivales? —preguntó.

Los dos hermanos se levantaron de un brinco.

—Solo… estábamos jugando —se apresuró a maullar Canela.

—Me alegro de tener hijos con ambición —ronroneó Serbal—, pero me gustaría ser lugarteniente durante una luna o dos antes de que me reemplacéis. —Se volvió hacia Rosero—. ¿Tú también quieres ser lugarteniente?

—Soy feliz siendo curandero.

A Serbal le brillaron los ojos.

—Qué alivio. No creo que pudiera con vosotros tres juntos.

Trigueña restregó el hocico contra la mejilla de Serbal.

—Me siento muy orgullosa de todos vosotros… —maulló, y luego desvió la mirada hacia la guarida de Estrella Negra.

El líder del Clan de la Sombra había aparecido en la entrada. Le brillaban los ojos. Tenía el pelo reluciente y recién atusado.

—¡Guerreros y aprendices! —llamó, avanzando por el claro—. ¡Ya habéis tenido tiempo suficiente para recuperar fuerzas! ¡Reuníos a mi alrededor! Debemos aprender algunas lecciones de la derrota de ayer.

»—Todos peleasteis bien —continuó—, pero ayer perdimos territorio. Si queremos recuperarlo, debemos aprender de nuestros errores. Esta derrota nos da la oportunidad de hacernos más fuertes.

«Dame tiempo para curar a todos los heridos antes de empezar a planear la siguiente batalla», pensó Rosero, saboreando el aire. Olía un poco a rancio. Las heridas que Cirro y él habían vendado la noche anterior necesitarían nuevas cataplasmas si querían evitar posibles infecciones. Miró de reojo a Yedra, que estaba saliendo de la maternidad. El vientre de la gata había empezado a hincharse con su primera camada. Pasarían un par de lunas antes de que pudiera volver a participar en un combate. Quizá ella podría ayudarlo.

Mientras Estrella Negra seguía con su discurso, el joven curandero se acercó a la reina.

—Yedra… —maulló en voz baja—, ¿crees que podrías ayudarme a cambiar el vendaje de algunas heridas?

La gata parpadeó.

—Por supuesto.

Los dos se dirigieron a la guarida del curandero, y Cirro ni siquiera se despertó cuando se pusieron a recoger algunas hierbas.

Al salir al claro de nuevo, Lomo Rajado estaba paseándose de un lado a otro, y su pelaje marrón lanzaba destellos bajo los rayos del sol que se colaban entre las ramas.

—¿Cómo, en el nombre del Clan Estelar, podemos combatir a gatos que descienden de los árboles como lechuzas? —espetó.

Rosero dejó un fardo de hojas junto a Oliva.

—Tus heridas necesitan hierbas frescas… —maulló mientras olfateaba los cortes de su costado—. Puedes escuchar a Lomo Rajado mientras yo te las curo… —Luego le hizo una señal a Yedra—. Fíjate bien en cómo lo hago.

Y dicho eso, comenzó a lamer el ungüento seco de las heridas de Oliva para retirarlo. Esta hundió las garras en el suelo y se concentró en el debate.

Chamuscado se había unido a las intervenciones de sus compañeros:

—Quizá podamos convertir en una debilidad lo que ellos creen que es una fortaleza.

Estrella Negra asintió con los ojos entornados.

—¿Cómo?

—Aterrizan de manera muy pesada —respondió Chamuscado—. Les cuesta un poco recuperar el equilibrio. Podríamos usar ese breve instante de vacilación para hacer el primer movimiento.

Poma ladeó su cabeza moteada.

—La próxima vez estaremos preparados para sus tácticas de lechuza. Lo único que tenemos que hacer es mirar hacia arriba. No puede ser muy difícil apartarse de su camino mientras saltan.

A Grajo se le dilataron los ojos de la emoción.

—Además, trepar a los árboles y saltar lleva su tiempo. Los miembros del Clan del Trueno parecen haberse olvidado de que son gatos, no pájaros.

Aguzanieves asintió.

—Mientras pierden tiempo y energías en trepar, nosotros podemos prepararnos para abalanzarnos sobre ellos en cuanto aterricen.

—¡Será más fácil vencerlos ahora que sabemos lo que están haciendo! —se sumó Canela, que miró hacia una rama de avellano que se extendía sobre el campamento—. ¡Vamos a practicar!

Corazón de Tigre ya estaba corriendo hacia el tronco del avellano, que crecía entre densos zarzales en el lindero del claro. Trepó por él y avanzó con cuidado por la rama. Canela lo observaba, cambiando el peso del cuerpo de una pata a otra, deslizando la cola por el suelo.

Corazón de Tigre se lanzó…

… Y Canela saltó sobre él en cuanto tocó el suelo. Lo hizo rodar sin dificultad y lo aplastó contra la fría tierra.

A Estrella Negra se le iluminaron los ojos.

—Los gatos del Clan del Trueno se creen muy listos, pero tienen el cerebro de un pichón —gruñó.

Rapaz se adelantó.

—Pero no solo fuimos débiles en el combate en el bosque… —le recordó a su líder—. En el claro fueron capaces de dividir nuestra línea en dos.

—Quizá deberíamos disponer la línea de un modo distinto —sugirió Serbal—. Los guerreros mayores y más experimentados deberían pelear junto a los gatos más jóvenes y menos hábiles. Así, aunque consiguieran dividir nuestras filas, todas las partes serían fuertes.

—Bien pensado, Serbal —alabó Estrella Negra a su nuevo lugarteniente —. Antes de la siguiente batalla, emparejaremos a nuestros guerreros: los más diestros y los menos hábiles lucharán hombro con hombro.

Rosero sintió una oleada de orgullo por sus compañeros de clan. Para el Clan de la Sombra, la derrota significaba una oportunidad de enfrentar la siguiente batalla siendo mejores, más fuertes y más veloces. No había ni autocompasión ni culpabilidad; tan solo la certeza de que, la próxima vez, las cosas serían distintas.

Grajo se había puesto en pie.

—También podríamos reservar a algunos de nuestros mejores guerreros… —propuso—. Así, cuando nuestros enemigos crean que están ganando, podríamos enviar una columna de refuerzo para aplastarlos.

Serbal asintió despacio.

—Bien pensado, Grajo —maulló el nuevo lugarteniente—. La estrategia está muy bien, pero no tenemos que olvidar que lo que al final da la victoria es la destreza en el combate. —Se giró hacia Pinosa—. Pinta te derribó al embestirte de costado —le recordó a la joven aprendiza.

—Es más grande que yo, y me pilló por sorpresa —protestó Pinosa, indignada—. Además, yo estaba luchando contra Espinardo, no contra Pinta.

—Cierto —admitió Serbal—. Pero creo que podrías haber eludido su ataque con más eficacia.

Con un brillo de interés en los ojos, la aprendiza ladeó la cabeza.

—¿Cómo?

Serbal miró a Robledo y Zarpa de Hurón, y les indicó con la cola que se unieran a ellos en el centro del claro.

—Venid aquí.

Rosero observaba a sus compañeros de clan de reojo mientras se volvía hacia Carbón para aplicarle ungüento nuevo en las heridas. Robledo seguía cojeando, pero tenía el pelo ahuecado de emoción.

—Zarpa de Hurón, tú serás Espinardo. —Serbal colocó en su puesto al aprendiz gris y tostado.

El joven esponjó el pelo.

—Robledo, tú serás Pinta —continuó el lugarteniente.

Robledo asintió y se agazapó, listo para atacar.

Serbal se volvió hacia Pinosa.

—Ahora, ataca a Zarpa de Hurón, igual que atacaste ayer a Espinardo. Pero cuando Robledo se abalance contra ti, rueda con él, dejando que el impulso de su salto se convierta en un peso con el que tenga que cargar.

Pinosa frunció el ceño un instante y luego se lanzó contra Zarpa de Hurón. Mientras el aprendiz se debatía debajo de su compañera de clan, Robledo la embistió, la rodeó con las zarpas y la separó de Zarpa de Hurón. Pinosa lo atrapó y rodó con él, y Robledo trastabilló ante la repentina maniobra. Mientras el guerrero daba traspiés, la aprendiza giró en redondo, le dio un mordisco en el cuello y escapó de sus garras. Robledo recuperó el equilibrio enseguida, pero Pinosa ya se le había subido al lomo y estaba pateándolo y clavándole los colmillos en el pescuezo.

—¡Excelente! —Estrella Negra dio un paso adelante—. Hemos aprendido una técnica muy valiosa.

—¡Un movimiento genial, Pinosa! —exclamó Lomo Rajado.

Pinosa le dedicó una mirada a su mentor, con el pelo alborotado de orgullo. Entre los miembros del clan brotaban murmullos de aprobación.

Rosero terminó de aplicar el ungüento en la herida de Carbón.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Mejor —le respondió el guerrero gris.

Estrella Negra asintió, miró a su lugarteniente y señaló con la cola el montón de la carne fresca.

—Serbal, organiza patrullas de caza, por favor.

Serbal flexionó las garras.

—¿Y qué hay de marcar la nueva frontera?

El líder pareció molesto.

—No haremos ninguna marca mientras quede un rastro de calor en el cuerpo de Bermeja. —Se le empañaron los ojos—. Estrella de Fuego eligió un sendero oscuro al exigir que le devolviéramos ese territorio. ¿Acaso un auténtico guerrero haría un obsequio y después mataría para recuperarlo?

—¡Lengua de serpiente!

—¡Corazón de zorro!

Resonaron más y más insultos en el helado aire del campamento.

Estrella Negra exigió silencio con una nueva sacudida de la cola.

—¡Rosero! —llamó.

Rosero levantó la cabeza, sorprendido.

—Ven a mi guarida y dile a Cirro que venga también. Quiero hablar con mis curanderos. —El líder del Clan de la Sombra miró a Serbal—. Organiza las patrullas de caza —le repitió—, pero manteneos lejos del claro de los Dos Patas. No quiero peleas hasta que todos nuestros guerreros estén curados.

Rosero corrió a su guarida para despertar a Cirro, que seguía estando excesivamente caliente.

El viejo curandero abrió los ojos, aturdido.

—¿Qué ocurre? —masculló.

—Estrella Negra quiere hablar con nosotros en su guarida.

Cirro se levantó con rapidez y corrió hacia la salida. Rosero se sintió aliviado al ver que el viejo gato caminaba con firmeza. Lo alcanzó en la entrada de la guarida de Estrella Negra y lo dejó pasar primero. Luego lo siguió por debajo de la rama arqueada.

Los ojos de Estrella Negra relucían en la penumbra.

—¿El Clan Estelar os dio algún tipo de aviso sobre la batalla?

Rosero negó con la cabeza y miró a su mentor.

—Nada —respondió Cirro con voz ronca.

Rosero advirtió que le costaba respirar.

El líder frunció el ceño.

—¿Ningún tipo de aviso? ¿Nada?

Ambos curanderos negaron con la cabeza.

—Habría jurado que el Clan Estelar apreciaba más a Bermeja… —musitó Estrella Negra.

—Quizá el Clan Estelar no lo sabía… —sugirió Rosero—. O quizá la muerte de Bermeja era inevitable.

El líder del Clan de la Sombra pegó las orejas a la cabeza.

—¡Nada es inevitable, Rosero! —gruñó, antes de volverse hacia Cirro—. Comparte lenguas con el Clan Estelar. Averigua por qué ha sucedido todo esto. Quiero saber si el Clan del Trueno está planeando algo más. Quizá internarse en el corazón de nuestro territorio. Puede que esta batalla no sea más que el principio. Ahora ya se encuentran en nuestra línea de árboles, y eso está demasiado cerca de nuestro campamento.

Cirro lo miró parpadeando.

—El Clan del Trueno no ha robado territorio desde el Gran Viaje.

Rosero arañó el suelo, incómodo, al oír que su mentor defendía a otro clan. No era la primera vez que Cirro trataba al Clan del Trueno como amigo en vez de como rival.

—Estaba convencido de que el liderazgo de Estrella de Fuego había puesto fin a la codicia del clan —añadió el viejo curandero.

—Pero no a su arrogancia —gruñó Estrella Negra—. El Clan del Trueno siempre ha intentado decirles a los demás qué pueden o no pueden hacer. Quizá sientan que han estado perdiendo el tiempo con palabras y que es hora de pasar a la acción. —Flexionó sus largas garras—. Ve a la Laguna Lunar, habla con el Clan Estelar y averigua lo que puedas.

Cirro inclinó la cabeza sin poder evitar un estremecimiento.

—Iré yo —se ofreció Rosero.

Su mentor no estaba en condiciones de pasar una noche a la intemperie con aquel tiempo tan frío.

Estrella Negra miró a Cirro, y vio que tenía los ojos lechosos y que le temblaba la cola. Si le impactó descubrir que su veterano curandero estaba enfermo, lo disimuló muy bien.

—De acuerdo —aceptó.

Rosero siguió a Cirro fuera de la guarida. Ya en el claro, al pequeño atigrado empezó a temblarle la cola con más fuerza todavía.

—¿Estarás bien yendo tú solo? —le preguntó a su aprendiz.

—Estaré bien sabiendo que tú estás recuperando fuerzas y calentito. Procura descansar, Cirro. Yedra puede ayudarte con las tareas más sencillas.

Cirro abrió la boca como si fuera a protestar, pero se puso a toser.

—Gracias —farfulló.

Rosero inclinó la cabeza, preocupado al ver que su mentor cedía con tanta facilidad; eso solo podía significar que se encontraba realmente mal.

—Ten cuidado —le dijo Cirro, antes de poner rumbo a su guarida.

En ese momento, Yedra se acercó a Rosero.

—¿Qué quería Estrella Negra?

—Me voy a la Laguna Lunar para consultar con el Clan Estelar —le explicó el joven curandero mientras su viejo mentor desaparecía entre las zarzas—. ¿Vigilarás a Cirro? No está muy bien. Necesita descansar un poco.

—Me aseguraré de que descansa —respondió Yedra, inclinando la cabeza —. Y revisaré las heridas de todos hasta que vuelvas.

—¿Recuerdas lo que hay que hacer?

—Si huelen a amargo, retiro el ungüento y aplico uno nuevo.

Rosero asintió.

—Cirro te dirá qué hierbas del almacén debes usar. Yo regresaré mañana, cuando el sol esté en lo más alto.

—Ten cuidado, Rosero —maulló Yedra.

El joven curandero salió por el túnel de entrada y entornó los ojos, impactado por lo frío que estaba el aire fuera del campamento. Echó a correr, siguiendo una antigua senda de tejones que llevaba al lago. Sus zancadas levantaban puñados de pinaza y su aliento formaba nubecillas ante su hocico.

Mientras corría ladera abajo, el lago brillaba a través de los troncos plateados. El joven salió del bosque a la carrera y guiñó los ojos al ver los destellos del sol en el agua. Los guijarros crujieron bajo su peso cuando saltó a la orilla para seguir su camino bordeando el lago. Notaba los músculos fibrosos y fuertes debajo de la piel. La sangre le latía en los oídos y el corazón se le aceleró.

El Clan de la Sombra no iba a dejarse intimidar por el Clan del Trueno. El Clan de la Sombra no era un clan al que se pudiera avasallar. Sus arrogantes vecinos necesitaban aprender esa lección y ellos se asegurarían de enseñársela.

7

—¿Qué ocurre?

Zarpa Espinela había regresado al campamento cojeando; le dolía una pata después de su entrenamiento con Alcotán la noche anterior. Y seguía alterada por su discusión con Zarpa de Tórtola.

«¿Cómo se atreve a juzgarme?».

Al cruzar el túnel, se había esforzado por disimular la cojera, pero nadie la había visto entrar. Sus compañeros de clan estaban apiñados alrededor de Estrella de Fuego, la mayoría de ellos con el pelo erizado.

—¿Qué ocurre? —repitió la joven.

Entonces reparó en Glayo, que la miraba desde la Cornisa Alta como si le hubiesen crecido alas. La aprendiza sintió un escalofrío glacial cuando su mirada se cruzó con la del curandero. ¿Acaso podía verla? «Sabe que estoy entrenando en el Bosque Oscuro… Pero ¡eso no es malo! —se dijo, para librarse de la preocupación—. ¡En cuanto comprenda que así seré una guerrera mejor para mi clan, entenderá por qué!».

Floresta se acercó a ella.

—El Clan de la Sombra no ha marcado la nueva frontera… —le susurró al oído.

Zarpa Espinela se volvió hacia su amiga, sintiendo un gran alivio.

—¿Eso es todo? Pensaba que había llegado otra señal del Clan Estelar o algo así… —maulló.

Miró de reojo a Glayo, pero la mirada cortante del curandero se había transformado en su habitual mirada azul y ciega.

—¿Eso es todo? —repitió Floresta—. Significa que el Clan de la Sombra no reconoce que ahora el territorio nos pertenece. Es bastante grave, Zarpa Espinela.

La aprendiza cambió el peso de una pata a otra, pero hizo una mueca de dolor al apoyar la que le dolía.

—Bueno, sí… Pero mientras no traspasen nuestras marcas olorosas…

—Será mejor que no lo hagan —masculló Floresta, dirigiéndose hacia la guarida de los guerreros, uno de cuyos lados estaban reparando todavía—. ¿Nos ayudas a terminar con esta parte? Tenemos que añadir algunas ramas y trenzarlas…

Zarpa de Tórtola ya estaba allí, trabajando con Hojarasca Acuática para doblar una rama por debajo de otra.

—Luego —respondió la aprendiza atigrada.

—¿Dónde te habías metido?

La voz de Carbonera la sobresaltó. Zarpa Espinela giró en redondo y se encontró con su mentora, que parecía mirarla con cierto recelo.

—Zarpa de Tórtola lleva aquí un buen rato —añadió la guerrera.

—Quería practicar mi técnica de acecho hasta dominarla por completo…

No pensaba admitir que había estado sentada junto al lago, echando chispas en silencio. «Soy tan leal como cualquier guerrero del Clan del Trueno. ¡Más leal, incluso! Soy la única que entrena en sueños para luchar por mi clan».

—Debes de tener hambre —maulló Carbonera—. Come algo, y luego ve a echar una mano a Zarpa de Tórtola y Hojarasca Acuática en la guarida de los guerreros.

Zarpa Espinela se miró las patas.

—¿No hay otra cosa que pueda hacer?

Su mentora se inclinó hacia ella.

—¿Has estado discutiendo con tu hermana otra vez? —Le rozó la mejilla con los bigotes—. No deberías tenerle celos, ya lo sabes. Tú eres igual de buena que ella cazando y peleando.

«¡Por supuesto que lo soy! ¡Me entrena el mejor!».

—Ayer me sentí orgullosa de ti —continuó Carbonera—. Luchaste como una guerrera.

—Gracias —masculló Zarpa Espinela.

Alcotán no había perdido el tiempo con halagos. La había visto combatir en la batalla, y al encontrarse de nuevo con ella en el Bosque Oscuro le había enseñado cómo pelear mejor la próxima vez. Qué más daba si se había torcido una pata. ¡Había aprendido mucho!

—Ve a comer algo.

Carbonera la empujó hacia el montón de la carne fresca, que olía deliciosamente. A Zarpa Espinela le rugió el estómago.

—Come lo que quieras —la invitó Betulón, que estaba lanzando las presas de lo alto del montón a un pequeño agujero que habían excavado al lado—. Las piezas que sobren las enterraré para después.

La aprendiza atigrada escogió una musaraña muy carnosa. Estaba relamiéndose después de engullirla, cuando vio que Hojarasca Acuática y Raposo se le acercaban.

—Carbonera ha dicho que nos ayudarías a terminar con la nueva sección de la guarida —maulló Hojarasca Acuática.

Raposo apenas podía contener la emoción.

—¡Será estupendo cuando esté acabado! ¡Habrá sitio de sobra para Floresta y Abejorro Negro!

—Vale, os echaré una mano —suspiró la joven.

No podía evitar a su hermana para siempre.

Junto al montón de la carne fresca había palitos apilados y agarró un puñado con los dientes.

—¡Yo también me apunto! —Rosada cruzó el claro a toda prisa.

—Yo estoy arreglando ese trozo… —Raposo señaló hacia un hueco en el muro de la guarida, donde habían doblado largas ramas del haya para clavarlas en la tierra—. Apenas dirías ya que es un árbol caído.

Rosada asintió.

—Es verdad, se ha convertido en parte del campamento.

—Aunque ya casi no queda claro —masculló Raposo, esquivando una ramita que sobresalía.

—Hay espacio de sobra —maulló Rosada—. Ahora hay menos corrientes en el campamento.

Zarpa Espinela soltó el puñado de palitos junto a su hermana.

—Aquí tienes —maulló, y rodeó el muro de la guarida para empezar a rellenar huecos antes de que Zarpa de Tórtola pudiera darle las gracias.

—Eres muy habilidosa —le dijo Floresta, colocándose a su lado para ayudarla—. Toma. —Introdujo una vara de sauce por un agujero entre las ramas—. Tú la guías y yo tiro de ella.

Zarpa Espinela siguió sus instrucciones.

—¿Por qué nadie habla de la batalla? —preguntó—. Es como si no recordaran que ha sucedido.

—¿Y por qué tendrían que hablar? —maulló Floresta mientras tensaba los palitos entrelazados—. Ganamos. ¿Qué otra cosa deberíamos estar haciendo?

—Aprendiendo a pelear mejor.

Floresta la miró con asombro.

—Pero ¡si ganamos!

—Eso no significa que ganemos la siguiente batalla —repuso Zarpa Espinela—. Y seguro que los guerreros del Clan de la Sombra están entrenando duro para garantizarse la victoria la próxima vez.

—¿Cómo lo sabes?

La atigrada desvió la vista.

—Son el Clan de la Sombra, ¿no?

Floresta soltó un bufido.

—Bueno, pues nosotros somos el Clan del Trueno. La estación sin hojas ya está aquí, y hay más cosas de las que preocuparse, aparte de las batallas.

Zarpa Espinela arrugó el hocico. «No me extraña que Alcotán no te visite en sueños…».

La joven aprendiza daba vueltas en su lecho, resoplando de cansancio. Había comido con Floresta y, en vez de lavarse, había ido a acostarse, con la esperanza de estar dormida antes de que llegase su hermana. Ahora que Abejorro Negro y Floresta se habían trasladado definitivamente a la guarida de los guerreros, le sería más difícil ignorar a Zarpa de Tórtola.

Se tapó el hocico con una pata y cerró los ojos.

—¿Zarpa Espinela? —Zarpa de Tórtola se abrió paso entre los helechos y se acomodó en su sitio—. ¿Estás despierta?

La atigrada redujo el ritmo de su respiración, simulando que dormía. Había sido un día largo y ni siquiera el molesto dolor de su corazón podría mantenerla despierta. Poco después, el sueño la arrastró a sus profundidades y la envolvió en su calidez.

Abrió los ojos dentro de un sueño. La niebla se enroscaba en torno a sus patas, y en el aire frío y desolado resonaban alaridos. Por primera vez sintió que se le encogía el alma al descubrirse en el Bosque Oscuro. Quería dormir de un tirón, aunque solo fuera por una noche. Le escocían los arañazos de la batalla y le dolía la pata. Entrenar día y noche resultaba agotador. Cerró los ojos, esperando que el sueño se esfumara, pero la fría niebla le pellizcó las patas con más intensidad.

Con un suspiro de resignación, volvió a abrir los ojos. Ante ella había un claro de hierba corta y rala y, en lo alto, el cielo era negro y sin estrellas. Zarpa Espinela estiró los músculos, preparándose para la sesión de

entrenamiento. Al menos sus compañeros de clan del Bosque Oscuro jamás la comparaban con su hermana.

Sonaron unos pasos tras ella y la joven aprendiza se volvió en redondo. Un gato marrón con una oreja negra —pequeño y ágil, sin duda del Clan del Viento— se detuvo y la saludó con un leve asentimiento. Zarpa Espinela lo miró ceñuda, intentando recordar quién era. Lo había visto en las asambleas. Mientras trataba de recordar su nombre, una voz al otro lado de la loma lo llamó:

—¡Hormiguero!

«Hormiguero, eso es…».

Cuando el guerrero marrón echó a correr hacia la voz, Zarpa Espinela se plantó sobre las patas traseras, tratando de ver quién lo había llamado. Sintió un latigazo de dolor en la pata herida y, antes de que lograra ver al otro gato entre las sombras, aterrizó pesadamente sobre las cuatro patas.

Un maullido a sus espaldas la sobresaltó.

—Pareces cansada.

—Ah, hola, Corazón de Tigre. —Se alegró de ver a alguien a quien podía reconocer de inmediato—. Tú también pareces cansado…

—No me importaría descansar una noche entera, la verdad —contestó el atigrado, sin poder reprimir un bostezo.

—Imagino que quieren fortalecernos.

Corazón de Tigre no pareció oírla.

—Supongo que Zarpa de Tórtola no ha venido contigo esta noche…

Zarpa Espinela se sulfuró.

—¡Me han elegido a mí, no a ella!

Y sin esperar respuesta, echó a correr ladera arriba, siguiendo el rastro de hierba aplastada que había dejado Hormiguero. Traspasó la línea de árboles y se internó en las sombras, con la rabia latiéndole en los oídos. ¡Ni siquiera allí podía librarse de su hermana!

Además, ¿por qué le preguntaba Corazón de Tigre por Zarpa de Tórtola? ¿Es que estaba enamorado de ella?

Zarpa Espinela soltó un bufido de frustración. «¡Pues pierde el tiempo!». Su hermana jamás tendría algo que ver con un gato de otro clan. Le gustaba demasiado oír a Leonado decirle lo asombrosa que era como para arriesgarse a quebrantar el código guerrero.

Con un gruñido, la joven aprendiza zigzagueó entre los troncos, y de pronto se encontró con el enredado pelaje blanco y rojizo de una gata de pelo

largo y chocó contra su costado. Tras recuperar el equilibrio, se giró hacia la guerrera que le había bloqueado el paso.

—¡Vaya sitio tan absurdo para sentarse! —bufó, todavía malhumorada.

Antes de que pudiera tomar aire, la gata blanca y rojiza le saltó encima. Zarpa Espinela notó las garras de la guerrera en su cuello y se quedó sin aliento cuando la desconocida la lanzó contra el suelo y la inmovilizó. A la joven aprendiza la recorrió una oleada de pánico mientras luchaba por respirar, mirando paralizada a la guerrera que se inclinaba despacio sobre ella.

—Muestra un poco de respeto, jovencita —gruñó la gata lanzándole un aliento apestoso y frunciendo el hocico—. Seguro que no quieres morir en un sitio como este… —Curvó las garras hasta que sus afiladas zarpas se clavaron en la piel de Zarpa Espinela—. Más allá del Bosque Oscuro no hay nada, ya lo sabes. Solo tinieblas.

Zarpa Espinela vislumbró un pelaje atigrado con el rabillo del ojo.

—Ya está bien, Hoja de Arce.

La aprendiza notó que se relajaba al reconocer la voz de Alcotán.

—Suéltala —insistió el guerrero, esta vez con un gruñido amenazador.

Hoja de Arce soltó a Zarpa Espinela, que tomó una larga bocanada de aire y comenzó a toser. Luego se incorporó con esfuerzo y se quedó agazapada, tratando de recuperar el aliento. Estaba temblando de la cabeza a la cola.

—Tranquilízate —maulló Alcotán con cierto desprecio.

Hoja de Arce sacudió la cola y se dio la vuelta para alejarse.

—Procura mantener controladas a tus visitas… Este sitio era mucho mejor cuando no estaba lleno de idiotas embobados.

Zarpa Espinela miró a Alcotán parpadeando.

—Lo siento…

—No le hagas caso —le respondió él secamente—. Hoja de Arce lleva aquí mucho tiempo, pero eso está a punto de cambiar.

La aprendiza, nerviosa, miró a la guerrera. Las sombras parecían engullirla, y advirtió con un sobresalto que el contorno de la gata se desvanecía en el aire como si estuviera hecho de bruma. Podía ver claramente los árboles que había al otro lado, allí donde solo debería haber visto el robusto cuerpo de la guerrera.

La joven se estremeció.

—¿Todos los gatos acaban… desvaneciéndose?

—Al final, sí —gruñó Alcotán—. Si sobreviven lo suficiente.

El poderoso guerrero echó a andar entre los árboles y Zarpa Espinela vaciló un instante, con el estómago encogido. Ella no quería desvanecerse. Se

sacudió de arriba abajo y corrió tras Alcotán.

—¿Te encuentras bien?

El guerrero le miró ceñudo la pata trasera cuando ella lo alcanzó.

Zarpa Espinela se acordó de la lesión.

—Sí, gracias.

Alcotán salvó de un salto una estrecha zanja.

—Si no estás en condiciones para entrenar, vete a casa.

La joven aprendiza saltó tras él y apretó los dientes de dolor al aterrizar.

—Deberías alegrarte de que esté aquí… —maulló—. Glayo lo sabe.

Esas palabras le salieron de la boca sin pensar. No había planeado contárselo a nadie, pero ya no podía seguir guardándoselo.

Alcotán se dio media vuelta.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que vengo aquí —confesó Zarpa Espinela—. Mi hermana me lo ha contado.

—Así que ella también lo sabe… —Alcotán la miró fijamente—. ¿Y?

«¿Qué espera que le diga?».

La aprendiza se encogió de hombros.

—Y… nada.

El guerrero asintió y retomó la marcha, y Zarpa Espinela se apresuró a alcanzarlo.

—… Después de todo, no estoy haciendo nada malo, ¿verdad? Deberían estarme agradecidos por entrenar de más. Los guerreros del Clan del Trueno no parecen preocuparse demasiado de su preparación para la lucha… Me he pasado todo el día reconstruyendo guaridas…

Alcotán rozó la lisa corteza de un árbol.

—No estás haciendo nada malo, nada en absoluto —afirmó—. De ser así, ¿no crees que yo te avisaría?

La llevó a un claro, donde una roca negra y gris sobresalía del suelo como si fuera el lomo arqueado de un tejón antiguo. Había varios gatos alrededor de la roca, y Zarpa Espinela reconoció a Hormiguero y Corazón de Tigre. El joven guerrero del Clan de la Sombra la saludó con la cabeza, pero ella no le hizo ni caso. Estaba demasiado ocupada buscando a otros gatos que conociera. Nunca había visto a tantos miembros de los clanes en el Bosque Oscuro. Localizó el lustroso pelaje gris oscuro de Palomera, del Clan del Río, y más allá Ventolero se paseaba debajo de un pino al que había fulminado un rayo.

La joven se detuvo junto a un pequeño gato blanco, y se estremeció al ver la larga cicatriz que le dividía el pelo de la barriga y se enroscaba por su bíceps hasta la punta de una oreja, como una abultada serpiente rosada.

Alcotán los presentó.

—Este es Nevado.

Zarpa Espinela lo saludó con timidez, procurando no mirarle la cicatriz.

—Ese es Desmochado y esa Gurriata —continuó Alcotán, señalando con la cola a otros dos guerreros del Bosque Oscuro.

Desmochado tenía el pelaje atigrado y oscuro surcado de viejas heridas, y Gurriata, una gata moteada pequeña, tenía el hocico desfigurado, como si un perro se hubiera ensañado con ella. Zarpa Espinela flexionó las garras y levantó la barbilla. No iba a permitir que sus nuevos compañeros de clan se dieran cuenta de lo nerviosa que estaba.

—¡Garra de Cardo!

La exclamación de bienvenida de Alcotán la sobresaltó. En la maternidad había oído historias sobre Garra de Cardo. Había sido el mentor de Estrella de Tigre, y algunos decían que fue él quien le enseñó al viejo enemigo de Estrella de Fuego el significado de la crueldad. La joven se giró de golpe y vio que un gato enorme entraba lentamente en el claro. Tenía la cara blanca, moteada con manchas irregulares de color gris. Sacudió la larga cola grisácea, tensando sus blancos bíceps.

—Hola, Alcotán. —Sus penetrantes ojos ámbar destellaron frente a su aliado del Bosque Oscuro—. Parece que esta noche no han venido muchos.

—Solo los mejores —respondió Alcotán.

Garra de Cardo rodeó la roca despacio y Zarpa Espinela contuvo la respiración. ¿Qué clase de entrenamiento iban a recibir? Dejó de apoyarse en la pata dolorida, esperando que le aguantara.

—Tú. —Garra de Cardo le hizo una señal a Desmochado—. Súbete a la roca.

Desmochado se apresuró a obedecer y se plantó sobre la superficie rocosa ancha y lisa.

Los ojos ámbar de Garra de Cardo centellearon.

—Quiero que trabajéis juntos —ordenó—. Tenéis que derribarlo de la roca sin permitir que él os golpee en la cabeza. —Miró a Desmochado—. ¿Lo entiendes?

El guerrero del Clan Oscuro asintió y Garra de Cardo dio un paso atrás.

—Empezad.

Gurriata fue la primera en saltar. Era pequeña pero fuerte y, por un momento, desequilibró a Desmochado con un golpe salvaje en el hocico. Zarpa Espinela erizó el pelo. La cara del guerrero se tiñó de sangre. Se suponía que tenían que entrenar con las garras desenvainadas, ¿no? Se agazapó para lanzarse sobre Desmochado, pero Hormiguero la apartó de un empujón al atacar por su cuenta.

—¡He dicho que trabajéis juntos! —bramó Garra de Cardo, dándole un manotazo a Hormiguero en la oreja.

Zarpa Espinela notó que algo caliente le salpicaba el cuello y percibió el olor salado de la sangre, pero no miró a Hormiguero porque no quería ver cómo lo habían castigado por interponerse en su camino. En vez de eso, rodeó la roca hasta donde estaba Corazón de Tigre, plantado sobre las patas traseras: golpeaba a Desmochado y se agachaba para evitar que le diera en la cabeza a su vez, y Zarpa Espinela se plantó a su lado y se unió a él.

Desmochado se movía frenéticamente mientras los gatos le atizaban por todas partes. Girando hacia un lado y luego hacia otro, intentaba alcanzarlos con golpes dirigidos con mucho cuidado. Zarpa Espinela se agachó cuando él le lanzó un zarpazo y se levantó de nuevo cuando el guerrero se volvió para defender sus espaldas. La aprendiza saltó hacia delante y lo golpeó con las dos patas, sintiendo una oleada de alegría al ver que se tambaleaba.

«¡Te tengo!».

Pero justo en ese momento, Desmochado se revolvió de nuevo y se encaró con ella, torciendo la boca con un gruñido. La joven saltó hacia atrás cuando el guerrero le lanzó un zarpazo a los ojos; falló, pero se acercó lo bastante como para rozarle las pestañas.

Zarpa Espinela se quedó conmocionada. «¡Podría haberme dejado ciega!». Mientras aterrizaba sobre las cuatro patas, temblando, a Desmochado se le dilataron los ojos. Había sido sorprendido de repente por detrás y cayó de bruces cuando sus patas traseras resbalaron. Alargando el cuello, Zarpa Espinela vio cómo Gurriata tiraba del guerrero, clavándole los colmillos a fondo. Desmochado aulló de dolor, arañando la roca mientras luchaba por aferrarse a ella.

—¡No! —rugió Garra de Cardo, propinándole un mandoble a Gurriata que la tiró al suelo.

Con un alarido, la gata se quedó despatarrada sobre la hierba.

Zarpa Espinela dio un respingo.

«¡No se mueve!».

El guerrero blanco y gris paseó la mirada entre los temblorosos gatos.

—Os he dicho que derribarais a Desmochado… —Su voz era tan suave que provocaba escalofríos—. No que tirarais de él. —Miró a Gurriata, que dio una sacudida y levantó la cabeza—. Has hecho trampas —le bufó Garra de Cardo.

—Lo lamento. —La voz de la gata era poco más que un graznido.

Garra de Cardo la rodeó lentamente y luego le clavó una zarpa.

—Levántate —gruñó—. Es tu turno.

Se quedó mirando cómo Gurriata se ponía en pie con dificultad y comenzaba a trepar a la roca.

—Ahí arriba no podrás hacer trampas.

8

Rosero estaba exhausto.

Rebasó la cima de la hondonada torpemente y bajó por el hollado sendero en la roca, que descendía en espiral hasta la Laguna Lunar. Llevaba dos días sin dormir, y se dejó caer junto al agua como un guerrero derrotado, con las zarpas congeladas y magulladas.

Los muros de piedra de la hondonada estaban helados y brillaban sobre la laguna, y la superficie del agua, tachonada de estrellas, se estremecía bajo la brisa nocturna. Tras cerrar los ojos, Rosero apoyó la barbilla en las patas y tocó el agua con el hocico. Al instante brotaron llamas a su alrededor, y el hielo de los muros rocosos empezó a sisear y a bufar al entrar en contacto con el fuego.

El joven curandero se levantó de un salto, girándose despavorido. Una cortina de deslumbrantes llamas anaranjadas bloqueaba el sendero de acceso, y Rosero se apartó, encogiéndose y con las orejas pegadas a la cabeza. «¡Clan Estelar, ayúdame!». A ciegas, corrió hacia la laguna.

—¡No, idiota!

El alarido de advertencia hizo que Rosero frenara en seco.

El joven curandero se volvió, entornando los ojos, y vio una figura felina que se reflejaba, oscura, contra el muro de llamas.

—¿Quién eres?

Cuando el desconocido se acercó, Rosero distinguió un pelaje atigrado de color gris. No conocía a aquel gato, aunque olía levemente a los pinos del Clan de la Sombra.

—Mantente lejos del agua —gruñó el recién llegado.

—No tengas miedo, Rosero. Grisón solo quiere ayudarte —maulló una gata reluciente que apareció ante sus ojos.

Las llamas proyectaban sombras intermitentes sobre su pelaje blanco. Rosero reconoció a Nacarada, la antigua curandera del Clan de la Sombra.

Los guerreros del Clan Estelar lo miraron con serenidad.

—Pero… ¿es que no veis el fuego? —aulló Rosero.

—Mira a tu alrededor —murmuró Nacarada.

Rosero hizo lo que le indicaban y soltó un respingo.

Gatos de pelaje estrellado ocupaban los salientes rocosos de la hondonada. El fuego los rodeaba, haciendo centellear su pelo, pero ni una sola llama los tocaba. Rosero saboreó el aire. Percibió el sabor de la escarcha. El aire era frío, y en la piel no notaba otra cosa que no fuera la helada brisa nocturna. El fuego no era más que una visión. Llameaba silenciosamente a su alrededor, pero solo emitía una luz fría que iluminaba la laguna.

Sintió cómo el miedo se alejaba de él, y, con un suspiro de alivio, examinó las hileras de sus antepasados guerreros. Distinguió a Nariz Inquieta, a Nocturno y a Salvinia. ¡Y ahí estaba también Bermeja! Parecía más joven y fuerte, tal como debía de ser antes de que él naciera; su pelo rojizo oscuro se veía sano y lustroso, y tenía la cola enroscada pulcramente alrededor de las patas. La luz del fuego se reflejaba en sus ojos oscuros y firmes.

—¿A quién ves? —le preguntó Nacarada con delicadeza.

—A Nariz Inquieta, a Salvinia… —empezó él. «¿Por qué me lo pregunta? Puede verlo por sí misma»—. A Bermeja y a Corvina… —continuó, al ir reconociendo más pelajes—. A Colmillo Gris, a Zorruna… —Todos ellos eran guerreros del Clan de la Sombra muertos hacía mucho, que él había conocido junto a la Laguna Lunar—. Solo a nuestros antepasados…

¿Por qué Nacarada estaba mirándolo tan fijamente?

—¿Ves a alguien más? —quiso saber la gata.

Rosero volvió a repasar las hileras de guerreros estelares.

—Flor de Acebo, Pedernal… —El joven curandero frunció el entrecejo—. Todos son antepasados nuestros —repitió, notando un hormigueo en la piel. Allí solo había gatos del Clan de la Sombra—. ¿Es que el Clan de la Sombra va a perecer en un incendio? —Se le subió el corazón a la garganta—. ¿Ese es vuestro aviso?

Nacarada negó con la cabeza.

—Me temo que nuestro mensaje no es tan simple.

—¿Dónde están los demás miembros del Clan Estelar? —Rosero arañó el suelo.

—Están con sus propios clanes.

—Pero, en la muerte, sois todos un único clan… —Rosero ladeó la cabeza, desconcertado—. Las fronteras entre los clanes desaparecen.

Un pelaje oscuro destelló a través de las llamas cuando un gran atigrado bajó de un salto a la piedra plana. Era Estrella Mellada, el noble líder del Clan de la Sombra de muchas lunas atrás.

—Antes no había fronteras en el Clan Estelar. —Su profunda voz resonó por toda la hondonada—, pero los tiempos han cambiado.

Rosero notó un hormigueo en las patas.

—¿Cómo han cambiado? ¿Por qué?

—La batalla con el Clan del Trueno fue injusta, sin que hubiera habido ninguna provocación. Pero los antepasados del Clan del Trueno no hicieron nada por impedirla, y Bermeja murió. —Inclinó respetuosamente la cabeza ante la lugarteniente del Clan de la Sombra.

—Se avecina algo espantoso, Rosero —afirmó Nacarada con ojos relucientes, captando la atención del joven curandero—. No se puede confiar en ningún clan. Cada uno debe seguir por su cuenta para sobrevivir.

A Rosero se le erizó el pelo.

—¿Qué es lo que se avecina?

Nacarada se inclinó más hacia él.

—No podemos vernos arrastrados por la traición de otro clan.

Rosero sintió que se le encogía el estómago de miedo.

—¿No puedes contarme qué es lo que va a suceder?

Cuando Nacarada negó con la cabeza, el joven curandero se giró hacia Estrella Mellada.

—¿Qué es? —le suplicó.

Estrella Mellada miró a Nacarada con desesperación.

—¿Por qué no se lo contamos?

La gata blanca gruñó.

—Si lo supiera, ¿en quién confiaría? Las sospechas paralizarían a todo el clan.

Estrella Mellada bajó la vista hacia sus enormes zarpas delanteras.

—Esto es algo que está más allá de nuestro control —murmuró.

—¿Qué puede estar más allá de vuestro control? —Rosero se adelantó—. ¡Sois el Clan Estelar!

—Nosotros os guiamos —maulló Nacarada—. Os aconsejamos. Pero no podemos impedir que suceda lo que va a suceder.

—Entonces, ¿qué podéis contarme?

Estrella Mellada señaló con la cabeza el muro de llamas.

—Debes arder tan ardientemente como este fuego para proteger a tu clan. La supervivencia es más importante que el código de los curanderos. Debes olvidar tu lealtad hacia ellos y comprometerte solo con tu clan. A partir de ahora, el Clan de la Sombra no tiene aliados. Recuerda esto: se acercan tiempos de guerra, y solo tus antepasados guerreros permanecerán a tu lado. Nadie más.

«Se acercan tiempos de guerra…». El fuego comenzó a desvanecerse, y, con él, sus antepasados guerreros. «Debes arder tan ardientemente como este fuego para proteger a tu clan».

Rosero abrió los ojos, temblando. Estaba tumbado junto a la Laguna Lunar. La hondonada estaba oscura y silenciosa, excepto por la brisa que susurraba sobre el agua. El olor del Clan Estelar seguía envolviendo al joven curandero.

«Lo recordaré —prometió en silencio—. Protegeré a mi clan, cueste lo que cueste».

9

Zarpa de Tórtola se despertó de repente, temblando. Los muros de helechos susurraban a su alrededor y se encogió por la corriente helada. Sin Abejorro Negro y Floresta, la guarida estaba más fría que nunca. Plantó las orejas. Su hermana gimoteaba en sueños.

«¿Qué ocurre?».

—¡Despierta, Zarpa Espinela!

La joven gata la pinchó con las garras. ¿Y si los guerreros del Bosque Oscuro estaban haciéndole daño?

Candeal asomó la cabeza entre los helechos.

—¿Va todo bien ahí dentro?

La aprendiza gris se dio la vuelta a toda prisa, tapando a su hermana para que su madre no la viera.

—Zarpa Espinela está teniendo una pesadilla —maulló—. Solo intentaba despertarla…

Candeal separó un poco más los helechos con una de sus blancas patas, dejando que entrara la luz del alba.

—Me ha parecido que gimoteaba…

—Está bien, de verdad —la interrumpió Zarpa de Tórtola.

Candeal se encogió de hombros.

—Bueno, pues si solo está soñando, despiértala y salid. Zarzoso está organizando las patrullas de caza.

Al retirarse la guerrera, los helechos volvieron a su sitio con un susurro.

Zarpa de Tórtola sacudió ferozmente a su hermana con las dos patas.

—¡Despierta de una vez, Zarpa Espinela!

—¿Q-qué?

La gata abrió los ojos parpadeando y Zarpa de Tórtola vio que tenía un ojo magullado e hinchado.

—¡Estás herida!

—No es nada. —La atigrada giró la cabeza, escondiendo la cara entre las sombras.

—¿Te lo han hecho en tus sueños? —Zarpa de Tórtola sintió una gran frustración—. Estabas peleando otra vez en el Lugar Sin Estrellas, ¿verdad?

Zarpa Espinela pegó el hocico al de su hermana.

—¡Cierra el pico!

—¡No debes ir!

Zarpa de Tórtola podía notar el calor que emitía el ojo hinchado de su hermana.

—No metas las narices en mis asuntos, ¿vale?

—¿Es que no te das cuenta de lo peligroso que es el Bosque Oscuro…?

Pero Zarpa Espinela ya había salido de la guarida, echando chispas.

«¡Ayúdala, Clan Estelar! Ayúdala a ver que está equivocada. Y protégela. —Zarpa de Tórtola cerró los ojos—. Por favor, Clan Estelar…».

Intentó serenarse respirando hondo y al final ella también salió al claro.

Pinta, Fronde Dorado y Tordo estaban alrededor de Zarzoso. Abejorro Negro y Floresta se daban empujones tras ellos; Nimbo Blanco y Centella se paseaban de un lado a otro, mientras Manto Polvoroso, Tormenta de Arena y Espinardo esperaban en silencio.

Al lugarteniente del Clan del Trueno apenas se le veían las puntas de las orejas.

—¡Manto Polvoroso, ve con Tormenta de Arena a ver si el Clan de la Sombra ha marcado la nueva frontera! —Se volvió hacia Nimbo Blanco—. Tú llévate a Floresta y Abejorro Negro a cazar. —Le hizo una señal a Fronde Dorado—: Y tú sal con Pinta y Tordo, a ver qué podéis atrapar. Quiero otro montón de la carne fresca repleto cuando caiga el sol.

«¿Dónde se ha metido Zarpa Espinela?». Zarpa de Tórtola inspeccionó el campamento. No había ni rastro del pelaje blanco y plateado de su hermana, pero vio a Leonado en el extremo más alejado. Su mentor estaba sumido en una conversación con Esquiruela y Zancudo; hablaban en susurros, con las cabezas casi tocándose. Presa de la curiosidad, la aprendiza se centró en su sentido del oído para escucharlos.

—¿Cómo de grandes eran las huellas? —Leonado parecía preocupado.

—Bastante grandes —informó Zancudo—. Eran de zorro; por el olor, una hembra.

—Ha usado esa senda más de una vez —añadió Esquiruela.

Leonado frunció el ceño.

—Así que no está simplemente de paso.

Esquiruela desenvainó las garras.

—Vamos a tener que localizar a ese animal y echarlo de aquí.

—Quizá sea mejor esperar —repuso Leonado—. La vida en el bosque es dura en la estación sin hojas. Tal vez se vaya a otro sitio. Los zorros prefieren la carroña a la carne fresca cuando cazar se vuelve difícil… —De repente, levantó la cabeza y clavó la vista en Zarpa de Tórtola—. ¡Únete a la patrulla de Fronde Dorado! —le ordenó a su aprendiza.

Ella arañó el suelo, consciente de que el guerrero se había dado cuenta de que estaba espiándolos.

—¿Y qué pasa con el entrenamiento? —quiso saber.

—El entrenamiento puede esperar.

Leonado se giró de nuevo hacia Zancudo.

Tordo y Pinta ya estaban saliendo por el túnel de espinos, detrás de Fronde Dorado, y la aprendiza corrió hacia ellos para alcanzarlos.

—Leonado me ha dicho que me una a vosotros —le dijo a Fronde Dorado.

—Muy bien. —El guerrero saboreó el aire—. Cuantas más garras, mejor. Hoy será un día duro para cazar. Hace demasiado frío y apenas podremos oler nada.

—Y tu pelo destacará como un zorro en un ventisquero. —Pinta lo rodeó; bajo sus zarpas blancas y grises, crujían las hojas congeladas.

Fronde Dorado soltó un bufido.

—En ese caso, será mejor que vayas tú delante, ¿no crees?

Pinta encabezó la marcha ladera arriba. Su pelaje claro no era más que un borrón entre la vegetación blanqueada por la escarcha. Zarpa de Tórtola se situó a la cola de la patrulla y plantó las orejas para buscar a su hermana.

—¡Esperad! —susurró Pinta de pronto.

La guerrera se detuvo en lo alto de la loma. Adoptó la postura del cazador, con la vista clavada en el suelo más adelante. Un mirlo iba dando saltitos sobre las hojas heladas. Zarpa de Tórtola contuvo el aliento, y Fronde Dorado y Tordo se quedaron inmóviles. Pinta comenzó a balancear las ancas…

«¡Crac!».

Un palito se partió bajo las patas de Zarpa de Tórtola y el mirlo salió volando, presa del pánico.

—¡Lo siento! —se disculpó la aprendiza, encogiéndose de vergüenza.

Fronde Dorado movió los bigotes.

—Todo está más quebradizo por la helada.

—Quizá sea mejor que nos separemos —propuso Pinta.

Fronde Dorado ladeó la cabeza y miró a Tordo.

—¿Tú cómo lo ves?

—A mí me parece bien —dijo el guerrero negro y blanco—. Si volvemos con las patas vacías, al menos no podremos culpar a nadie más que a nosotros mismos.

Fronde Dorado asintió.

—De acuerdo, separémonos. —Miró a los miembros de la patrulla—. ¿A alguien le importa si yo voy hacia la orilla?

Zarpa de Tórtola negó con la cabeza. Ella prefería quedarse al abrigo de los árboles.

—Yo iré hacia el arroyo —maulló.

Pinta ya estaba siguiendo la cima de la loma.

—Muy bien, nos vemos más tarde en el campamento —dijo por encima del hombro.

—Yo probaré en el borde del páramo —anunció Tordo—. Quizá haya algún conejo extraviado.

Fronde Dorado rozó a Zarpa de Tórtola al pasar.

—¿Estarás bien tú sola?

Ella asintió.

—Sí, así podré practicar mi técnica de acecho.

El guerrero atigrado desapareció por el otro lado de la ladera y la aprendiza se internó más profundamente en el bosque. Aguzando el oído, buscando a través de los árboles, intentó localizar a Zarpa Espinela, pero entonces se detuvo de pronto. Su hermana ya le había dicho que no metiera las narices en sus asuntos. Además, ¿por qué iba a espiarla durante el día? Tenía que protegerla de noche, cuando estuviera durmiendo.

La joven aprendiza serpenteó entre los árboles hasta que oyó el sonido del agua, se acercó al arroyo y se inclinó para beber un poco, pero de repente bajo sus patas sonó un crujido de hielo. La gata retrocedió de un salto, sorprendida. El agua se había congelado en la orilla. Al otro lado había una franja arenosa desde la que podría llegar más fácilmente al agua. Pasó de un salto a la otra ribera y bebió durante un buen rato. Con la barbilla goteando, saboreó el aire. No captó el cálido olor de ninguna presa; solo la blanda promesa de la nieve. Iba a nevar muy pronto. La aprendiza irguió las orejas, desazonada por el silencio.

De pronto, el sonoro graznido de un estornino resonó en la quietud del bosque.

«¡Una presa!».

Entusiasmada, Zarpa de Tórtola avanzó hacia el sonido, abriéndose paso entre los árboles con el mayor sigilo posible. El áspero timbre del estornino se oyó de nuevo, esta vez mucho más cerca. La aprendiza desenvainó las garras e inspeccionó las ramas de lo alto. No tenía ningún reparo en trepar por el tronco si era necesario…

Justo en ese momento, le llegó un susurro de una mata de helechos.

«¿Un estornino entre los helechos? Qué raro…».

Saltó sobre la fronda, sacudiendo la cola de la emoción.

—¡Eh!

Se le erizó el pelo al oír aquel aullido de sorpresa y notó un pelaje debajo de las patas. Aquello no era un estornino. Nerviosa, salió de entre los helechos retorciéndose y dando marcha atrás.

—¿Quién anda ahí? —maulló, con la voz quebrada por el miedo.

Saboreó el aire.

«¡El Clan de la Sombra!».

El amargo olor del clan vecino la impactó y Zarpa de Tórtola se puso tensa, lista para pelear. ¿Qué estaba haciendo el Clan de la Sombra en el territorio del Clan del Trueno? Los helechos susurraron de nuevo y entre las frondas apareció Corazón de Tigre.

Zarpa de Tórtola se quedó mirándolo, atónita. ¡Corazón de Tigre había entrado de nuevo en el territorio del Clan del Trueno!

—¿Cómo te atreves a cazar aquí? —le soltó desafiante, ignorando el cosquilleo de emoción que sentía en la piel.

—¡¿Que cómo me atrevo yo?! —El guerrero la miró con los ojos desorbitados—. ¿Qué estás haciendo tú en el territorio del Clan de la Sombra?

—¿El… el territorio del Clan de la Sombra? —maulló la gata, frunciendo el ceño—. Esta zona pertenece al Clan del Trueno…

La joven aprendiza miró a toda prisa los árboles que la rodeaban. Había pinos mezclados con robles y hayas. Saboreó el aire. Olores del Clan del Trueno mezclados con el Clan de la Sombra. ¿Dónde estaba la frontera? Olfateó de nuevo.

«¡Ahí!». La frontera estaba justo detrás de Corazón de Tigre.

El guerrero giró en redondo y se quedó mirando la línea de árboles marcados, como si a él lo sorprendiera también encontrar la frontera a sus espaldas. Se volvió hacia la joven.

—¡Lo siento! —Sus ojos ámbar se dilataron, arrepentidos—. Es como si el frío hubiera matado todos los olores. Lo único que huelo hoy es la

escarcha.

Zarpa de Tórtola ronroneó.

—¡Te entiendo perfectamente, yo no he detectado ningún rastro en toda la mañana!

Corazón de Tigre pareció aliviado.

—Me alegro de no ser el único… —Miró de nuevo hacia la frontera—. No vas a echarme por las bravas, ¿verdad? —le preguntó con un ronroneo.

La joven gata levantó la cabeza.

—¡No, desde luego que no! Ya fue bastante malo tener que luchar contra vosotros en la batalla…

Corazón de Tigre la miró con sus ojos ámbar y Zarpa de Tórtola notó una oleada de calor.

—Quiero decir, sé que estábamos combatiendo… y se supone que tenemos que pelear, pero…

Se le enredaron las palabras y se encontró mirándolo fijamente sin más.

—Las fronteras dan más problemas de lo que valen —masculló Corazón de Tigre.

—¿Qué?

Zarpa de Tórtola apenas podía creer lo que acababa de oír. Pero era cierto. Sin fronteras podrían verse siempre que quisieran… Esa idea le provocó un cosquilleo en el estómago.

Corazón de Tigre carraspeó.

—Por supuesto, las fronteras son fronteras… —Se detuvo, y su expresión se dulcificó.

—Incluso cuando no puedes olerlas… —bromeó la aprendiza.

¿Por qué Corazón de Tigre tenía que mirarla así?

Justo en ese momento, unas pisadas sonaron a sus espaldas.

—¡Patrulla! —exclamó Zarpa de Tórtola en un susurro.

El guerrero atigrado plantó las orejas.

—Vuelve a tu lado de la frontera —le dijo la aprendiza—. Yo los despistaré. —Al ver que él vacilaba, insistió—: ¡Vamos, vete ya!

Los pasos sonaban cada vez más cerca y Corazón de Tigre corrió hacia la línea olorosa, pero entonces se detuvo.

—¡Quiero volver a verte!

Zarpa de Tórtola parpadeó.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—¡Aquí! Esta noche, ¿de acuerdo?

—D-de acuerdo… —Apenas podía creer que estuviera aceptando una propuesta como aquella.

Luego dio media vuelta y echó a correr.

Leonado, Zancudo y Esquiruela iban hacia ella a toda prisa. Sus brillantes pelajes destellaban entre los árboles y Zarpa de Tórtola corrió en su dirección, interponiéndose en su camino.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Leonado, frenando torpemente.

—Cazar —respondió ella con inocencia.

Esquiruela y Zancudo se detuvieron a su lado. El guerrero negro la olfateó.

—¿Y qué has cazado?

—Todavía nada —confesó la joven.

—¿Dónde está Fronde Dorado? —le preguntó su mentor.

—Ha bajado a la orilla. Nos hemos dividido.

Leonado amasó las hojas congeladas que cubrían el suelo.

—Bueno, con todas las presas escondidas bajo tierra para huir del frío, no creo que sea muy útil que estés dando vueltas por el bosque tú sola. —Se sentó para sacudirse trocitos de hielo de las zarpas delanteras—. Será mejor que vayas al campamento para ayudar con las reparaciones de la guarida de los guerreros.

Zarpa de Tórtola no quería regresar, quería quedarse en el bosque, recordando la mirada ámbar de Corazón de Tigre.

—¿No crees que Fronde Dorado se preocupará si desaparezco sin más?

—Iremos a buscarlo y se lo diremos —replicó su mentor—. Pero antes tenemos que encontrar a ese zorro.

—¿Está… por aquí? —Zarpa de Tórtola miró a su alrededor, de repente nerviosa.

Esquiruela pareció desconcertada.

—¿Es que no lo hueles?

La joven olfateó el aire y notó cómo se le erizaba el pelo. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¡El bosque apestaba a zorro!

—Yo-yo… estaba buscando presas, no zorros —tartamudeó.

Leonado entornó los ojos.

—Será mejor que vuelvas al campamento, Zarpa de Tórtola.

La joven asintió, aliviada de no tener que poner más excusas. Cuando echó a correr, Esquiruela le gritó a sus espaldas:

—¡Y mantén los ojos bien abiertos!

—¡Lo haré! —respondió ella.

Sabía que le había dado a Corazón de Tigre el tiempo suficiente para desaparecer. ¡Y más tarde iba a volver a verlo! Se imaginó su espeso pelaje y su cola larga y lustrosa, y apenas pudo notar las patas mientras corría ladera abajo, en dirección a la hondonada. Su corazón latía con fuerza cuando cruzó el túnel de espinos…

Pero al llegar al claro tuvo que frenar en seco. En el umbral de la maternidad, Dalia y Rosella estaban inclinadas hacia delante, con las orejas plantadas. Musaraña acababa de asomarse desde la guarida de los veteranos. Bayo, en el montón de la carne fresca, parecía haberse quedado petrificado y Hojarasca Acuática arañaba las hojas del suelo junto a la guarida de los guerreros.

Todos miraban a Mili y a Glayo, que estaban cara a cara, con el pelo erizado, en el centro del claro.

—¡Estás presionándola demasiado! —Los ojos azules de Mili echaban chispas.

Glayo sacudió la cola.

—¡Necesita que la presionen!

—Pero ¡está agotada!

—Eso es mejor que tenerla tumbada en su lecho, asfixiándose lentamente.

El pelaje de Mili tembló de la cabeza a la cola.

—¿Estás seguro?

A Glayo se le desorbitaron los ojos.

—¿Es que quieres que muera?

—¡Quiero que se recupere! —bufó Mili—. Quiero que corra por el bosque. Quiero que cace y pelee. ¡Quiero que conozca la satisfacción de ser guerrera!

—Eso ya no es posible, Mili… —maulló el curandero con delicadeza.

—Entonces, ¿qué sentido tiene todo esto? —gruñó la guerrera.

—¿No hay alegría en el simple hecho de vivir? —Glayo se inclinó sobre la afligida gata.

—¿«Alegría»? —repitió ella, sofocada por la incredulidad.

Glayo levantó la cabeza.

—No pienso darme por vencido con Gabarda.

Mili soltó un gruñido desde lo más hondo de la garganta.

—Lo único que estás haciendo es prolongar su sufrimiento…

En ese momento, Hojarasca Acuática se acercó a la carrera.

—Gabarda no sufre ningún tipo de dolor —maulló—. Glayo se asegura de que así sea.

—Pero tampoco está mejorando —replicó la guerrera.

—Ser curandero tiene que ver tanto con la fe como con las hierbas… —Hojarasca Acuática deslizó la cola por el costado de Glayo.

Él se apartó de golpe.

—¡Puedo ocuparme de esto yo solo, Hojarasca Acuática!

Pero Mili se había encarado ahora con la antigua curandera del Clan del Trueno, pegando el hocico al de ella.

—¿«Fe»? —repitió con un bufido—. Si vuestros antepasados guerreros son tan poderosos, ¿por qué no curan a Gabarda? Si esto hubiera ocurrido en mi viejo hogar, mi dueño lo habría solucionado.

—¿Mili? —La voz conmocionada de Látigo Gris sonó en la entrada del claro—. ¿Es eso lo que piensas de verdad?

La guerrera retrocedió.

—No sé qué pensar… —respondió con la voz quebrada—. Lo único que sé es que veo a mi hija rota e impotente, luchando día a día, con la muerte acechándola como un zorro… —Su voz se fue apagando.

—Pero está viva, Mili. —Látigo Gris parpadeó—. Está aquí, con nosotros.

La atigrada respiró hondo.

—Sí, está aquí, pero solo para ver cómo sus hermanos viven la vida de los guerreros mientras ella se limita a gemir, a toser y a arrastrarse hasta el montón de la carne fresca…

Las zarzas de la entrada de la guarida del curandero susurraron y a través de las ramas espinosas asomaron las zarpas de Gabarda, que estaba saliendo a rastras. La hondonada se quedó en silencio. Solo se oía el sonido de la barriga de la gata, arrastrándose sobre la tierra helada.

—Estoy mejorando, ¿no? —preguntó, mirando fijamente a Mili.

Mili corrió hacia su hija y le lamió la mejilla con vehemencia.

—Sí, sí, claro que sí.

—Haré todos los ejercicios —prometió Gabarda.

—Sé que lo harás —la tranquilizó su madre—. Y yo te ayudaré.

—Me agotan, pero no me hacen daño.

Rosella se acercó a Zarpa de Tórtola.

—Gracias al Clan Estelar que Abejorro Negro y Floresta no están aquí para oír esto —le susurró.

Zarpa de Tórtola se sobresaltó. Cerrando los ojos, proyectó sus sentidos hasta que pudo oír a Abejorro Negro y Floresta corriendo a lo largo de la orilla, ronroneando mientras se echaban una carrera hasta el arroyo.

Eran afortunados. A salvo en su pequeño mundo, ellos no podían oír todos los sonidos que flotaban en el bosque.

Zarpa de Tórtola miró a su alrededor. Hojarasca Acuática había vuelto a su trabajo. Bayo había escogido un gorrión del montón de la carne fresca y se lo estaba comiendo, y Látigo Gris permanecía solo en mitad del claro. Había empezado a nevar y los minúsculos copos se quedaban pegados a su largo pelaje.

La joven aprendiza sintió una punzada de culpabilidad. Estaba contenta. Esa noche iba a reunirse con Corazón de Tigre.

10

La luz del atardecer centelleaba a través de las nubes rotas cuando Rosero llegó al campamento del Clan de la Sombra. Llegaba más tarde de lo esperado y se sentía culpable. Había planeado cerrar los ojos un momento junto a la Laguna Lunar, pero estaba tan cansado que, cuando despertó, descubrió que la noche había pasado y que el aire diurno relucía en los copos de nieve.

Yedra, que estaba aseándose delante de la maternidad, levantó la cabeza cuando Rosero cruzó el claro cubierto de nieve. El curandero la saludó inclinando la cabeza, sin decir nada. Tenía que informar en primer lugar a su mentor, y luego a Estrella Negra.

Al traspasar el espinoso muro de su guarida, se sintió aliviado cuando vio a Cirro levantado y revisando un montón de hierbas secas. Estaban llenas de polvo y el gato tosía al examinarlas.

—Necesitaremos provisiones frescas antes de que las heladas lo estropeen todo… —le dijo a Rosero sin mirarlo.

—Quizá deberías tomar un poco de fárfara —le sugirió el joven—. Podría aliviarte la tos.

—Es por el polvo, nada más.

Rosero se detuvo junto a su mentor.

—¿Cómo te encuentras hoy?

Notó que irradiaba menos calor, pero aún tenía los ojos lechosos.

—Mejor —afirmó el viejo atigrado—. Solo necesitaba una buena noche de descanso. ¿Qué tal ha ido en la Laguna Lunar? Has estado fuera mucho tiempo.

Rosero se miró las zarpas.

—Me he quedado dormido en la hondonada.

—El trayecto hasta allí es duro, y tú ya estabas agotado.

—Pero ¡debería haber vuelto directamente después de la visión que he tenido!

Cirro se inclinó hacia delante.

—¿Qué?

—El Clan Estelar me ha avisado de que se avecinan problemas.

Cirro frunció el ceño.

—¿Qué clase de problemas?

—No lo han dicho exactamente, pero es algo serio… —Rosero se estremeció—. Había fuego en la hondonada. Por todas partes. Estrella Mellada ha dicho que se acercan tiempos de guerra.

—¿«Guerra»? —Cirro plantó las orejas—. ¿Qué más ha dicho?

—Que debemos olvidarnos de todas nuestras lealtades y cuidar únicamente de nuestro clan.

—¿Que nos olvidemos de todas nuestras lealtades…? —A Cirro empezó a temblarle la cola.

—Incluso de ser leales a los demás curanderos.

Cirro parpadeó.

—Pero… ¡eso jamás ha sucedido!

Rosero deseó que su mentor lo entendiera.

—Ahora, incluso el Clan Estelar está dividido. No podemos fiarnos de nadie, excepto de nosotros mismos y de nuestros propios antepasados.

Cirro corrió hacia la entrada.

—Debemos contárselo a Estrella Negra de inmediato.

En el claro, Estrella Negra se había reunido con Serbal. Robledo iba hacia la salida del campamento, con Aguzanieves y Lomo Rajado a la zaga. Grajo y Carbón esperaban órdenes mientras Oliva y Rapaz se paseaban impacientes a su alrededor.

Cirro miró a Estrella Negra, que asintió al captar el sentido de su mirada.

—¡Grajo! —llamó el líder.

—¿Sí? —respondió el guerrero blanco y negro, irguiéndose.

—Termina de organizar las patrullas de caza extra. Quiero lleno el montón de la carne fresca cuando caiga el sol. Serbal, ven conmigo.

Los gatos que esperaban poder participar en las patrullas de caza se volvieron hacia Grajo mientras Estrella Negra se retiraba a su guarida. Serbal y Cirro lo siguieron. Rosero esperó a que desaparecieran en las sombras y luego fue tras ellos.

La mirada de Estrella Negra llameaba a través de la penumbra y se clavó en Rosero en cuanto el joven curandero entró en la guarida.

—¿Has soñado algo en la Laguna Lunar?

Rosero asintió.

—Se acercan tiempos de guerra. El Clan Estelar está dividido en los cuatro clanes que conocemos aquí. Debemos romper todas nuestras lealtades y cuidar solo de nosotros mismos.

Estrella Negra lo miró desconcertado.

—Pero nosotros solo somos leales al Clan de la Sombra…

Rosero miró de reojo a su mentor.

—Los curanderos compartimos un código que traspasa las fronteras —le recordó a Estrella Negra.

Cirro arrugó el hocico.

—¿Estás seguro de que ese es el significado de tu sueño?

El joven notó que se le empezaba a erizar el pelo del lomo.

—Nacarada fue muy clara al respecto.

—No podemos darles la espalda a los otros curanderos sin más —protestó Cirro—. No después de todas las lunas que llevamos compartiendo problemas y ayudándonos mutuamente.

Rosero flexionó las garras, hundiéndolas en el suelo cubierto de agujas de pino, pero se mordió la lengua. ¿Acaso su mentor era incapaz de escucharlo?

—Yo creo que deberíamos ser cuidadosos a la hora de interpretar el sueño —continuó Cirro—. El Clan Estelar nos ha avisado de que se avecinan problemas, y debemos estar preparados. Pero ¿por qué deberíamos destruir amistades que nos han ayudado en los momentos más difíciles? Es demasiado pronto para olvidar el Gran Viaje, o el papel que han tenido los curanderos al ayudar a los cuatro clanes a instalarse aquí.

Estrella Negra entornó los ojos.

—Confío en tu buen juicio, Cirro. —Inclinó la cabeza ante Rosero—. Gracias por ir hasta la Laguna Lunar y traernos esta advertencia. No somos tan descerebrados como para sacrificarnos a nosotros mismos por otro clan, pero tampoco tan tercos como para rechazar ayuda si la necesitamos.

Al viejo curandero le dio un fuerte ataque de tos.

—Ve a descansar, Cirro —le ordenó Estrella Negra.

El curandero tragó saliva con dificultad para frenar la tos y finalmente salió de la guarida.

—Gracias de nuevo, Rosero.

El líder movió la cola y Rosero supo que estaba despachándolo. Sintió un hormigueo de frustración al salir al sol poniente.

—Tú también deberías descansar.

La voz de Serbal lo sobresaltó. Al girarse, Rosero vio que su padre lo había seguido.

—Debes de estar agotado —insistió el guerrero, entornando los ojos—. ¿Qué ocurre?

Rosero soltó un bufido y desvió la mirada.

—Tenías algo más que decir, ¿verdad? —le preguntó Serbal.

—Sé lo que vi en la Laguna Lunar —gruñó el joven—. He transmitido el mensaje que me dieron. —Vio que la cola de su mentor desaparecía en la guarida del curandero—. Pero Cirro está demasiado unido al Clan del Trueno.

—Lleva muchas lunas siendo curandero. Ya lo era antes del Gran Viaje. No es de extrañar que tenga amigos en los otros clanes.

—Eso le nubla la razón —protestó Rosero—. Se acercan tiempos de guerra. ¿Alguno de vosotros lo ha oído? Estrella Mellada fue muy claro sobre cómo debíamos actuar. ¿Por qué Cirro y Estrella Negra no pueden ver que ningún otro clan nos ayudará si esto desemboca en una lucha por la supervivencia?

—No subestimes a Estrella Negra, Rosero. —Los ojos de Serbal se oscurecieron—. Nuestro líder no es idiota.

El joven sacudió la cola con nerviosismo.

—Pero ¡no me ha escuchado! Ha escuchado a Cirro, y Cirro está demasiado unido a sus amigos curanderos.

—No te preocupes por eso. —Serbal le pasó la cola por el lomo—. El Clan de la Sombra siempre ha sabido defender su independencia.

Rosero se zafó del contacto tranquilizador de su padre.

—Los guerreros, quizá. Pero los curanderos siempre han trabajado juntos. En el Clan Estelar está sucediendo algo. —Una corriente de determinación le tensó los agotados músculos—. Y todos los clanes se verán afectados. Esta vez no podemos arriesgarnos a confiar en nadie, aparte de en nosotros mismos.

11

Zarpa de Tórtola no dejaba de moverse. Hacía demasiado frío para quedarse quieta. El suelo estaba levemente blanqueado por la nieve, el cielo se había despejado y las estrellas centelleaban sobre el bosque. Congelada hasta los huesos, la aprendiza recorrió de nuevo la línea olorosa, aguzando el oído. ¿Dónde se había metido Corazón de Tigre? Proyectó sus sentidos a través de los árboles y dejó que se deslizaran más allá de las hayas, entre los pinos, hasta alcanzar el campamento del Clan de la Sombra.

—¡Apártate, Pinosa! Estás aplastando mi lecho.

—Toma un poco de enebro antes de acostarte, Cirro. Solo para que puedas respirar mejor.

Su oído captó muchos más sonidos y dejó que sus sentidos se extendieran más allá.

—¡Fosca!

La brisa que soplaba sobre el páramo arrastraba las voces del campamento del Clan del Viento.

—¿Dónde está Cola Blanca?

—Esta noche duerme en la guarida de Estrella de Bigotes.

El agua lamía el borde del campamento del Clan del Río y allí pudo oír a Ala de Mariposa llamando a su aprendiza.

—Blima, ¿te has asegurado de arreglar el lecho de Saltón?

Un perro ladró, malhumorado, junto al cercado de los caballos. A Zarpa de Tórtola le recordó al zorro que rondaba por el territorio del Clan del Trueno, y la joven gata centró sus sentidos en los alrededores para inspeccionar el bosque, por si el aire helado había vuelto a camuflar su olor.

De pronto, a solo unas colas de distancia sonaron unos pasos sobre la fina capa de nieve. Aunque avanzaban pisando con delicadeza, revelaban a una criatura de cierto peso. Zarpa de Tórtola se puso tensa, moviendo la cabeza

para inspeccionar las siluetas de los árboles sumidos en la penumbra. El ritmo de los pasos se aceleró. La aprendiza se agazapó más cuando unas garras arañaron el suelo.

—¿Zarpa de Tórtola?

«¡Corazón de Tigre!».

—¡Me has asustado!

—Pensaba que me oirías antes de que me acercara —respondió él con un ronroneo—. Nunca he conocido a nadie con el oído tan fino.

«Demasiado fino…», pensó la aprendiza. Estaba escuchando lo que la rodeaba con tanta intensidad que se le había escapado lo que aguardaba. Debía recordar que, a veces, oírlo todo no era tan útil como oír lo que estaba más cerca.

—¿Zarpa de Tórtola? —Los ojos de Corazón de Tigre centelleaban a la luz de la luna.

La joven parpadeó.

—Sí… lo siento.

No iba a dejar que sus poderes desviaran su atención de Corazón de Tigre. Para él, ella era una gata forestal común y corriente, nada más.

El guerrero la acarició suavemente con el hocico.

—Deja de disculparte.

Por encima de ellos, una pequeña porción de luna se curvaba como una garra en el negro cielo y bañaba el bosque con una luz tenue. El pelaje de Corazón de Tigre relucía bajo su resplandor y Zarpa de Tórtola se sintió deslumbrada por esa visión.

—Vamos —maulló el guerrero, echando a andar.

—¿Adónde quieres ir?

—Conozco un lugar donde nadie nos encontrará.

Zarpa de Tórtola corrió tras él. Corazón de Tigre se alejaba del lago, siguiendo la frontera del Clan de la Sombra. El suelo se elevaba en una pendiente suave y cada vez había menos árboles. La aprendiza comenzó a quedarse sin aliento al tratar de seguir el ritmo del guerrero.

—Te encantará —le dijo Corazón de Tigre—. Nadie lo conoce, excepto Rosero y yo.

Los olores del Clan de la Sombra y del Clan del Trueno eran cada vez más débiles, y Zarpa de Tórtola miró atrás por encima del hombro. El lago parecía un disco aplanado que centelleaba en la lejanía, a través de los árboles.

—¿Vamos a salir del territorio de los clanes?

Notó un cosquilleo de emoción en el estómago. ¿Eso que olía era el aire de las montañas? ¿Y qué era ese olor almizclado? Sintió un hormigueo al detectar un olor familiar.

«¡Glayo!».

Se detuvo a olfatear un arbusto achaparrado y espinoso. El olor de Glayo perduraba en el extremo de los tallos. Y también el de Leonado. ¿Qué habían estado haciendo, tan lejos del campamento? Tocó un tallo con la lengua. Los olores eran rancios. Por su sabor, estaba claro que llevaban lunas allí.

—¡Date prisa!

Corazón de Tigre se detuvo en la ladera. Recortado contra la luz de la luna, con las patas bien plantadas en el suelo y la barbilla alta, parecía un líder de clan.

Zarpa de Tórtola apartó ese pensamiento.

—¡Ya voy!

Y dicho eso, corrió cuesta arriba hasta llegar a un claro. Más adelante, se alzaba una ruinosa vivienda de los Dos Patas. Parecía el tocón de un viejo árbol grisáceo. Era más pequeña que la vivienda abandonada del territorio del Clan del Trueno. La mitad de las paredes se había caído y apenas quedaba tejado.

—¡Uau!

Zarpa de Tórtola adelantó a Corazón de Tigre a la carrera por el sendero de guijarros que llevaba a la entrada de la casa. Se detuvo donde las sombras llenaban la abertura y se volvió hacia su compañero.

—¿Es segura?

El guerrero asintió y Zarpa de Tórtola cruzó las rocas lisas de la entrada y se internó en la vivienda. La luz de la luna bañaba el suelo de piedra. La aprendiza levantó la cabeza y vio el cielo estrellado. Vigas rectas de madera lo entrecruzaban. Sin duda habían sostenido el tejado cuando la casa estaba entera.

—¿Cómo descubriste este lugar? —le preguntó a Corazón de Tigre, que había entrado tras ella.

—Rosero y yo lo encontramos cuando éramos aprendices. —Saltó a una gran roca plana que se había desprendido de la pared—. Solíamos jugar por aquí.

Con un segundo salto, alcanzó uno de los troncos entrecruzados. Estaba plano por los cuatro lados y el guerrero avanzó por él como si lo hubiese hecho innumerables veces.

Zarpa de Tórtola saltó a la piedra saliente, y el corazón le dio un vuelco cuando le resbalaron las patas y acabó provocando una lluvia de polvo al tratar de recuperar el equilibrio. Luego alzó la mirada hacia la viga que había recorrido Corazón de Tigre, calculando la distancia cuidadosamente, hasta que por fin saltó. Sonó un crujido cuando aterrizó en ella, pero la madera era lo bastante áspera y blanda como para clavar las garras y Zarpa de Tórtola se sujetó con firmeza. Con el corazón desbocado, la joven se estabilizó y miró al suelo.

—¡No está tan alto como parece! —exclamó Corazón de Tigre desde el otro extremo de la viga—. No tengas miedo.

Sacudió la cola antes de saltar de nuevo, y, en un movimiento largo y arqueado, pareció volar de una viga a otra. Tras aterrizar perfectamente, se dio media vuelta para guiñarle un ojo a Zarpa de Tórtola.

—Ahora… ¡mira esto!

Sin detenerse, fue saltando de un tronco a otro, recorriendo toda la extensión de la vivienda. Luego dio media vuelta y regresó del mismo modo, como si estuviera cruzando un arroyo a través de los pasaderos.

—¡Ten cuidado!

Zarpa de Tórtola soltó un grito estrangulado. Con cada salto, el corazón le daba un brinco.

—¡Esto no es nada! —replicó el guerrero, aterrizando junto a ella.

Miró hacia arriba, donde dos troncos se elevaban hasta unirse en un punto determinado. Sin previo aviso, se plantó sobre las patas traseras y saltó. Agarrado a uno de los troncos inclinados, se columpió antes de izarse y trepar hasta lo más alto.

—¡Para ya!

Zarpa de Tórtola apenas podía respirar. No podía imaginarse a ningún otro gato tan fuerte y tan ágil… Y tan valiente.

Corazón de Tigre se deslizó por una de las vigas inclinadas y regresó saltando junto a la aprendiza. Cuando aterrizó en el tronco de al lado, la viga crujió bajo su peso. Ese sonido evocó ciertos recuerdos en la mente de Zarpa de Tórtola: volvía a estar en la hondonada rocosa, cuando el haya —con su enorme tronco gimiendo y astillándose— se había derrumbado en medio del campamento.

—¡Cuidado!

Con un alarido desgarrador, la joven saltó a las vigas para aferrar a Corazón de Tigre y los dos cayeron al suelo en picado. Aterrizaron en un montón de musgo, levantando una nube de polvo en torno a ellos.

Con los ojos llorosos y la garganta ardiendo, Zarpa de Tórtola se retorció para ponerse de pie.

—¿Estás bien?

Corazón de Tigre no respondió.

«Oh, Clan Estelar. Por favor, ¡que esté bien!».

—¡Corazón de Tigre!

—Creo que estoy bien… —dijo una voz amortiguada debajo de ella—. Pero tendrás que quitarte de encima para que pueda confirmarlo.

Avergonzada, la joven se separó de él.

El guerrero se incorporó. Levantó una pata, luego la otra. Después sacudió la cabeza.

—Sobreviviré —anunció al cabo, con una expresión cálida pero desconcertada.

Zarpa de Tórtola tuvo que hacer un esfuerzo por sostenerle la mirada.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Corazón de Tigre.

La aprendiza miró hacia arriba. La viga seguía de una sola pieza.

—He oído que crujía… —maulló con tono de disculpa— y creía que iba a romperse.

Corazón de Tigre siguió su mirada entornando los ojos.

—Caramba —musitó.

—¿«Caramba»?

—¿Ves esa pequeña grieta?

Zarpa de Tórtola aguzó la vista y, a la luz de la luna, vio una grieta reciente en la viga.

—Tienes el oído mucho más fino de lo que pensaba… —Corazón de Tigre agitó los bigotes—. ¡Me has salvado la vida! —Se puso en pie y comenzó a dar vueltas en torno a la aprendiza, ronroneando con la cola bien alta—. Si no fuera por ti, ahora estaría muerto. Eres mi heroína. ¿Cómo puedo agradecértelo?

Zarpa de Tórtola levantó la barbilla, siguiéndole el juego.

—Tráeme ratones —maulló, altanera—. Y una ardilla al día durante una luna. Y musgo nuevo para mi lecho. Y… —Le tocó el mentón con la punta de la cola—. Debes seguirme todo el día y quitarme los abrojos del pelo.

El brillo risueño se apagó en los cálidos ojos ámbar de Corazón de Tigre. La aprendiza se puso tensa, preguntándose si se habría pasado con la broma.

—Yo haría todo eso por ti con mucho gusto… —La voz del guerrero era tan firme como su mirada—. Aunque no me hubieras salvado la vida.

—En realidad no te la he salvado… —susurró ella—. No ha sido más que un leve crujido. Ese tronco podía soportar tu peso perfectamente.

—Quizá —admitió él—. Pero estabas preocupada por mí. Eso significa que te importo, ¿no? —le preguntó con un destello de duda en los ojos—. Quiero decir que tal vez te importo más que si fuéramos simples amigos…

Zarpa de Tórtola tragó saliva. Por primera vez, sentía de verdad el poder de las estrellas en sus manos.

—Sí —respondió en voz baja—. Sí, me importas… —Le dio un vuelco el corazón, en el que de pronto reverberaba una mezcla de dolor y alegría—. No debería ser así, pero me importas.

Corazón de Tigre se inclinó hacia delante para acariciarle el hocico, ronroneando sonoramente. El aliento de los dos se condensó en una sola nubecilla, y el guerrero entrelazó la cola con la de la aprendiza, que notó cómo el calor se extendía por su piel.

Corazón de Tigre suspiró.

—Será mejor que volvamos, antes de que reparen en nuestra ausencia.

Se apartó, pero solo lo necesario para que ella se pusiera en pie, y juntos se dirigieron a la entrada de la vivienda, dejando que sus cuerpos se rozaran.

Se detuvieron sobre la roca lisa de la entrada y Zarpa de Tórtola miró hacia el bosque que descendía hasta lago, de pronto muy lejano.

—Esto va a funcionar, ¿verdad?

—Sí —le prometió Corazón de Tigre—. Ninguna frontera será jamás lo bastante fuerte para separarnos.

—¿Lo crees de verdad?

Lo miró parpadeando. Quería creerlo. Tenía que hacerlo. Nada le había parecido tan importante en su vida.

—Podemos volver a vernos antes de la media luna —propuso el guerrero.

—Mañana.

Zarpa de Tórtola se sentía audaz.

Corazón de Tigre la miró, sorprendido.

—¿Crees que podemos escabullirnos del campamento dos noches seguidas? ¿Correrías ese riesgo?

—Vale la pena, ¿no?

Restregó el hocico contra su mejilla. Su olor era cálido. Ahora él era suyo; no pertenecía al Clan de la Sombra. Se pertenecían el uno al otro.

—¿Y qué pasa con tus compañeros de guarida? —Corazón de Tigre se separó un poco—. Se darán cuenta de que te vas.

—Ahora ya solo estamos Zarpa Espinela y yo. —Retiró un trocito de musgo del pelo del guerrero—. Mi hermana no se lo dirá a nadie.

Corazón de Tigre se puso tenso.

—¿Zarpa Espinela?

Zarpa de Tórtola notó el peso de una piedra fría en el estómago. De repente, recordó la mirada que habían cruzado Corazón de Tigre y su hermana durante la batalla.

—¿La… la conoces?

Corazón de Tigre le quitó torpemente una brizna de hierba seca del lomo.

—La he visto en las Asambleas.

—¿Solo en las Asambleas?

Corazón de Tigre se sentó y la miró a los ojos.

—¿Quieres decir si alguna vez le he pedido que nos veamos en mitad de la noche y si la he traído aquí, poniendo mi vida en peligro saltando entre las vigas? —Ladeó la cabeza—. Déjame pensar…

Zarpa de Tórtola reprimió las ganas de darle un empujón.

—… No. Estoy bastante seguro de que no. —El guerrero le tocó la oreja con el hocico—. A mí solo me interesa una de las hermanas.

Su aliento era cálido. ¿Cómo podía haber dudado de él? Corazón de Tigre se había arriesgado mucho al ir hasta allí y confesarle sus sentimientos. Sin duda esa mirada en la batalla contra el Clan de la Sombra solo había sido eso, una mirada.

«Tengo que confiar en él», se dijo.

—Bueno, será mejor que volvamos.

Echaron a andar ladera abajo y poco después llegaron al bosque más profundo, donde Corazón de Tigre se colocó junto a ella para ir apartándole las zarzas del camino. La joven se entristeció cuando los olores de sus dos clanes se intensificaron y, al empezar a reconocer los árboles que bordeaban la frontera, notó que le dolía el corazón. La noche del día siguiente parecía hallarse a una vida de distancia. Cuando alcanzaron las hayas que se alzaban junto al arroyo, redujeron el paso.

—Antes de que te des cuenta, ya será mañana —murmuró Corazón de Tigre con dulzura.

Debía de estar pensando lo mismo que ella.

La joven restregó el hocico contra el de él.

—Nos vemos entonces —susurró.

—Por supuesto —maulló el guerrero—. Dulces sueños, Zarpa de Tórtola.

12

Al sol del amanecer, Leonado miró a Zarzoso y Estrella de Fuego, que estaban juntos debajo de la Cornisa Alta mientras sus compañeros de clan se paseaban impacientes a su alrededor.

—¡Manto Polvoroso, Tordo y Raposo! —llamó el líder del Clan del Trueno—, cazad junto al Viejo Roble. Tormenta de Arena, Candeal y Betulón, conseguid todo lo que podáis del páramo sin traspasar la frontera del Clan del Viento.

Zarpa de Tórtola bostezó.

—¿Hoy vamos a cazar o a entrenar?

—Las dos cosas. —Leonado se preguntó por qué parecía tan adormilada —. Vamos a salir con Carbonera y Zarpa Espinela.

Había planeado la sesión de entrenamiento con Carbonera la noche anterior, mientras paseaban por la orilla del lago iluminada por la luna.

—Queremos ver cómo os defendéis cazando en la nieve —añadió.

Sus pensamientos volvieron a ese momento. El pelaje de Carbonera resplandecía bajo el claro de luna y las estrellas relucían en el cielo, que parecía tan escarchado como las colinas.

—Entonces, ¿somos más que amigos…? —le había susurrado a la guerrera gris.

Ella había pegado la mejilla a la de él.

—¿No lo habías adivinado?

—Tenía la esperanza.

Ronroneando, Carbonera había entrelazado la cola con la suya.

—Cerebro de ratón…

—¡Látigo Gris! —La voz de Estrella de Fuego interrumpió los recuerdos del joven guerrero—, tú irás a cazar junto al lago con Mili, Centella y Floresta.

Al otro lado del claro, Zarpa Espinela estaba dando vueltas alrededor de Carbonera, entusiasmada. La aprendiza había crecido y ganado peso en la última luna, y Leonado entornó los ojos. El entrenamiento de ese día no era para ver cazar a su aprendiza. Lo que quería era observar a Zarpa Espinela. Glayo lo había convencido para que esperara a ver hasta qué punto la cambiaban sus visitas al Bosque Oscuro. Él había accedido, prometiendo no desafiarla todavía. Pero no estaba del todo convencido de que no debieran intervenir. A Carbonera le preocupaban las heridas nuevas que su aprendiza mostraba a diario. Zarpa Espinela le decía que había tropezado con una rama en la guarida de los aprendices o que había chocado contra un zarzal mientras practicaba sus técnicas de caza fuera del campamento. Era evidente que los guerreros del Bosque Oscuro estaban entrenándola con dureza.

Estrella de Fuego seguía dando instrucciones.

—Esquiruela, Fronde Dorado, Rosada y Acedera, vosotros cazaréis a lo largo de la ribera del arroyo. Quizá haya campañoles.

Cuando los guerreros se dirigían hacia el túnel, Dalia atravesó el claro a la carrera, con Jerbillo y Grosellita pisándole los talones.

—Con tantas patrullas, no quedará ningún guerrero en el campamento —le dijo la reina al líder del Clan del Trueno—. La hondonada estará vacía, excepto por los veteranos y los cachorros. ¿Y si el Clan de la Sombra decide tomarse la revancha?

Grosellita se plantó sobre las patas traseras, dando zarpazos al aire.

—¡Yo los haré pedazos!

Jerbillo se restregó contra el largo pelaje de Dalia.

—¡Y yo les arrancaré la cola!

—Gracias, pequeñines… —La gata miró a Estrella de Fuego con los ojos ensombrecidos de inquietud—. ¿Y bien?

El líder negó con la cabeza.

—Los guerreros del Clan de la Sombra no atacarán a cachorros y veteranos indefensos.

—¿Ya estamos listos?

Leonado levantó la vista, sorprendido al oír la voz de Zarpa Espinela. La joven se hallaba a un bigote de su hocico.

«Es mucho más veloz y sigilosa que antes…».

Carbonera se acercó a ellos, sin poder reprimir un largo bostezo.

—Vámonos antes de que nos quedemos congelados.

Fuera, Esquiruela, Rosada, Acedera y Fronde Dorado saboreaban el aire.

—En la orilla del arroyo estaríamos perdiendo el tiempo… —le dijo Fronde Dorado a su pareja.

—Cuanto más nos internemos en el bosque, mejor —coincidió Acedera, asintiendo.

Rosada los miró expectante.

—¿Por dónde?

—Por aquí.

Acedera señaló con la cola una pendiente llena de zarzas.

Cuando Rosada salió como una flecha, esparciendo la nieve de los arbustos, Acedera negó con la cabeza.

—Será mejor que baje el ritmo o asustará a más presas de las que cace.

Fronde Dorado ronroneó y echó a andar ladera arriba con la gata. Los dos parecían moverse como si fueran uno solo, con sus pelajes rozándose.

Leonado se quedó mirándolos. Algún día le gustaría caminar de la misma forma con Carbonera. Agitó los bigotes al imaginarse a sus cachorros saltando entre los dos, haciéndolos tropezar con cada paso. Un suave hocico rozó el suyo y se dio cuenta de que Carbonera había estado observándolo.

—A mí también me gustaría… —susurró la guerrera.

A Leonado se le aceleró el corazón mientras se sumergía en su dulce mirada. Aún podía oler el aroma de la brisa nocturna en su pelo.

—¿Cómo sabes lo que estaba pensando…?

—¡Oye!

Leonado se giró de golpe al oír el grito de sorpresa de Zarpa de Tórtola.

Su aprendiza estaba sacudiéndose nieve de encima. Zarpa Espinela se había posado en una rama por encima de la cabeza de su hermana y, con un movimiento de su cola atigrada, había provocado otra avalancha.

La joven aprendiza corrió hacia el árbol y comenzó a trepar por el tronco.

—¡Te pillaré!

—¡Bajad de ahí las dos! —Leonado ahuecó el pelo—. Ya habrá tiempo para divertirse después de cazar.

Zarpa Espinela saltó al suelo, aterrizando con facilidad.

—¿Hacia dónde vamos? —Sus ojos brillaban de emoción.

Leonado notó un hormigueo en las patas. «También tiene más seguridad en sí misma…».

—Hacia los pinos —sugirió Carbonera—. Nos darán mejor cobijo.

Zarpa Espinela salió disparada.

—¡Te echo una carrera, Zarpa de Tórtola! —exclamó por encima del hombro.

Zarpa de Tórtola bajó del árbol y fue tras su hermana, levantando una rociada de nieve tras ella. Leonado frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —Carbonera lo miró, ladeando la cabeza—. ¿Querías cazar en otro sitio?

—Ese zorro ha estado merodeando por el pinar —le recordó él.

—Entonces será mejor que no las perdamos de vista.

Y dicho eso, la guerrera echó a correr, siguiendo el rastro de las aprendizas.

Leonado fue tras ella a toda velocidad y ambos alcanzaron a las dos hermanas cuando las hayas empezaron a dar paso a los pinos. La frontera del Clan de la Sombra estaba lo bastante cerca para captar su olor.

—¡Mirad esto! —Zarpa Espinela estaba dando vueltas alrededor de un pino, con la nariz pegada al suelo—. ¿Son huellas de zorro?

Miró a Leonado, emocionada.

«Es más observadora…». El guerrero corrió a inspeccionar las huellas, enmarcadas perfectamente por la nieve.

—Son de zorro —confirmó.

Zarpa de Tórtola plantó las orejas.

—Yo no oigo nada…

—Vamos a seguirlas —propuso Zarpa Espinela.

Carbonera ya iba tras el rastro, y Leonado se colocó a su lado y se puso delante sin contemplaciones, a pesar de que ella le gruñó. No quería arriesgarse a que resultara herida solo para no ofenderla. Si se tropezaban con un zorro, sería él quien se ocuparía del asunto.

Las gruesas huellas desaparecían debajo de un saúco.

—Esperad aquí —bufó Leonado por encima del hombro.

Poco a poco, buscando olores recientes, fue deslizándose bajo las ramas. Más allá, debajo del arbusto, se abría un agujero en el suelo. La tierra emanaba el desagradable hedor del zorro.

Afortunadamente, el rastro no era fresco.

—¿Deberíamos taparlo?

Leonado pegó un salto al oír la voz de Carbonera.

—Te he dicho que esperaras ahí atrás.

Ella le lanzó una mirada retadora y el guerrero decidió que era mejor no discutir.

—Si tapamos la madriguera, el zorro podría cavar una nueva más cerca del campamento —razonó.

Salió de debajo del saúco retorciéndose y se sacudió la nieve del pelo.

Carbonera lo siguió.

Zarpa Espinela estaba esperándolos, saltando de una pata a otra.

—¿Tenemos que ir a informar a Estrella de Fuego?

«Sigue siendo leal…», pensó Leonado.

—Cuando terminemos el entrenamiento —decidió el guerrero—. Ese zorro no nos ha molestado todavía; no tiene ningún motivo para empezar a hacerlo ahora.

—Pero ¡mantened los ojos bien abiertos! —avisó Carbonera.

—Y los oídos. —Leonado miró intencionadamente a Zarpa de Tórtola y se sintió frustrado al verla contemplando los árboles. ¿Qué había pasado con su concentración?—. ¡Vayamos a cazar!

Su aprendiza se volvió de golpe.

—¿Ahora?

—¿A qué crees que hemos venido?

Zarpa Espinela estaba arañando la nieve, claramente ansiosa por empezar.

—¿Vamos a cazar juntas o solas?

—Cada una por su lado —respondió Carbonera—. Así podremos evaluaros mejor.

—Vale.

Su aprendiza pasó junto al saúco, y su pelaje blanco y plateado no tardó en perderse entre los árboles. Carbonera se apresuró a seguirla.

Leonado las vio marchar, ceñudo. Quizá debería haber sugerido que cazaran juntos, para poder observar a Zarpa Espinela.

—¿Por dónde deberíamos ir? —le preguntó su aprendiza.

—Tú eres la cazadora. Decídelo tú.

Zarpa de Tórtola inspeccionó el bosque, con las orejas plantadas y las narinas dilatadas, y finalmente echaron a andar hacia una elevación que discurría a lo largo de la frontera del Clan de la Sombra. Leonado esperó a perderla de vista antes de ir tras ella.

El guerrero se detuvo cerca de la cima y se asomó. Nevaba con más intensidad y apenas podía ver a Zarpa de Tórtola a través de los copos. Aun así, oía el crujido de la nieve bajo sus patas y se dio cuenta de que, cada vez que la joven olfateaba en busca de presas, tenía que contener un estornudo. Aquel tiempo era terrible para cazar.

El rastro de Zarpa de Tórtola rodeaba una amplia extensión de zarzas y luego seguía recto a través de un grupo de esbeltos arces. Sus huellas ya estaban casi cubiertas por la nieve que iba cayendo. Sería imposible ver u oler los rastros de las presas, más tenues aún. Leonado atisbó a su aprendiza entre

los árboles; no era más que un borrón grisáceo. Sin embargo, vio que adoptaba la posición de acecho. Sin duda había conseguido dar con algo. Tan silenciosamente como pudo, esperando que la nieve ensordeciera sus pasos, el guerrero se fue acercando…

… Y empezó a captar el olor de una ardilla. Zarpa de Tórtola estaba siguiéndola salvando las raíces de los árboles, que eran poco más que bultos en la nieve, y Leonado vislumbró el movimiento de una cola cuando su aprendiza atacó. Un instante después, la joven soltó un maullido de frustración; había tropezado, y sobre ella cayó una rociada de nieve cuando la ardilla huyó a la seguridad de uno de los arces.

—Mala suerte —susurró Leonado al llegar junto a ella.

—Esa estúpida zarza me ha hecho tropezar —rezongó Zarpa de Tórtola —. Estaba tan cubierta de nieve que no la he visto.

—Estas condiciones son duras incluso para los guerreros más experimentados —la consoló su mentor—. Y esta es tu primera cacería en la nieve.

Zarpa de Tórtola levantó la vista hacia las ramas, entornando los ojos.

—¿Por qué no trepamos para cazar? Parece que es ahí arriba donde se esconden las presas.

Leonado flexionó las garras. Detestaba trepar a los árboles, pero Zarpa de Tórtola tenía razón.

—De acuerdo.

Esperó mientras su aprendiza subía por el tronco de un arce y luego la siguió. Al llegar a la primera rama, se sintió aliviado. Zarpa de Tórtola ya estaba izándose a la segunda, y, cuando él la alcanzó, iba recorriendo la rama hasta el extremo, preparándose para saltar al árbol de al lado.

Después de sacudirse la nieve de los bigotes, Leonado se sintió como un tejón tras una ardilla. Tenía que desenvainar las garras al máximo si quería aferrarse bien a la resbaladiza corteza.

—¡Veo un mirlo! —anunció Zarpa de Tórtola por encima del hombro con un susurro.

—Yo esperaré aquí.

Leonado veía las negras plumas del ave a través de los copos de nieve. Se había refugiado en un pino, a apenas un pequeño salto de distancia de la rama en la que se encontraban. Zarpa de Tórtola avanzó pegando la barriga a la corteza. Balanceó las ancas y saltó.

El pino se estremeció con su aterrizaje. El mirlo chilló y la rama se combó bajo el peso de la aprendiza. Con un maullido de sorpresa, la joven cayó al

suelo nevado.

Leonado bajó a toda prisa.

—¿Te encuentras bien?

Zarpa de Tórtola se tambaleó sobre las patas traseras, mientras el mirlo se debatía aleteando entre sus garras. La joven aprendiza lo aplastó contra el suelo y se inclinó para propinarle una dentellada mortal…

Pero, antes de que pudiera hacerlo, unos alaridos de pavor resonaron de repente a través del bosque. Zarpa de Tórtola soltó el mirlo.

—¡El zorro está en el campamento!

La aprendiza salió disparada entre los árboles mientras el mirlo batía las alas y gritaba indignado, volando de nuevo hacia el pino.

Leonado echó a correr tras su aprendiza. Cegado por la nieve, no vio a Carbonera hasta que esta apareció a su lado de repente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó la guerrera, corriendo a la misma velocidad que él—. ¿Qué es todo ese jaleo?

Zarpa Espinela apareció ante ellos y luego salió corriendo tras su hermana.

—¡El zorro está en la hondonada! —gruñó Leonado, impulsándose con más fuerza a través de la nieve, desenvainando las garras.

Al acercarse al campamento vieron a Mili, que llegaba deslizándose por una pendiente y provocando una pequeña avalancha. Floresta le pisaba los talones. Látigo Gris y Centella las seguían a pocos pasos, con el pelo completamente erizado.

Los alaridos del campamento se tornaron más feroces.

Leonado traspasó la maltrecha barrera de espinos y abrió los ojos de par en par al ver al zorro, impresionado por su tamaño. Estaba dando vueltas como un loco, enorme contra las guaridas nevadas, y su pelaje rojo parecía de fuego junto a las paredes heladas. Rosella y Fronda bufaban, con el lomo arqueado, en la entrada de la maternidad, dando manotazos con las uñas desenvainadas cada vez que el intruso se acercaba. Lanzando dentelladas al aire con las orejas pegadas a la cabeza, la bestia azotaba con la cola las guaridas recién construidas. Dalia estaba encogida en la entrada de la guarida del curandero, con el pelo erizado, bufando como una serpiente acorralada.

La patrulla de Zarzoso había llegado justo antes de que Zarpa de Tórtola y Leonado aparecieran. El lugarteniente corría entre las patas delanteras del animal, agachándose para esquivar sus colmillos. Plantado sobre las patas traseras, Manto Polvoroso le atizó en el hocico, salpicando de sangre el claro nevado. El zorro chilló y mordió el aire con más violencia.

Cuando Manto Polvoroso retrocedió, Tordo arañó el costado del animal, arrancándole trozos de pelaje rojo. A Leonado le rugió la sangre en los oídos. El tiempo pareció ralentizarse cuando se agazapó, llenándose de rabia hasta que tuvo que obligarse a contener el poder que latía a través de sus músculos. Clavó la mirada en el zorro, hasta que no vio nada más que su pelaje rojo…

… Y saltó.

Aterrizó directamente sobre el lomo de la bestia y le dio un buen mordisco. El zorro chilló y se apartó trastabillando, y Leonado cayó al suelo. Con un gruñido, Centella agarró la cola del enemigo, que se volvió en redondo, golpeando a la guerrera tuerta contra una rama del haya. Pero Centella se mantuvo firme, mostrándole los dientes con las orejas hacia atrás.

Justo en ese momento, Zarpa de Tórtola se coló por debajo del zorro y le mordió las patas traseras, mientras su hermana le arañaba las de delante. Carbonera se irguió para lanzarle un manotazo en el hocico y Raposo lo embistió por el costado. Con los ojos desorbitados de pánico y confusión, el zorro se dirigió penosamente hacia la entrada. Corcoveando y retorciéndose, se libró de Centella al cruzar la barrera de espinos y, con un bufido final, huyó bosque a través.

Zarzoso se subió a la roca partida para mirar hacia el claro.

—¿Alguien está herido? —quiso saber.

Leonado inspeccionó a sus compañeros de clan. Todos estaban examinándose el cuerpo y negaban con la cabeza, pero Glayo ya había salido de su guarida y corría de un guerrero a otro, olfateándolos en busca de heridas.

—¿Centella se encuentra bien? —preguntó Zarzoso.

—Está bien —informó Glayo antes de pasar a Manto Polvoroso.

El lugarteniente asintió.

—Bayo, Betulón y Raposo, empezad a reparar la barrera de inmediato. Látigo Gris, ve en busca de la patrulla de Estrella de Fuego y cuéntale lo que ha ocurrido. —Le hizo una señal con la cabeza a Fronda, que estaba en la entrada de la maternidad—. ¿Los cachorros están bien?

—El zorro ni siquiera se les ha acercado —respondió ella.

Leonado dio un paso adelante.

—He visto su madriguera.

Manto Polvoroso arqueó el lomo, gruñendo.

—Vamos a darle una buena lección.

Zarzoso ondeó la cola.

—Creo que ya se la hemos dado.

Leonado notó una cálida mejilla contra la suya.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó Carbonera.

—Seguro —respondió, y vio que ella tenía el pelo revuelto, con mechones erizados alrededor del cuello—. ¿Y tú?

—Estoy alterada, pero bien.

Zarpa Espinela se acercó a ellos.

—Le hemos enseñado lo que es bueno a ese zorro, ¿eh?

La siguió Zarpa de Tórtola.

—Debería haberlo oído antes… —maulló, con un nudo en la garganta.

—Estabas cazando —replicó Leonado—. Eres buena, pero no puedes esperar oírlo todo.

Aun así, no estaba seguro de que eso fuera verdad. Quizá Zarpa de Tórtola no debería cazar. Quizá debería concentrarse en usar sus poderes para localizar posibles peligros.

Zarpa Espinela se encaró a su hermana, ceñuda.

—¿Y por qué deberías haberlo oído? —le soltó—. ¡Nosotros estábamos más lejos que nadie del campamento! ¿Por qué te comportas siempre como si fueras especial?

Carbonera hizo una mueca y Leonado sacudió la cola, enfadado consigo mismo. ¿Por qué había alabado a Zarpa de Tórtola delante de su hermana?

—No es momento para discusiones… —dijo con un gruñido.

Justo en ese instante, la barrera de espinos se estremeció, desprendiendo ramitas rotas, y Estrella de Fuego entró en el campamento a la carrera. Lo seguían Espinardo y Tormenta de Arena, con Látigo Gris a la zaga. El líder del Clan del Trueno llevaba un estornino en la boca. Lo dejó en el suelo y miró a los gatos que lo rodeaban.

—¿Estáis todos bien? ¿Las guaridas han sufrido daños?

—La barrera de espinos se ha llevado la peor parte —le contestó Zarzoso.

Tormenta de Arena ya estaba en la entrada de la maternidad, tranquilizando a Fronda.

—Los cachorros están a salvo. Lo has hecho muy bien.

Glayo estaba envolviéndole una zarpa a Raposo con una hoja de consuelda.

—¿Estás herido? —le preguntó Estrella de Fuego al joven guerrero.

—Me temo que ha perdido una uña —respondió el curandero por él—. Pero se curará…

Rosada soltó un grito ahogado y cruzó el claro a la carrera.

—¿Te duele?

Raposo levantó la barbilla.

—Un poco.

Glayo le soltó la zarpa delicadamente.

—Hemos tenido suerte de que no haya habido más heridos… —Dobló con esmero una hoja de consuelda—. Mis provisiones están agotándose y, si sigue nevando así, no podré reabastecerme.

Fronda sacudió la cola, nerviosa.

—¿Y si los cachorros enferman?

—He recolectado todos los brotes nuevos de mi herbario de la vivienda de los Dos Patas —respondió el curandero—. No puedo correr el riesgo de cortar más, o las plantas no seguirán creciendo. Necesitamos explorar el bosque en busca de nuevas provisiones.

Leonado se puso tenso.

—¿Crees que quedará algo con esta nieve?

—No si seguimos perdiendo el tiempo. Las hojas que queden se volverán negras e inservibles enseguida. Necesitamos recolectarlas de inmediato.

Centella se adelantó.

—Iré yo —se ofreció—. Sé qué tengo que buscar.

—Yo te ayudaré —se sumó Hojarasca Acuática—. Sé dónde encontrarlas.

—Gracias. —Estrella de Fuego señaló con la cola a Espinardo y Manto Polvoroso—. Acompañadlas —les ordenó—. Por si acaso el zorro sigue dando vueltas por aquí. —Se volvió hacia Zarzoso—. Organiza más patrullas de caza. —Le dio un golpecito al estornino que había dejado en el suelo—. Esto no bastará para alimentar al clan.

Y dicho eso, cruzó el claro para subir a su guarida por las rocas desprendidas, mientras Zarzoso reunía a los guerreros.

Leonado corrió tras el líder del Clan del Trueno, sin importarle las miradas de curiosidad de Carbonera y Zarpa de Tórtola mientras trepaba hasta la Cornisa Alta.

—Déjame luchar contra el zorro —le suplicó a Estrella de Fuego.

El líder del clan se dio media vuelta y lo miró con los ojos abiertos de par en par. Leonado le sostuvo la mirada, sin arredrarse.

—Lo echaré de nuestro territorio de una vez por todas. Sabes que no resultaré herido…

Estrella de Fuego se sentó.

—… Y eso nos permitiría cazar tranquilamente —insistió el joven guerrero.

El líder frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que no conseguirá herirte? —Su mirada se ensombreció—. Que no te hayan herido aún no demuestra que sea imposible. ¿Por qué arriesgar tu propia vida por un zorro, cuando sabemos que hay enemigos más peligrosos acechando entre las sombras?

—Va a ser una estación sin hojas muy dura —razonó Leonado—. ¿Por qué hacerla más dura compartiendo con un zorro las pocas presas que pueda haber?

—¿Y cómo les explicarás a tus compañeros de clan que has expulsado a un zorro tú solo? —quiso saber Estrella de Fuego—. Creía que querías mantener en secreto tu poder.

—Nunca sabrán cómo lo he hecho —repuso el guerrero—. Puedo contarles que tomé al zorro por sorpresa, que vencerlo fue cuestión de suerte. Les diré que el animal salió herido en el ataque al campamento.

El líder enroscó la cola alrededor de las patas.

—De acuerdo —accedió—. Pero llévate contigo a Zarpa de Tórtola.

—¿A Zarpa de Tórtola? —Leonado agitó las orejas—. Podría resultar herida.

—Procura mantenerla a distancia —le ordenó Estrella de Fuego—. Ella puede venir corriendo a pedir ayuda si la necesitas.

—No necesitaré ayu…

El guerrero se tragó la protesta. «No necesitaré ayuda. Lo sé…».

Había conseguido lo que quería. No hacía falta añadir nada más.

13

Leonado se desperezó en su lecho, rozando con el lomo el pelaje de Carbonera. La guerrera murmuró en sueños, pero no se despertó. El alba se revelaba apenas a través de las ramas entrelazadas de la guarida, y Leonado permaneció tumbado, respirando con suavidad, mientras a su alrededor se movían las sombras de otros guerreros.

Manto Polvoroso salió bostezando, listo para la primera patrulla. Candeal se incorporó para darle un toquecito a Fronde Dorado.

—Ya es la hora —susurró la gata.

El guerrero se levantó, rezongando.

—¿Ha nevado otra vez?

—Todavía no he mirado —respondió Candeal, zigzagueando entre los lechos para salir.

La nieve crujió bajo sus patas cuando pisó el claro.

Leonado aguardó a que Fronde Dorado se marchara antes de levantarse. Le habría gustado luchar contra el zorro la noche anterior, antes de que la criatura se recuperara de sus heridas recientes, pero Estrella de Fuego le había ordenado que esperara.

—Si vas ahora a por él, los demás guerreros sentirán que se les ha privado de la oportunidad de proteger a su clan —había razonado el líder del Clan del Trueno—. Si esperas, es más probable que se crean que te has tropezado con el zorro de manera accidental.

Carbonera rodó sobre su lecho y se puso boca arriba, agitando las orejas como si estuviera soñando. El pelaje gris de su barriga parecía aterciopelado y cálido, y Leonado sintió una repentina punzada de culpabilidad. La guerrera no sabía nada de sus poderes especiales; él nunca le había contado la profecía. Ahora que habían intimado tanto, le pareció que ocultárselo era como

mentirle. Pero ¿cómo iba a contarle algo así? El amor que sentían parecía fuerte, ¿sobreviviría a la verdad?

Leonado apartó sus preocupaciones y aspiró el aroma cálido y soñoliento de la guerrera. «Echaré a ese zorro de nuestro territorio por ti, Carbonera, para que puedas cazar con seguridad durante toda la estación sin hojas». Le pasó delicadamente la cola por el lomo y se dirigió en silencio a la salida.

Había seguido nevando durante la noche, y el claro tenía la lisura del agua, alterada solo por las huellas de la patrulla del alba. El cielo se veía rosado por encima de la hondonada y una suave luz se filtraba hasta el campamento.

Cuando Leonado salió de la guarida de los guerreros, vio que Estrella de Fuego estaba plantado en la Cornisa Alta, contemplando el claro desierto. Entornó los ojos al ver a Leonado y luego asintió. El joven guerrero sacudió la cola y corrió a la guarida de los aprendices.

—¡Zarpa de Tórtola!

Su llamada fue poco más que un susurro, pero al cabo de un instante la aprendiza gris salió de la guarida a través de los helechos.

—¿Ya vamos a entrenar? —maulló mientras estiraba las patas delanteras hasta hundir la barriga en la nieve.

—No, hoy tenemos una misión especial —respondió Leonado.

La joven se irguió.

—¿Glayo viene con nosotros?

—Para esto no necesitamos sus poderes.

«Aunque tampoco los tuyos…», añadió el guerrero para sus adentros.

Se encaminó al túnel de espinos y su aprendiza lo siguió.

—¿Adónde vamos? —quiso saber ella.

—Lo averiguarás cuando lleguemos.

—¿Necesitas que escuche algo?

—No.

Leonado no estaba de humor para preguntas. Debería haberse encargado del zorro la noche anterior, y desde luego debería haberlo hecho solo. Empezó a andar por una senda muy hollada, pensando en todo momento en su enemigo. Zarpa de Tórtola dijo algo, pero él no le prestó atención. Estaba recordando a esa alimaña dando vueltas frenéticamente por el campamento, amagando con lanzarle una dentellada a Fronda, azotando a Dalia con la cola… La sangre le hervía de rabia en su interior. ¿Cómo se atrevía a amenazar a sus compañeros de clan…?

Un pelaje gris se interpuso en su camino y lo obligó a detenerse.

—¿Adónde vamos? —insistió Zarpa de Tórtola.

Leonado adelantó a su aprendiza y siguió avanzando.

—Voy a echar de aquí a ese zorro.

La gata corrió para darle alcance y ponerse a su lado.

—¿Solo… nosotros?

—Solo yo. Estrella de Fuego ha dicho que tenías que venir conmigo para que pudieras pedir ayuda en caso de que resulte herido.

La aprendiza lo miró, sorprendida.

—¿Estrella de Fuego sabe que vas a enfrentarte al zorro?

—¿Y por qué no debería saberlo? —se irritó el guerrero—. Es el líder del clan y conoce mis poderes. Sabe que no saldré herido.

—Pero… ¡no nos han concedido nuestros poderes para esto!

Leonado se detuvo y la miró fijamente.

—¿Y qué propones? ¿Que nos mantengamos al margen y dejemos que un zorro aterrorice a nuestros compañeros de clan?

—No, no quería decir eso… —Zarpa de Tórtola no se arredró—. Pero los demás clanes tienen que lidiar con zorros sin disfrutar de poderes especiales. ¿Por qué hacer a solas algo que podría hacer una patrulla de guerreros normales? —Pronunció ese «normales» con cierta melancolía.

—De este modo será más fácil —le aseguró Leonado—. Y nadie resultará herido.

Zarpa de Tórtola miró hacia otro lado.

—Pues a mí me parece mal; eso es todo. Es como hacer trampa.

La gata siguió andando y tomó una senda que bordeaba una franja de hiedra.

Leonado se quedó mirándola y luego corrió tras ella.

—¿«Hacer trampa»? No creo que usar los poderes que nos han dado para proteger a nuestro clan sea hacer trampa…

La joven no se detuvo.

—En un clan, todos cuidamos de todos. Eso es lo que nos une. Si tú puedes llevar a cabo todas las tareas de los demás guerreros, ¿qué sentido tiene?

—Tiene sentido porque ellos podrían resultar heridos, y yo no.

—Estoy segura de que Espinardo y Manto Polvoroso estarán encantados de saber que ya pueden trasladarse a la guarida de los veteranos. Es evidente que ya no son necesarios, ahora que el clan te tiene a ti.

—Pero… ¡por el Clan Estelar! —gruñó su mentor—. ¿Por qué lo pones tan difícil?

—Solo digo lo que pienso. ¿O es que ya no puedo? Ah, claro, ahora ya solo cuenta tu opinión, ¿no?

A Leonado le sorprendió la agresividad de su aprendiza.

—Sabes que yo no pienso así. Solo estoy siendo práctico. De este modo, el zorro desaparecerá y nadie saldrá herido.

La gata sacudió la cola.

—Ojalá hicieras lo mismo con Zarpa Espinela.

—¿A qué te refieres?

—¿Ya le has dicho que deje de visitar el Bosque Oscuro?

—Glayo cree que deberíamos esperar…

—¿A qué? ¿A que un día se despierte con una herida tan grave que todo el clan se dé cuenta?

Leonado se detuvo.

—No, claro que no. Pero hemos pensado que tal vez sea mejor vigilarla de cerca, así podríamos averiguar cómo entrenan a sus reclutas los guerreros del Bosque Oscuro.

Zarpa de Tórtola ladeó la cabeza, mirándolo fijamente.

—¿Y por qué no se lo preguntáis a ella sin más?

—¿Crees… que nos lo contaría?

—¡Por supuesto que sí! —le soltó la joven—. Mi hermana no sabe que están utilizándola. ¡Cree que están entrenándola para ser una gran guerrera!

—En ese caso, ¿qué tiene de malo observarla un poco más?

Incluso mientras lo decía, sintió un hormigueo de duda. Zarpa Espinela no era más que una aprendiza. Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo en el Lugar Sin Estrellas, estaba fuera de su comprensión.

—¿Y si acaba malherida? —le reprochó Zarpa de Tórtola—. ¿Cómo te sentirías, sabiendo que podrías haberlo impedido y no lo hiciste?

Y dicho eso, dio media vuelta y continuó trotando sobre la nieve.

No podían seguir discutiendo. Estaban acercándose al saúco que ocultaba la madriguera del zorro, y Leonado se adelantó y le hizo una señal con la cola a su aprendiza.

—Escóndete debajo de ese acebo y aguza el oído por si hay problemas.

A Zarpa de Tórtola se le erizó el pelo a lo largo de todo el lomo.

—Ten cuidado… —le susurró a su mentor.

—Estaré bien, pero, si algo sale mal, regresa al campamento en busca de ayuda.

La joven asintió.

Leonado se alejó con la boca abierta, dejando que el olor a zorro le bañara la lengua. La discusión con su aprendiza lo había distraído, interfiriendo en su objetivo. «El zorro ha invadido nuestro territorio…», se recordó a sí mismo. Había atacado el campamento. Podría haber matado a los cachorros. El guerrero empezó a notar el burbujeo de la furia bajo la piel al agacharse por debajo del saúco para arrastrarse hacia la madriguera del zorro.

No había huellas recientes. «Debe de estar dentro…», se dijo Leonado. Se asomó a la oscuridad, arrugando el hocico por el olor. Notó el hormigueo de un presentimiento en las zarpas… El agujero desaparecía en la negrura y a Leonado se le erizó hasta el último pelo.

«Lo atraeré al exterior…».

Se agazapó en la entrada y soltó un alarido estridente y furioso.

Silencio.

«¡Maldito cobarde…!».

Entonces, con un fogonazo de rabia, recordó que aquel zorro prefería atacar a cachorros indefensos, así que se agazapó más aún, se estiró hacia delante y, tragando saliva para soportar aquel olor insufrible, soltó un aullido débil y lastimero.

Plantó las orejas. Nada.

No muy convencido, traspasó el agujero y se internó con sigilo en la oscuridad. Al deslizarse hacia el interior, la nieve se transformó en tierra debajo de su barriga. El hedor a zorro era asfixiante. Leonado contuvo la respiración y siguió avanzando por la oscura guarida.

De pronto, sintió un dolor intenso en la cola cuando unos afilados dientes se cerraron sobre ella y tiraron de él hacia atrás. Leonado arañó el suelo, luchando por revolverse, pero el zorro lo había atrapado bien y, con un gruñido, lo sacó de la madriguera de un tirón y lo lanzó sobre la nieve. El joven guerrero se levantó de un brinco y se encaró a la bestia, que ya había salido del saúco y le sostuvo la mirada. Sus ojos negros brillaban de odio. Su hocico aún mostraba los zarpazos de la batalla del día anterior.

Leonado se mantuvo firme, bufando. El zorro le mostró los colmillos y, finalmente, se abalanzó sobre él. El guerrero se plantó sobre las patas traseras para recibirlo con una salva de mandobles, pero el peso del rival lo empujó hacia atrás y Leonado aterrizó con un golpe que lo dejó sin aliento. Se retorció, sacudiendo la cola mientras intentaba incorporarse y lanzaba patadas al aire, pero unas pesadas patas lo aplastaron de nuevo contra el suelo, con más dureza esta vez. Las mandíbulas del zorro chasqueaban junto a su oreja, llenándole la cara de saliva.

Esforzándose por respirar, el guerrero clavó las garras en el suelo nevado para incorporarse y por fin consiguió ponerse en pie. La potencia de su enemigo lo había pillado por sorpresa. Jamás había luchado contra un animal tan grande como aquel. Tendría que moverse con mayor rapidez. Con un poco de suerte, el zorro no podría igualar su velocidad. Giró en redondo, sacudiendo las zarpas.

¡Demasiado tarde!

Un intenso dolor le abrasó la piel y Leonado notó que lo levantaban del suelo. Pataleó en el aire, presa del pánico. Los colmillos del zorro estaban hundiéndose en su bíceps. Por primera vez en su vida, el guerrero temió que le desgarraran los músculos.

Zarpa de Tórtola se hallaba a solo unas colas de distancia, boquiabierta.

—¡Iré a por ayuda! —chilló.

—¡No!

Leonado se retorció para contraatacar, bloqueando el dolor mientras los colmillos del zorro le tiraban de la piel. El guerrero sintió un revoloteo de triunfo en el estómago al notar cómo desgarraba pellejo y músculos con las zarpas, y el zorro lo soltó con un alarido.

El tiempo pareció detenerse.

El suelo nevado recibió el impacto de las patas del joven guerrero, que se volvió sobre sí mismo estirando una zarpa. Con las uñas bien desenvainadas, alcanzó el hocico de su rabioso rival con un golpe feroz. El animal le dio un golpe de frente que lo mandó hacia atrás, con la zarpa cubierta de baba. Luego el zorro se abalanzó de nuevo hacia Leonado, que lo recibió con otro violento zarpazo; la bestia aulló, sangrando por el morro.

Con la vista cegada por el pelaje rojo de aquella bestia, Leonado tensó los músculos y saltó. Saltó muy alto y aterrizó sobre el lomo del zorro. Este parecía sólido debajo de él, como un montículo de tierra cálida, y corcoveó plantándose sobre las patas traseras, girando de un lado a otro, soltando dentelladas al aire hacia Leonado y chillando de frustración. Pero el guerrero se mantuvo bien agarrado, justo fuera de su alcance.

Clavando aún más las garras en el pellejo de la criatura, Leonado le dio entonces un mordisco feroz. Notó cómo sus dientes le desgarraban la piel y tiró con fuerza. De la herida brotó sangre, llenando la boca del guerrero del Clan del Trueno. El zorro se derrumbó debajo de él, y Leonado se quedó quieto, con los colmillos hundidos todavía en la carne del animal, y esperó unos instantes.

El zorro permaneció inmóvil, resollando y emitiendo un leve gemido. Leonado lo soltó y retrocedió. Se agazapó y se quedó mirándolo a través de una neblina de sangre. La criatura se movió, poniéndose en pie trabajosamente, y jadeando y gimiendo echó a andar hacia su guarida. Pero Leonado lo adelantó corriendo y se interpuso en su camino. El zorro lo miró con los ojos desorbitados y llenos de terror, y se desvió para eludirlo. Con una sacudida de su cola rojiza, moteada de sangre, se encaminó hacia los helechos.

Justo en ese momento, Zarpa de Tórtola salió de debajo del acebo, con el pelo erizado, y, sin emitir un solo bufido, comenzó a guiar al zorro hacia delante. Acosándolo por ambos lados, los dos gatos lo condujeron a lo largo de la frontera del Clan de la Sombra, asegurándose de que no cruzaba al territorio vecino, y gruñendo amenazadores si intentaba internarse de nuevo en el bosque del Clan del Trueno. Juntos, el guerrero y la aprendiza lo alejaron del lago, más allá de los territorios de los clanes.

Cuando la cuesta se tornó más escarpada y los robles dieron paso a los fresnos, el zorro siguió adelante y desapareció debajo de un zarzal.

—Ya hemos llegado bastante lejos.

Leonado se sentó, resollando.

La joven aprendiza se detuvo a su lado, viendo cómo se movían las zarzas por donde había desaparecido el zorro.

—No volverá. —A Leonado empezaron a temblarle las patas—. Será mejor que regresemos al campamento.

La joven lo miró con cautela.

—¿Estás herido?

—No… Solo estoy… cansado.

La pelea había consumido toda su energía y unos pasos más allá tuvo que apoyarse en Zarpa de Tórtola mientras se internaban en el bosque. Leonado apenas veía por dónde iban y dejó que su aprendiza lo guiara. Cuando empezó a detectar el olor de la hondonada, se detuvo. Percibía la nieve maravillosamente fría bajo sus doloridas zarpas.

—Deja que recupere el aliento —le dijo a la joven.

Zarpa de Tórtola no las tenía todas consigo.

—¿Seguro que no tienes ninguna herida? Estás cubierto de sangre…

Cuando Leonado bajó la vista hacia su pelaje, un alarido desgarró el aire. El guerrero levantó la cabeza, sorprendido, y vio a Carbonera entre los helechos, mirándolo con los ojos desorbitados de espanto.

—¡Leonado!

La gata corrió hacia él y empezó a olfatearlo frenéticamente.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde te han herido? —Luego dio media vuelta y echó a correr—. ¡Iré en busca de ayuda! —chilló por encima del hombro.

A Leonado le habría gustado ir tras ella para tranquilizarla diciéndole que la sangre no era suya, pero seguían pesándole las patas y tenía la mente embotada. Le goteaba sangre del pelo y la nieve se volvía escarlata a su alrededor.

—Deberíamos darnos prisa, Carbonera va a asustarlos a todos… —gruñó.

—Lávate primero —le aconsejó Zarpa de Tórtola.

Leonado se lamió el pelo y, al notar el sabor viscoso y picante de la sangre de zorro en su lengua, le dieron arcadas.

—Quizá sea mejor que te revuelques un poco por la nieve —le sugirió su aprendiza.

El guerrero se tumbó en el suelo y se retorció tan fuerte como pudo en la nieve fría y húmeda. Cuando se puso en pie, una gran mancha roja teñía el blanco suelo forestal.

—Espero que lleguemos al campamento antes de que aparezca una patrulla de rescate —maulló Zarpa de Tórtola.

Leonado notó que poco a poco recuperaba la energía. La nieve lo había refrescado, pero se le aceleró el corazón al imaginarse a Carbonera aullando por todo el campamento que estaba espantosamente malherido.

Se encontraron con la patrulla de rescate en la ladera que llevaba a la hondonada.

—¿Estáis bien? —Estrella de Fuego encabezaba la patrulla, seguido de Zarzoso, Látigo Gris y Betulón.

Todos los rodearon, agitando las orejas y la cola.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué os ha pasado? —Látigo Gris olfateó a Leonado con recelo.

—Nos hemos tropezado con el zorro —gruñó el guerrero.

Betulón pegó las orejas a la cabeza.

—¿Dónde? —preguntó, inspeccionando los árboles.

—Lo hemos echado de nuestro territorio —los tranquilizó Leonado—. No volverá.

Látigo Gris lo guio hacia el túnel de espinos.

—Será mejor que te llevemos con Glayo. Carbonera ya está ayudándolo a preparar las hierbas necesarias. Por lo que nos ha contado, parecía que estabas en las últimas.

Leonado agitó los bigotes al imaginarse a su hermano mascullando para sí mismo, mientras Carbonera insistía en que sacara todas las hierbas para unas heridas que resultarían ser inexistentes.

Estrella de Fuego miró a Zarpa de Tórtola.

—¿Tú estás bien? —le preguntó.

La joven asintió.

—Ha sido Leonado quien ha peleado con el zorro. Yo solo lo he ayudado a conducirlo fuera de nuestro territorio.

—No se habrá marchado al territorio del Clan de la Sombra, ¿verdad? —quiso saber el líder, sacudiendo la cola.

—No —respondió Leonado—. Lo hemos obligado a ir hacia las montañas.

¿Por qué Estrella de Fuego se preocupaba siempre por los otros clanes? Cada uno debería encargarse de sus propios problemas.

El líder entornó los ojos.

—Sea como sea, es mejor que lo comprobemos. —Se volvió hacia Zarzoso—. Forma una patrulla y asegúrate de que el zorro se ha marchado definitivamente.

Zarzoso regresó corriendo al campamento.

—Venga. —Látigo Gris empujó con delicadeza a Leonado, llevándolo hacia la hondonada—. Vamos a llevarte a casa.

Al salir del túnel de espinos, el joven guerrero vio a sus compañeros de clan apiñados en torno al claro.

—¡Bien hecho, Leonado! —exclamó Fronda.

Musaraña negó con su canosa cabeza.

—Esta historia seguirá contándose en la guarida de los veteranos mucho después de que yo me haya ido.

—¿Cómo lo has hecho? —Acedera lo miró sin poder disimular su admiración.

—¿Estás muy malherido? —le preguntó Dalia, frunciendo el ceño.

Látigo Gris empujó a Leonado hacia la guarida del curandero.

—Ya basta de preguntas. Dejemos que Glayo le eche un vistazo primero.

Leonado se sintió aliviado al traspasar la cortina de zarzas y hallarse en la guarida del curandero, que era un remanso de paz.

Carbonera levantó la cabeza bruscamente, con un montón de hierbas a sus pies.

—¿De verdad estás bien? —le preguntó con la voz quebrada—. Creía que iban a tener que traerte en volandas… —Las palabras se le atascaron en la

garganta.

Glayo se adelantó.

—Carbonera ha estado mezclando hierbas para tratarte. —Le hizo una señal con la cola a la gata—. Gracias por tu ayuda, pero ahora será mejor que te vayas. Necesitaré tranquilidad para curarlo como es debido.

La guerrera agitó las orejas.

—Yo puedo ayudarte —se ofreció.

—No —respondió Glayo con firmeza—. Gracias.

Clavó su ciega mirada azul en la de la gata, hasta que ella inclinó la cabeza y se marchó hacia la cortina de zarzas.

Gabarda estaba estirándose en su lecho, alzando el cuello para ver a Leonado.

—Por el escándalo que ha montado Carbonera, creía que estarías casi muerto…

Glayo le lanzó una bola de musgo.

—Haz tus ejercicios —le ordenó.

Gabarda refunfuñó, pero obedeció de inmediato. Empezó a lanzar al aire la bola de musgo, atrapándola cada vez con una zarpa y estirándose más y más con cada lanzamiento.

Glayo llevó a Leonado al fondo de la guarida.

—¿Ya estás contento, ahora que eres el héroe de todo el clan? —le preguntó con brusquedad.

—Había que hacerlo… —respondió el guerrero, dolido.

—Pero no tenías que hacerlo tú solo —lo interrumpió su hermano.

Leonado se sulfuró.

—El zorro se ha ido —bufó— y nadie ha resultado herido.

—Ya, pues ahora tendrás que explicar cómo has podido hacer algo así tú solo.

—¿No puedes lavarme y aplicarme un poco de ungüento para que parezca convincente?

El curandero suspiró.

—De acuerdo.

Llevó a su hermano junto a la pequeña poza situada en un rincón de la guarida y comenzó a lavarlo con musgo empapado en agua helada.

Agotado por la pelea, Leonado dejó que Glayo le limpiara el pelaje. Pero no se había olvidado de lo que le había dicho Zarpa de Tórtola.

—¿No crees que deberíamos impedir que Zarpa Espinela vaya al Bosque Oscuro? —susurró, sin dejar de mirar a Gabarda, que seguía ocupada con sus

ejercicios—. Su hermana está preocupada por ella.

—Zarpa Espinela está bien. —Glayo metió una nueva bola de musgo en el charco—. No ha venido a verme por ninguna de sus heridas y no ha mostrado signos de deslealtad al Clan del Trueno. Podemos utilizarla para tener vigilado a Estrella de Tigre.

—En ese caso, deberíamos hablar con ella, ¿no te parece? —repuso Leonado.

—¿Para decirle qué? ¿Que empiece a espiar? —Glayo le frotó las orejas con brusquedad—. ¿Ya no te acuerdas de lo que pasó cuando le pediste a Zarpa de Tórtola que espiara para nosotros? Vamos a esperar un poco más, y después hablaremos con ella. Tendrá más cosas que contarnos y no sentirá que estamos utilizándola.

Leonado gruñó y cerró los ojos, aprovechando para descansar mientras su hermano lo lavaba. Cuando terminó, Glayo extendió una buena cataplasma de hierbas entre los hombros del guerrero.

—Esto debería convencer a nuestros compañeros de clan de que al menos tienes un buen par de mordiscos.

La bola de musgo de Gabarda llegó volando desde el otro extremo de la guarida y aterrizó a los pies del guerrero. Leonado la recogió y se la devolvió.

—¿Ya estás bien? —le preguntó la joven.

—Estoy fresco como un recién nacido —respondió él.

Glayo soltó un resoplido y comenzó a empaquetar las hierbas que había sacado del almacén.

—Gracias, hermano —murmuró Leonado.

El curandero no levantó la vista.

—¿Serviría de algo que te dijera que la próxima vez tengas un poco más de cuidado? —masculló—. No sabemos con certeza el alcance de tus poderes.

Leonado le tocó la coronilla con el hocico.

—De acuerdo —maulló mientras se dirigía a la entrada—. Nos vemos después, Gabarda —añadió, antes de salir entre las zarzas.

Carbonera estaba esperándolo fuera. Corrió hacia él y se puso a olfatearle el ungüento del pelo.

—No estaba segura de si saldrías enseguida… —Algo llamó su atención y olfateó con más fuerza—. Solo detecto el olor del ungüento… —maulló despacio—. No huelo a sangre…

Leonado se apartó un poco de ella.

—Glayo ha utilizado unas hierbas muy fuertes. Enmascaran la mayoría de los olores…

A Carbonera se le dilataron las pupilas.

—Hablas como si hoy no hubiera pasado nada —maulló, y Leonado creyó percibir cierta irritación en su voz—. Te has enfrentado a un zorro tú solo. Estabas empapado en sangre…

El guerrero se encogió de hombros.

—Estoy entrenado para pelear.

—Pero ¡parecía que ibas a morir desangrado! —A la joven gata le brillaron los ojos de angustia—. Creía… creía que iba a perderte.

Leonado restregó el hocico contra su mejilla.

—Jamás me perderás —le prometió, con una punzada de culpabilidad en el corazón.

—¡No! —Carbonera se separó de él—. No puedo seguir con esto. No puedo sentirme así cada vez que participes en una batalla.

A Leonado le dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué dices eso? Todos los guerreros participan en batallas, y eso no les impide emparejarse…

—Pero la mayoría no se lanzan a ellas de cabeza, ¡ni salen a cazar zorros mientras todos duermen!

—Pero ¡estoy bien, Carbonera! ¡Mírame!

—¡No puedes estar bien! —La gata lo miró con los ojos empañados—. ¡Toda esa sangre en tu cuerpo…! —La cola le temblaba con fuerza.

Leonado echó un vistazo al claro. Manto Polvoroso estaba organizando patrullas de caza. Dalia lavaba a una enfurruñada Grosellita mientras Jerbillo le trepaba por el lomo, y Bayo y Pinta estaban ocupados entrelazando tallos de abedul en la maltrecha barrera.

Nadie les prestaba atención.

—Necesito contarte algo —le susurró a Carbonera.

Enroscándole la cola por el lomo, la guio hacia la extensión de zarzas que crecían junto a la guarida del curandero. Se agachó para pasar por debajo de las ramas enredadas, y luego le hizo un gesto a la gata para que lo siguiera. Ella fue tras él, con los ojos dilatados de curiosidad.

—Debes entender algo… —Leonado la miró fijamente—. Algo que te tranquilizará cuando me veas pelear…

La guerrera parpadeó.

—No me pueden herir —le soltó de pronto.

La gata dejó escapar un resoplido.

—Desde luego, has tenido suerte hasta ahora…

—¡No! —Leonado negó con la cabeza—. Hay una profecía de hace muchas lunas. Se la anunciaron a Estrella de Fuego. Trata de unos gatos que tendrán más poder que ningún otro en todos los clanes.

Carbonera ladeó la cabeza, escuchándolo.

—Yo soy uno de ellos, soy uno de esos gatos. Nada ni nadie puede herirme. Ese es mi poder. Nunca resultaré herido, ni en combate, ni al enfrentarme a un zorro, ni en ningún caso.

Se quedó mirando a la guerrera, deseando que ella lo entendiese. Que creyera lo que estaba contándole.

Carbonera se sentó, con los ojos clavados en él.

—¿Hay una profecía? —murmuró—. ¿Sobre ti?

Leonado asintió. ¡Lo entendía!

—Y nunca resultarás herido…

La gata miró de nuevo el ungüento que Glayo le había aplicado.

—Exacto.

—Para que así puedas proteger al clan…

—Sí. —Leonado se inclinó hacia delante, aliviado al ver que la gata se lo había tomado con tanta calma—. Así que nunca tendrás que volver a preocuparte por mí. —Restregó la mejilla contra la de ella, y sintió una agradable calidez en el corazón al aspirar su aroma—. Toda va a ir bien a partir de ahora.

—¡No! —Carbonera se separó de él y retrocedió entre las zarzas, con los ojos llenos de pesar—. No podemos seguir con esto, Leonado. No puedo ser tu pareja. No si el Clan Estelar te ha concedido ese poder.

A Leonado se le heló la sangre en las venas.

—¿Q-qué quieres decir?

—¡Tú tienes un destino muchísimo más importante que el mío! —gimió Carbonera—. ¡No podemos seguir juntos!

Y, con un gemido, se volvió en redondo y salió corriendo hacia la guarida de los guerreros.

14

Glayo comenzó a recoger las hierbas que cubrían el suelo de su guarida. «¡Menudo desperdicio!». Había usado las hojas más comunes para cubrir las supuestas heridas de Leonado, pero, ahora que había llegado la nieve, le costaría reabastecerse incluso de ortiga y atanasia. La noche anterior, Hojarasca Acuática y Centella habían regresado al campamento con solo unos pocos puñados de malva y tomillo. Y habían empleado medio día para encontrar esa cantidad.

—¡Mili!

El curandero volvió al presente al oír la voz de Gabarda, y se le hizo la boca agua al captar el dulce aroma de un ratón.

—Te he traído algo de carne fresca… —Mili dejó la presa junto al lecho de su hija—. He pensado que tendrías hambre. Esta mañana apenas has comido.

—Ya te he dicho que no tengo apetito —masculló Gabarda.

Mili comenzó a despedazar el ratón.

—Prueba un bocado.

—¡Eso no hará que tenga más hambre! —le espetó la joven.

—Cómete solo un poquito —insistió su madre.

—¡He dicho que no quiero!

Glayo se acercó al lecho de su paciente y le tocó el hocico con la nariz. La tenía húmeda, pero no caliente. La joven guerrera no tenía fiebre, pero su mente era un revoltijo de desazón y culpabilidad.

—¿Vuelve a tener infección de pecho? —le preguntó Mili, angustiada.

—Puedes dejar ese ratón aquí —le dijo Glayo—. Examinaré a Gabarda, y a ver si luego la convenzo de que coma algo.

Mili se sentó junto al lecho de su hija.

—Quiero saber si se encuentra bien.

—Mejor vuelve al claro. Así tendré más espacio para examinarla.

El curandero sospechaba que sería más fácil averiguar qué perturbaba a la joven sin su madre revoloteando por allí.

Mili vaciló.

—En cuanto sepa algo, te lo diré —le prometió Glayo.

Finalmente, la gata obedeció y salió de la guarida, aunque de mala gana.

—¡No sé por qué tiene que armar tanto alboroto conmigo! —resopló Gabarda en cuanto su madre cruzó la cortina de zarzas.

—¿De verdad no lo sabes? —Glayo se inclinó hacia delante para aspirar el aliento de la joven. Era fresco y limpio, sin rastro de infección. Luego le puso una pata sobre el pecho—. Toma aire tan profundamente como puedas —le pidió. La gata respiró hondo sin el menor problema—. Así que no tienes apetito, ¿eh?

Podía percibir la tozudez de su joven paciente en la tensión de los músculos bajo la piel y también notó el dolor del hambre en su estómago.

—Así es.

—Mentirosa.

—¿Qué?

Gabarda se quedó mirándolo, sorprendida.

—A Mili tal vez puedas engañarla, pero a mí no. ¿De verdad crees que es justo preocuparla solo porque, al no poder cazar, se te ha metido en la cabeza que no mereces la comida?

—¿De qué estás hablando? —replicó la guerrera, ruborizada de vergüenza.

—Sé que crees que estás siendo justa —continuó Glayo con un tono más dulce, sentándose al lado de su lecho—, pero las cosas no son tan sencillas.

Gabarda miró hacia otro lado.

—Si no cazo, no debería comer.

—Dalia tampoco caza —señaló el curandero—. ¿Acaso crees que debería morir de hambre?

—¡Ella cuida de los cachorros! —protestó la joven.

—¿Y cuando tú los entretienes jugando con bolas de musgo mientras Dalia descansa?

—Eso puede hacerlo cualquiera.

—¿Qué me dices entonces de Puma y Musaraña? —insistió Glayo—. Ellos no cazan.

—Son veteranos. Ya han cazado bastante para el clan.

—Pero ya no pueden seguir haciéndolo. ¿Por qué no los dejamos morir ahora?

La joven guerrera pareció escandalizada.

—¡No podemos hacer eso! Forman parte del clan, y nuestra obligación es cuidarlos… —Gabarda se removió en su lecho—. Además, el clan no sería lo mismo sin ellos…

Glayo dejó que aquellas palabras reposaran en un breve silencio para que la gata acabara de asimilarlas.

—¿Y crees que el clan sería lo mismo sin ti? —maulló finalmente.

La joven guerrera no respondió.

—Tus compañeros de clan te traen carne fresca porque creen que te lo mereces, y porque lo que los convierte en auténticos guerreros es cuidar de los demás. Se sienten orgullosos de poder ayudarte.

—Ojalá hubiera algo que pudiera hacer para devolverles el favor… —A Gabarda se le estranguló la voz de la emoción.

—Muy bien. —Glayo se levantó—. Venga. Sal del lecho.

La joven guerrera obedeció.

—Si cuidar de Jerbillo y Grosellita no es suficiente trabajo para ti, hay muchas otras cosas que puedes hacer aquí. —Abarcó la guarida con un movimiento de la cola—. Me gusta tener bolas de musgo apiladas junto al charco para poder empaparlas si necesito agua con la que lavar heridas o saciar la sed de un gato enfermo. Centella suele traerme musgo nuevo cada pocos días. De ahora en adelante, tú te encargarás de revisarlo para que no tenga ni astillas ni pinchos y luego lo dividirás en bolas que almacenarás junto al charco.

—De acuerdo —maulló Gabarda, un poco más animada—. ¿Qué más?

—También quiero que mantengas limpio el suelo de la guarida. Ahora mismo, prácticamente tenemos a todos los gatos del clan entrando y saliendo. Quita los desechos, recoge todas las hojas sobrantes y amontónalas junto al almacén.

—Ningún problema. Eso puedo hacerlo.

—Y necesito repasar mis provisiones para ver qué hierbas están acabándose —continuó Glayo—. También puedes ayudarme con eso.

Fue hacia la fría grieta en la roca del fondo de la guarida. Entró y, por encima del hombro, añadió:

—Yo iré pasándotelas y tú las dejas junto a la pared. Podemos examinarlas juntos.

Comenzó a sacar un puñado de hierbas tras otro. Muchas estaban secas y se le quebraban entre las zarpas. Estirándose para alcanzar el fondo, notó algo aterciopelado. Lo enganchó con una garra. Sacó un mechón de pelo y, al olerlo, se le aceleró el corazón…

«¡Carrasca!».

¿Cómo había llegado su pelo hasta allí? ¿Acaso su hermana había vuelto de entre los muertos?

«¡No seas descerebrado!», se reprendió a sí mismo.

Carrasca había sido aprendiza de Hojarasca Acuática. El mechón de pelo debía de haberse enganchado en la roca en aquella época. El aroma cálido y familiar de su hermana le inundó el corazón. Por un instante, se encontró de regreso en la maternidad, retorciéndose y peleando con Carrasquina y Leoncillo, mientras Fronda resoplaba con desaprobación.

«¡Atrapa esto, Glayito!».

«¡Carrasquina es lenta como un caracol!».

—¿Glayo? —Una voz lo sacó de sus pensamientos.

—Eso es todo, Gabarda…

El curandero escondió el mechón de pelo de Carrasca en otra grieta de la roca.

—¡Glayo! —llamó de nuevo la voz.

—Empieza a apilar las hojas de la misma clase, Gabarda. Enseguida salgo…

—Glayo…

Esta vez, un aliento cálido le agitó el vello de las orejas. El curandero se giró de un salto, golpeándose contra la roca. Allí no había nadie. Sin embargo, en el aire pendía el intenso olor de una gata.

«¡Fauces Amarillas!».

Salió del almacén. Gabarda estaba junto al muro más alejado, inspeccionando las hierbas.

—Estoy emparejando las hojas —le explicó.

—Bien, bien.

Glayo se volvió sobre sí mismo con recelo, saboreando el aire. El frío de la helada estaba lleno del olor de Fauces Amarillas. ¿Por qué había ido hasta allí la vieja gata? La luna estaba en cuarto creciente. Esa noche compartiría sueños con ella en la Laguna Lunar. ¿Por qué había acudido al campamento?

—Acompáñame —maulló la voz cascada de la anciana a sus espaldas—. No te preocupes; nadie excepto tú puede oírme.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó él.

—Visitarte.

Gabarda se detuvo.

—¿Has dicho algo, Glayo?

—Nada —se apresuró a responder él—. T-tengo que salir un momento. Continúa juntando las hojas. Enseguida vuelvo.

Siguiendo el olor de Fauces Amarillas, salió de la guarida y cruzó el claro.

—¿No podrías haber esperado hasta esta noche? —le soltó en cuanto dejaron atrás la hondonada.

—¿Acaso crees que me apetecía venir a dar un paseo por este bosque helado? Se está mucho mejor en el Clan Estelar.

Una tenue silueta relució ante los ojos de Glayo y un instante después el greñudo pelaje de Fauces Amarillas apareció ante él, dejando ver el contorno de los árboles a través de su cuerpo.

—¿Por qué has venido?

La fría nieve parecía mordisquear las zarpas de Glayo.

—¡Porque quería que supieras una cosa antes de que te reúnas con los demás curanderos en la Laguna Lunar!

—Vale, vale —masculló él—. Pues cuéntamela y así los dos podremos volver a casa.

—He visto a Leonado luchando contra el zorro —maulló Fauces Amarillas con voz ronca.

—¿Y?

—Ha sido una señal.

—¿Una señal de qué? ¿De que es un descerebrado?

—Ha luchado él solo.

—Sí, lo sé. Es un descerebrado —repitió. Sus dientes empezaban a castañetear—. ¿Puedes ir al grano?

Fauces Amarillas se inclinó hacia delante, echándole en la cara su apestoso aliento.

—Deja de quejarte y escúchame bien —bufó—. Como Leonado, el Clan del Trueno debe luchar solo.

—¿Luchar solo? ¿Cuándo?

—Cuando el Bosque Oscuro se levante, el Clan del Trueno debe enfrentarse solo a su mayor enemigo.

Glayo parpadeó.

—Pero… el Bosque Oscuro amenaza a todos los clanes.

—Solo sobrevivirá un único clan —gruñó Fauces Amarillas—. Ayer, cuatro patrullas fueron incapaces de expulsar al zorro de vuestro territorio.

Hoy, Leonado lo ha obligado a escoger entre huir o salvar la vida. Y lo ha hecho él solo. En la gran batalla que se avecina, el Clan del Trueno debe hacer lo mismo.

—Pero los guerreros del Bosque Oscuro están entrenando a gatos de los cuatro clanes… —le recordó Glayo.

—Entonces, ¡cualquiera de los clanes podría traicionaros!

—Pero… estamos todos en peligro, ¿no? Sin duda tenemos que pelear juntos…

—¿Y por qué los Tres pertenecen al Clan del Trueno y a ningún otro clan? —Los ojos ámbar de Fauces Amarillas llameaban—. El destino del Clan del Trueno es la supervivencia. Los otros perecerán.

«¿Qué? ¡Eso no es posible! ¡Tiene que haber cuatro clanes!».

A su alrededor, el frío viento empezó a formar remolinos con la nieve.

—¡Fauces Amarillas!

La vieja gata se desvaneció y, con ella, la visión de Glayo. Los ojos del curandero volvieron a sumirse en la oscuridad.

Cuando la patrulla del anochecer regresó y los gatos se dispusieron a compartir lenguas, Glayo salió de su guarida.

—¡Buena suerte! —le deseó Mili mientras bordeaba el claro.

—Ten cuidado —añadió Gabarda.

La joven guerrera estaba compartiendo un escuálido petirrojo con sus hermanos y el curandero percibió el alivio que Mili irradiaba. Él no le había contado por qué su hija se había negado a comer, y ella no le había preguntado. Pero, cuando entró en la guarida del curandero para echarle un vistazo a su hija y la encontró engullendo el ratón, con las zarpas manchadas por las hierbas que había estado clasificando, se quedó encantada.

—Mantenla ocupada —le había aconsejado Glayo—. Gabarda todavía tiene dos patas, y se impacientará si no tiene nada que hacer con ellas.

Leonado y Zarpa de Tórtola estaban describiendo de nuevo la milagrosa derrota del zorro a sus compañeros de clan. Nadie pareció reparar en que la historia cambiaba un poquito con cada nueva repetición. Rosada y Raposo estaban pidiéndoles hasta el último detalle.

—¿Cuál fue tu movimiento vencedor?

—¿Cómo esquivaste sus colmillos?

Glayo aún no les había contado su visión a Leonado y Zarpa de Tórtola. Primero quería ir a la Laguna Lunar. Quería averiguar si el resto del Clan

Estelar coincidía con Fauces Amarillas. Salió por la barrera de espinos, dejando atrás las voces de sus compañeros de clan.

Al salir del bosque, el viento del páramo le atravesó el pelaje. Agachando las orejas, Glayo recorrió la ladera hasta la zanja donde los curanderos se reunían para viajar juntos a la Laguna Lunar. Las patas se le hundieron profundamente en la nieve. En los ventisqueros le llegaba hasta la barriga, y cuando captó el olor de Azor y Blima ya estaba sin aliento.

—¡No hace buen tiempo para viajar! —exclamó.

—Al menos ha dejado de nevar —respondió Azor.

Blima, que olía a peces, se sacudió el pelo.

—¿Podemos irnos ya? Estoy helándome.

—¿Dónde están Cirro y Rosero? —Glayo saboreó el aire, pero no detectó el menor rastro de los curanderos del Clan de la Sombra.

—Tendrán que darnos alcance. —Blima ya se había puesto en marcha—. Hace demasiado frío para quedarnos quietos.

Azor siguió a la curandera del Clan del Río y la nieve crujió bajo sus zarpas.

—Esperemos que nuestras huellas les faciliten el camino.

Desde luego, a Glayo sí lo ayudaron. Siguió los huecos que los otros dos iban dejando en la nieve, pero, incluso así, necesitó de toda su concentración para mantener el equilibrio en la orilla rocosa del arroyo. No pudo colarse en los pensamientos de sus compañeros. Para cuando ascendió la última pendiente que llevaba a la Laguna Lunar, estaba sin resuello.

Blima lo esperaba en lo alto de la cuesta.

—No hay ni rastro de Cirro y Rosero —anunció—. Espero que no haya problemas en el Clan de la Sombra.

—Si los hay, lo descubriremos enseguida —maulló Azor.

—¿Creéis que deberíamos esperarlos? —preguntó la gata.

Glayo ya había tomado la senda que descendía en espiral hasta el agua.

—Si desde aquí no los ves subiendo por el sendero, es que ya no vienen.

La nieve cubría las rocas erosionadas por las innumerables patas que las habían pisado antes que él.

—¿La Laguna Lunar se ha congelado? —preguntó Azor, corriendo tras él.

Glayo alargó una pata y se sintió aliviado al notar cómo el agua se ondulaba suavemente bajo su pelo.

—No.

La hondonada que rodeaba la laguna probablemente la protegía de los vientos más fríos. El curandero del Clan del Trueno se tumbó en la nieve y

esperó a que Blima y Azor se acomodaran en la orilla.

—Ojalá Cirro y Rosero estén bien —dijo Blima, desazonada.

Apoyó la cabeza sobre las patas delanteras y tocó el agua con el hocico. La respiración de Azor ya se había vuelto más lenta. Los dos entrarían en trance enseguida.

Glayo esperó. No necesitaba caminar por sus propios sueños esa noche. Fauces Amarillas ya había hablado con él. Centrándose en Azor, dejó que su mente se colara en los sueños del joven curandero del Clan del Viento.

La brisa, cálida y juguetona, le alborotó el pelo. Glayo parpadeó ante la extensión de cielo y tierra que se desplegaba delante de él. Se hallaba en la arqueada cima de una montaña rocosa y a sus pies se extendían laderas boscosas. A lo lejos, los árboles se oscurecían hacia un horizonte envuelto en las sombras. «¿Es eso el Bosque Oscuro?».

Sonaron voces por debajo de la cima y Glayo se apresuró a esconderse detrás de un peñasco. Cuando las voces se acercaron, se atrevió a asomarse por un lado. Azor estaba paseando con Cascarón. El encorvado y anciano curandero del Clan del Viento avanzaba cabizbajo y arrastrando la cola, como si cargara sobre sus hombros el peso del firmamento. Una gata iba con ellos. Glayo frunció el ceño. No reconocía a esa gata de color marrón claro con manchas canela, pero sus ojos eran tan azules como el lago en la estación de la hoja verde.

—Explícaselo tú, Artemisa —maulló Cascarón, huraño—. Sabía que a mí no me creería…

—No es que no te crea —protestó Azor—. Es que cuesta asimilarlo.

Entonces habló la gata, y lo hizo con una voz tan enérgica como el viento que ahora le agitaba el pelo a Glayo.

—Una vez defendí a mis compañeros de clan para poder proteger su futuro. Lideré a las reinas contra un líder que pensaba que debíamos entrenar a los cachorros antes de que cumplieran seis lunas. —Se le empañaron los ojos, y Glayo percibió la mezcla de orgullo y dolor que se debatía en el corazón de la gata—. Llega un momento en el que todos debemos levantarnos y pelear.

—Pero yo soy curandero —le recordó Azor—. Yo sigo un código diferente del de los guerreros.

—Todo está cambiando —gruñó Cascarón—. Se avecina la batalla más grande a la que jamás se ha enfrentado el Clan del Viento. No podemos permitir que la traición de otros clanes consuma nuestras fuerzas.

—Debemos resistir solos —insistió Artemisa.

«¿Por qué?», se preguntó Glayo, ceñudo. ¿Acaso la profecía de Fauces Amarillas era correcta? «Cuatro patrullas fueron incapaces de expulsar al zorro de vuestro territorio. Hoy, Leonado lo ha obligado a escoger entre huir o salvar la vida. Y lo ha hecho él solo. En la gran batalla que se avecina, el Clan del Trueno debe hacer lo mismo».

—Debes confiar en tus antepasados, no en otros clanes —lo advirtió Cascarón—. Tu fuerza será el pasado, no el presente.

Azor parecía cada vez más alterado.

—Pero ¿contra quién será esa batalla? ¿Y por qué debemos luchar solos? Estrella Alta nunca vio como una debilidad que el clan se aliara con otros para ser más fuerte.

Artemisa entornó los ojos.

—Estrella Alta estaba cegado por sus amistades —maulló con mordacidad.

Glayo se preguntó si la gata estaría refiriéndose a la larga amistad entre Estrella de Fuego y el líder del Clan del Viento.

Azor se volvió hacia Cascarón.

—¿Ese va a ser el rival contra el que tendremos que combatir? ¿Otro clan?

—Todavía no conoces a tu enemigo —respondió el anciano curandero con la voz cascada—. Pero lo sabrás cuando llegue el momento.

Glayo notó que se le erizaba el pelo del cuello. ¿Por qué no se lo contaban? ¿No deberían decirle que su clan iba a enfrentarse a un ejército de los guerreros más siniestros que jamás hubieran recorrido los bosques, páramos o arroyos de los territorios?

Artemisa se colocó frente a Azor, obligándolo a detenerse.

—No debes contarle nada de todo esto a los demás curanderos.

—La traición puede llegar de cualquier parte —gruñó Cascarón—. Debes seguir adelante tú solo, sabiendo que tus antepasados guerreros caminarán contigo, y solo contigo.

Artemisa giró la cabeza de golpe, saboreando el aire. Glayo volvió a agacharse detrás del peñasco. ¿Acaso la gata había captado su olor? Como no quería correr ningún riesgo, retrocedió por una pendiente corta y escarpada, encogiéndose cada vez que las piedrecillas entrechocaban bajo sus zarpas, y se deslizó hasta una estrecha vaguada, alejándose de la cima de la montaña. El rocoso cauce descendía serpenteando, internándose en la ladera. Glayo apretó el paso hasta que las paredes de piedra se transformaron en riberas herbosas.

Al cabo de poco, comenzó a seguir un sendero que desembocaba en la orilla pedregosa de un arroyo.

En los márgenes crecían sauces inclinados y helechos. Instintivamente, Glayo buscó el cobijo de la vegetación. Avanzando entre los helechos, continuó arroyo abajo hasta que vio una gran roca. Era ancha y plana, y emergía del agua dividiendo la corriente en dos. Glayo reconoció el pelaje gris atigrado de Blima, silueteado contra la roca. Junto a ella estaba Arcilloso, el antiguo curandero del Clan del Río. Tabora estaba con ellos, plantada sobre la roca y muy cerca de la corriente. El agua le acariciaba las patas.

—Debes seguir adelante tú sola —le ordenó Arcilloso a Blima.

Glayo aguzó el oído. El estruendo del arroyo ahogaba las palabras de los gatos del Clan del Río.

—… antepasados caminarán contigo… —Tabora miraba fijamente a Blima.

—… los gatos siempre se han ayudado unos a… —se sulfuró Blima.

Tabora negó con la cabeza.

—… han cambiado. Nosotros también debemos cambiar…

—¿Puedo contárselo a Ala de Mariposa?

Tabora miró a Arcilloso de reojo.

—Ala de Mariposa no te creerá, pero puedes contárselo.

Arcilloso inclinó la cabeza.

—Es una buena curandera. Protegerá a sus compañeros de clan durante esta espantosa batalla.

—¿No podéis decirme a qué se debe esta batalla? —suplicó Blima—. ¿Contra quién vamos a luchar?

Los viejos gatos del Clan del Río negaron con la cabeza. El arroyo bañaba sus patas.

—… más horrible que tus peores pesadillas…

—… más oscuro de lo que puedas imaginar…

—… un río de sangre…

Blima se echó hacia atrás, con los bigotes temblando de miedo.

Frustrado y furioso, Glayo volvió a meterse entre los helechos para alejarse de la orilla. ¡Parecía que todos los miembros del Clan Estelar eran presas del pánico! ¿De verdad creían que dividir a los clanes y paralizarlos de miedo los ayudaría? Él debía compartir lo que sabía con los demás curanderos. Se enfrentaban a un enemigo real.

—¿Ahora me crees?

Glayo se detuvo con un respingo cuando Fauces Amarillas apareció ante él.

—Cada uno de los cuatro clanes debe cuidar de sí mismo —bufó la gata —. El Bosque Oscuro se mueve entre ellos. No puedes fiarte de nadie. ¿Por qué crees que los curanderos del Clan de la Sombra no han acudido a la Laguna Lunar esta noche? Ellos ya os han abandonado. Y los otros clanes harán lo mismo.

—No si les cuento lo que está pasando.

Fauces Amarillas saltó encima de él y lo derribó.

—¡No debes contárselo! —maulló, inmovilizándolo contra el suelo con dureza—. ¿Es que no ves las señales? ¡Leonado ha vencido al zorro él solo! —bufó—. Si no te mantienes al margen, los cuatro clanes se perderán en la oscuridad.

Glayo forcejeó, debatiéndose debajo de la gata, y cuando abrió los ojos descubrió que ya no veía nada y que estaba de nuevo en la Laguna Lunar. Oyó un roce de pelo contra la nieve. Azor estaba subiendo por el sendero, y Blima ya había llegado a lo alto y caminaba deprisa, como si no quisiera hablar con sus compañeros. ¿Acaso el vínculo entre curanderos podía romperse con tanta facilidad?

Glayo se puso en pie. Tenía que avisarlos.

—¡Es el Bosque Oscuro…!

Un crujido silenció sus palabras. El agua de la laguna empezó a crepitar a sus espaldas, resonando contra los muros de la hondonada. Glayo se dio la vuelta y su visión quedó inundada por la luz de las estrellas: la Laguna Lunar estaba congelándose; el hielo se extendía como fuego sobre la hierba, desplegándose sobre el agua, que quedó completamente blanca.

El joven curandero contempló la hondonada y sintió una llamarada de esperanza en el pecho. En las paredes relucientes se alineaban gatos del Clan Estelar. Las hileras de guerreros de pelaje estrellado estaban inmóviles y mudas. Glayo las observó. ¿Pedrusco se encontraba entre los antepasados? Con una oleada de alegría, reconoció al antiguo gato sin pelo. ¿Había ido a ayudar al Clan Estelar? Quizá había logrado que cambiaran de opinión… Quizá los gatos del Clan Estelar iban a enfrentarse juntos al Bosque Oscuro, después de todo.

Mientras los observaba, suplicando en silencio algún tipo de señal, vio que la hondonada comenzaba a tornarse blanca. Uno tras otro, los guerreros del Clan Estelar se convirtieron en estatuas de hielo, con el pelaje centelleante

y los bigotes rígidos, antes de hacerse añicos bajo la fría y mortecina luz de la luna, quedando reducidos a trocitos crueles y puntiagudos.

Solo permaneció Pedrusco, que miró inexpresivamente a Glayo, con sus ojos ciegos y abultados tan helados como la Laguna Lunar.

15

Zarpa Espinela abrió los ojos. «¡Cagarrutas de ratón!». Ya era de noche y, sin embargo, ella seguía en la guarida de los aprendices. Quería estar en el Bosque Oscuro. Quería perfeccionar el complicado movimiento que Alcotán le había enseñado la noche anterior.

La aprendiza plantó las orejas.

Silencio. Zarpa de Tórtola no estaba en su lecho.

Zarpa Espinela suspiró, rodando hacia un lado. ¿Acaso su hermana creía que nadie iba a advertir que desaparecía una noche tras otra, que regresaba justo antes de que saliera la patrulla del alba y que fingía despertarse en su lecho como si no se hubiera movido de allí?

«Sé lo que te traes entre patas… —Zarpa Espinela se tapó la nariz con la cola—. Te escabulles para practicar sola en el bosque. Te has dado cuenta de que soy mejor que tú y eso no te gusta…».

Ahora le tocaba a ella envidiarla.

Zarpa Espinela cerró los ojos, recordando el movimiento de Hoja de Arce. «Si coloco una de las patas traseras así y una delantera así…». Sus pensamientos la sumieron en un profundo sueño.

—¡Atrás, Espinardo! ¡Podrías resultar herido! —gruñó a sus compañeros de clan antes de enfrentarse sola a la patrulla del Clan de la Sombra.

Con una sola pata, mandó a Robledo volando por los aires y luego se abalanzó contra Chamuscado y lo pateó antes de arañarle el hocico a Grajo.

Sintió un dolor penetrante cuando dos afiladas zarpas la aferraron por detrás. Los guerreros del Clan de la Sombra se desvanecieron. Aquel enemigo no era imaginario. El pinchazo de las garras en la piel era real. La aprendiza tragó saliva para contener un alarido cuando las garras la lanzaron al suelo.

—¡Esto te enseñará a prestar atención!

El aliento rancio de Garra de Cardo le llenó las fosas nasales y el Bosque Oscuro se reveló tras el guerrero. Con el hocico pegado a la tierra húmeda, la joven solo logró distinguir los troncos sombríos a través de la persistente niebla.

—¡Suéltame! —chilló.

—No sé si las súplicas funcionan en el campo de batalla… —Garra de Cardo le hundió aún más las uñas en el cuello.

Presa del pánico, Zarpa Espinela sacudió las patas traseras, que chocaron con algo sólido. Probablemente era una raíz. La empujó, impulsándose hacia delante, y Garra de Cardo se estremeció con un respingo y la soltó. En un instante, la aprendiza estaba de pie, alzándose frente al guerrero atigrado, con las uñas desenvainadas y mostrando los colmillos.

—Muy bien —gruñó Alcotán con aprobación, a poca distancia de ellos.

Zarpa Espinela miró de reojo y lo vio avanzando entre los árboles. De repente, no le importaba ni el escozor que sentía en el cuello ni la sangre que le mojaba el pelo. Alcotán la había elogiado.

Garra de Cardo le soltó un bufido, arqueando el lomo y enseñándole los dientes.

—La próxima vez estarás ojo avizor, por si aparezco de la nada —le gruñó a la joven.

Ella le sostuvo la mirada.

—Quizá seas tú el que esté ojo avizor, por si aparezco yo —le espetó—. No seré aprendiza eternamente. —Volvió a mirar a Alcotán—. Este gato siempre está metiéndose con los aprendices —maulló—. ¿Por qué no le asignas uno para que nos deje en paz a los demás?

A Alcotán le brillaron los ojos.

—Puedo nombrarlo tu mentor.

Zarpa Espinela sacudió la cola. En ese momento se sentía preparada para aceptar cualquier cosa.

—Si es lo que quieres… Pero entonces tendrás que encontrar un nuevo aprendiz para ti y empezar desde cero.

Los ojos del atigrado centellearon, risueños.

—Sí, supongo que sí.

—Yo tenía mi propia aprendiza —masculló Garra de Cardo—. Pero no superó la última evaluación.

A pesar de su demostración de confianza, Zarpa Espinela se estremeció. Algo en el tono del guerrero sugería que no superar la evaluación implicaba algo más definitivo que volver a intentarlo tras más entrenamiento.

—Vamos, aprendiza. —Alcotán despachó a Garra de Cardo con un brusco movimiento y centró su atención en Zarpa Espinela—. Esta noche practicaremos el combate en el agua.

—¿Por qué? —le preguntó la joven mientras lo seguía entre los árboles—. No soy una gata del Clan del Río.

—Pero algún día podrías tener que luchar con un miembro de ese clan. —Contestó el guerrero, sacudiendo la cola—. Date prisa. Están esperándonos en la orilla.

Zarpa Espinela entrevió varios pelajes a través de los troncos. Hormiguero estaba sentado con la cola enroscada sobre las patas. Junto a él se encontraba Desmochado. Lobezno, un aprendiz del Clan del Río al que reconoció de las Asambleas, se paseaba con Nevado. Zarpa Espinela buscó el río, pero más allá de los guerreros no logró ver otra cosa que sombras. Plantó las orejas y solo oyó la fría brisa que aullaba tenuemente entre las ramas peladas.

—¿Dónde está el río? —preguntó.

Alcotán se detuvo al llegar junto a los otros gatos.

—Ahí.

Zarpa Espinela se quedó mirando una corriente de líquido oscuro que se deslizaba en silencio por el suelo.

—¿Eso es un río?

El agua despedía un hedor extraño y repulsivo. Lobezno arrugó la nariz.

—Es lo mejor que tienen.

—Esto será divertido… —maulló Hormiguero, mirando ceñudo a Zarpa Espinela—. Nunca he visto a un gato del Clan del Trueno remojado.

—Ah, y supongo que los guerreros del Clan del Viento están siempre chapoteando en el lago, ¿no? —replicó ella—. ¿Corazón de Tigre no ha venido esta noche? —preguntó como si nada.

No quería que nadie notara cuánto deseaba ver al guerrero del Clan de la Sombra. La idea de mojarse, sobre todo en aquel riachuelo viscoso, le revolvía el estómago. Se sentiría más segura con Corazón de Tigre cerca. Como cuando habían entrenado sobre una roca y Garra de Cardo tiró a Gurriata al suelo.

Frunció el ceño al darse cuenta de repente de que, desde entonces, no había vuelto a ver a Gurriata.

Alcotán se acercó a la orilla.

—¿Estáis todos listos?

Zarpa Espinela se puso tensa.

—Antes de que probemos en el agua, os enseñaré lo que vamos a practicar —maulló Alcotán, haciéndole una señal a Hormiguero.

El gato del Clan del Viento se acercó levantando la barbilla y se plantó con rigidez ante el guerrero atigrado oscuro. Con un movimiento veloz, Alcotán le despegó las patas traseras del suelo. Hormiguero trastabilló y volvió a erguirse sobre las cuatro patas torpemente.

Justo en ese momento, una sombra salió de entre los árboles.

—Es fácil recuperarse en tierra firme. —Era Cebrado—. Pero, en medio de una corriente de agua, no es tan sencillo recobrar el equilibrio.

Zarpa Espinela notó un hormigueo en la piel. Cebrado no le caía bien. Había algo malicioso en aquel escuálido guerrero negro y gris que la ponía nerviosa. En una ocasión, había mordido a Corazón de Tigre después de que terminaran un entrenamiento de combate y luego lo había negado.

Alcotán saludó a Cebrado con un leve asentimiento y continuó:

—Cuando estéis en el agua, es mejor que mantengáis las garras envainadas. Quizá os parezca más lógico intentar aferraros al lecho fluvial, pero los cantos rodados que arrastra la corriente pueden engancharse en una uña y arrancarla.

Zarpa Espinela se estremeció.

Alcotán sacudió la cola.

—Hormiguero, prueba el mismo movimiento dentro del agua con Desmochado.

Hormiguero entró cautelosamente en el cauce del lento y espeso río. Avanzó hasta mojarse la barriga y luego siguió avanzando hasta que la corriente le cubrió los hombros. El agua chapoteaba contra él, produciendo un sonido distinto de cualquier corriente de agua que Zarpa Espinela hubiese oído.

—Nevado, tú practicarás con Lobezno —ordenó Alcotán.

Nevado asintió y sus ojos refulgieron en la penumbra.

Lobezno se metió en el río.

—¡Esto no es agua! —rezongó—. Es demasiado fangosa.

Nevado empujó con el hocico al aprendiz del Clan del Río, que tropezó y perdió pie. Se hundió mientras intentaba recuperar el equilibrio, aunque logró mantener la nariz fuera de la oscura corriente.

Zarpa Espinela inspeccionó el bosque, deseando que Corazón de Tigre apareciera de una vez. Hacía varias noches que no lo veía. ¿Habría estado entrenando en otra parte del bosque?

Cebrado se plantó ante ella, tapándole la vista.

—Si te parece bien, yo practicaré con Zarpa Espinela, Alcotán —dijo el guerrero encogiéndose de hombros—. Como tú estás supervisando el entrenamiento…

La aprendiza se cuadró, alzando la barbilla.

—De acuerdo.

Entró en el río, esperando que el agua fría le calmara el dolor de los arañazos del cuello, pero se frustró un poco al descubrir que aquel fluido cálido y denso le tiraba del pelo como si estuviera lleno de algas invisibles. Siguió avanzando con una mueca, tratando de ver el lecho fluvial a través de las turbias aguas.

Cebrado se puso detrás de ella.

—Venga, ¿siempre eres tan lenta?

Zarpa Espinela continuó adelante, estremeciéndose cuando el agua fangosa le empapó el pelo, mojándole primero la barriga y cubriéndole luego el lomo. La joven tensó los músculos, peleando contra la corriente para mantenerse en pie. Le habría gustado ser más alta. A Cebrado, el agua apenas le rozaba el espinazo, mientras que ella tenía que hacer un gran esfuerzo por mantener la cabeza fuera.

De repente, una piedra rodó bajo sus patas y la aprendiza resbaló. El agua la engulló antes de que pudiera tomar aire y Zarpa Espinela pataleó, presa del pánico.

«No está tan hondo», se dijo a sí misma, y se impulsó al encontrar el lecho del río bajo las patas. Sacó la cabeza a la superficie y, con los bigotes chorreando y los ojos llorosos, escupió el agua que había estado a punto de tragarse. Sabía a rancio; como la carroña pero peor.

Cebrado la observaba con un brillo risueño en los ojos.

—Ya veo que no eres una gata del Clan del Río… —maulló zalamero.

—¡Y no querría serlo…!

Su desafiante réplica quedó empañada cuando volvió a perder pie y se hundió de nuevo. La joven aprendiza trató con desesperación de llegar al fondo, pero una forma esbelta se deslizó por debajo de ella y le despegó las patas traseras del suelo, como acababa de demostrarles Alcotán en tierra.

«¡Cebrado!».

El guerrero había empezado con la práctica antes de que ella tuviese siquiera la oportunidad de tomar aire.

Zarpa Espinela rodó en la corriente, sacudiendo las patas. Contuvo la necesidad de respirar, aunque los pulmones le pedían aire a gritos, y justo en ese momento una pata la inmovilizó contra el lecho fluvial. El agua fluía a su

alrededor. Una oleada de pánico creció en su pecho. Tenía que respirar, necesitaba respirar. Intentó retorcerse, pero Cebrado la aplastó con más fuerza, sacándole el poco aire que le quedaba.

«¡Clan Estelar, ayúdame!».

Una sombra se movió junto a ella, apenas reconocible en el agua embarrada. Era la barriga clara y lustrosa de un gato del Clan del Río.

«¡Lobezno!».

El aprendiz la agarró por el pescuezo y la liberó de las garras de Cebrado. A través del limo, Zarpa Espinela distinguió el contorno borroso del guerrero del Bosque Oscuro, buscándola por el lecho del río a manotazos. Lobezno se situó a su altura y le señaló las patas traseras de Cebrado con el hocico, soltando burbujas por la nariz. Zarpa Espinela lo entendió. Aunque necesitaba respirar desesperadamente, su pánico se había desvanecido. Podía aguantar un poquito más. Juntos, los dos aprendices se impulsaron a lo largo del lecho del río como si fueran una pareja de nutrias y, con un certero golpe, hicieron que Cebrado perdiera pie.

Mientras el guerrero se hundía en el agua, Zarpa Espinela ascendió a toda prisa para salir a la superficie, boqueando. Lobezno apareció junto a ella un instante después y ambos lanzaron un aullido triunfal. Río abajo, Cebrado iba dando manotazos en la espumeante corriente, intentando recuperar el equilibrio.

Cuando por fin lo consiguió, el guerrero se dirigió torpemente hacia ellos y Lobezno le susurró a Zarpa Espinela:

—Mantente lejos de sus garras.

Y dicho eso, el aprendiz del Clan del Río se fue nadando hacia su mentor del Clan Oscuro.

Zarpa Espinela se plantó ante Cebrado.

—¿Quieres que volvamos a probar? —le preguntó con tono inocente.

El atigrado entornó los ojos. El agua le goteaba por la barbilla.

—De acuerdo.

¿Había recelo en su mirada?

La aprendiza se inclinó dentro de la corriente y afianzó las extremidades contra una roca del fondo. Ella no iba a hacer trampa. Esperó a que Cebrado tomara aire y se preparó para notar cómo le doblaba las patas traseras de un manotazo. Mientras el guerrero tiraba de ellas, la joven se impulsó hacia delante como un pez, escapando de su rival. Ni siquiera se hundió.

Asombrada de sentirse tan cómoda en aquel río cálido y grasiento, la gata dio media vuelta, lista para volver a probar el movimiento con Cebrado.

Completamente concentrada, se sumergió, le separó las patas del suelo y huyó nadando en un movimiento limpio y veloz. Sintió una oleada de orgullo. Ningún guerrero del Clan del Trueno había entrenado nunca para luchar en el agua.

Al salir a la superficie, vio que Alcotán balanceaba su espesa cola rayada en la orilla para que todos se reunieran con él.

—No está mal —maulló a medida que iban saliendo del río, empapados.

Zarpa Espinela se sacudió el pelo, sin importarle si salpicaba a Cebrado.

—Aunque esperaba algo más de ti, Cebrado —añadió Alcotán, mirando burlón al flaco guerrero—. Pensaba que te mantendrías firme frente a una aprendiza sin experiencia.

Cebrado soltó un resoplido y se escabulló hacia los árboles.

—¿Zarpa Espinela?

La voz de Estrella de Tigre sobresaltó a la joven, que se volvió en redondo. El guerrero oscuro estaba saliendo a la orilla.

—Todos los gatos del Clan del Trueno deberían aprender a mojarse las patas. —Se sacudió de arriba abajo—. Has ejecutado algunos movimientos a la perfección.

Zarpa Espinela inclinó la cabeza.

—Gracias.

—¿Has visto a Corazón de Tigre?

La pregunta la pilló por sorpresa. ¿Es que Estrella de Tigre sabía que siempre estaba pendiente del joven guerrero cuando se encontraban en el Bosque Oscuro?

—¿Yo? No… No lo he visto.

—Se ha retrasado otra vez —gruñó el enorme atigrado—. Cada noche llega más tarde. ¿Sabes si está enfermo?

—Puedo preguntarlo en la próxima Asamblea —se ofreció Zarpa Espinela, agitando una oreja.

—No, ya lo localizaré yo.

El tono de Estrella de Tigre hizo que la aprendiza se estremeciera. ¿Acaso Corazón de Tigre se había metido en un problema por no acudir a los encuentros con puntualidad?

Alcotán carraspeó.

—Hora de marcharse.

En la distancia, a través de los árboles, más allá del borde del Bosque Oscuro, el cielo clareaba. La joven aprendiza reprimió un bostezo mientras se alejaba del río.

—Nos vemos mañana —le susurró Lobezno antes de desaparecer entre las sombras.

Los árboles que rodeaban a Zarpa Espinela se transformaron en helechos y de repente se encontró ovillada en su cama. Enseguida oyó la respiración de Zarpa de Tórtola, que estaba acostada a su lado.

«Ya ha vuelto…».

… Aunque sin duda acababa de llegar. Su respiración era rápida y el olor a nieve de su pelo, fresco. Zarpa Espinela frunció el hocico. También había otro olor en el pelo de su hermana. Un olor familiar… La joven atigrada intentó descubrir a qué le recordaba, pero los párpados le pesaban cada vez más y, un instante después, exhausta, se quedó profundamente dormida.

—¿Qué es esto?

El maullido conmocionado de Candeal despertó a Zarpa Espinela, que levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—¡Sangre! —A su madre se le desorbitaron los ojos—. Hay sangre en tu lecho… —La guerrera blanca se agachó para olfatear el musgo que sobresalía entre las frondas y soltó un grito ahogado—. ¡Y también en tu pelo! ¿Estás herida?

Zarpa Espinela se apartó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Hace muchísimo que ha salido la patrulla del alba, y ninguna de las dos os habéis levantado, así que he venido a despertaros.

Zarpa de Tórtola salió de su lecho, adormilada.

—Supongo que hemos estado entrenando mucho…

—¿Por eso hay sangre en tu lecho?

Candeal miró a Zarpa Espinela. En sus ojos se intuía una sombra de preocupación.

Los helechos de la entrada susurraron y Abejorro Negro asomó la cabeza en la guarida de los aprendices.

—¿Qué es todo este alboroto? —quiso saber.

—Llama a Glayo —le ordenó Candeal—. Zarpa Espinela está herida.

—¡No! —protestó la joven—. Estoy bien.

Pero Abejorro Negro ya había salido de la guarida.

La aprendiza atigrada sintió una oleada de calor. No quería que nadie descubriera los arañazos que Garra de Cardo le había hecho en el cuello. Creía que el agua del río se los habría limpiado, pero era evidente que aún le sangraban al regresar del Bosque Oscuro. De reojo, miró el musgo de su

lecho. Vio una parte oscura, empapada de sangre. Luego su mirada se cruzó con la de Zarpa de Tórtola.

—Debe de haber una espina entre el musgo… —se apresuró a decir.

«¡Venga, Zarpa de Tórtola, échame una mano!».

Su hermana se encogió de hombros.

—Sí, una espina —maulló, antes de salir de la guarida.

«¡Muchas gracias!». La joven atigrada echaba chispas; Zarpa de Tórtola la había dejado sola frente a su madre, para que la calmara por su cuenta.

—Quizá haya una piedrecita afilada…

—Déjame mirar… —Candeal apartó a su hija y comenzó a rebuscar con las patas entre el musgo—. No noto nada…

Glayo entró en la guarida cargado con una hoja doblada. Abejorro Negro y Carbonera entraron tras él a toda prisa. Zarpa Espinela se apartó de su lecho.

El joven curandero dejó la hoja a sus pies y la abrió. Contenía un ungüento espeso y verde.

—Deja que te examine —le ordenó a la aprendiza.

—Solo es un rasguño… —replicó ella, apartándose.

«Glayo sabe que visito el Bosque Oscuro. Adivinará que esto no es el arañazo de una espina».

Carbonera olisqueaba el lecho de su aprendiza.

—¿Toda esta sangre por una espina?

—Puede que esto te escueza un poco… —El curandero comenzó a aplicarle el ungüento.

«Por favor, no se lo cuentes…». A Zarpa Espinela se le había acelerado el pulso más por miedo que por dolor.

Glayo suspiró.

—No es nada demasiado grave, pero percibo una pequeña infección. —Le extendió un poco más de ungüento—. Deberías tener más cuidado.

Zarpa Espinela sintió que se encogía dentro de su pellejo. El tono de Glayo lo decía todo; sabía exactamente dónde se había hecho esas heridas.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Carbonera, angustiada.

—¿Ha dejado de sangrar? —preguntó Candeal, acercándose más.

A Zarpa Espinela le martilleaban los oídos y los cortes le escocían cada vez que Glayo le aplicaba un poco más de ungüento. «¡Largaos ya! ¡Dejadme todos en paz!».

—Sobrevivirá —contestó Glayo, volviendo a doblar la hoja—. Ven esta noche a mi guarida para que te ponga más ungüento —le dijo a la aprendiza.

Luego recogió la hoja y salió de allí.

Mientras él salía, Zarpa de Tórtola volvió a entrar.

—¿Tú también has venido a cotillear? —le espetó Zarpa Espinela.

La aprendiza gris se acercó al lecho de su hermana, lo inspeccionó detenidamente y, un instante después, se incorporó.

—¿Es esto lo que estabais buscando? —maulló entre dientes, y escupió una larga espina al suelo.

Candeal la toqueteó con cuidado.

—¡No me extraña que hubiera tanta sangre!

Carbonera frunció el ceño.

—¿Cómo ha llegado hasta tu lecho sin que te dieras cuenta?

Zarpa Espinela sintió una oleada de agradecimiento por el gesto de su hermana. Cuando Zarpa de Tórtola se inclinó a olfatearle las heridas, ella le susurró al oído:

—Gracias.

Su hermana refunfuñó.

—Esto no ha terminado —masculló. Y se apartó.

—Venga. —Candeal le hizo una señal con la cola a Abejorro Negro—. Dejemos descansar a Zarpa Espinela.

Y guio al joven guerrero fuera de la guarida. Zarpa de Tórtola los siguió, sacudiendo la cola al desaparecer entre los helechos.

Carbonera miraba a su aprendiza fijamente. En sus ojos había un rastro de inquietud.

—¿Qué? —le soltó Zarpa Espinela.

La guerrera suspiró.

—Si esos arañazos se han infectado, sin duda son bastante profundos…

La joven se metió en su lecho. Lo único que quería en ese momento era dormir. Carbonera sacudió la cola.

—Debes de estar cansada…

Le tocó la cabeza delicadamente y Zarpa Espinela se dio cuenta de que temblaba.

—¿Ocurre algo? —le susurró Carbonera, inclinándose más sobre ella—. Ya sabes que puedes contarme cualquier cosa, no se lo diré a nadie. Esas heridas no puedes habértelas hecho con una espina… Al primer pinchazo te habrías despertado y habrías saltado del lecho. —Se separó un poco y se quedó mirándola—. Además, una espina no habría causado una infección tan deprisa, por muy profundamente que se hubiera clavado. —Observó las heridas—. Por otro lado… las espinas no desgarran la piel de esa forma…

Zarpa Espinela se había quedado tan rígida como una presa muerta. ¿Qué podía decir? La cabeza le daba vueltas mientras el cuerpo iba helándosele.

—Cuéntame la verdad —le insistió Carbonera en voz baja—. No me enfadaré. Solo necesito saber cómo puedo ayudarte.

La joven respiró hondo.

—He estado practicando de noche.

—¿Practicando?

—Quiero ser la mejor guerrera que haya tenido el Clan del Trueno…

«¡Y voy a serlo!», añadió para sus adentros.

—¡Oh!… —exclamó Carbonera con un suspiro—. Entiendo. —En cierto modo, parecía aliviada—. Por supuesto que quieres ser la mejor. Y has estado en el bosque entrenando por tu cuenta…

—Sí… —Detestaba mentirle a su mentora, que no había hecho otra cosa que tratarla bien. «Pero no le estoy mintiendo del todo», se dijo a sí misma—. Zarpa de Tórtola lo hace todo bien. Todo el mundo la trata ya como a una guerrera. Estrella de Fuego le pide consejo y Leonado nunca hace nada sin ella…

Carbonera se puso tensa.

—¡Tú eres tan buena como tu hermana! —bufó—. ¡Yo no podría estar más orgullosa de ti! Si quieres entrenar más, lo organizaremos durante el día. Todavía estás creciendo, Zarpa Espinela. Necesitas descansar.

La aprendiza asintió obedientemente.

—¿Me prometes que no volverás a salir por la noche? —le preguntó su mentora—. Cuando el clan está durmiendo, no hay nadie que cuide de ti. ¿Quién sabe qué podría pasarte estando sola en el bosque? ¿Y si el zorro vuelve por aquí? —maulló con preocupación—. Tú eres igual de buena que cualquier guerrero. No tienes por qué escabullirte para entrenar en secreto. —Miró a su aprendiza con ojos ardientes—. ¡Prométeme que no volverás a salir del campamento de noche!

Zarpa Espinela se miró las patas con una punzada de culpabilidad en el estómago.

—Lo prometo —susurró.

16

Zarpa de Tórtola salió bruscamente de la guarida de los aprendices, siguiendo la estela de Candeal y Abejorro Negro. «¡No tengo por qué preocuparme de Zarpa Espinela, para eso está Carbonera! Le he encontrado una espina, que ella se ocupe de explicar el resto…».

Pero la rabia se desvaneció enseguida. No estaba enfadada. Estaba asustada. Todas las noches se iba a dormir preguntándose con qué nuevas heridas se despertaría su hermana. ¿Y si empezaba a pensar como una guerrera del Bosque Oscuro? Necesitaba hablar con Glayo. Él tenía que ayudarla. Se dirigió hacia su guarida.

Pasó junto al montón de la carne fresca, donde Puma estaba dándole vueltas a un ratón embarrado.

—¿Crees que a Musaraña le atraerá esto? —le preguntó el veterano con voz cascada.

Zarpa de Tórtola se detuvo.

—¿Qué?

—No parece gran cosa. —Puma enganchó el ratón con una uña y lo balanceó ante ella—. Pero quizá la tiente.

—¿Es que no tiene hambre?

La aprendiza estaba sorprendida. Todos los miembros del clan estaban hambrientos.

Esquiruela se acercó a toda prisa.

—¿Musaraña tiene fiebre?

Puma negó con la cabeza.

—No. Solo parece triste y cansada… —Se encorvó sobre el montón de carne fresca—. Esperaba que hubiera algo que le levantara el ánimo.

—Una de las patrullas de caza debería estar a punto de regresar —maulló Esquiruela—. Quizá traigan algo mejor… —Miró a Zarpa de Tórtola—.

¿Leonado no va a salir contigo?

La aprendiza se encogió de hombros.

—Cuando esté listo.

«Además, yo tengo algo que hacer antes de salir a cazar». Miró hacia la guarida del curandero, con la esperanza de que Abejorro Negro no tardara mucho en salir.

Puma dejó caer el ratón sobre la nieve con un sonido sordo.

—Si yo fuera unas estaciones más joven, saldría a cazar por mi cuenta… —Miró con melancolía hacia lo alto de la hondonada—. En mi juventud era un cazador bastante bueno. Atrapaba conejos… —Alzó la barbilla—. Y faisanes… —Agitó los bigotes—. Aunque los faisanes no son muy difíciles de cazar. Prefieren comer a volar.

Zarpa de Tórtola parpadeó, olvidándose de Glayo.

—¿Cazabas faisanes?

Puma no era precisamente un gato pequeño, pero incluso él debía de pesar menos que un faisán.

—Cuando era más joven, nada era demasiado grande para mí.

Y con un suspiro melancólico, el viejo gato echó a andar hacia la guarida de los veteranos.

Zarpa de Tórtola inclinó la cabeza ante Esquiruela y corrió hacia la guarida del curandero.

Cuando cruzó la cortina de zarzas, Abejorro Negro estaba paseándose delante del lecho de Gabarda.

—¡Deberías haberlo visto! ¡Cuánta sangre por una sola espina…! Y al parecer Zarpa Espinela ha estado durmiendo toda la noche encima de ella y no se ha dado ni cuenta…

Glayo estaba junto al charco, lavándose las zarpas manchadas de ungüento.

—No exageres, Abejorro Negro —maulló mientras se lamía las patas—, solo tiene un par de arañazos…

—Ahora voy a revisar el musgo para Glayo —anunció Gabarda, muy orgullosa—. Soy la patrulla de la espina. —Miró hacia el otro extremo de la guarida—. Quizá debería inspeccionar el musgo de la maternidad antes de que lo coloquen en los lechos.

Zarpa de Tórtola estaba a punto de llamar a Glayo, pero el curandero ya se dirigía hacia ella.

—Estoy seguro de que Dalia y Rosella agradecerán que revises el musgo de los cachorros —le dijo el curandero a Gabarda al pasar por su lado—.

Tengo que salir un momento. Abejorro Negro, hazle compañía a tu hermana. Pero no le cuentes más historias disparatadas, por favor. —Pasó junto a Zarpa de Tórtola—. Vamos —le susurró, cruzando la cortina de zarzas—. Tenemos que hablar.

«¡Por fin!». Había llegado el momento de que Glayo se tomara en serio las visitas de Zarpa Espinela al Bosque Oscuro. La aprendiza corrió tras él. Sin bajar el ritmo, el curandero le hizo una señal con la cabeza a Leonado, y el guerrero se despidió de Estrella de Fuego y de Zarzoso y fue tras ellos. Con los ojos entornados, el líder del clan se quedó mirando cómo los tres salían del campamento.

—Muy bien. —Glayo se detuvo en la ladera que llevaba a la hondonada, en un pequeño claro entre los helechos, y clavó sus ojos ciegos en Zarpa de Tórtola—. Tienes que impedir que tu hermana vuelva del Bosque Oscuro en semejante estado. Acabará por levantar sospechas.

Zarpa de Tórtola se quedó mirándolo, boquiabierta. Apenas pudo contener el rugido de rabia que le subía desde el estómago:

—¿Que yo tengo que impedirlo? —bufó—. ¿Qué crees que he estado intentando hacer hasta ahora? Y no solo porque sus zarpazos, magulladuras y lesiones puedan desvelar nuestro secreto. —Pegó el hocico a la cara de Glayo —. ¡Sino porque tengo miedo de que la maten!

Leonado se interpuso entre ambos.

—Tranquilízate, Zarpa de Tórtola… Tienes razón. Tu hermana ha recibido ya demasiadas heridas, y nuestra obligación es protegerla…

La aprendiza soltó aire lentamente.

—¡Es lo que he intentado deciros desde el principio!

—Pero nosotros no podemos seguirla en sus sueños —añadió Leonado.

—¡Glayo sí que puede! —señaló la joven.

Su mentor negó con la cabeza.

—Estrella de Tigre ya lo advirtió de que se mantuviera lejos del Bosque Oscuro. No puede correr el riesgo de volver…

—Pero sí que lo puede correr Zarpa Espinela una noche tras otra —le espetó la joven, echando chispas.

—Tu hermana es una de ellos —le recordó Glayo—. No le harán daño mientras piensen que está de su lado.

—¿No podéis hablar con ella? —Zarpa de Tórtola los miró suplicante—. Decidle que no debe volver al Bosque Oscuro. A lo mejor a vosotros os escucha…

Leonado le pasó la cola por el lomo.

—¿De verdad crees que nos escucharía?

A la joven se le cayó el alma a los pies. «No». Zarpa Espinela parecía convencida de que Estrella de Tigre estaba convirtiéndola en una gran guerrera. Jamás renunciaría a eso.

—Además —añadió Glayo, sentándose con la cola alrededor de las patas —, la necesitamos en el Bosque Oscuro más que nunca.

Leonado centró la atención en su hermano.

—¿Por qué?

—Fauces Amarillas me visitó para anunciarme que debemos luchar solos contra el Bosque Oscuro.

Su hermano ladeó la cabeza.

—¿«Solos»?

—A todos los curanderos están diciéndoles lo mismo. Debemos cortar todos los vínculos con los otros clanes y enfrentarnos solos al peligro.

—¿Los demás clanes saben lo de los guerreros del Bosque Oscuro? — Leonado pegó las orejas a la cabeza.

—No. —Glayo arañó el suelo—. El Clan Estelar parece saberlo, pero está ocultándoselo a los otros curanderos.

—¿Por qué? —quiso saber Zarpa de Tórtola.

Glayo se encogió de hombros.

—Quizá no quieran asustarlos. Tal vez ya no saben en quién pueden confiar…

—¿Y por qué no se lo cuentas tú a los demás curanderos? —le preguntó Zarpa de Tórtola.

—Fauces Amarillas me ordenó que mantuviera la boca cerrada. Y cuando intenté avisar a Azor y Blima antes de que se marcharan, tuve una visión…

Leonado se inclinó hacia él.

—¿Qué visión?

—El Clan Estelar se congeló delante de mí y se hizo añicos como el hielo hasta que no quedó nada. El Clan Estelar quedó destruido.

Zarpa de Tórtola lo miró sin pestañear.

—Entonces, ¿estamos solos?

Glayo se encogió de hombros.

—El Clan del Trueno tiene a los tres, así que probablemente es el único clan que está destinado a sobrevivir.

Leonado comenzó a pasearse arriba y abajo.

—¿Así que se supone que tengo que combatir por todos en esa batalla? — Agitó la punta de la cola, furioso—. Por el gran Clan Estelar, ¿por qué no

puedo tener una vida normal como cualquier otro gato?

Zarpa de Tórtola frunció el ceño. Ella estaba convencida de que a su mentor le gustaba ser parte de la profecía. ¿Por qué de repente reaccionaba como si no quisiera ser tan poderoso? El guerrero siempre la había animado a aceptar sus propios poderes y ella estaba empezando a disfrutar de ellos. Gracias a sus supersentidos, podía oír a Corazón de Tigre dondequiera que estuviese. Lo veía cazando con sus compañeros de clan… Percibía su respiración cuando se quedaba dormido en su lecho… Volvió al presente con un sobresalto. No era momento de ponerse a pensar en Corazón de Tigre.

—Sea como sea, ¿por qué Zarpa Espinela tiene que seguir visitando el Bosque Oscuro? —preguntó.

—Necesitamos saber qué están tramando —le respondió Glayo.

—¡Ya sabemos qué están tramando! —replicó la joven.

—Pero no sabemos cuándo planean atacar, ni si son ellos quienes están detrás del plan de dividir a los clanes… —El curandero se inclinó más hacia la aprendiza—. Zarpa Espinela es la única que puede averiguarlo.

Zarpa de Tórtola dio un paso atrás para apartarse de él.

—¿Queréis que mi hermana espíe para nosotros? ¿No creéis que ya corre bastante peligro? Si Estrella de Tigre la descubre, solo el Clan Estelar sabe lo que podría hacerle. —Sintió que se le revolvía el estómago—. ¡No! De ninguna manera vais a poner a Zarpa Espinela en esa situación. ¡Ni aunque todo el clan dependa de eso!

Se dio la vuelta esparciendo nieve a su alrededor y se marchó echando chispas a través de los helechos. ¡A Leonado y Glayo no les importaba nada Zarpa Espinela! Ella solo era un instrumento para conseguir lo que querían. «Primero pretendían utilizarme a mí, ¡y ahora pretenden utilizar a mi hermana!».

Impulsada por la rabia, corrió hasta lo alto de la ladera. Los árboles disminuían en la cima de la pequeña colina, y desde allí pudo ver el lago, destellando a sus pies bajo un despejado cielo azul. Podía utilizar esa rabia para ayudar a su clan. Empezó a descender por la pendiente y se dirigió al lago. Cazaría.

En la zona donde la orilla se ensanchaba hacia el arroyo, Zarpa de Tórtola detectó olor a presa. Se detuvo, con las patas doloridas de frío, y saboreó el aire.

«¡Un campañol!».

Avanzó despacio, olfateando el suelo. Enseguida localizó el rastro en la nieve y vio algunas huellas. Moviéndose con sigilo, siguió las diminutas

pisadas a lo largo de la orilla y llegó a la zona donde los árboles flanqueaban el arroyo, que desembocaba en el lago. Después de saltar a la ribera, continuó corriente arriba, zigzagueando entre los árboles hasta que vio al roedor; una figura pequeña y oscura, encorvada junto al agua. El animalito estaba concentrado en el bocado que aferraba con las patas delanteras.

Zarpa de Tórtola adoptó la posición de acecho, agazapándose, y avanzó sobre la nieve con la cola y la barriga altas, para evitar que rozaran el blanco manto. El campañol seguía mordisqueando su comida, ajeno al peligro. La aprendiza se detuvo por encima de él, balanceó las ancas y saltó a la ribera.

Notó al roedor cálido y carnoso bajo sus zarpas, y lo despachó con una dentellada letal. La presa se quedó colgando de sus garras, aromática e inerte. A la joven se le hizo la boca agua. Era la mejor pieza de carne fresca que había visto en días.

—¡Buen salto! —exclamó Zarpa Espinela desde la orilla opuesta.

Su pelaje plateado y blanco se camuflaba entre la nieve. Chapoteando, cruzó el arroyo por la parte menos profunda, y subió hasta donde estaba su hermana.

—Buena captura —insistió.

Zarpa de Tórtola arrugó el hocico. El pelo de su hermana seguía embadurnado de ungüento. Entonces reparó en que en sus ojos había un brillo febril.

—Deberías estar descansando en el campamento —maulló—. ¿Glayo no te ha dicho que esos arañazos están infectados?

—¿Y qué? —se sulfuró la atigrada, levantando la barbilla—. Ya me los ha curado con ese ungüento, ¿no?

—No estaba criticándote —se apresuró a maullar Zarpa de Tórtola—. Solo me preocupo por ti. —Dejó el campañol a sus pies. No quería volver a pelearse con su hermana—. Toma, come un bocado.

Zarpa Espinela negó con la cabeza.

—Eso iría contra el código guerrero —señaló.

—Solo un mordisquito —insistió Zarpa de Tórtola—. Pareces hambrienta. Diré que se ha estropeado mientras lo cazaba.

La atigrada entornó los ojos.

—No, gracias —gruñó—. Yo no soy de las que quebrantan el código guerrero alegremente.

—¿Qué? —Zarpa de Tórtola la miró, sorprendida.

—Yo no soy de las que desaparecen por la noche para verse con un guerrero del Clan de la Sombra.

Zarpa de Tórtola sintió que su estómago se encogía. «¡Sabe lo de Corazón de Tigre!».

—¿Cómo lo has descubierto?

—¿Acaso creías que no detectaría su olor en tu pelo? —Zarpa Espinela sacudió la cola—. Eso de pasar las noches con un gato de otro clan no es muy leal, ¿no te parece?

Zarpa de Tórtola se puso rígida.

—Al menos yo no estoy poniendo a nadie en peligro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Cada vez que vas al Bosque Oscuro, traicionas a tus compañeros de clan.

—¡Eso no es verdad! —bufó Zarpa Espinela—. ¡Estoy aprendiendo a ser una gran guerrera para poder ayudar a mi clan!

—¡Oh, sí, claro! —exclamó la aprendiza gris, burlona—. Igual que Estrella de Tigre. ¡Él era un gran guerrero!

—¡Lo era!

—Se convirtió en el líder del Clan de la Sombra. ¡Intentó matar a Estrella de Fuego!

¿Cómo podía ser tan tonta su hermana?

Zarpa Espinela se quedó mirándola con unos ojos tan fríos como el hielo.

—¿No vas a preguntarme cómo he reconocido el olor de Corazón de Tigre?

Zarpa de Tórtola parpadeó, confundida.

—¿Qué?

—¿No crees que es muy raro que haya distinguido tan fácilmente el olor de Corazón de Tigre?

Zarpa de Tórtola se quedó de piedra, como si la sangre hubiera dejado de correrle por las venas. Recordó la mirada que su hermana y Corazón de Tigre habían intercambiado en la batalla.

—¿C-cómo lo has sabido? —le preguntó, encogiéndose interiormente.

No quería oír la respuesta. No quería oír que Corazón de Tigre también había estado viéndose con Zarpa Espinela. Eso significaría que él le había mentido. Que ella no era la única gata del Clan del Trueno que ocupaba los pensamientos del guerrero.

—Nos vemos casi todas las noches —dijo Zarpa Espinela con voz ronca.

—Es imposible. ¡Corazón de Tigre está conmigo!

—No toda la noche.

Zarpa de Tórtola retrocedió.

—¡No digas eso! Él me quiere a mí, no a ti. ¿Has estado siguiéndolo? ¡Búscate tu propia pareja! ¡Déjalo en paz!

Su hermana se acercó un poco más.

—Oh, a mí no me gusta Corazón de Tigre en ese sentido. Yo no soy una sensiblera como tú. Yo soy ante todo una guerrera, igual que lo es él.

A Zarpa de Tórtola le habría gustado estar sorda. Le habría gustado poder ver cómo su hermana movía la boca sin oír sus palabras.

—Corazón de Tigre no se pasa la noche entera ronroneándote al oído —se mofó su hermana—. Es uno de los mejores guerreros que tiene el Bosque Oscuro. Allí es donde reside su auténtica lealtad. ¡No contigo!

—¡Eso no es cierto! ¡Solo estás celosa! —le chilló Zarpa de Tórtola. No podía creerse esas mentiras—. Siempre me has tenido envidia. De que yo sea mejor guerrera que tú. Siempre lo he sido y siempre lo seré, y tú no puedes soportarlo. ¡Y ahora estás celosa porque Corazón de Tigre me ama a mí y no a ti! Quieres destruir todo lo que tengo porque estás celosa. ¡Eso es todo!

Los ojos de Zarpa Espinela centellearon.

—¿En serio? ¿Y por qué no se lo preguntas a Corazón de Tigre?

—¡Cierra el hocico! —Zarpa de Tórtola empezó a subir por la ribera—. Si le cuentas a alguien que estoy viendo a Corazón de Tigre, entonces yo le contaré a todo el clan que estás entrenando en el Bosque Oscuro con Estrella de Tigre. Y te quedarás sola, te quedarás sin amigos. ¡Todos te odiarán tanto como yo!

Y echó a correr entre los árboles.

—¡Te olvidas de tu presa! —maulló Zarpa Espinela.

—¡Puedes quedarte con ella! ¡Así, tus compañeros de clan pensarán que has hecho algo bien, para variar!

Siguió corriendo, bloqueando los pensamientos que giraban en su mente. La línea olorosa del Clan de la Sombra estaba cerca; su olor le bañaba la lengua. ¿De verdad Corazón de Tigre había traicionado a los clanes que vivían junto al lago? Frenó en seco y plantó las orejas. Proyectando sus sentidos, empezó a buscarlo.

Lo hacía tan a menudo que le resultó fácil localizarlo. Oyó su voz y sus pasos en el suelo forestal. Conocía su sonido: eran fuertes y seguros. El guerrero iba con compañeros de su clan. «Lomo Rajado, Pinosa y Aguzanieves…». Todos ronronearon de risa cuando Pinosa se hundió en un ventisquero con un sonido sordo.

Parecían contentos. Zarpa de Tórtola deseó estar con ellos. Deseó estar jugando en la nieve con Corazón de Tigre, convencida de que él la amaba.

Quería estar con él a todas horas.

¿Debería unirse al Clan de la Sombra? Esa idea brotó salvajemente en su cabeza, llenándole el corazón de esperanza.

«¡No seas idiota! ¡Soy una de los tres!». No podía dejar que Glayo y Leonado se enfrentaran solos a los guerreros del Bosque Oscuro, y, en lo más hondo de su ser, sabía que no podría abandonar a Zarpa Espinela. El dolor le atravesó el corazón como una espina. No debería haberle dicho todas esas cosas a su hermana. Había sido cruel. Le había dado a entender que el clan no la quería…

De repente, sintió que se le revolvía el estómago. ¿Y si Zarpa Espinela decidía quedarse en el Bosque Oscuro para siempre? Dio media vuelta y corrió hacia el campamento. Le pediría perdón. Le diría que se había equivocado…

Pero ¡eso no bastaría! Su hermana seguiría visitando el Bosque Oscuro porque no entendía que estaban utilizándola. Zarpa de Tórtola apretó el paso sobre la nieve helada. Los árboles eran un borrón a su alrededor. El hielo crujía bajo sus patas.

«¿De qué me sirven todos estos poderes si no puedo mantener a salvo a mi propia hermana?».

17

Rosero retiró esperanzado la nieve que cubría las raíces de un viejo tocón de árbol, y suspiró al encontrarse con hojas ennegrecidas por las heladas. ¿Por qué no había ni una sola hierba que creciese en la estación en la que las enfermedades eran más letales? Cirro estaba enfermo. El clan estaba debilitado por el hambre. Solo era cuestión de tiempo que la tos blanca amenazara a todas las guaridas.

—¡Ay! —La exclamación de Pinosa resonó a través de los árboles.

—Eso es lo que te pasa por hacer el tonto —le respondió la voz de Corazón de Tigre.

Rosero siguió excavando. La patrulla de su hermano se acercaba.

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó al descubrir más hojas podridas.

Corazón de Tigre llegó a su lado.

—¿Qué ocurre?

El joven curandero se sacudió la nieve de las zarpas y suspiró resignado.

—No encuentro ni una sola hierba en condiciones. Ni siquiera ortigas.

El resto de la patrulla alcanzó a Corazón de Tigre.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Lomo Rajado.

—Tenemos tiempo de sobra —añadió Aguzanieves—. Las presas también se han escondido.

Pinosa se inclinó sobre Rosero.

—¿Qué haces?

El curandero arrugó la nariz. Había captado el olor de algo verde en el pelaje de la aprendiza. La olisqueó con más intensidad.

—¡Eh! —Pinosa se apartó—. ¡Esta mañana me he lavado de arriba abajo!

—¿Dónde has estado? —quiso saber Rosero.

La joven señaló el rastro que habían dejado en la nieve.

—Cerca de esos alerces.

Corazón de Tigre ronroneó.

—Pinosa se ha caído en un ventisquero.

—Debajo estaba lleno de zarzas —se quejó ella—. Todavía tengo pinchos en el pelo…

—¿Zarzas debajo de la nieve? —Rosero sintió que se le levantaba el ánimo—. ¡Por eso detecto el olor de la borraja en tu pelo!

Aguzanieves entornó los ojos.

—Creo que a tu hermano se le ha encogido el cerebro… —le susurró a Corazón de Tigre.

—Rosero sabe lo que hace —replicó el guerrero, tocándolo con la cola—. ¿Verdad?

—Las zarzas habrán protegido las hojas de borraja de la nieve —explicó el curandero—. Quizá se hayan salvado de las heladas…

Lomo Rajado se adelantó.

—Te mostraré dónde hemos estado.

Pero Rosero ya había echado a correr por la senda que habían trazado sus compañeros de clan.

—¡No te preocupes! —exclamó—. Puedo seguir vuestras huellas.

—¡No creo que te cueste mucho encontrar el punto exacto donde ha caído Pinosa! —le dijo Corazón de Tigre a voces—. El agujero es lo bastante grande como para que se esconda una liebre.

Rosero avanzó sobre las pisadas que habían dejado sus compañeros de clan en la nieve, y notó un cosquilleo de emoción al ver un ventisquero delante de él con el hueco por el que había caído Pinosa. Se coló por allí, ignorando el frío que le atravesaba las almohadillas, hasta que notó el primer pinchazo de las zarzas. Haciendo una mueca, apartó los tallos y, un instante después, distinguió las hojas verde oscuro de una borraja intacta, resguardada y a salvo.

«¡Gracias, Clan Estelar!». Arrancó todas las hojas que pudo alcanzar, y cuando acabó su tarea retrocedió por el agujero en la nieve.

A pesar de ese golpe de suerte, el joven curandero seguía preocupado. Ojalá hubiera sido nébeda o atanasia. La borraja solo servía para bajar un poco la fiebre, pero no combatía la infección, y Cirro tenía los pulmones muy cargados. ¿Y si su enfermedad se transformaba en tos verde? Sin nébeda, Rosero no podría hacer nada.

Decidió que lo mejor era apartar ese pensamiento. «Disfruta de los regalos del Clan Estelar», se recordó a sí mismo.

Y dicho eso, siguió avanzando hacia el campamento. De hecho, él siempre disfrutaba con el clima frío y fresco de la estación sin hojas y, aunque le helaba las patas, le encantaba el crujido de la nieve bajo sus almohadillas.

—¡Rosero!

Al traspasar la entrada del campamento, Trigueña corrió a recibirlo.

—¡Has encontrado hierbas! —Le lamió la mejilla con brío—. ¡Buen trabajo!

El joven frunció el hocico, pero se recordó que era afortunado por tener una familia tan afectuosa. En las Asambleas, a veces veía a Ventolero mirando a Corvino Plumoso y Nube Negra con rabia indisimulada. Sus padres nunca se daban cuenta; solían estar demasiado ocupados metiéndose el uno con el otro.

—Te veo muy flaco —maulló Trigueña, un tanto angustiada.

Rosero se encogió de hombros. Tenía la boca demasiado llena de hojas de borraja para hablar. Por supuesto que estaba flaco. Estaban en la estación sin hojas.

Trigueña miró hacia la guarida del curandero.

—Será mejor que vayas a ver cómo está Cirro. Sigue tosiendo.

Rosero acarició la mejilla de su madre con la cola y se dirigió a la guarida del curandero. Ahí dentro olía a enfermedad.

—Deberías estar acostado —le dijo a su mentor después de dejar la borraja junto al almacén.

Cirro estaba revisando hojas en la parte trasera de la guarida. Las hierbas frescas estaban amontonadas a un lado; las secas, al otro.

—No queda nada de matricaria —suspiró.

—Deja que te ayude —se ofreció Rosero.

—Aún puedo arreglármelas con esto…

El viejo curandero no pudo acabar la frase: le dio un ataque de tos, y esparció las hojas secas por el suelo de la guarida.

Rosero condujo delicadamente a Cirro hasta su lecho.

—Yo buscaré la consuelda y se la llevaré a los veteranos —le prometió.

—Qué tos más estúpida… —rezongó el curandero mientras se acomodaba en el musgo. Pareció aliviado al hundirse en su blandura—. Se me pasará en un día o dos.

—Por supuesto.

Rosero volvió junto a las hierbas. Su mentor llevaba días diciendo lo mismo. Había estado demasiado enfermo para viajar a la Laguna Lunar y ahora no parecía encontrarse mucho mejor.

En su fuero interno, Rosero se sentía aliviado de que Cirro no hubiese podido ir hasta la laguna, porque él tampoco había ido. Estrella Mellada le había dicho que se mantuvieran lejos de los demás curanderos y, con Cirro demasiado enfermo para viajar, Rosero había podido obedecer al viejo gato del Clan Estelar sin tener que discutirlo con su mentor. Al llegar la media luna, se había ido solo al bosque para pasar allí la noche, cobijado en un tronco hueco.

Empezó a recoger las hojas que Cirro había desperdigado con su ataque de tos.

—¿Has tenido algún sueño? —le preguntó su mentor de repente.

Rosero se puso a enrollar un fardo de consuelda para llevárselo a Amapola.

—No.

—¿Y en la Laguna Lunar?

El joven se puso tenso.

—Fue lo mismo de la otra vez. Debemos mantenernos apartados de los demás clanes.

Cirro soltó un gruñido.

—¿Por qué mientes?

Rosero dejó de enrollar la consuelda.

—¿Qué? —maulló, procurando mantener la calma.

—Sobre la Laguna Lunar. —El lecho de Cirro crujió levemente—. Llevo un cuarto de luna esperando que me cuentes la verdad. —El viejo curandero tosió con fuerza—. Cuando volviste, en tu pelo no había ni rastro del olor del agua y las rocas de la hondonada, y tampoco detecté el de los demás curanderos. Solo olías a bosque y a miedo.

Rosero se volvió hacia su mentor.

—Lo siento mucho, Cirro… —Lo decía muy en serio. Buscó las palabras adecuadas para explicar lo que estaba pasando y, finalmente, añadió—: Estrella Mellada me dijo que me mantuviera alejado de los demás curanderos, ¿recuerdas? Si quieres, iré a la Laguna Lunar, pero iré yo solo, sin mezclarme con el resto.

—¿Y por qué estás tan seguro de haber interpretado correctamente la visión que tuviste? —le soltó Cirro.

—¡No había nada que interpretar! —Rosero tragó saliva para controlar la frustración que le subía por la garganta—. Estrella Mellada fue muy claro. Se acercan tiempos de guerra, y debemos confiar únicamente en nuestros antepasados para que nos guíen. ¡En nadie más!

—Pero Estrella Negra coincidió conmigo. Debemos ser prudentes.

Rosero flexionó las garras.

—¡Yo soy curandero, y por encima de todo respondo ante el Clan Estelar!

—¡Pero, si se acerca una guerra, las alianzas podrían ser nuestra única esperanza! —La voz de Cirro era cada vez más ronca—. Unir fuerzas con los otros clanes nos mantuvo vivos durante el Gran Viaje, y antes de eso nos ayudó a derrotar a Azote y al Clan de la Sangre.

Rosero miró fijamente a su mentor.

—Eso fue entonces. Ahora es distinto. Los tiempos han cambiado.

—El código guerrero nunca cambia.

—¡Nosotros no somos guerreros! —replicó el joven—. ¡Somos curanderos!

Los ojos lechosos de Cirro se clavaron en su joven aprendiz. El viejo gato volvió a sufrir un ataque de tos, y Rosero corrió a su lado y comenzó a masajearle el huesudo pecho con las dos zarpas, intentando aliviar la presión de los pulmones. Detestaba discutir con su mentor, sobre todo cuando estaba enfermo. Cirro le había enseñado todo lo que sabía, y daría su vida por él. Pero Cirro no había presenciado la visión de la hondonada en llamas; el Clan Estelar se la había enviado exclusivamente a Rosero…

El joven retrocedió con un respingo. ¿Por qué el Clan Estelar había compartido ese aviso solo con él? Vio a Cirro atormentado por la tos. ¿Acaso el viejo curandero iba a morir? Sintió un doloroso vacío en el estómago y se puso a frotarle el pecho con más intensidad.

Poco a poco, la tos remitió, y Cirro se recostó en su lecho, respirando con esfuerzo.

—Tienes que ser sincero conmigo, Rosero… Siempre —masculló entre dientes.

—Lamento no haberte contado que no fui a la Laguna Lunar. —Le alisó el pelo revuelto—. No quería disgustarte. —Miró a su angustiado mentor a los ojos—. Pero no podía desobedecer al Clan Estelar.

Cirro asintió.

—Lo entiendo. Solo te pido la verdad.

—Pues ahora ya la tienes. —Rosero se incorporó—. Debemos seguir adelante solos. Estrella Mellada lo dejó bien claro y yo voy a hacer lo posible por cumplir lo que me ordenó.

—¿Y crees que yo también debo hacerlo? —preguntó Cirro—. Yo no he tenido sueños ni visiones… No tengo ninguna razón para abandonar a mis viejos amigos —añadió con apenas un susurro.

—¿Estás pensando en Carbonilla? —Rosero conocía el estrecho vínculo entre ambos curanderos.

A Cirro se le humedecieron los ojos, y el joven se inclinó sobre él.

—Ahora Carbonilla está muerta, Cirro —dijo en un susurro—. Y Glayo es el curandero del Clan del Trueno. Él no es Carbonilla; querrá luchar solo si eso es lo que le ha dicho el Clan Estelar…

—¡Glayo puede hacer lo que le plazca! —Cirro se irguió con un gemido —. Carbonilla me salvó la vida una vez y eso nos unió para siempre. No abandonaré al clan que ella amaba hasta que esa deuda esté saldada.

Las ramas de la entrada susurraron y Serbal asomó la cabeza.

—¿Rosero? —llamó—. Estrella Negra quiere verte…

Cirro intentó salir de su lecho.

—Solo Rosero —le dijo Serbal al viejo gato—. Estrella Negra te ha oído toser; quiere que descanses.

Cirro gruñó con frustración, pero volvió a hundirse en el blando musgo.

—Luego te contaré lo que me haya dicho —le prometió Rosero, antes de seguir a Serbal.

Al cruzar el claro, el joven curandero notó que lo rozaban por ambos lados y redujo el paso, desconcertado. El lugarteniente del clan iba delante de él y no había ningún otro gato cerca de ellos.

Cálidos aromas lo rodearon. «¡Bermeja y Nacarada!». Rosero oyó sus voces, como una suave brisa en los oídos.

«¡Sé fuerte!».

«¡Estamos contigo!».

Rosero asintió y entró en la guarida de Estrella Negra, dejando en el aire a las guerreras espectrales.

—¿Has recibido alguna otra señal? —El líder estaba paseándose por su guarida, sacudiendo la cola.

El joven se apartó de su camino.

—No —respondió.

—Entonces, ¿por qué estoy teniendo tantas pesadillas? —Estrella Negra se detuvo y se quedó mirándolo. Parecía muy alterado—. Me paso las noches dando vueltas en mi lecho y mis sueños están llenos de sangre, violencia y muerte.

El curandero parpadeó. El viejo líder parecía angustiado y sus ojos brillaban en la oscuridad.

—¿A qué peligros nos enfrentamos? —preguntó—. ¿El Clan de la Sombra será destruido? —Miró hacia la entrada, lleno de inquietud—.

Cuando visitaste la Laguna Lunar después de la batalla con el Clan del Trueno, dijiste que se acercaba una guerra. ¿Quién nos amenaza? ¿El Clan del Trueno? ¿El Clan del Viento? ¿El Clan del Río? ¿Todos ellos a la vez? ¿Cómo deberíamos hacerles frente? ¿Qué dicen nuestros antepasados?

Rosero inclinó la cabeza.

—Ya te conté lo que habían dicho. Debemos enfrentarnos solos al peligro. La lealtad hacia los otros clanes no hará más que debilitarnos. Debemos pensar solo en nosotros. Si lo hacemos, estaremos a salvo.

—¿En serio? —En los ojos de Estrella Negra brotó un destello de esperanza.

—Sí. —Rosero se miró las patas—. Saldremos adelante.

Aquellas palabras le sonaron huecas, pero tenía que tranquilizar al líder de su clan, porque, si él perdía los nervios, ¿cómo iban a enfrentarse a una batalla?

Estrella Negra le dio la espalda.

—Podemos ganar. Saldremos adelante…

Había desaparecido en sus propios pensamientos. El curandero salió de la guarida.

—He oído que has encontrado hierbas.

La voz de Serbal lo sobresaltó.

—¿Hierbas? —repitió Rosero.

—Esta mañana. Trigueña dice que has traído borraja. ¿Necesitas ayuda para recolectar más?

El joven se dio una sacudida para volver al presente.

—Sí —maulló—. Es una buena idea.

El lugarteniente del Clan de la Sombra inspeccionó el claro nevado.

—¡Sapero! ¡Canela! —los llamó.

Los dos guerreros estaban parcheando con hojas la pared de la maternidad.

—Tengo un trabajo para vosotros.

Canela fue la primera en llegar junto a su padre.

—¿De qué se trata?

Serbal ronroneó.

—Rosero ha encontrado una planta de borraja. Deberíamos recolectar las hojas mientras estén verdes.

—Quizá haya más hierbas resguardadas de la nieve —añadió Rosero—. Debemos buscar debajo de todos los zarzales.

Sapero se estremeció.

—Esta noche dormiremos con rasguños en la piel.

—No, si tenemos cuidado… —Canela parecía estar pensando en algo—. En realidad, tengo una idea.

—¡Levántalo más! —exclamó Canela desde debajo de un zarzal.

Sapero gruñó y levantó un poco más el palo con las patas delanteras para alzar los espinosos tallos del suelo. Tenía que conseguir que estuvieran lo bastante altos para que Rosero y Canela pudieran colarse por debajo.

—¡No lo dejes caer! —le pidió Canela mientras se retorcía por debajo de las zarzas.

—No lo haré —resopló Sapero, balanceándose sobre las patas traseras.

Rosero siguió a su hermana, restregando la barriga contra la tierra helada. Las zarzas de lo alto estaban cargadas de nieve, pero a ras de suelo los tallos estaban despejados, y entre ellos logró ver algunos brotes verdes.

—¿Los alcanzas? —le preguntó a Canela.

—Creo que sí. —La guerrera estiró las zarpas delanteras y comenzó a arrancar las hojas—. Aquí tienes.

Le tendió un puñado a Rosero. Era fárfara. Aunque con eso no curaría a Cirro, podría ayudarlo a respirar mejor.

Fue recogiendo las hojas que le pasaba su hermana, hasta que se encontró con un satisfactorio y aromático manojo de hierbas entre las zarpas.

—¿Hay más? —preguntó.

—Eso es todo —respondió Canela.

El curandero empezó a salir de debajo de las zarzas retorciéndose hacia atrás, y cuando por fin consiguió salir se sacudió las espinas y las ramitas del pelo. Sapero resollaba por el esfuerzo de mantener levantadas las ramas, y Rosero dejó la fárfara en el suelo y sujetó el palo junto a su compañero. Entre los dos, tuvieron alzadas las zarzas hasta que Canela salió.

El joven curandero miró con alegría el montón de fárfara.

—Estas provisiones deberían servirnos al menos para una luna, siempre que no haya demasiados enfermos de tos.

—¡Vamos a probar con otro arbusto! —Canela giró sobre sí misma entusiasmada, inspeccionando los árboles—. ¿Qué te parece ese de ahí?

Y echó a correr hacia otro matorral cubierto de nieve.

Sapero puso los ojos en blanco.

—Supongo que yo tendré que cargar con el palo…

Tomó la robusta rama de pino entre los dientes y comenzó a arrastrarla detrás de Canela.

De repente, Rosero oyó un sonoro crujido. Canela trastabilló cuando el hielo se agrietó bajo sus patas, y, al verla caer, Rosero sintió una oleada de pavor.

Sumergido en una visión, el joven curandero se encontró a sí mismo pataleando en una profunda poza de heladas aguas negras. La corriente lo empujaba hacia el fondo, tirando de su pelaje y llenándole de agua las orejas y la boca. Rosero boqueó para respirar y sus pulmones se colapsaron. Atragantándose y tosiendo, luchó por ascender a la superficie, pero sus garras chocaron contra una gruesa capa de hielo. ¡Estaba atrapado bajo el agua y las ávidas profundidades seguían tirando de él! El terror rugió en sus oídos mientras trataba desesperadamente de partir el hielo. Sus uñas intentaban rasgar la lisa superficie. Sus pulmones pedían aire a gritos…

«¡No!».

Rosero se lanzó hacia Canela antes de que se hundiera a través del hielo. La derribó sobre la nieve, a un lado del sendero.

—¡¿Qué estás haciendo, en el nombre del Clan Estelar?! —chilló su hermana, apartándolo de un empujón para poder levantarse—. ¿Acaso te has vuelto loco?

En el centro del camino, Canela había pisado un pequeño charco que estaba congelado. Solo tenía la profundidad de una hoja muerta y estaba lleno de barro.

—¿Temías que me mojara las patas? —le preguntó la guerrera.

Rosero se quedó mirando el charco, resollando.

—Yo… yo…

La visión ocupó de nuevo sus pensamientos, y fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuera la capa de hielo y el agua helada y asfixiante.

Dio unos pasos atrás. ¿Cómo era posible que aquel pequeño charco hubiera provocado una visión tan vívida? Se estremeció. Primero fuego, luego agua… Estaba viendo peligros por todas partes…

—Lo sé —le susurró al Clan Estelar—. No tenéis que seguir recordándomelo.

Debía concentrarse en lo que era importante en ese momento. Cirro estaba enfermo. Tenía que encontrar hierbas para que sus compañeros de clan estuvieran fuertes y sanos. Las visiones podían esperar.

18

Tormenta de Arena empezó a toser y Leonado, que estaba ayudando a parchear la guarida de los veteranos, interrumpió su trabajo y se volvió hacia la guerrera, encorvada debajo de la Cornisa Alta. También había estado tosiendo durante la noche.

Estrella de Fuego bajó por las rocas desprendidas y le tocó la cabeza con el hocico.

—¿Te encuentras bien?

—Es solo un copo de nieve… Me lo he tragado al respirar —le respondió Tormenta de Arena con voz ronca.

Leonado metió otro puñado de hojas en un hueco entre las ramas. Aunque el sol estaba en su punto más alto, la hondonada estaba gris bajo un cielo del mismo color. En los últimos días había nevado varias veces, y la capa de nieve que cubría el haya era tan espesa que los muros recién construidos de las guaridas crujían y se combaban, provocando agujeros y grietas. Leonado llevaba trabajando toda la mañana para rellenarlos. Debían impedir que las corrientes heladas se arremolinaran en el interior de las nuevas guaridas. Tordo y Betulón habían estado aprovisionándolo de hojas, y ya tenían las zarpas embarradas y magulladas. Solo encontraban hojas si excavaban en la nieve, y aun así se veían obligados a arrancarlas del congelado suelo forestal.

Betulón dejó un nuevo montón a los pies de Leonado. Tordo daba vueltas detrás de él, intentando mantenerse caliente.

—¿Necesitas más?

Los dos guerreros estaban sin aliento y tenían la piel pegada a los huesos. Las presas escaseaban desde hacía casi media luna y los gatos del Clan del Trueno tenían suerte si podían comer unos pocos bocados al día.

Leonado recogió otro puñado de hojas congeladas.

—Si encontráis más, podríamos reparar también el fondo de la guarida.

Betulón asintió y salió del campamento con Tordo.

—¡Asegúrate de repararlo bien! —exclamó la aguda voz de Musaraña a través de la pared—. Anoche apenas pude dormir por culpa del viento que corría por la guarida.

Leonado ronroneó. El carnoso campañol que había cazado Zarpa Espinela le había devuelto los ánimos a Musaraña. El guerrero tomó otro puñado de hojas y se encaminó con cuidado hacia las ramas de lo alto de la guarida.

—¿Leonado está por aquí? —Zarzoso había metido la cabeza por la entrada.

—¡Estoy aquí detrás! —El guerrero soltó las hojas, bajó al suelo de un salto y corrió a reunirse con el lugarteniente del Clan del Trueno—. ¿Qué ocurre?

Zarzoso estaba saliendo de la guarida.

—Quiero que encabeces una patrulla de caza.

Leonado se limpió las garras en la nieve. Las tenía llenas de barro.

—Genial. ¿Dónde?

—En el bosque que hay junto a la frontera del Clan del Viento.

Musaraña se asomó desde su guarida.

—¿Y qué pasa con las corrientes de aire?

Zarzoso inclinó la cabeza.

—Betulón y Tordo pueden terminar el trabajo.

—¿Crees que es prudente cazar cerca de la frontera? —preguntó Leonado entornando los ojos—. El Clan del Viento está muy quisquilloso con eso desde que ellos empezaron a cazar por allí.

El lugarteniente resopló.

—Precisamente por eso deberíamos dejar notar nuestra presencia. Ya han traspasado la frontera persiguiendo presas otras veces. No queremos que eso se convierta en una costumbre.

—No, supongo que no. —Leonado vio que el razonamiento tenía sentido.

—No es que queramos buscar problemas —continuó Zarzoso—. Pero el Clan del Viento debe saber que el Clan del Trueno nunca está muy lejos de la línea fronteriza.

Musaraña flexionó las garras.

—No sé por qué no pueden limitarse a cazar en el páramo, como hacían en los viejos tiempos… —Dio media vuelta para regresar a la calidez de su guarida, sin dejar de refunfuñar—. El Clan del Viento cazando en el bosque… ¿Qué será lo siguiente? ¿El Clan de la Sombra pescando en el lago?

Zarzoso esperó a que la veterana desapareciera en el interior.

—No busques problemas —le recordó a Leonado—. Pero tampoco te escondas de ellos.

El joven guerrero ahuecó el pelo.

—Con un poco de suerte, atraparemos un conejo.

A veces, cuando el tiempo se recrudecía, algunos conejos buscaban el cobijo del bosque.

—Un conejo estaría bien… —El lugarteniente miró de reojo el ratón y el escuálido petirrojo que formaban el montón de la carne fresca—. Llévate a Hojarasca Acuática, a Carbonera y a Zarpa de Tórtola —le ordenó.

A Leonado se le cayó el alma a los pies. En los últimos días había estado evitando a Carbonera. ¿Por qué le habría contado su secreto? ¿Y por qué había creído que ella lo aceptaría sin más? Y más aún, ¿por qué ella no podía aceptarlo sin más? Agitó la cola. «¡Yo no he cambiado! ¡Siempre he tenido este poder!». Miró al otro lado del claro. Sabía que Carbonera estaba allí, compartiendo lenguas con Hojarasca Acuática. Se puso tenso al ver que la guerrera le susurraba algo al oído a su amiga. ¿Y si se lo contaba a alguien? ¿Sería capaz de revelar su secreto?

«¡No!». Apartó esa preocupación. Carbonera era la misma de siempre y él seguía confiando en ella.

—¿Nos llevamos también a Zarpa Espinela?

Zarzoso negó con la cabeza.

—Glayo dice que sus heridas aún están infectadas. Quiere que se quede en el campamento hasta que esté totalmente recuperada.

Leonado asintió y se dirigió hacia Carbonera y Hojarasca Acuática. Llamó a Zarpa de Tórtola al pasar por delante de la guarida del curandero y su aprendiza, que había ido a hacerle compañía a Gabarda, salió por la cortina de zarzas y corrió para alcanzarlo.

—¿Qué pasa? —le preguntó sin aliento al llegar junto a las dos guerreras.

—Vamos a ir los cuatro a cazar junto a la frontera del Clan del Viento —anunció Leonado.

Hojarasca Acuática se incorporó.

—Y también a comprobar que el Clan del Viento no la ha traspasado, supongo.

Carbonera se desperezó, con el pelo alborotado. Intentó alisarse un mechón dándole un par de lametazos.

—Será mejor que nos pongamos en marcha cuanto antes —maulló Leonado.

Al mirar a Hojarasca Acuática, le sorprendió ver que ella le sostenía la mirada. Últimamente parecía más segura de sí misma. Se prestaba a ofrecerle su ayuda a Glayo, y no se inmutaba si él rechazaba sus consejos. También se había vuelto más fuerte en las patrullas, y a menudo era la primera en atrapar una pieza o en señalar qué marcas olorosas había que renovar en las fronteras.

Leonado frunció el ceño. ¿Ahora era curandera o guerrera? ¿Cómo debería tratarla? Arañó el suelo helado. ¿Hojarasca Acuática era su madre o solo la hermana de su madre? Sabía que ella lo había traído al mundo, pero no lo había criado. Eso lo había hecho Esquiruela… Al menos cuando las obligaciones del clan no la llevaban lejos de la maternidad. Se encogió de hombros. Dalia y Fronda eran las reinas que más a menudo le habían dado calor y lo habían lavado; de hecho, lo habían cuidado tanto o más que Esquiruela, y muchísimo más que Hojarasca Acuática.

—¿Y bien? —maulló Hojarasca Acuática, sacándolo de sus pensamientos —. ¿Nos vamos o no?

—Nos vamos.

Zarpa de Tórtola bostezó.

—¿Por qué estás siempre tan cansada? —le soltó Leonado con irritación.

Ella lo miró parpadeando.

—Lo… siento.

La joven gata siguió a Carbonera hacia el túnel de espinos, y cuando Hojarasca Acuática las siguió, el guerrero sintió una punzada de culpabilidad. No debería haberle hablado así a su aprendiza. Todavía era muy joven, y quizá su poder era demasiado fuerte para ella.

Siguió a su patrulla fuera del campamento y el olor de los árboles alejó sus preocupaciones. La nieve recién caída había cubierto las sendas y los arbustos, el bosque parecía intacto, y Leonado se puso a trotar y adelantó a sus compañeras de clan, cediendo al impulso infantil de ser el primero en pisar la blanda nieve. Carbonera, Hojarasca Acuática y Zarpa de Tórtola lo siguieron en silencio, pisando el sendero con cautela.

Al acercarse al estrecho arroyo que separaba los territorios, Leonado saboreó el aire para asegurarse de que ningún gato del clan vecino había traspasado la frontera. El arroyo era poco más que una zanja congelada y llena de nieve, una simple hendidura en el suelo forestal. Pero la línea olorosa que habían marcado el Clan del Viento y el Clan del Trueno era fresca.

—¿Qué te parece si me voy con Carbonera a cazar arroyo arriba, más allá de las zarzas? —se ofreció Hojarasca Acuática.

—Cubriremos más terreno si nos separamos —añadió Carbonera.

—De acuerdo. —Leonado se sintió aliviado—. Pero llevaos también a Zarpa de Tórtola.

Su aprendiza bostezaba de nuevo, así que él estaría mejor cazando solo.

Cuando las gatas se alejaron, dejando atrás las matas de zarzas, Leonado empezó a olfatear un arbusto de espino que crecía al borde de la zanja, buscando ansioso señales de presas y alerta por si captaba rastros del Clan del Viento.

De pronto, la nieve helada crujió más allá del arroyo y el joven guerrero del Clan del Trueno se dio la vuelta de golpe. Ventolero estaba siguiendo el rastro de unas huellas diminutas, y lo seguía Corvino Plumoso, con las orejas plantadas y el pelo erizado a lo largo de la columna.

Leonado se agazapó detrás del arbusto. Los guerreros del Clan del Viento no se habían dado cuenta de que él estaba allí, y a través de los tallos desnudos del espino pudo ver cómo iban siguiendo el rastro, flacos y temblorosos. Ni siquiera intentaban avanzar agachados. «¿Acaso creen que aquí el brezo también los protege? ¡Menudo par de cabezas de chorlito!».

Una lluvia de nieve cayó desde las ramas de lo alto y los gatos del Clan del Viento levantaron la vista con ojos relucientes. Leonado oyó el batir de unas alas y supo, sin necesidad de mirar hacia arriba, que un tordo andaba cerca. Abrió la boca para que su olor le bañara la lengua. Cayó más nieve y, un instante después, un rollizo tordo descendió revoloteando. Aterrizó junto a una piña de alerce y comenzó a picotearla en busca de insectos. Corvino Plumoso tensó los músculos y Ventolero lo imitó. Solo se les movía la punta de la cola. El tordo siguió picoteando sin darse cuenta de nada.

Y entonces, sin previo aviso, Ventolero saltó, levantando nieve con las patas traseras. El tordo echó a volar, chillando alarmado. Ventolero se lanzó tras él con las zarpas extendidas, elevándose por el aire, y le propinó un zarpazo letal, pero el tordo se escapó de entre sus garras y cruzó el arroyo volando.

Leonado aprovechó la ocasión y dio un brinco para recibirlo, lo golpeó con fuerza interceptándolo en pleno vuelo, y el ave cayó al suelo y se quedó inerte, muerta.

—¡Eh! —exclamó Ventolero desde el otro lado del arroyo, indignado—. ¡Eso era mío!

—Está en mi territorio.

Leonado se agachó junto a su presa, sin poder evitar que la boca se le hiciera agua. Una pieza menos para el Clan del Viento, una pieza más para el Clan del Trueno. Se quedó mirando a Corvino Plumoso, el gato que había

hecho que Hojarasca Acuática traicionara a su propio clan. Jamás admitiría que aquel gato era su padre. «Tu hijo del Clan del Viento ni siquiera ha podido conservar su captura», pensó.

—Lo he matado yo —gruñó Ventolero, desafiante.

—¿Estás seguro de eso? —Leonado levantó la barbilla y lo miró fijamente —. En ese caso, ¿por qué no vienes a recogerlo?

Ventolero agitó la cola y no se lo pensó dos veces. De un solo salto, cruzó el arroyo y cayó sobre su rival.

De repente, Leonado se sintió revivir. Erizó el pelo mientras caía bajo el peso del guerrero del Clan del Viento, y cuando este intentó arañarlo, él se revolvió y se lo sacudió de encima como si fuera una mosca. Luego giró y saltó sobre él, atrapándolo con las patas delanteras.

—¡Basura del Clan del Trueno! —maulló Ventolero, zafándose y levantándose con rabia.

Leonado agitó los bigotes. Aquello estaba siendo demasiado fácil. Balanceando una zarpa, le dio un fuerte golpe en la mejilla a su rival, que trastabilló y cayó al suelo, aunque se puso en pie de inmediato.

—¡Ese tordo era mío! —bufó.

Con un movimiento veloz como el rayo, Ventolero despegó del suelo las patas traseras de su rival, que, pillado por sorpresa, se derrumbó sobre la nieve. Furioso, Leonado se revolvió como un pez en la resbaladiza superficie, y en cuanto encontró donde apoyarse, se levantó y le propinó a Ventolero otro potente golpe. La sangre salpicó la nieve como una lluvia roja.

—¡Dejad de pelear!

El estridente alarido de Hojarasca Acuática atravesó el aire glacial. La guerrera apareció a través de los helechos, con Carbonera y Zarpa de Tórtola a la zaga.

—¡¿Cómo puedes quedarte ahí, mirando cómo pelean tus hijos?! —le chilló la gata a Corvino Plumoso.

Antes de que el guerrero pudiera responder, Nube Negra, su pareja, emergió de entre las sombras al otro lado de la frontera. Su pelaje negro era idéntico al de Ventolero, y sus ojos ámbar brillaban con el mismo odio.

—¡Corvino Plumoso solo tiene un hijo! —bufó con aversión—. ¡Es el padre de Ventolero, de nadie más!

El guerrero tensó los músculos, preparándose para atacar de nuevo a Leonado, y justo cuando se lanzó contra él, Hojarasca Acuática se interpuso entre los dos jóvenes.

—¡Basta! —chilló la gata.

El ataque de Ventolero lo recibió la guerrera en un costado. La tiró al suelo, desgarrándole la piel, y otra rociada de sangre tiñó la nieve de rojo. Leonado vio la escena conmocionado, pero, antes de que pudiera ir a por Ventolero, Corvino Plumoso cruzó la zanja y separó a su hijo de Hojarasca Acuática.

Lo tiró a un lado como si fuera una presa y se inclinó sobre la gata.

—Tú elegiste a tu clan, ¿recuerdas?

Ella le sostuvo la mirada.

—Eso no significa que no te amara.

Los ojos de Corvino Plumoso centellearon de dolor.

—Quizá me amaras —gruñó—. Pero eso no fue suficiente, ¿verdad?

—¡Aléjate de ella! —bufó Nube Negra.

La guerrera, que había traspasado la frontera, hundió las garras en el pellejo de Corvino Plumoso y lo separó de Hojarasca Acuática tirando de él.

Corvino Plumoso se volvió hacia su pareja y soltó un bufido, y Ventolero corrió a ponerse entre ambos con un aullido de protesta.

Leonado sintió náuseas. «Es mi hermano. ¿Cómo puedo luchar contra él?».

Ventolero se encaró con su padre con la cola erizada y mostrándole los colmillos.

—¡Deja en paz a mi madre!

Todos parecían haberse olvidado del tordo. Aquello estaba relacionado con una clase de sangre muy distinta, la clase de sangre que corría por las venas de un gato, uniéndolo a otros.

Leonado negó con la cabeza. «Esos gatos no son parientes míos…», se dijo.

A pocos pasos de distancia, Hojarasca Acuática se incorporó penosamente, y el guerrero la fulminó con la mirada. «Esto es culpa suya… Ella es la que ha provocado todo este desastre…», pensó. Pero los ojos de la gata rebosaban tristeza, y de repente Leonado sintió su dolor como si fuera propio. «… Aunque ella ha sufrido más que ninguno de nosotros…».

Con un gruñido de desprecio, Corvino Plumoso se separó de Ventolero y Nube Negra, y cruzó el arroyo para regresar al territorio del Clan del Viento.

—Volvamos al campamento —maulló despectivamente—. El Clan del Trueno está tan muerto de hambre que incluso está dispuesto a luchar por un pájaro enclenque. Permitamos que se lo queden.

Ventolero fue tras él, dejando un fino rastro de sangre en la nieve.

Leonado ahuecó el pelo. No había notado ni un solo rasguño. ¿Debería dejar de pelear contra los gatos de los otros clanes? «Eso es hacer trampa…». Las palabras de Zarpa de Tórtola resonaron en su mente. Quizá debería reservar sus poderes para los guerreros del Bosque Oscuro…

Nube Negra salvó la zanja de un salto y luego se detuvo para mirar atrás.

—¡La próxima vez os haremos trizas! —bufó.

Zarpa de Tórtola corrió hacia la frontera.

—¡Ha empezado Ventolero!

—Olvídalo, Zarpa de Tórtola… —Carbonera la alejó del arroyo, y, al pasar junto a Leonado, le susurró algo al oído—: Quizá no deberías haber luchado contra él.

Zarpa de Tórtola plantó las orejas.

—¿Por qué no?

Leonado entornó los ojos.

—¿Ya has cazado algo? —le preguntó a su aprendiza.

Ella sacudió la cola.

—No, todavía no.

—En ese caso, sigue con la caza. —Leonado se quedó mirando cómo se alejaba y luego se giró hacia Hojarasca Acuática—. Deberías regresar al campamento para que Glayo te vea esa herida, ¿no crees?

La gata despegó sus ojos de la frontera y asintió. El guerrero del Clan del Trueno esperó a que Zarpa de Tórtola y Hojarasca Acuática desaparecieran detrás de las zarzas, y solo entonces miró a Carbonera.

—¿Por qué te preocupas tanto por un gato del Clan del Viento? —gruñó.

—¡Podrías haberlo herido de verdad!

—¿Acaso crees que no soy consciente de eso? ¡Sé lo que hago, Carbonera! ¡Deja de tratarme como si fuera un zorro con dos cabezas!

Carbonera bajó la vista.

—Vale, perdóname… A veces no sé cómo manejar todo esto —masculló —. Eres tú el que ha cambiado las cosas.

Leonado se quedó mirándola. El cansancio lo inundó como una ola de agua negra.

—No —dijo en un susurro—. Todo esto se decidió mucho antes de que yo naciera. —Dio media vuelta—. Vayamos a cazar algo. Quiero volver al campamento cuanto antes. El clan tiene hambre.

Leonado retrocedió cuando Látigo Gris empezó a dar vueltas alrededor del montón de la carne fresca, relamiéndose. Además del tordo, habían atrapado dos conejos y un urogallo.

—Deberíamos cazar en la frontera del Clan del Viento más a menudo —ronroneó Látigo Gris.

Bayo se quedó boquiabierto.

—¡El montón de la carne fresca vuelve a parecer un montón de verdad!

Leonado miró al otro lado del claro. El buen día de caza no había mitigado el dolor de su corazón. Después de su conversación, Carbonera no había vuelto a dirigirle la palabra en toda la mañana y Hojarasca Acuática apenas había hablado con nadie. Se fijó en Tormenta de Arena, que seguía tosiendo. La gata melada estaba encorvada junto a la roca partida, con Estrella de Fuego y Centella.

—Deberías ir a ver a Glayo —maulló Centella.

—En serio, solo son los copos de nieve… —insistió Tormenta de Arena.

Centella la rodeó.

—Todos tragamos algún que otro copo de nieve al respirar —protestó la gata—, pero tú eres la única que tose.

Estrella de Fuego olfateó a su pareja.

—Es cierto, no estaría de más que Glayo te examinara…

Centella asintió.

—A mí me suena a tos blanca —maulló, y Estrella de Fuego le lanzó una mirada cortante. La guerrera movió la cola—. Si es tos blanca, tenemos que saberlo.

El líder se inclinó hacia ella.

—¡Baja la voz!

Era evidente que no quería que el clan se preocupara.

—Voy a buscar a Glayo —decidió Centella.

Y se fue corriendo hacia la guarida del curandero.

—Bien hecho, Leonado. —Zarzoso olisqueó el montón de la carne fresca —. Rosella debería ser la primera en comer, y también los cachorros.

—Y Gabarda —apuntó Mili.

Leonado giró un conejo con una pata, distraídamente.

—Habrá suficiente para todos.

Glayo salió de su guarida detrás de Centella y se detuvo junto a Tormenta de Arena para examinarla.

Leonado se separó de sus compañeros de clan para acercarse a su hermano.

—¿Tos blanca? —le preguntó en voz baja al llegar a su lado.

—¡Silencio! —Glayo pegó la oreja en el costado de Tormenta de Arena, dejando que su cola temblara levemente—. Necesita descansar. —Se irguió —. Y mantenerse caliente.

Centella arañó el suelo.

—Entonces, es tos blanca…

—Es posible. —Glayo tocó la oreja de Tormenta de Arena con la almohadilla—. Voy a ver si queda algo de matricaria.

Leonado se sentó. La estación sin hojas apenas acababa de empezar, era demasiado pronto para que los gatos tuvieran tos blanca. ¿Y si se propagaba? Vio un destello de pelaje atigrado con el rabillo del ojo y Hojarasca Acuática apareció junto a ellos.

—¿Estás bien, Tormenta de Arena? —La gata se inclinó para olerle el aliento y luego miró a Glayo—. Necesitamos atanasia. Saldré a buscar un poco.

—Está haciéndose tarde. —Estrella de Fuego posó la cola en el lomo de Hojarasca Acuática—. ¿Por qué no esperas hasta mañana?

—¿Y dónde vas a encontrar atanasia? —Centella negó con la cabeza, desesperada—. ¡Llevamos días inspeccionando el bosque!

—Todavía queda un poco en tu pequeño huerto de la casa de los Dos Patas, ¿no es así, Glayo? —maulló Leonado.

El curandero se puso tenso, pero Hojarasca Acuática ya se había zafado del contacto de Estrella de Fuego para salir por el túnel de espinos.

—¡Iré por ella!

—¡Es demasiado delicada! —le espetó Glayo—. Si la recolectamos ahora, podríamos matar las raíces y perder la mata entera.

Hojarasca Acuática giró en redondo para encararse con él.

—Y si no lo hacemos, ¡Tormenta de Arena podría empeorar!

—Es una gata fuerte —replicó Glayo—. Quizá no necesite atanasia. No quiero ponerla en peligro.

—¿Qué es lo que no quieres poner en peligro? —maulló Hojarasca Acuática—. ¿La atanasia o la vida de Tormenta de Arena?

Estrella de Fuego dio un paso adelante.

—Aún no hemos llegado a ese punto, ¿no crees?

Glayo mantuvo su mirada ciega clavada en Hojarasca Acuática.

—Yo decidiré cuándo se usa la atanasia —gruñó—. El curandero soy yo.

Leonado se puso tenso en el silencio glacial que cayó sobre ellos. La nieve crujió bajo sus patas.

—Muy bien —maulló Hojarasca Acuática—. Entonces, buscaré atanasia en el bosque.

Y dicho eso, dio media vuelta y empezó a alejarse.

—¡Espera hasta la mañana! —exclamó Estrella de Fuego.

Hojarasca Acuática vaciló, pero finalmente decidió ir a la guarida de los guerreros y desapareció en su interior.

—¿Había señales de intrusos en la frontera?

—¿Qué? —Leonado levantó la vista y se encontró a Estrella de Fuego mirándolo. Se había olvidado de informarle del encontronazo—. Bueno… Nos hemos tropezado con una patrulla del Clan del Viento.

El líder entornó los ojos.

—¿Han traspasado la frontera?

Leonado sintió una oleada de confusión. Sí, lo habían hecho, pero solo porque él se había burlado de su medio hermano. ¿Cómo podía explicar eso?

—Ha habido una pequeña discusión por una presa que ha cruzado la frontera —respondió al fin—. Nada que no pudiéramos manejar.

—¿Quién se ha quedado con la presa?

—Yo.

Tormenta de Arena empezó a toser de nuevo y Estrella de Fuego la rodeó con la cola.

—Ese tipo de discusiones son relativamente normales —maulló antes de centrar su atención en Tormenta de Arena.

Leonado cerró los ojos. «¡Ojalá fuera tan sencillo!». La pelea no había sido por presas, hambre o derechos de caza. Lo que había provocado el enfrentamiento era la maraña de relaciones que había ido surgiendo entre los dos clanes. Eso había envenenado los sentimientos, y no solo entre clanes, sino entre miembros de un mismo clan. Y sin duda acabaría debilitando los clanes desde el interior, mientras los gatos se volvían unos contra otros.

Tal vez Fauces Amarillas tuviera razón. Tal vez los clanes deberían permanecer solos. Al enfrentarse a un enemigo tan traicionero, no podían correr el riesgo de dejar que nada los distrajera de la batalla definitiva.

19

El techo de la guarida de los veteranos crujía bajo el peso de la nieve. Glayo hizo una mueca.

—Espero que aguante… —masculló.

—La antigua guarida se habría hundido —maulló Puma junto a él—. Pero ahora, con la madreselva entrelazada alrededor de las ramas del haya, esta guarida es lo bastante fuerte para soportar una avalancha de nieve.

Musaraña se removió en su lecho.

—Pues yo no estoy deseando precisamente que la nieve se derrita. Al menos ahora está todo seco. Cuando empiece a gotear agua por el techo…

—Cuando llegue ese momento —la interrumpió Puma—, te mojarás. Como en todas las estaciones sin hojas. —Agitó la cola—. Los gatos que viven en libertad se mojan continuamente. Ni siquiera vuestro Clan Estelar puede cambiar algo así.

Glayo tocó el hocico de Musaraña.

—No te muevas —le ordenó cuando ella quiso apartarse.

El joven curandero le olió el aliento. No era amargo y la gata tenía la nariz fresca. Le puso una oreja sobre el pecho y escuchó, no muy seguro de si la anciana resollaba debido a una infección o solo por su edad. Aun así, estaba preocupado. El sol había llegado a lo más alto y la veterana seguía acostada en su lecho.

—¿Estás segura de que no te duele la garganta? —le preguntó de nuevo.

—Estoy segura —rezongó ella.

—¿Y te duelen las articulaciones?

—Solo lo normal.

El curandero frunció el ceño. Aquella mañana, Musaraña se había negado a jugar con Jerbillo a lanzar bolas de musgo… ¿Por qué?

Se volvió hacia Puma.

—Avísame si empieza a toser.

—Iré a buscarte en persona —le prometió el viejo solitario.

Glayo salió de la guarida de zarcillos de madreselva y se estremeció al pisar la nieve del claro. La estupenda captura de la patrulla de Leonado había alimentado al clan durante días, pero ahora el montón de la carne fresca volvía a estar penosamente vacío, y la tos de Tormenta de Arena estaba empezando a contagiarse. Primero, Glayo le había ordenado a Abejorro Negro que no saliera del lecho después de que pasara la noche con tos y fiebre. Luego, Rosella había enviado a Floresta a la guarida del curandero.

—Rosella dice que Grosellita tiene fiebre —le había dicho la guerrera.

—Dile que iré en cuanto pase a ver a Musaraña.

Así que ahora, mientras Espinardo salía ya del campamento con su patrulla, Glayo fue hacia la maternidad deseando que Rosella hubiese exagerado. Estaba ya acercándose a la guarida de las reinas cuando el sonido de una respiración áspera hizo que se detuviera.

—¿Eres tú, Ratonero?

—Sí —le respondió el guerrero con voz ronca desde el lindero del claro.

—Ve a acostarte en tu lecho y quédate allí.

Glayo siguió adelante sin darle tiempo a protestar. No podía entretenerse. La infección estaba extendiéndose. Había trasladado a Tormenta de Arena a la guarida del curandero. No podía quedarse con Estrella de Fuego, el Clan del Trueno necesitaba que su líder estuviera sano… El joven curandero suplicó en silencio al Clan Estelar: «Por favor, no permitas que Gabarda se contagie…».

—¡Glayo! —exclamó Rosella desde la entrada de la maternidad.

Cuando la calidez de la guarida envolvió al curandero, unas garras minúsculas se le clavaron en el lomo.

—¡Bájate de encima de Glayo, Jerbillo! —exclamó Dalia, muy seria, desde su lecho.

El pequeño se deslizó por el lomo del curandero.

—¡Solo estaba practicando mi salto de ataque!

Rosella pasó junto a Glayo a toda prisa.

—Vete a practicar fuera —le espetó a su hijo.

—¿Grosellita puede venir? —preguntó el cachorro.

Glayo le dio una palmadita en la cabeza.

—Quizá más tarde. Primero tengo que examinarla.

Mientras Jerbillo salía de la guarida, Rosella acercó el hocico al oído del curandero.

—Grosellita está muy caliente… —susurró.

Glayo se inclinó sobre el lecho de la pequeña para tocarle el hocico.

—Está un poco caliente… —Acercó una oreja a su pecho—. Pero su respiración parece normal.

—Yo me encuentro bien —maulló la cachorrita—. ¿Puedo salir a jugar con mi hermano?

—¿Necesita hierbas? —preguntó Rosella, preocupada.

—No, de momento no. —Glayo quería reservar sus escasas provisiones tanto como fuera posible—. Déjala que salga a jugar con Jerbillo.

La reina soltó un grito estrangulado.

—¿Fuera, con toda esta nieve?

—Lo mejor que puedes hacer es mantenerla fresca —le aconsejó Glayo —. La nieve la ayudará con eso, siempre que no tenga problemas para respirar. —Empujó a la cachorrita con el morro para que se levantara—. Si ves que te encuentras mal, entra a descansar. —Luego se dirigió a Rosella—. Llámame si empieza a toser o a resollar.

El curandero salió de la maternidad y se dirigió a su guarida para echarle un vistazo a Tormenta de Arena.

—¿Cómo estás? —le preguntó al llegar junto a su lecho provisional.

—He estado mejor —admitió ella.

Glayo le tocó las orejas y se preocupó al notarlas más calientes que nunca. Se acercó al almacén para sacar algunas hierbas. Tenía que haber algo de matricaria por alguna parte. Al tantear entre las hojas, sin embargo, el corazón le dio un vuelco: casi todas las que quedaban estaban demasiado secas. Las olfateó: no servían de nada para la infección.

Las zarzas susurraron y un aroma nuevo llenó el aire. «¿Milenrama?».

—Te has olvidado de traer esto… —maulló Rosada en la entrada de la guarida.

Sonaba como si tuviera la boca llena.

Glayo oyó cómo depositaba delicadamente un ramillete de hojas en el suelo. «¡Sí, es milenrama!». Pero ese tipo de hierbas nunca sobrevivía a la primera helada…

Corrió a olisquear el montón de hojas.

—¿Dónde has encontrado esto? —Tal vez hubiera otras hierbas cerca.

—Estaba fuera del campamento, junto a los espinos… —respondió Rosada—. Pensaba que te lo habías dejado allí.

Glayo frunció el ceño.

—Yo no he salido a buscar hierbas.

—Bueno, pues alguien lo ha dejado. —La guerrera rozó la milenrama, que emitió su peculiar olor amargo—. A lo mejor ha sido Hojarasca Acuática.

—Sí, es posible.

Hojarasca Acuática llevaba días explorando el bosque. Estaba tan cansada que era bastante probable que hubiese dejado unas hierbas delante del campamento y se hubiese olvidado de recogerlas después.

—Iré a darle las gracias.

Glayo pasó junto a Rosada y atravesó la cortina de zarzas.

Hojarasca Acuática estaba retozando con los cachorros delante de la maternidad. Su pelaje olía a bosque, pero en él no había ni rastro de milenrama.

El curandero cruzó el claro.

—¡Gracias! —exclamó.

Hojarasca Acuática se detuvo.

—¿Gracias?

—Por las hierbas.

—¿Qué hierbas?

—Las hojas de milenrama —le explicó Glayo—. Rosada las ha encontrado fuera del campamento. Hemos dado por hecho que las habías recolectado tú y las habías dejado allí.

—Pues no he sido yo. —Hojarasca Acuática fue hacia él, rozando la nieve con la punta de la cola—. Las habrá dejado otro…

El curandero se giró hacia su guarida.

—¿Rosada? —llamó.

La joven guerrera se acercó corriendo.

—¿Qué?

—Enséñame dónde has encontrado ese ramillete de milenrama.

La siguió a través de la barrera de espinos.

—Aquí —anunció Rosada, deteniéndose en el estrecho claro que había entre la hondonada y los árboles.

Glayo olfateó el suelo. No olía a ningún gato. Solo a milenrama y a nieve.

—Quizá un guerrero ha encontrado las hojas y las ha recolectado con la esperanza de que sirvieran para algo —sugirió Rosada—. Probablemente ahora estará patrullando y habrá decidido contártelo más tarde.

—Sí, puede ser. —Glayo se encogió de hombros—. Si nadie me dice nada, le pediré a Estrella de Fuego que le dé las gracias a quienquiera que haya sido en la próxima reunión del clan.

Dejando a un lado la curiosidad, el joven curandero se dispuso a volver a entrar en el campamento, pero el grito de Espinardo lo hizo detenerse.

—¡Glayo!

—¿Qué ocurre? —El curandero olfateó el aire—. Ala de Mariposa, ¿eres tú?

Espinardo y Zancudo acompañaban a la curandera del Clan del Río ladera abajo, hacia la hondonada.

—La hemos encontrado junto a la orilla —le informó Espinardo—. Quiere hablar contigo.

Ala de Mariposa soltó un resoplido y se separó de su escolta.

—Gracias por acompañarme —masculló—. Pero creo que podría haber encontrado el camino hasta aquí yo sola.

Zancudo se sulfuró.

—¡Solo intentábamos ayudar!

Glayo sacudió la cola.

—Estoy seguro de que Ala de Mariposa os lo agradece. —Pasó junto al guerrero y le dio un empujoncito a Ala de Mariposa para que lo siguiera—. Vayamos a dar un paseo por el lago. Mi guarida está llena.

La gata lo siguió cuesta arriba.

—¿Alguna enfermedad?

—Tos blanca. —Glayo arrugó la nariz. El aliento de la curandera del Clan del Río olía a pescado—. De momento, solo Tormenta de Arena, pero es posible que haya tres más.

Cuando Ala de Mariposa suspiró, Glayo se preguntó si debería avisarla de que el Clan Estelar estaba intentando dividir a los clanes. Después de todo, aquella gata no tenía ninguna conexión con el Clan Estelar. Ellos no tenían ningún poder sobre ella. Pero no podía olvidarse de las palabras de Fauces Amarillas. Ni de su visión.

—¿Cómo está Gabarda? —le preguntó Ala de Mariposa.

—Ha superado la infección.

—Qué bien.

—Sus patas delanteras son tan fuertes como las de cualquier guerrero —continuó Glayo—. Y serán más fuertes si sigue con sus ejercicios.

—Va a ser un camino muy largo y duro para ella.

—En cuanto se convierta en el único camino que conozca, no le parecerá tan duro.

La brisa del lago le acarició el hocico al llegar a lo alto de la pendiente. El curandero siguió avanzando, dejando atrás los árboles para iniciar el descenso

por la ladera nevada. Quería ir unos pocos pasos por delante de Ala de Mariposa. Resultaba demasiado fácil caer en el viejo vínculo de la amistad.

Al llegar a la ribera, sin embargo, se sorprendió al ver que la nieve lo engullía. Se había amontonado a lo largo de la orilla y Glayo sintió un cosquilleo en el hocico cuando se le metió por la nariz. Estornudó varias veces y luego avanzó penosamente hacia el borde congelado del agua, hasta que logró salir del ventisquero.

—¡Ojalá la nieve se derrita pronto! —le dijo a Ala de Mariposa.

Ella lo siguió con esfuerzo por la senda que Glayo había dejado y se sentó junto a él.

—Cada vez hace más frío —observó—. Está costándonos impedir que los cachorros jueguen sobre el hielo. Ayer tuve que tratar tres torceduras.

«¿Es que Ala de Mariposa solo ha venido para charlar sobre cachorros?».

Glayo dejó que sus pensamientos se colaran en los de la gata, pero su mente parecía vacía. Aquello era una pérdida de tiempo.

—¿Qué quieres? —le soltó sin más preámbulos—. No tengo todo el día.

Ala de Mariposa ronroneó.

—Tan directo como siempre… —Toqueteó la nieve y luego bajó la voz —. Blima me ha contado que el Clan Estelar nos ha ordenado que dejemos de hablar con los demás curanderos.

—Entonces, ¿por qué estás hablando conmigo?

—Quiero saber si el Clan Estelar te ha dicho lo mismo a ti.

De repente, la silueta desgreñada de Fauces Amarillas resplandeció en la conciencia de Glayo, que sintió un hormigueo al percibir la presencia de la vieja curandera.

—No voy a contarte lo que el Clan Estelar comparte conmigo —gruñó.

—Entonces, ¡es que te han dicho lo mismo!

Glayo se mordió la lengua mientras la gata continuaba.

—¡Te han dicho que dejes de hablar conmigo, y es lo que estás haciendo! —Deslizó la cola por la nieve—. Si el Clan Estelar te dijera que te tiraras al lago, ¿también le harías caso?

Glayo se sulfuró.

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? —Ala de Mariposa se inclinó más hacia él—. ¿Cuántas veces nos ha ayudado otro clan a salvar a nuestros compañeros de clan?

Glayo se encogió de hombros.

—El Clan Estelar está pidiéndonos que dejemos de hacer algo que los curanderos llevamos haciendo desde que nacieron los clanes —continuó la

gata—. Está pidiéndonos que dejemos morir a otros gatos. ¿Es que se han vuelto locos?

«Cuidado con lo que dices —maulló la voz cascada de Fauces Amarillas al oído de Glayo—. Si no guardas silencio, los cuatro clanes se perderán en la oscuridad».

—Son el Clan Estelar —masculló él—. Tienen sus razones.

—¿Qué razones? —gruñó Ala de Mariposa, echándole a la cara su aliento a pescado—. No las conoces, ¿verdad?

El joven curandero se apartó un poco.

—No puedo explicártelo…

—Sé cuándo algo no está bien, Glayo. Nuestro código es distinto del código guerrero. Traspasa las fronteras. Para nosotros, un gato es simplemente eso, un gato, con el mismo derecho a la vida que cualquier otro. Hicimos la promesa de curar y proteger, ¿recuerdas?

—Muy bien, pues entonces protege a tus compañeros de clan —replicó Glayo—. Pero deja en paz al mío.

—¿Y si la tos blanca de Tormenta de Arena se transforma en tos verde? —le dijo ella, acercándose de nuevo—. ¿Serías capaz de dejarla morir porque te lo ha dicho el Clan Estelar?

—Tienen sus razones… —repitió Glayo, hundiendo las garras en la nieve.

—¡No son más que guerreros muertos! —bufó Ala de Mariposa—. ¿Crees que al morir se volvieron más listos y valientes? ¿No te das cuenta de que algunos pueden ser tan descerebrados como cuando estaban vivos?

El curandero arrugó la nariz al notar el rancio aliento de Fauces Amarillas, que rozó su pelaje desgreñado contra el suyo. La anciana curandera no había cambiado ni pizca al unirse al Clan Estelar.

A Glayo le subió un gruñido por la garganta.

—¡Tú nunca has conocido a un guerrero del Clan Estelar! Solo estás haciendo suposiciones, Ala de Mariposa.

—¡Igual que ellos!

Fauces Amarillas gruñó junto a Glayo:

—Ala de Mariposa nació idiota y morirá idiota.

El joven curandero se volvió en redondo y echó a andar ladera arriba.

—No vas a convencerme.

Ala de Mariposa soltó un suspiro lento y frustrado.

—¡Vale, vale! —Corrió tras él, salpicándolo con la nieve—. ¿Necesitas hierbas para la tos blanca? Tengo atanasia y nébeda; no mucha, pero suficiente para compartirla si estás desesperado.

—No, gracias.

El curandero se obligó a pronunciar esas palabras mientras subía por la ribera y la gata del Clan del Río se detuvo a sus espaldas.

—¡Si las necesitas, ven a buscarme!

—No lo haré.

Glayo continuó cuesta arriba. La nieve de la orilla crujió cuando Ala de Mariposa se encaminó hacia la frontera del Clan del Viento.

Una ráfaga de viento glacial azotó al joven curandero.

—¿Estás contenta? —le gruñó a Fauces Amarillas, pero la guerrera estelar ya se había esfumado.

Glayo echó a correr, internándose entre los árboles. Sus patas siguieron el sendero que lo llevaría de regreso a la hondonada. Los pulmones le ardían con cada bocanada de aire helado y, cuando frenó ante la barrera de espinos, resollaba.

Al entrar en el campamento, Rosella corrió a su encuentro.

—¡Grosellita apenas puede respirar!

Glayo cruzó el claro a toda prisa, rebasando a la reina, y oyó a la cachorrita arrastrándose delante de la maternidad.

Dalia estaba muy nerviosa.

—La hemos tenido fuera, como nos has dicho, pero ahora le cuesta respirar.

Con un movimiento de la cola, Glayo le indicó a Grosellita que se estuviera quieta y pegó la oreja a su costado. Captó una especie de gorgoteo cada vez que la pequeña tomaba aire; tenía el pecho cargado.

—¿Ha tosido? —le preguntó a Rosella.

—Un poco.

—Llevadla dentro.

—¿Y qué pasa con el aire fresco? —quiso saber Dalia.

—Necesita descansar. —Glayo empujó delicadamente a Grosellita hacia su madre—. Lávala y mantenla húmeda —le ordenó—. Así no le subirá la temperatura.

La cachorrita chilló indignada cuando la reina la agarró por el pescuezo para meterla en la maternidad.

Glayo se dirigió hacia su guarida y Dalia corrió tras él.

—¿Vas a darle hierbas a Grosellita?

—Lo haré si empeora.

—¿Por qué no ahora mismo?

El curandero se giró.

—No tengo suficiente —susurró en voz baja.

—¿Y qué me dices de las hojas que ha traído Rosada?

—Eso es milenrama —le explicó Glayo—. Solo sirve para expulsar veneno.

—Pero quienquiera que haya encontrado esas hojas podría encontrar atanasia o nébeda, ¿no?

—Cuando averigüe quién ha sido, se lo preguntaré. —Glayo quería regresar a su guarida para ver cómo estaba Tormenta de Arena.

—¿Le pasa algo a Grosellita? —preguntó Acedera, corriendo hacia ellos.

—Solo le cuesta un poco respirar —le respondió Glayo.

—¿Grosellita está enferma? —Zarpa de Tórtola se les unió después de dejar caer una ardilla en el suelo. El olor de la presa era amargo.

Glayo sintió un hormigueo de frustración.

—¡Solo le cuesta respirar! —repitió.

Dalia sacudió la cola.

—Antes has mandado a Ratonero a su lecho porque tosía.

—Y Abejorro Negro ha estado tosiendo casi toda la noche —añadió Acedera.

—Y Tormenta de Arena no ha salido de la guarida del curandero en toda la mañana —maulló Hojarasca Acuática a poca distancia.

¿Es que todo el clan iba a intervenir? Glayo sacudió la cola.

—¡Dejad de preocuparos! Puedo…

—En el Clan de la Sombra hay tos verde —lo interrumpió Zarpa de Tórtola.

A Hojarasca Acuática se le aceleró la respiración.

—¿Tos verde? —maulló Dalia en apenas un susurro.

Glayo se volvió hacia Zarpa de Tórtola.

—¿Cuántos gatos han enfermado?

La aprendiza arañó la nieve.

—So-solo Cirro… —respondió con torpeza.

—¿Nadie más?

La aprendiza debía de haber estado escuchando lo que ocurría en el campamento del Clan de la Sombra. Él sabía lo mucho que la incomodaba espiar a otros gatos.

—No.

—Bien…

Glayo sacudió la cola. Tenía que distraer a los demás antes de que empezaran a preguntarse cómo era posible que Zarpa de Tórtola supiera lo

que estaba sucediendo en el Clan de la Sombra.

—Dalia, ¿por qué no vas con Acedera a buscar una bola de musgo empapada para Grosellita? —les sugirió a las gatas—. Y tú, Zarpa de Tórtola, llévate esa ardilla apestosa al montón de la carne fresca antes de que alguien tropiece con ella.

Y dicho eso, siguió andando hacia la guarida del curandero.

Hojarasca Acuática lo siguió.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Con qué?

La guerrera le pisaba los talones.

—Con Cirro.

—Pedir al Clan Estelar que lo proteja.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más se supone que debo hacer?

—¡Ayudarlo! —exclamó Hojarasca Acuática con voz cortante.

—¿Y por qué debería hacer eso?

—¡Eres curandero, ¿no?!

Glayo se detuvo para encararse con la gata. Ella no sabía que el Clan Estelar le había ordenado que cortara los lazos con los demás curanderos, y él no pensaba contárselo. Cuando Hojarasca Acuática renunció a la curandería, había renunciado también al derecho de compartir lenguas con el Clan Estelar. Pero la entendía. Él había compartido noticias y consejos con Cirro en la Laguna Lunar las veces suficientes como para haber formado un vínculo afectuoso con el viejo gato del Clan de la Sombra.

Cuando le contestó, lo hizo en voz baja.

—Ya hay bastantes enfermos aquí como para preocuparme por los otros clanes… —dijo en un susurro—. Mis provisiones son escasas. Necesito hasta la última pizca para tratar a nuestros compañeros de clan.

Hojarasca Acuática no respondió y su silencio le provocó un hormigueo de frustración.

—¡No hay nada que yo pueda hacer, por mucho que quiera ayudar! —bufó.

Y dicho eso, dio media vuelta y echó a andar hacia su guarida.

«¿Podrías dejar morir a un gato porque te lo ha dicho el Clan Estelar?». Las palabras de Ala de Mariposa resonaron en sus oídos.

Notó que la mirada de Hojarasca Acuática se le clavaba en la piel. Glayo podía ver los pensamientos de la gata con tanta claridad como en un sueño. Estaban centrados en el arriate de hierbas que él cultivaba y cuidaba junto a la

vivienda abandonada de los Dos Patas. ¿Sería capaz Hojarasca Acuática de robarlas para ayudar a Cirro?

«¡No!».

Aun así, no podía correr ese riesgo. La conexión de Hojarasca Acuática con Cirro era sólida y profunda. El joven curandero se desvió de su guarida, saboreando el aire. Zarzoso se encontraba debajo de la Cornisa Alta, hablando con Zancudo y Bayo.

Glayo se acercó al lugarteniente del Clan del Trueno.

—¿Zarzoso?

—¿Sí?

—Necesito pedirte una cosa —susurró el curandero.

—¿Qué? —Zarzoso también bajó la voz.

—Hay unos cuantos enfermos en el campamento. Por el momento, solo se trata de tos blanca, pero eso ya es bastante. Las hierbas que cultivo son más valiosas que nunca. Quiero que pongas un guardia cerca de ellas.

—¿Un guardia? —repitió Zarzoso, sorprendido—. No creerás que alguien podría robarlas, ¿verdad?

—También hay enfermos en el Clan de la Sombra —le explicó Glayo—. Ellos saben lo de las hierbas. Planeaban arrebatarnos nuestro territorio para quedarse con ellas, ¿recuerdas?

El lugarteniente sacudió la cola.

—Eso era parte del sueño de Zarpa Espinela —gruñó.

—Exacto… —«Puede que el sueño de Zarpa Espinela no procediera de ningún miembro del Clan Estelar, pero quizá resulte útil después de todo», se dijo Glayo—. Y, además, el bosque está lleno de presas hambrientas que agradecerían disfrutar de unas plantas jugosas.

—¡Bayo! ¡Zancudo! —llamó Zarzoso—. ¿Sabéis dónde está el rincón con hierbas de Glayo, junto a la vivienda de los Dos Patas?

—Yo sí —respondió Zancudo.

—Quiero que esté vigilado día y noche.

Glayo se adelantó.

—No quiero que se acerquen ni gatos ni presas —les ordenó—. Valen demasiado para perderlas.

—No te preocupes, ¡las mantendremos a salvo! —le prometió Bayo antes de alejarse.

—¡Mandaré una patrulla para relevaros cuando se ponga el sol! —les gritó Zarzoso a los dos guerreros, que ya estaban cruzando el claro.

Glayo cerró los ojos. El Bosque Oscuro estaba ganando fuerza. Los miembros del Clan Estelar estaban asustados. Y ahora él ni siquiera se fiaba de sus compañeros de clan. El suelo parecía moverse bajo sus patas.

—Debo ser fuerte —murmuró para sí—. Debo ser fuerte…

20

Zarpa de Tórtola se agazapó detrás de una hiedra. Pegó la barriga a la nieve y se agachó todo lo que pudo en la zanja para que su cuerpo no proyectara ni una sola sombra a la luz de la luna.

Los pasos ya habían llegado casi al borde de la zanja y, al abrir la boca, la aprendiza captó un olor familiar. Notó un revoloteo en el estómago. Un poco más. Contuvo el aliento. Ya casi estaba…

—¡Te tengo!

Saltó ágilmente para salvar la corta y escarpada pendiente y se lanzó sobre Corazón de Tigre, haciéndolo rodar por el suelo forestal.

—¡Me rindo!

Ella lo soltó.

—Alguna noche llegarás tú el primero.

—Creía que esta noche llegaba pronto… —El guerrero se alisó el pelo alborotado—. ¡Es como si supieras exactamente cuándo salgo de mi campamento!

Zarpa de Tórtola bajó la vista.

—Sí, claro… —masculló—. Como si pudiera oír cómo te escabulles de tu lecho. —Decidió que era mejor cambiar de tema—: Me pregunto cuánto durará esta nieve…

Corazón de Tigre se encogió de hombros.

—Es mejor que la lluvia.

—Pero es imposible ir a ninguna parte sin dejar rastro.

—Un buen guerrero puede seguir un rastro sin nieve.

La joven se inclinó hacia él para restregar el hocico contra su mejilla.

—Yo podría encontrar tu rastro incluso en el agua —murmuró.

Corazón de Tigre ronroneó.

—Te he echado de menos.

Los olores fronterizos colmaban el aire que los rodeaba y el del Clan del Trueno se mezclaba ahora con el del Clan de la Sombra.

—¿Qué te parece si vamos a la vivienda abandonada de los Dos Patas? —sugirió Zarpa de Tórtola.

El guerrero suspiró.

—Hoy no tenemos mucho tiempo. Estrella Negra está enviando patrullas extra en mitad de la noche y también al alba.

La aprendiza ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Estamos buscando hierbas, además de presas.

—¿Cirro está peor?

—Sí. —Al joven guerrero le rugió el estómago—. Y el clan está hambriento.

Zarpa de Tórtola pegó la mejilla a la de él. El Clan del Trueno estaba teniendo suerte, la tos blanca no se había transformado en tos verde, al menos por el momento.

—Ojalá pudiera ayudar… —Se imaginó las gruesas matas de jugosas hierbas que crecían junto a la casa de los Dos Patas, protegidas del hielo por montones de helechos—. Pero Glayo se ha asegurado de que nadie pueda llevarse hojas de su herbario.

Corazón de Tigre plantó las orejas.

—¿Su herbario?

—Son plantas que lleva cuidando desde la estación de la hoja verde.

—¿Ha estado… cultivando hierbas?

Zarpa de Tórtola se separó, sorprendida.

—Pensaba que lo sabías. —La joven gata del Clan del Trueno frunció el ceño—. ¿No era esa la razón por la que el Clan de la Sombra quería nuestro territorio?

El guerrero la miró sin pestañear.

—Nosotros nunca hemos querido el territorio del Clan del Trueno.

—Pero Zarpa de… —La joven gata se quedó callada. Era mejor que Corazón de Tigre no supiera nada del sueño de su hermana—. Bueno, yo creía que la batalla había sido por eso…

—Fue Estrella de Fuego quien quiso recuperar territorio. Pidió que le devolviéramos el claro.

Zarpa de Tórtola arañó el suelo. «¡Solo porque mi hermana lo convenció!». Se sacudió de arriba abajo. No quería discutir con Corazón de Tigre. La batalla era cosa del pasado.

—Da igual.

—Pero dices que Glayo tiene hierbas, ¿no? —El guerrero se inclinó hacia ella—. ¿Qué clase de hierbas?

—Solo un poco de atanasia… —Las palabras le salieron con dificultad. No podía mentirle a Corazón de Tigre, pero le pareció desleal hablarle de las valiosas provisiones de Glayo—. Y un poquito de nébeda…

—¿Nébeda? —Al joven guerrero le brillaron los ojos—. ¿Crees que nos daría unas hojas?

Zarpa de Tórtola sintió una oleada de calor.

—Hojarasca Acuática ya le ha pedido que os dé un poco.

—¿Y?

—Le ha dicho que no.

—Pero ¡Cirro podría morir!

—Glayo dice que tenemos que cuidar de nuestro propio clan… —Empezó a dar vueltas alrededor del guerrero, restregándose contra él. «¡Venga, Corazón de Tigre! ¡Vamos a divertirnos!». Le tocó la nariz con la cola—. Vamos a ver cuál de los dos puede trepar más alto.

Miró hacia el pino que tenían al lado, preguntándose si sus garras serían lo bastante fuertes para subir por el tronco a la rama más baja, que sobresalía muy por encima de su cabeza.

—¿Es que no me has oído? —insistió Corazón de Tigre—. ¡Cirro podría morir!

La aprendiza bajó la vista, descorazonada.

—Yo podría robar un poco… —se ofreció, con el corazón encogido.

—No —respondió él con firmeza—. No puedes robarle a tu propio clan por mí.

Zarpa de Tórtola se sintió aliviada.

—Puedo intentar convencer a Glayo para que te dé un poco.

Corazón de Tigre le acarició la nariz.

—Gracias —dijo él en un susurro, y ella sintió una oleada de afecto por el guerrero—. Solo espero que consigamos pronto alguna hierba —continuó—. De lo contrario, el clan se morirá de hambre mientras rebuscamos entre los hierbajos del suelo forestal…

—¡Mira esto!

Zarpa de Tórtola corrió hacia el borde de la zanja. Iba a distraer a Corazón de Tigre, aunque eso significara caer de bruces. Se agazapó, se impulsó con fuerza con las patas traseras y estiró las delanteras hacia atrás, por encima de

su cabeza, intentando alcanzarse la cola. Arqueando la barriga hacia el cielo, rodó hacia el suelo, esperando haber completado la voltereta hacia atrás…

… Pero aterrizó sobre la barbilla, con un golpetazo que le cortó la respiración. Tuvo que hundir las garras en la nieve y clavarlas en el suelo congelado para no caer rodando por la pendiente.

Corazón de Tigre ronroneó de risa.

—Bonito aterrizaje.

—Tú sigue mirando.

Zarpa de Tórtola se puso en pie y volvió a agazaparse, lista para probar de nuevo, pero el guerrero posó la cola en su lomo.

—Espera un momento…

—¿Qué? —La joven gata lo miró.

De un manotazo, Corazón de Tigre le lanzó una bola de nieve a la cara.

—¡Eh!

La aprendiza dio un salto, tomó un puñado de nieve y se lo lanzó a su vez. Corazón de Tigre se agachó en el último instante, y el proyectil le pasó junto a la oreja, pero Zarpa de Tórtola aprovechó la ocasión para embestirlo y lo hizo rodar sobre la nieve.

—¡Aaah!

Corazón de Tigre fingió perder el equilibrio y rodó hacia la corta pendiente, por la que cayó sin soltar a Zarpa de Tórtola. Ella lanzó un grito cuando frenaron de golpe después de rodar uno encima del otro. Sin aliento, se quedaron enredados entre sus propias patas. La joven gata sintió una corriente de felicidad tan potente que se puso a ronronear.

Y entonces se quedó inmóvil.

—¿Qué ocurre? —Corazón de Tigre se tensó junto a ella.

—Pisadas… —Se había olvidado de estar atenta a los peligros. Oyó el roce de un cuerpo contra los helechos y pasos sobre la nieve helada—. Alguien viene.

—¿Quién?

La aprendiza saboreó el aire y no pudo evitar que los pelos de su cola se erizaran.

—¡Zarpa Espinela!

«¡Demasiado tarde!».

El rostro blanco de su hermana apareció en lo alto de la cuesta.

—¡Lo sabía! —bufó.

—¡Lo sabías desde hace mucho! —repuso Zarpa de Tórtola.

Los ojos de su hermana centellearon.

—Pero ahora lo he visto por mí misma.

Corazón de Tigre se incorporó al lado de Zarpa de Tórtola.

—Estás en el territorio del Clan de la Sombra —le dijo, retador.

—¡Y ella también! —replicó la atigrada con un bufido—. Pero al menos yo no estoy traicionando a mi clan.

Zarpa de Tórtola se encendió de rabia.

—¡Nos traicionas todas las noches en el Bosque Oscuro!

¿Corazón de Tigre había hecho una mueca? Zarpa de Tórtola lo miró de reojo, pero el guerrero tenía los ojos clavados en su hermana.

Zarpa Espinela levantó la cola.

—¿Vas a contárselo tú, Corazón de Tigre, o lo hago yo?

Zarpa de Tórtola se inclinó hacia delante, pegando las orejas a la cabeza.

—¡No empieces otra vez con eso!

«¡Corazón de Tigre no entrenaría en el Bosque Oscuro por nada del mundo!».

Su hermana seguía sosteniéndole la mirada al guerrero y Zarpa de Tórtola sintió un escalofrío por todo el lomo.

—¿Lo ves? Mi hermana no me cree… —le gruñó Zarpa Espinela a Corazón de Tigre, agitando la punta de la cola—. Quizá te crea a ti.

Zarpa de Tórtola retrocedió un par de pasos: «¡No, por favor, que Corazón de Tigre no forme parte del Bosque Oscuro también!».

De pronto, los helechos que se alzaban detrás de Zarpa Espinela se estremecieron, y Zarpa de Tórtola soltó un respingo cuando Corazón de Tigre la empujó debajo de un montón de zarzas muertas.

—¡No te muevas de ahí! —le ordenó el guerrero en voz baja.

La aprendiza se pegó al suelo conteniendo la respiración. El aire se había llenado del olor del Clan de la Sombra.

—¿Qué está pasando aquí? —gruñó la voz profunda de Chamuscado.

Corazón de Tigre dio un paso al frente.

—La he encontrado cerca de la frontera.

Zarpa de Tórtola miró a través de las zarzas, temblando de miedo, y distinguió las siluetas de Chamuscado y Poma en lo alto de la cuesta. Los guerreros del Clan de la Sombra miraban ceñudos a su hermana.

Corazón de Tigre hinchó el pecho junto a la aprendiza atigrada.

—Estaba a punto de llevarla al campamento para que Estrella Negra pudiera interrogarla.

—¿En serio? —Poma entornó los ojos—. ¿Y qué hacías tú deambulando por el bosque en plena noche?

Chamuscado se inclinó más hacia él.

—No formas parte de la patrulla nocturna.

Corazón de Tigre lo miró a los ojos, sin arredrarse.

—No podía dormir.

Chamuscado se volvió hacia Zarpa Espinela.

—¿Y qué estabas haciendo tú en el territorio del Clan de la Sombra?

A Zarpa de Tórtola se le aceleró el corazón.

—Estaba buscando presas —respondió Zarpa Espinela.

«¡Por favor, creedla!».

—Es una hora extraña para cazar, ¿no crees? —maulló Poma con desprecio.

—La comida escasea. Pensaba que por aquí podría encontrar alguna presa nocturna.

—¿En el territorio del Clan de la Sombra? —bufó Chamuscado.

—No me he dado cuenta de que traspasaba la frontera.

—¿Acaso los aprendices del Clan del Trueno no saben olfatear? —replicó el guerrero—. Venga, vamos a conducirla al campamento.

Zarpa de Tórtola intentó no dejarse invadir por el pánico al oír que los guerreros del Clan de la Sombra se llevaban a su hermana. «¡Corazón de Tigre, protégela!», le rogó en silencio.

Cuando pensó que ya se habían alejado lo suficiente, salió de debajo de las zarzas y corrió a la frontera. «¡El Clan de la Sombra ha capturado a Zarpa Espinela! ¡Y no puedo contárselo a nadie!».

A la joven aprendiza le pareció que se le paraba el corazón. ¿Cómo podría explicar que se habían llevado a su hermana? Si confesaba sus encuentros con Corazón de Tigre, Leonado y Glayo no confiarían en ella nunca más, igual que sus compañeros de clan. Plantó las orejas y proyectó sus sentidos, y se puso a buscar a Zarpa Espinela hasta que oyó voces en el campamento del Clan de la Sombra.

Un cachorro chillaba nervioso:

—¿Quién es esa?

—Solo es una aprendiza del Clan del Trueno, tesoro —lo tranquilizó una reina—. Vuelve a tu lecho. Es tarde…

Zarpa de Tórtola siguió escuchando con más atención.

—Estrella Negra te verá por la mañana… —Era la voz de Chamuscado. Sin duda estaba hablando con Zarpa Espinela—. Quédate aquí hasta que vengamos por ti.

—Hay un poco de musgo en ese rincón —susurró Corazón de Tigre—. Puedes hacerte un lecho con él. No te molestará nadie. Solo tienes que guardar silencio y no intentar escapar.

La opresión que Zarpa de Tórtola sentía en el pecho se mitigó un poco. Estaban tratando bien a su hermana. No haría falta organizar una patrulla de rescate, ¿verdad? Se dirigió a casa y, poco después, entró en el campamento por el túnel del aliviadero. Avanzando con sigilo, traspasó los helechos y se metió en su guarida. Al ovillarse en el blando musgo, fue dolorosamente consciente del lecho vacío de Zarpa Espinela. Con la cabeza dándole vueltas y el corazón desbocado, cerró los ojos.

Los sonidos del campamento la despertaron al alba. Zarzoso estaba organizando las patrullas de caza debajo de la Cornisa Alta, Tormenta de Arena volvía a toser y Rosella estaba en la guarida del curandero, suplicándole a Glayo que le diera un poco de atanasia a Grosellita. Desaliñada y nerviosa, la aprendiza salió de su lecho. Aguzó el oído hasta localizar el campamento del Clan de la Sombra, y por fin oyó la voz huraña de un guerrero del clan vecino:

—Estrella Negra te verá más tarde.

Un golpe sordo la sobresaltó.

—Cómete esto.

Probablemente le había tirado algo de comer.

—Gracias. —Su hermana no parecía atemorizada.

Zarpa de Tórtola levantó la barbilla. Sabía lo que tenía que hacer.

—¿Zarpa Espinela? —llamó. Esperó unos instantes, y finalmente salió de la guarida—. ¡Zarpa Espinela!

Látigo Gris, Bayo, Mili y Candeal estaban sentados con Nube Albina y Raposo debajo de la Cornisa Alta. Zarzoso se paseaba delante de ellos.

Zarpa de Tórtola respiró hondo antes de atreverse a formular la pregunta:

—¿Ha salido ya Zarpa Espinela en una patrulla?

Látigo Gris se dio la vuelta y se quedó mirándola, desconcertado.

—¿La necesitas para algo?

La joven se encogió de hombros, como si no ocurriera nada.

—No, pero no estaba en su lecho cuando me he levantado…

Candeal se puso en pie.

—Yo no la he visto —maulló con cierta inquietud—. Betulón, ¿tú la has visto esta mañana?

Betulón, que estaba cavando en la nieve para desenterrar la provisión de presas, se detuvo y miró a su pareja.

—¿Qué ocurre?

—¿Has visto a Zarpa Espinela? —le preguntó Candeal.

Betulón miró a Zarpa de Tórtola.

—¿No está en su lecho?

La joven negó con la cabeza.

—No estaba cuando me he despertado.

Candeal entró en la guarida de los aprendices y volvió a aparecer enseguida.

—Su lecho está frío. Lleva fuera toda la noche.

A Betulón se le erizó el pelo.

—¿Zarzoso?

El lugarteniente del clan se dio media vuelta.

—¿Va todo bien?

—Zarpa Espinela no ha dormido en su lecho —le dijo el guerrero.

Zarzoso miró a los gatos que lo rodeaban.

—¿Alguno de vosotros la ha visto?

—Desde anoche, no —respondió Bayo.

—Yo compartí un ratón con ella al ponerse el sol —maulló Acedera.

Carbonera llegó corriendo desde el túnel del aliviadero.

—¿Alguien ha dicho que Zarpa Espinela ha desaparecido?

Candeal daba vueltas por el lindero del claro.

—No ha dormido en su cama…

—Hace demasiado frío para estar mucho tiempo fuera del campamento —apuntó Zarzoso.

—¡¿Y si está herida?! —exclamó Candeal, angustiada.

Betulón le pasó la cola por el lomo erizado.

—No nos alarmemos antes de tiempo.

—Iremos a buscarla —decidió Zarzoso, que les hizo una señal a Bayo y Látigo Gris—. Formad una patrulla cada uno y salid a inspeccionar el bosque.

A Zarpa de Tórtola se le aceleró el corazón. ¡No debían malgastar patrullas de caza! Tenía que pensar en algo, ¡y rápido! Si revelaba que su hermana estaba en el campamento del Clan de la Sombra, todos se preguntarían cómo lo sabía.

«¡Glayo! ¡Él lo entenderá!».

Mirando de reojo a sus compañeros de clan, echó a andar hacia la guarida del curandero.

—¡Glayo!

—¡No grites! —Glayo estaba empapando hojas en el charco—. ¡Tormenta de Arena está durmiendo!

Gabarda se incorporó en su lecho.

—¿Qué pasa?

—Zarpa Espinela ha… desaparecido —maulló la aprendiza.

Y miró fijamente al curandero, deseando que captara la urgencia en su voz. Tenía que hablar con él en privado.

Glayo enrolló con cuidado la hoja empapada hasta convertirla en un fardo goteante y la dejó junto al charco.

—Ven conmigo —le dijo a Zarpa de Tórtola, pasando junto a ella.

Gabarda los miró con curiosidad mientras salían de la guarida.

Tordo y Nube Albina estaban trepando por el haya. El guerrero se asomó por el hueco que había entre las ramas y el muro rocoso.

—¿Zarpa Espinela?

Rosada estaba inspeccionando la parte trasera de la maternidad.

—¡Aquí no hay rastro de ella!

—Imagino que no está en el campamento, ¿no? —masculló Glayo.

—¡Yo sé dónde está! —Zarpa de Tórtola apenas podía contener las palabras—. Puedo oírla. ¡Está en el campamento del Clan de la Sombra!

—¿Y qué hace allí? —preguntó el curandero.

—No… no lo sé. Solo puedo oírla. Creo que la tienen retenida. Le han dicho que se quede donde está, le han dado algo de comer y han añadido que Estrella Negra iría a verla más tarde.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿cómo ha acabado allí? —Glayo parecía más irritado que preocupado—. Vamos a contárselo a Estrella de Fuego antes de que todo el clan se deje llevar por el pánico.

El curandero avanzó hacia las rocas desprendidas y Zarpa de Tórtola lo siguió.

«Di lo mínimo posible —se recordó a sí misma—. No debes desvelar nada…».

—¿En el campamento del Clan de la Sombra? —Estrella de Fuego parpadeó sorprendido cuando Glayo se lo contó. Desvió su penetrante mirada hacia la aprendiza—. ¿Cuánto tiempo lleva allí?

Ella lo miró con inocencia.

—Cuando fuimos a acostarnos anoche, Zarpa Espinela estaba en el campamento, pero esta mañana había desaparecido.

—¿Crees que ha ido por su cuenta?

—Quizá se acercó a la frontera. Tal vez la apresaron allí…

—¿Y qué hacía en la frontera del Clan de la Sombra? —Estrella de Fuego negó con la cabeza como si tuviera una garrapata en la oreja—. ¡No se me ocurre un sitio más peligroso al que ir tras la batalla!

Zarpa de Tórtola bajó la mirada al suelo. La piel le ardía de vergüenza.

—Yo… no lo sé.

Glayo se inclinó hacia el líder del Clan del Trueno.

—Creo que deberíamos detener la búsqueda… —maulló.

Estrella de Fuego salió de su guarida a la Cornisa Alta, seguido de Zarpa de Tórtola.

—¡Creemos que el Clan de la Sombra ha hecho prisionera a Zarpa Espinela! —anunció a los gatos reunidos en el claro.

La aprendiza se encogió al ver cómo sus compañeros miraban conmocionados al líder del clan.

—¿Cómo lo sabes? —gruñó Musaraña, avanzando hasta el centro del claro.

Estrella de Fuego arañó el suelo.

—Fue vista por última vez en la frontera del Clan de la Sombra. —No podía añadir nada más sin delatar a Zarpa de Tórtola.

Espinardo se adelantó a Musaraña.

—¡Deberíamos enviar una patrulla para rescatarla!

—¡Yo quiero ir! —declaró Candeal.

Espinardo flexionó las garras.

—Yo encabezaré la patrulla.

—¡Deberíamos salir ahora mismo! —maulló Betulón.

Estrella de Fuego sacudió la cola.

—Debemos mantener la calma.

—¡No podemos dejarla allí! —bufó Candeal.

—Primero enviaremos una pequeña patrulla para comprobar si es cierto —repuso el líder—. Si está allí, podemos pedir que la liberen.

Betulón se sulfuró:

—¿«Pedir»?

Estrella de Fuego asintió.

—No podemos luchar contra ellos en su propio campamento —señaló—. Hay veteranos y cachorros.

Musaraña agitó una oreja.

—Y no olvidéis que tienen a Zarpa Espinela. Podrían hacerle daño si los atacamos…

El líder se sentó, enroscando la cola alrededor de las patas.

—¡Zarzoso, llévate a Fronde Dorado, Nimbo Blanco y Zarpa de Tórtola!

Zarpa de Tórtola se clavó las garras en las almohadillas. Ella quería mantenerse al margen de todo aquello. Quería fingir que no estaba sucediendo.

Candeal se adelantó a la carrera.

—¡Yo quiero ir con ellos! —insistió.

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—No, Zarzoso puede encargarse del asunto perfectamente. Él traerá de vuelta a Zarpa Espinela sana y salva.

Candeal le dio la espalda, gruñendo. El líder miró a Zarpa de Tórtola.

—Ve con ellos.

La aprendiza bajó por las rocas desprendidas para unirse a Zarzoso, Nimbo Blanco y Fronde Dorado, y los cuatro salieron juntos del campamento.

—¿Qué hacía Zarpa Espinela en la frontera y en plena noche? —preguntó Nimbo Blanco mientras avanzaban entre los árboles hacia el territorio del Clan de la Sombra.

—No será una traidora, ¿verdad? —murmuró Fronde Dorado.

«¡Eso nunca!». Zarpa de Tórtola sintió un latigazo de culpabilidad. Ella era la responsable de que Fronde Dorado dudara de la lealtad de su hermana.

—No sería la primera vez que un miembro de un clan se reúne en secreto con un gato de un clan vecino —maulló Zarzoso con expresión sombría, clavando los ojos en la senda.

«¡Todo esto es por mí! ¡No la culpéis a ella!».

Al llegar a la frontera, Zarzoso se sentó y Nimbo Blanco lo miró con asombro.

—¿Es que no vamos a ir hasta el campamento?

—Esperaremos a una patrulla —respondió el lugarteniente.

Nimbo Blanco soltó un resoplido.

—No sabemos con certeza si tienen a Zarpa Espinela —señaló Fronde Dorado.

Nimbo Blanco empezó a pasearse a lo largo de la línea olorosa.

—Es justo la clase de jugarreta a la que recurriría el Clan de la Sombra.

Zarpa de Tórtola plantó las orejas. Unos pasos avanzaban sobre la nieve. El Clan de la Sombra estaba despierto y patrullando. Aguardó, escuchando por encima de los latidos de su corazón, hasta que los pasos se acercaron lo bastante para avisar a sus compañeros sin que sospecharan.

—¡Oigo algo!

Zarzoso se incorporó y se colocó justo delante de la frontera, con el pelo liso y la mirada firme. Serbal, Topera y Grajo iban hacia ellos zigzagueando entre los arbustos. Zarpa de Tórtola se obligó a dejar de temblar. «¡Todo va a ir bien!». Entonces vio a Corazón de Tigre detrás de sus compañeros de clan y la joven se miró las patas. Tenía miedo de que, si sus ojos se cruzaban con los del guerrero, sus sentimientos la delataran.

—¿Habéis venido a recoger algo que se os ha perdido? —gruñó Grajo desde el otro lado de la frontera.

Nimbo Blanco erizó el pelo.

—Entonces, ¡admites que la habéis capturado!

Topera lo miró ceñuda.

—Corazón de Tigre la encontró deambulando por nuestro territorio.

Zarzoso parpadeó.

—¿Zarpa Espinela está bien?

Grajo vaciló. Zarpa de Tórtola buscó desesperadamente algún sonido de su hermana en el campamento del Clan de la Sombra.

—No le hemos hecho ningún daño —declaró Grajo.

Serbal y Topera intercambiaron una mirada.

—¿Podemos llevárnosla a casa? —preguntó Zarzoso, dirigiéndose al nuevo lugarteniente del Clan de la Sombra.

—¿Por qué está siendo tan educado? —le susurró Nimbo Blanco a Fronde Dorado.

Zarzoso sacudió la cola.

—No querréis tener una boca extra que alimentar —le dijo a Serbal.

El lugarteniente asintió.

—Cierto, pero tampoco queremos que los aprendices del Clan del Trueno traspasen nuestras fronteras. —Se acercó más a la línea olorosa—. Podéis recuperarla… —gruñó— a cambio de nébeda.

Zarpa de Tórtola levantó la mirada de golpe, clavándola en Corazón de Tigre. El rostro del guerrero no delataba nada. La noche anterior estaba muy preocupado por Cirro y ahora estaban ofreciéndoles canjear a Zarpa Espinela justamente por la hierba que necesitaban para salvar al curandero del Clan de la Sombra. Corazón de Tigre debía de haberles contado a sus compañeros de clan lo del huerto de hierbas. ¿Cómo podía traicionarla así?

La aprendiza sintió un dolor abrasador en el pecho. «¡O sea que no me quiere! Solo ha estado utilizándome, ¡y ahora está utilizando a Zarpa Espinela!». Se quedó de piedra. ¿Acaso ella no haría lo mismo por su propio clan? ¿Su lealtad estaría con Corazón de Tigre o con el Clan del Trueno?

—¿Nébeda? —repitió Zarzoso.

—Cirro ha enfermado de tos verde —le dijo Serbal—. Necesita nébeda para sobrevivir.

El lugarteniente del Clan del Trueno parecía desconcertado.

—¿Y por qué la pedís así?

—No queremos hacerle ningún daño a Zarpa Espinela —maulló Serbal. El significado de sus palabras estaba claro—. Solo necesitamos nébeda.

Zarzoso se puso tenso y Zarpa de Tórtola pensó que estaba obligándose a no reaccionar ante la amenaza velada. Finalmente, el lugarteniente del Clan del Trueno asintió.

—Se lo diré a Estrella de Fuego.

Y dicho eso, les hizo una señal con la cola a sus compañeros de clan y regresaron al campamento.

—¿Por qué Rosero no se lo ha pedido a Glayo sin más? —Estrella de Fuego miraba perplejo a su lugarteniente, que acababa de explicarle la exigencia de Serbal—. Siempre hemos ayudado a los demás clanes.

Junto a él, Látigo Gris arrugó el hocico.

—Y siempre nos han criticado por querer ayudar… —gruñó.

Glayo estaba en la entrada de su guarida, hundiendo las garras en la nieve, y Hojarasca Acuática contemplaba la escena sobre la roca partida, junto a Esquiruela. La antigua curandera parecía afligida.

—¿Cirro está muy mal? —preguntó.

Zarzoso entornó los ojos.

—Lo bastante como para que hayan tomado a una aprendiza como rehén.

—Iré por las hierbas —masculló Glayo.

Estrella de Fuego asintió.

—Gracias. Sé que hay pocas, pero Cirro las necesita.

Esquiruela dio un paso adelante.

—¿Y qué pasa con Tormenta de Arena?

—¡Y con Grosellita! —Dalia cruzó el claro, con su espesa cola muy elevada—. Hoy no está mejor que ayer.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza.

—Intentaremos cubrir las necesidades de todo el mundo —maulló—. Pero Cirro y Zarpa Espinela son los que ahora mismo corren más peligro. Primero debemos ayudarlos a ellos.

Rosella se asomó por la entrada de la maternidad. Tenía las pupilas dilatadas de preocupación. Estrella de Fuego se quedó mirándola unos segundos, antes de volverse hacia Zarzoso.

—Quizá el gato que encontró la milenrama pueda encontrar más hierbas —murmuró.

Zarpa de Tórtola quería meterse en su lecho y esconderse. ¿Y si Tormenta de Arena o Grosellita empeoraban? ¿Y si acababan muriendo? «¡Todo esto es culpa mía!».

21

Un ratón reseco aterrizó a los pies de Zarpa Espinela.

—Cómete esto.

La aprendiza levantó la vista hacia el atigrado oscuro que le había lanzado la pieza y luego la olfateó.

—Gracias.

El guerrero rodeó la cortina de zarzas que ocultaba parcialmente el rincón del campamento del Clan de la Sombra donde se encontraba Zarpa Espinela, y se alejó trotando.

Chirlero, al que habían ordenado vigilarla, se quedó mirándola, ceñudo.

—No sé por qué te dan comida. Estabas intentando robar la nuestra…

Zarpa Espinela le lanzó una mirada desdeñosa.

—Crucé la frontera por error.

—Sí, claro.

Chirlero le dio la espalda y siguió con la vigilancia.

La joven aprendiza puso los ojos en blanco. Cualquiera diría que estaba custodiando a un guerrero del Clan del León.

—¿Qué crees que voy a hacer exactamente? ¿Atacar la guarida de los guerreros y tomar el control del campamento?

Chirlero la miró de reojo.

—¿Quién puede saber lo que está planeando el Clan del Trueno? Sois los gatos más taimados del bosque.

—¿El Clan del Trueno taimado?

Zarpa Espinela no podía creer lo que oía. ¡Los gatos más taimados del bosque eran los del Clan de la Sombra! Soltó un bufido. «Me rindo…». No iba a malgastar tiempo charlando con aquel descerebrado. Se acomodó para comerse el ratón y, mientras masticaba la carne correosa, miró por el borde de

la cortina de zarzas, más allá de la cola de Chirlero. El campamento del Clan de la Sombra estaba empezando a ponerse en marcha.

Dos cachorros salieron en tropel por una abertura en el muro de zarzas.

El más grande, un gatito atigrado, se agazapó moviendo la cola.

—¡Vamos, Gotita!

—¿Qué?

Su hermana, una cachorrita gris, se quedó mirándolo.

Él atravesó el claro a toda prisa.

—¡Te echo una carrera hasta el aliviadero!

—¡Eso es hacer trampa, Gorrioncillo!

Gotita corrió tras él.

Otra cachorrita salió a trompicones de entre las zarzas.

—¡Eh, esperadme!

Cayó al suelo y se quedó mirando a sus hermanos con las pupilas dilatadas.

—No te preocupes, Borrina. —Una reina atigrada apareció tras ella—. Los alcanzaremos juntas.

La gata siguió a los dos pequeños, con Borrina trotando a su lado. El pelaje gris claro de la cachorrita estaba tan erizado como una piña. Cuando llegaron al extremo más alejado del claro, se colaron por un túnel y desaparecieron de la vista.

Cedro, el canoso veterano, se desperezó delante de su guarida. Amapola salió del zarzal tras él, bostezando, y miró al cielo gris.

—Parece que va a nevar más.

Cedro se estremeció.

—Dentro de poco tendremos que comer nieve.

Una gata de un blanco inmaculado cruzó el claro hacia un pequeño montón de presas de aspecto raquítico. ¿Lo que había en lo alto era una rana muerta? Zarpa Espinela se estremeció. La guerrera blanca olfateó el montón y se llevó una pieza hacia su guarida, de donde estaba saliendo otra gata, a la que Zarpa Espinela reconoció como Oliva.

—¿Quieres compartir esto conmigo? —le ofreció la guerrera blanca.

—Gracias, Aguzanieves. —Oliva miró por encima del hombro—. Rapaz, ¿quieres compartir un campañol?

Zarpa Espinela masticó su ratón, un poco sorprendida al ver que el campamento del Clan de la Sombra funcionaba igual que el del Clan del Trueno. «¿Qué esperabas? ¿Que hubiese ratones y ardillas haciendo el trabajo por ellos?».

Serbal entró en la guarida de Estrella Negra y salió al cabo de unos instantes con el líder del Clan de la Sombra. Estuvieron hablando un buen rato, antes de que el lugarteniente levantara la cabeza para llamar a su clan:

—¡Que todos los que estén listos para cazar se reúnan para formar patrullas!

Numerosos guerreros lo rodearon y Zarpa Espinela comprobó a cuántos era capaz de reconocer. Las formas y los colores de aquellos gatos se parecían mucho a los del Clan del Trueno, mucho más que los delgaduchos del Clan del Viento o los rollizos y lustrosos del Clan del Río.

—Lomo Rajado, Carbón, Aguzanieves y Poma —empezó Serbal, señalándolos con el hocico—. Vosotros encabezaréis las patrullas de caza de hoy. Manto Ruano, tú ocúpate de la patrulla fronteriza. Corazón de Tigre, Topera y Grajo, vosotros vendréis conmigo.

Trigueña sacudió la cola.

—La nieve se ha acumulado en la hondonada de entrenamiento —informó —. Necesitamos encontrar un claro más protegido o entrenar en el campamento.

Serbal asintió.

—Si alguien encuentra una zona de entrenamiento apropiada, que me lo comunique. Hasta entonces, el entrenamiento de combate se hará aquí.

Los cachorros aparecieron de golpe por el túnel del aliviadero.

—¿Esa gata extraña todavía está en nuestro campamento? —quiso saber Gorrioncillo—. La que Corazón de Tigre encontró anoche en el bosque.

Los guerreros se miraron unos a otros, sorprendidos. Zarpa Espinela se puso tensa cuando los gatos empezaron a girarse hacia el rincón resguardado en el que estaba alojada. No iba a esconderse como si hubiese hecho algo malo en su preciado territorio. Hinchando el pecho, salió de detrás de las zarzas y les sostuvo la mirada.

Serbal se situó en el centro del claro.

—Anoche, Corazón de Tigre encontró a una aprendiza del Clan del Trueno de nuestro lado de la frontera —anunció.

Los gatos erizaron el pelo.

—¿Estaba sola? —quiso saber Lomo Rajado.

—La patrulla no encontró a nadie más —respondió el lugarteniente—. Y no hemos detectado el olor de ningún guerrero.

—¿Estás seguro? —Oliva pegó las orejas a la cabeza—. ¡Podrían estar intentando arrebatarnos más territorio!

—¡No estamos haciendo eso! —replicó Zarpa Espinela, sin poder contenerse.

Chirlero se volvió hacia ella erizando el pelo.

—¡Silencio!

La joven lo miró ceñuda y Trigueña se adelantó para dirigirse a sus compañeros de clan.

—No es más que una aprendiza.

Serbal se sentó, enroscando la cola alrededor de las patas.

—De momento, la tenemos retenida —maulló—. No cabe duda de que el Clan del Trueno vendrá a buscarla enseguida. Hasta entonces, esta joven no supone ninguna amenaza.

—Sí, claro —gruñó Chirlero—. Ninguna amenaza.

Zarpa Espinela se reprimió para no darle un manotazo en la oreja.

Serbal flexionó las garras.

—Las patrullas deben salir —ordenó—. No podemos perder tiempo de caza.

Lomo Rajado, Carbón, Aguzanieves y Poma comenzaron a moverse entre sus compañeros de clan, formando sus patrullas. Poco después, estaban saliendo al pinar por el muro de zarzas.

Zarpa Espinela se giró al oír un maullido agudo.

—¡Hola, gata del Clan del Trueno!

Gorrioncillo había rebasado la cortina de zarzas y estaba frente a ella, con el lomo arqueado y el pelo erizado. La aprendiza empezó a ronronear cuando Gotita apareció tras su hermano mientras Borrina se asomaba, temblorosa, por detrás de los espinosos tallos.

—¿Sabes volar? —quiso saber Gorrioncillo.

Zarpa Espinela parpadeó.

—¿Volar?

—Los guerreros dicen que bajasteis volando de los árboles el día de la batalla.

—Oh, sí —asintió la joven—. Todos los gatos del Clan del Trueno saben volar.

—Mentirosa —gruñó Chirlero.

Ella se encogió de hombros.

—No es culpa mía que los cachorros del Clan de la Sombra tengan semillas de adormidera en vez de cerebro.

Gorrioncillo corrió hacia ella, bufando.

—¡Eso no es verdad!

Zarpa Espinela se agachó para bufarle en la cara, mostrando los colmillos. Al pequeño se le erizó el pelo y los ojos se le desorbitaron de pavor.

—¡Pelosa! ¡Ayuda!

Con un chillido, dio media vuelta y salió corriendo. Borrina y Gotita lo siguieron gimoteando, y Chirlero se volvió hacia la aprendiza.

—¿Por qué has hecho eso?

—Lo siento. —Zarpa Espinela se quedó mirándolo, avergonzada—. No pensaba que se asustarían tanto… Solo estaba bromeando.

—¡A esos pequeños los han criado con leyendas sobre guerreros del Clan del Trueno que comen cachorros por diversión! —le espetó Chirlero.

La gata lo miró boquiabierta.

—¿En serio?

—Tendrán pesadillas durante días.

—Deja que vaya a disculparme…

Justo en ese momento, las zarzas susurraron y Estrella Negra apareció ante ellos.

—Te disculparás —gruñó el líder—, pero todavía no.

Zarpa Espinela se irguió. Estrella Negra era enorme. Una sola de sus patas negras era tan grande como la cabeza de ella.

—Lo lamento muchísimo —maulló la joven.

Estrella Negra agitó los bigotes.

—No te preocupes. Todavía no vamos a ponerte en el montón de la carne fresca… —Sus ojos parecieron centellear. ¿Es que aquello lo divertía? Examinó el rincón donde Zarpa Espinela había pasado la noche y vio el ratón a medio comer—. Siento tenerte así. ¿Has comido bastante?

—Sí. —La joven empujó el ratón hacia él de forma apresurada—. No quiero consumir vuestra comida. Las presas escasean.

Estrella Negra inclinó la cabeza.

—Imagino que quieres irte a casa.

La aprendiza notó que se le iluminaban los ojos.

—Sí.

—Estarás de vuelta en tu campamento dentro de muy poco… —El líder desvió la mirada—. Aunque primero hay que cerrar un trato. El Clan del Trueno tiene algo que nosotros necesitamos.

Y dicho eso, giró en redondo y salió de la pequeña guarida.

Zarpa Espinela lo vio marchar con un hormigueo de inquietud en el estómago.

—¿Un trato? —repitió.

Chirlero se encogió de hombros.

—Quizá vayan a canjearte por comida.

Trigueña apareció por detrás de las zarzas.

—¿Te encuentras bien?

La amabilidad de su voz hizo que la aprendiza sintiera más nostalgia de su casa que nunca.

—Sí, estoy bien. —Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta—. ¿A cambio de qué queréis canjearme?

—De hierbas —respondió Trigueña—. Cirro está enfermo. Necesitamos nébeda y atanasia. Corazón de Tigre nos ha contado que Glayo estaba cultivando unas pocas matas.

—¿Corazón de Tigre? —Zarpa Espinela estaba desconcertada.

«Pero… ¡Estrella de Tigre me dijo que el Clan de la Sombra sabía lo de las hierbas hace muchísimo tiempo! ¡Y que por esa razón querían invadir el territorio del Clan del Trueno! ¿Acaso me mintió?».

—Ayer, Corazón de Tigre oyó a unos guerreros del Clan del Trueno hablando de eso —le explicó Trigueña.

«¡No, eso no es cierto! —La rabia le aceleró el pulso en los oídos—. ¡Se lo contó Zarpa de Tórtola!». ¿Cómo podía su hermana haber traicionado así a su propio clan? Miró a su alrededor, donde la tenían prisionera. «¿Cómo ha podido traicionarme a mí?».

Trigueña se acercó un poco más.

—No te preocupes. —Tenía las pupilas dilatadas—. Estoy segura de que Glayo cederá de buen grado unas pocas hierbas por ti. Estarás en casa en un abrir y cerrar de ojos.

Zarpa Espinela se apartó, erizando el pelo.

—¿Necesitas ir al aliviadero? —le preguntó la guerrera—. Así podrás estirar un poco las patas. Debes de tener los músculos agarrotados de estar aquí encerrada. —Con un movimiento de la cola, le indicó a Chirlero que se fuera—. Yo me encargo de vigilarla.

La guerrera acompañó a la aprendiza a través del campamento. El claro era amplio, y todas las guaridas estaban pulcramente insertadas en el muro del campamento. Zarpa Espinela se quedó impresionada. Aquel claro era perfecto para practicar movimientos de combate. Canela, que estaba tumbada en el lindero, levantó la mirada de la rana que estaba comiéndose y frunció el ceño. Gorrioncillo estaba acurrucado junto a Pelosa, pero a Gotita y Borrina no se las veía por ninguna parte. Cedro y Amapola habían excavado huecos en la

nieve para acomodarse delante de su guarida y se quedaron mirando a la joven gata del clan vecino cuando pasó ante ellos.

Zarpa Espinela notó que le ardía la piel. Sintió que se quitaba un peso de encima al meterse en el túnel que llevaba al aliviadero, mientras Trigueña esperaba en el claro. Esa zona estaba al otro lado del muro del campamento y la aprendiza se preguntó si podría escabullirse y llegar hasta la frontera.

—¿Has acabado? —preguntó Trigueña, alzando la voz.

Zarpa Espinela desechó la idea de escapar. El bosque estaba lleno de patrullas que conocían todo el territorio muchísimo mejor que ella. Cubrió sus excrementos con nieve y volvió a cruzar el túnel.

—Quiero disculparme con los cachorros —le dijo a Trigueña al salir.

—¿Por qué?

—Los he asustado.

La guerrera ronroneó.

—Ya me parecía a mí que Gorrioncillo estaba más callado de lo habitual…

Guio a la joven a través del claro, en dirección a Pelosa. Al acercarse, Borrina salió de la maternidad y se escondió detrás de la reina. Gotita la siguió y se metió debajo de la cola de su madre.

A pesar de que estaba temblando, Gorrioncillo levantó la barbilla.

—¡No me das miedo! —gruñó.

—Bueno…

De pronto, un alarido atravesó el campamento. Rosero apareció corriendo por un agujero en las zarzas, con los ojos desorbitados y el pelo erizado.

Trigueña se asustó.

—¿Qué ocurre? —Se dirigió corriendo hacia el aterrorizado curandero.

—¡Oscuridad! —exclamó Rosero sin aliento—. Una oscuridad fría y absorbente.

Tenía los ojos negros de pavor.

Estrella Negra salió de inmediato de su guarida.

—¡¿Qué está ocurriendo?!

Pasó junto a Chamuscado para ponerse frente al curandero.

Rosero clavó la mirada en su líder.

—Se avecina una gran oscuridad —bufó—. Puedo notarla a mi alrededor. Engullirá al Clan de la Sombra como una ola interminable y nos condenará a las profundidades…

Estrella Negra se le acercó más.

—¿Qué podemos hacer?

—Debemos prepararnos para pelear. El Clan Estelar tenía razón. Estamos solos ¡y debemos luchar por nuestras vidas!

Chamuscado se inclinó hacia delante.

—¿Contra quién? ¿Contra quién debemos luchar?

Rosero negó con la cabeza.

—No he podido verlo.

—Solo puede ser contra los otros clanes —gruñó Estrella Negra—. Si el Clan Estelar dice que peleemos solos, ¡debe de ser contra ellos!

Pelosa se echó a temblar junto a Zarpa Espinela y atrajo más a sus cachorros con la cola. Las zarzas se estremecieron. Al volverse, Zarpa Espinela vio entrar en el campamento a Corazón de Tigre, seguido de Serbal, Topera y Grajo.

Rosero se irguió y ahora su voz emanaba tranquilidad.

—Se acerca la batalla más grande en la historia de los clanes y debemos prepararnos para afrontarla.

Corazón de Tigre tensó sus anchos hombros. Miró hacia atrás, a Zarpa Espinela. «Nosotros ya estamos preparándonos», pareció decir.

Eso no reconfortó a la aprendiza. La funesta profecía de Rosero la había asustado. Quería estar rodeada de sus compañeros de clan y que Estrella de Fuego decidiera qué batallas había que entablar y cuáles podían dejarse para otro día.

Si se acercaba la batalla más grande de todos los tiempos, ella quería estar en casa antes de que llegara.

22

Zarpa de Tórtola se paseaba por delante de la barrera de espinos con las orejas plantadas. Podía oír a la patrulla que estaba regresando de la frontera del Clan de la Sombra, con Zarzoso en cabeza. Fronde Dorado y Látigo Gris iban tras él, avanzando trabajosamente por la nieve, y Zarpa Espinela estaba con ellos, seguida de Esquiruela.

A la aprendiza gris le perturbaba el silencio de la patrulla. No reñían a su hermana por haberse descuidado y dejar que la atraparan. No le preguntaban qué había sucedido en el campamento del Clan de la Sombra. Sintió un hormigueo de expectación. ¿La perdonaría Zarpa Espinela por haber permitido que el Clan de la Sombra la hiciese prisionera?

La patrulla apareció en lo alto de la ladera y comenzó a descender hacia el campamento. Zarpa de Tórtola intentó cruzar la mirada con Zarpa Espinela, pero su hermana no miró hacia ella en ningún momento. Parecía muy preocupada.

—¿Te encuentras bien? —Zarpa de Tórtola se colocó a su lado—. No te han hecho daño, ¿verdad?

—Está bien —respondió Esquiruela—. Déjala descansar.

—¿Estrella de Fuego no querrá hablar con ella?

Esquiruela negó con la cabeza.

—Lo hecho hecho está —dijo con un suspiro—. Zarpa Espinela sabe que ha cometido un error estúpido. No volverá a hacerlo.

Zarpa de Tórtola se detuvo. ¿Es que no iban a interrogar a su hermana sobre lo que hacía en la frontera en plena noche?

La joven atigrada fue derecha a la guarida de los aprendices.

—¡Por favor, háblame! —le suplicó Zarpa de Tórtola.

Su hermana se detuvo, mirándola con los ojos empañados.

—Estoy bien. No te preocupes. Solo estoy cansada.

—¿En serio? —le preguntó, acercándose más.

Zarpa Espinela asintió y dio media vuelta.

Las piedras desprendidas entrechocaron, y el pelaje rojizo de Estrella de Fuego resplandeció a la luz del atardecer mientras bajaba de la Cornisa Alta.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó a Zarzoso.

—Les hemos entregado las hierbas y ellos nos han entregado a Zarpa Espinela —respondió el lugarteniente.

—¿Alguna idea de cómo la atraparon?

—Nos ha dicho que estaba probando suerte con la caza nocturna en la frontera y que traspasó la línea olorosa sin darse cuenta.

Espinardo estaba delante de la guarida de los guerreros.

—No deberías haber mandado a guerreros tan experimentados para recogerla —gruñó ceñudo—. Muestra demasiado respeto.

Manto Polvoroso se paseaba a su alrededor, sacudiendo la cola.

—Si algún gato del Clan del Trueno muere porque nos faltan hierbas, el Clan de la Sombra se habrá manchado las patas de sangre.

Zarpa de Tórtola se quedó mirando a su hermana, atenazada por la culpabilidad.

—Venga —le susurró Esquiruela al oído—. Deja descansar a Zarpa Espinela. Debemos irnos a la Asamblea.

La aprendiza giró en redondo.

—¡Se me había olvidado por completo!

Levantó la vista hacia la luna blanca y redonda. Si veía a Corazón de Tigre esa noche, ¿qué le diría?

Espinardo y Manto Polvoroso ya estaban esperando junto al túnel de espinos, y la cola de Estrella de Fuego desapareció tras la cortina de zarzas que cubría la entrada de la guarida del curandero. Zarpa de Tórtola supuso que iba a ver cómo se encontraba Tormenta de Arena antes de marcharse. Acedera cruzó el claro con Floresta y Rosada, con el pelo ahuecado para protegerse del frío. Bayo, Raposo y Leonado salieron del abrigo de la guarida de los guerreros.

Esquiruela, entretanto, aguardaba junto a la maternidad hasta que apareció Hojarasca Acuática.

—¿Cómo está Grosellita? —le preguntó la guerrera rojiza a su hermana.

—Respira con algo de dificultad, pero no ha perdido el apetito —respondió Hojarasca Acuática.

Y las dos se encaminaron a la barrera de espinos.

Zarzoso miró hacia la guarida del curandero, lanzando nubecillas de vaho por la nariz. Estrella de Fuego y Glayo no tardaron mucho en salir por la cortina de zarzas.

—Vámonos.

Los gatos del Clan del Trueno se dirigieron a la orilla del lago y Glayo se pegó a Leonado cuando la patrulla descendió por la ribera. La nieve se había acumulado abundantemente en algunos puntos, pero Leonado guio a su hermano a través de un hueco y excavó un pasaje hasta la orilla de guijarros, donde era más fácil caminar. Allí la brisa que llegaba del lago hacía que la capa de nieve fuera menos profunda.

—¿Zarpa de Tórtola? —llamó Leonado.

Ella corrió para alcanzarlo.

—¿Sí?

—¿Tú sabes qué estaba haciendo tu hermana en la frontera? —le preguntó en voz baja.

A su lado, Glayo plantó las orejas.

—No tenía nada que ver con el Bosque Oscuro… —susurró la aprendiza —. Solo estaba… —Buscó desesperadamente una razón—. Solo estaba practicando la caza nocturna, como ella misma ha dicho.

Glayo agitó la cola, y Zarpa de Tórtola se concentró al máximo para convencerse a sí misma de que era eso lo que su hermana había estado haciendo. No quería que el curandero se colara en sus pensamientos y descubriera la verdad.

—¡Mirad! —exclamó Esquiruela, señalando hacia las colinas.

Estaban atravesando la orilla del Clan del Viento, y muy arriba, en las colinas del páramo, las siluetas de los miembros del clan vecino se recortaban contra el cielo a lo largo de la cima.

—¿A qué están esperando? —gruñó Espinardo.

Raposo se sacudió la nieve de la cola.

—Quizá no quieran ser los primeros en llegar.

La luna relucía sobre los guerreros del Clan del Viento, proyectando largas sombras que descendían por la ladera lisa y blanca.

—Vamos. —Estrella de Fuego apretó el paso—. Cuanto antes lleguemos al abrigo de la isla, mejor.

Zarpa de Tórtola esperó a que Rosada y Floresta la alcanzaran y se unió a ellas. Floresta estaba un poco preocupada.

—Espero que mis hermanos estén bien.

—Gabarda estará encantada de haberse quedado a cargo de la guarida del curandero —señaló Rosada.

Floresta suspiró.

—Pero Abejorro Negro lleva tosiendo todo el día. ¿Y si empeora?

—Glayo ha dejado a Centella al mando —le recordó Rosada—. Ella sabrá qué hacer.

Zarpa de Tórtola proyectó sus sentidos hacia lo alto de las colinas, donde el brezo crujía bajo las capas de nieve. Los guerreros que esperaban en la cima no emitían ningún sonido; tan solo observaban. La aprendiza sintió un hormigueo de desazón. Entonces proyectó sus sentidos más lejos aún, hasta el territorio del Clan de la Sombra.

—Podría ser una trampa —maulló Grajo con inquietud.

—Quizá no deberíamos ir…

Estrella Negra carraspeó.

—No debemos mostrar temor —maulló—. Ningún guerrero se atreverá a atacarnos bajo la tregua de la luna llena.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó Aguzanieves.

—¡Es una Asamblea! —exclamó Trigueña—. ¡No se atreverían!

«¿De quién tienen miedo?», se dijo la aprendiza. ¿Acaso el Clan Estelar los había avisado sobre los guerreros del Bosque Oscuro? Dirigió sus oídos hacia el Clan del Río.

—¡¿No vienes?! —exclamó Ala de Mariposa.

La respuesta de Blima fue firme:

—Yo me quedo aquí.

—¿Crees que cumplirán con la tregua? —masculló Juncal.

Los pasos de Musgosa resonaron sobre la nieve.

—Quizá deberíamos esconder a los cachorros y a los veteranos hasta que los otros abandonen la isla.

El miedo estaba sumiendo en las sombras a todos los clanes, como las nubes al pasar frente a la luna.

Zarpa de Tórtola oyó a los guerreros del Clan del Río paseándose por el claro cuando el Clan del Trueno llegó frente a la isla. La joven adelantó a Floresta y Rosada para alcanzar a Leonado y Glayo.

—¡Lo saben! —susurró.

Leonado la miró, pestañeando.

—¿Quiénes lo saben?

—¡Los demás clanes! Saben lo del Bosque Oscuro.

—Son imaginaciones tuyas. —Los ojos de Glayo destellaron a la luz de la luna—. Solo nosotros sabemos lo del Bosque Oscuro.

Zarpa de Tórtola se dio cuenta de que no había oído que ningún gato mencionara el Bosque Oscuro.

—Tal vez, pero hay algo que los tiene asustados… —dijo en un susurro.

—Lo sé —coincidió Glayo—. Puedo notarlo en el aire. Los curanderos deben de haberles contado a sus clanes la advertencia del Clan Estelar.

—Quizá nosotros deberíamos hacer lo mismo y decirles la verdad a nuestros compañeros —sugirió la aprendiza.

—¿Y que se mueran de miedo? —Leonado hundió las garras en la nieve —. No, nosotros solos podemos lidiar con lo que sea que venga.

—¡Mirad! —exclamó Raposo desde el borde del agua—. ¡Está congelada desde aquí hasta la isla!

El joven guerrero ya estaba deslizándose por el lago helado.

Zarpa de Tórtola se acercó a la orilla y alargó una pata con cautela. El hielo quemaba, pero, cuando sus almohadillas se acostumbraron, probó con otra pata, y con la otra, hasta que se quedó plantada sobre la blanca y dura superficie.

—¡Volved a la orilla! —gritó Acedera—. ¡Podría romperse!

—¡No pasa nada! —aulló Raposo—. Aquí el agua es poco profunda… — Siguió avanzando con pasos torpes, ganó velocidad y se puso a patinar patosamente—. ¡Uau! —Se deslizó hasta detenerse, ronroneando—. ¡Pruébalo, Floresta! Es muy divertido.

Floresta corrió tras él, y aulló de sorpresa y placer al deslizarse por el hielo. A Zarpa de Tórtola le dio un vuelco el corazón cuando le resbalaron las patas. Tensando los músculos para mantenerse derecha, empezó a cruzar hacia la isla. Se sentía agarrotada de miedo y aun así le pareció emocionante caminar por encima del lago. Podía ver la oscura sombra del agua que lamía por debajo la superficie blanqueada por la luna. Con cada paso, el hielo gemía y crujía.

—¡Vamos! —ordenó Estrella de Fuego, cortante desde la orilla de la isla —. Fuera de ahí.

Zarpa de Tórtola arañó el hielo al intentar agarrarse a él y se deslizó con torpeza hasta la orilla nevada. Se sintió aliviada al notar la tierra firme bajo sus patas.

Zarzoso y Manto Polvoroso ya estaban atravesando los helechos hacia el claro que se abría entre los árboles. Zarpa de Tórtola traspasó las quebradizas frondas, perdida durante un momento mientras sus compañeros de clan

desaparecían a su alrededor. Siguió el sonido del roce de su pelaje entre los tallos, hasta que salió al claro. Los guerreros del Clan del Río se quedaron paralizados, como si fueran figuras atrapadas en hielo, al ver llegar a los miembros del Clan del Trueno.

—¿Qué les pasa? —susurró Rosada.

Estrella de Fuego se encaminó al Gran Roble y se subió a una de las raíces cubiertas de nieve. Los gatos del Clan del Río se apretujaron más unos contra otros, como peces apiñándose en un bajío. Zarpa de Tórtola los miró con cautela y se acercó a Floresta.

—¿Por qué están tan asustados? —le siseó Floresta al oído.

—Quién sabe… —La aprendiza miró al suelo.

A sus espaldas, los helechos se estremecieron y, al volverse, Zarpa de Tórtola vio que el Clan del Viento estaba entrando en el claro. Se sobresaltó, sorprendida de que ya estuvieran allí. Había perdido su rastro mientras jugaba sobre el hielo. Formaron una fila alrededor del Clan del Trueno, sin mirar prácticamente a nadie. Ventolero miró de refilón a Zarpa de Tórtola, pero desvió los ojos de inmediato.

Manto Polvoroso se paseaba arriba y abajo.

—Nunca había visto este sitio tan silencioso.

—¿Es que nadie va a compartir lenguas? —Esquiruela miró a los gatos que los rodeaban, desconcertada.

Finalmente, llegaron también los componentes de la patrulla del Clan de la Sombra, tensos y con los ojos abiertos de par en par. Zarpa de Tórtola distinguió las orejas marrón oscuro de Corazón de Tigre, pero él no la buscó con la mirada y permaneció en medio de sus compañeros de clan. La aprendiza sintió una punzada de frustración. ¿Cómo podían cambiar las cosas tan rápidamente? Todos los clanes actuaban como si estuvieran en guerra con los otros. ¿Era el Clan Estelar el que había sembrado la semilla de la desconfianza, o eran los guerreros del Bosque Oscuro?

—Hace mucho frío. ¡Debemos darnos prisa! —exclamó Estrella Vaharina desde la rama más baja del Gran Roble.

Estrella de Fuego estaba en la misma rama, un poco más lejos, y Estrella de Bigotes y Estrella Negra estaban tiesos como búhos en una rama situada por encima de él.

Los miembros del Clan del Río y del Clan del Viento se habían reunido lo más cerca posible del árbol, y el Clan de la Sombra corrió a ocupar su lugar junto a ellos. Zarpa de Tórtola siguió a sus compañeros, que avanzaron hasta un espacio iluminado por la luna, donde se acomodaron para poder escuchar.

La joven dejó atrás a Rosada y Floresta, buscando la calidez de la multitud, y se sentó entre Espinardo y Leonado.

Estrella Vaharina, agachada bajo la luz de la luna, parecía un pequeño charco de plata.

—Es una estación sin hojas muy dura y, con el lago helado en la orilla, está siendo difícil pescar.

Nube Negra gruñó:

—Por una vez, los comedores de peces también pasan hambre.

—El mal tiempo no ha impedido que sigamos entrenando —continuó Estrella Vaharina— y, afortunadamente, nos hemos librado de las enfermedades propias de la estación.

Estrella de Bigotes se puso en pie.

—El Clan del Viento también goza de buena salud, aunque los conejos escasean y la capa de nieve que rodea el campamento es profunda. Hemos mejorado nuestras técnicas de rastreo y hemos hallado una forma de localizar a las presas en sus madrigueras.

Le hizo un gesto a Estrella Negra, que se puso en pie y miró a los gatos congregados durante unos segundos que se hicieron eternos.

—Serbal se ha convertido en el lugarteniente del Clan de la Sombra —anunció finalmente. Daba la impresión de haber escogido sus palabras con sumo cuidado—. Seguimos lamentando la pérdida de Bermeja. No era su hora de morir. —Lo dijo sin mirar a Estrella de Fuego—. La caza ha sido dura y Cirro ha estado enfermo. Pero me complace anunciar que hemos encontrado un remedio y que Cirro estará aquí con nosotros en la próxima luna llena.

Entre los gatos del Clan de la Sombra brotaron murmullos de aprobación. Zarpa de Tórtola notó que Espinardo se tensaba junto a ella y oyó que Leonado arañaba el suelo nevado.

Estrella de Fuego se levantó y clavó la vista en Estrella Negra.

—¿Y cómo habéis encontrado ese remedio? —le preguntó desafiante.

Zarpa de Tórtola percibió la oleada de inquietud que recorrió a los gatos sentados en el claro, pero el líder del Clan del Trueno no esperó una respuesta a su pregunta:

—Tomasteis como rehén a una aprendiza de nuestro clan; así es como lo lograsteis.

Sonaron exclamaciones ahogadas entre los guerreros del Clan del Río y el Clan del Viento.

—¡Esa aprendiza estaba en nuestro territorio! —bufó Estrella Negra.

—Y habrías tenido todo el derecho del mundo a echarla de allí —replicó Estrella de Fuego—. Pero ¿qué guerrero de verdad se lleva a una gata demasiado joven para defenderse y luego regatea con ella como si fuera una simple presa?

Estrella Negra mostró los colmillos, pero Estrella de Fuego no se arredró:

—Un guerrero de verdad tendría el valor de pedir lo que quiere. —El líder del Clan del Trueno arqueó el lomo—. Tienes suerte de que no contraatacáramos con dureza. Durante esta luna ya os hemos vencido una vez. No creas que no podríamos hacerlo de nuevo.

Estrella Negra alisó el pelo. Sus ojos eran rendijas.

—Suceda lo que suceda —susurró—, el Clan de la Sombra estará preparado.

—¡Ya lo estamos! —Al pie del árbol, Serbal se levantó de un salto con el pelo erizado.

Grajo y Chamuscado se pusieron a su lado y miraron furiosos a los guerreros del Clan del Trueno.

Leonado frunció el hocico y Esquiruela emitió un leve gruñido. A su lado, Manto Polvoroso pegó las orejas a la cabeza. Tragando saliva, Zarpa de Tórtola desenvainó las garras. ¿Es que iban a pelear allí? La aprendiza miró hacia la reluciente luna. ¡No había ninguna nube en el cielo que pusiera fin a la tregua!

Zarpa de Tórtola pudo oír cómo se propagaban los susurros entre los clanes.

—¿Es esto?

—¿Ha llegado la oscuridad?

—Pero ¡la luna sigue brillando!

Eso no parecía importar. Ahora todos tenían el pelo erizado. Los ojos centelleaban en la oscuridad; los guerreros de un clan miraban ceñudos a los de los otros clanes, entre recelosos y amenazantes.

Estrella Vaharina se puso en pie.

—¡Clan del Río! Nos vamos a casa.

Bajó del roble de un salto y guio a su clan a través de los furibundos guerreros. Estrella de Bigotes saltó tras ella y Estrella Negra hizo lo mismo. Cada uno de ellos se llevó a su clan fuera del claro, en silencio.

Zarpa de Tórtola vio que Estrella de Fuego era el último en bajar del roble. En el extremo opuesto del claro, los helechos susurraban a medida que los clanes los traspasaban.

«¡Tengo que hablar con Corazón de Tigre!», se dijo la aprendiza.

Corrió tras los gatos que se alejaban y por fin localizó la punta de la cola del guerrero del Clan de la Sombra. Se la enganchó delicadamente con una garra y él se volvió hacia ella mirándola con recelo.

—¿Qué?

—¡Tenemos que hablar!

La mirada de Corazón de Tigre se suavizó.

—Sígueme. —La guio hasta un sitio más tranquilo, donde los resecos tallos de los helechos daban paso a una zona de hierba cubierta de nieve—. Siento no haber podido hablar contigo antes, pero, ya lo ves, las cosas están bastante tensas… —dijo en un susurro.

Ella lo miró enfadada.

—¡Le contaste a Estrella Negra lo de las hierbas de Glayo!

Él le sostuvo la mirada sin arredrarse, pero no dijo nada.

—¿Cómo pudiste hacer algo así? —se lamentó la joven—. Si Tormenta de Arena muere, ¡será culpa tuya!

—Pero Cirro estaba enfermo…

—¡Y Tormenta de Arena también!

—¡No de tos verde!

Zarpa de Tórtola apenas podía contener la rabia. Corazón de Tigre sonaba de lo más razonable, ¿es que no entendía lo que había hecho? El guerrero le acarició el costado con la cola, y ella se encogió.

—Si Glayo fuera un auténtico curandero, nos habría dado las hierbas —maulló Corazón de Tigre.

—¡Primero tiene que pensar en sus compañeros de clan!

El guerrero del Clan de la Sombra ladeó la cabeza.

—Y yo también, ¿no crees?

Zarpa de Tórtola sintió que se le revolvía el estómago. Quería que aquella conversación terminara allí, pero tenía que saberlo.

—¿Incluso por encima de mí?

A Corazón de Tigre le tembló la cola.

—No pretendía decir eso… —Sus ojos de color ámbar se clavaron en ella —. Yo solo…

La aprendiza lo interrumpió con un débil susurro:

—Yo creo que sí… —dijo dando media vuelta para alejarse—. Creo que eso es exactamente lo que pretendías decir.

23

Zarpa Espinela se ovilló en su lecho. Oyó los pasos en la nieve de sus compañeros de clan, que estaban saliendo del campamento para asistir a la Asamblea, y se tapó el hocico con una pata.

«¡Lo hago para ser una buena guerrera! —Cerró los ojos—. ¡Lo hago por mi clan!».

Cuando el sueño la envolvió, abrió los ojos de nuevo. Se hallaba en el Bosque Oscuro. Saboreó el aire, pero no captó nada más, aparte de la acidez de la tierra y el hedor del moho en los árboles.

—¿Alcotán? —Su voz resonó entre los árboles.

Necesitaba ver a su mentor. «Él quiere que sea una gran guerrera, eso es todo».

Echó a andar por un sendero musgoso. La calidez del suelo le resultó extraña después del mordisqueo incesante de la nieve. El bosque fue abriéndose y el río limoso fluyó ante ella. Con un destello de satisfacción, la joven recordó cómo había conseguido hundir a Cebrado debajo del agua con la ayuda de Lobezno.

Siguió la oscura corriente unos cuantos pasos, hasta que vislumbró una luz entre los árboles. Tomó una angosta senda que se internaba en el bosque y avanzó hacia la luz, que brillaba cada vez más a medida que se acercaba. La aprendiza apretó el paso. A su alrededor se alzaban gruesos árboles que crecían muy juntos, pero Zarpa Espinela mantuvo la vista clavada en la luz. Al acercarse, se dio cuenta de que procedía de un extraño hongo gris que brotaba de los troncos y se arremolinaba entre las raíces. ¿Es que esos hongos reflejaban la luz de la luna?

La joven se esforzó por ver la luna redonda y blanca. Allí también debía de haber luna llena, ¿no? Pero las copas de los árboles formaban un denso dosel en lo alto y le impedían ver el cielo…

Justo en ese momento, las ramas comenzaron a repiquetear levemente, aunque no había ni un soplo de brisa en el bosque. Zarpa Espinela no pudo evitar un estremecimiento. «No seas boba», se dijo, y siguió adelante.

Sintió un gran alivio al oír unas voces cerca y la joven gata corrió hacia ellas. Más allá de los apretados troncos, distinguió a Estrella de Tigre y Corazón de Tigre.

—Llegas tarde. —Estrella de Tigre parecía enfadado.

Zarpa Espinela plantó las orejas para oír la respuesta de Corazón de Tigre.

—Tenía que ir a la Asamblea.

—El entrenamiento es más importante.

La aprendiza se agachó detrás de un árbol y se asomó entre las sombras. Estrella de Tigre daba vueltas alrededor del guerrero del Clan de la Sombra.

—¿Todavía no sabes cuáles son tus verdaderos compañeros de clan? —gruñó—. ¿No me merezco tu lealtad más que esos comedores de ratones?

La aprendiza se puso tensa. ¿Es que Estrella de Tigre estaba intentando volver a Corazón de Tigre en contra de su propio clan?

De pronto, oyó un golpe, y Corazón de Tigre soltó un gemido. Zarpa Espinela se deslizó hasta el siguiente árbol para poder ver mejor.

Estrella de Tigre había inmovilizado al joven guerrero contra el suelo.

—Ese es el mismo error que cometiste en la batalla contra el Clan del Trueno —se mofó el guerrero oscuro antes de soltar a Corazón de Tigre.

El joven gato del Clan de la Sombra se incorporó.

—¿Qué es lo que he hecho mal?

—¡No me mires las patas!

Estrella de Tigre se abalanzó sobre él, como si quisiera separarle las patas traseras del suelo. Corazón de Tigre corcoveó, sacudiendo las patas para zafarse, pero el guerrero oscuro se revolvió con más rapidez, y, mientras el joven evitaba el encontronazo, Estrella de Tigre le clavó los dientes en el pescuezo, tiró de él hasta desequilibrarlo y lo derribó de costado con un golpetazo.

—Nunca olvides que las patas luchan, pero las mandíbulas matan —gruñó Estrella de Tigre, retrocediendo unos pasos.

Corazón de Tigre se levantó de un salto.

—No lo olvidaré —maulló sin aliento.

—Leonado lo sabe —gruñó el guerrero oscuro—. Así mató a Bermeja. Si no puedes igualar siquiera a esos peleles del Clan del Trueno, nunca llegarás a nada.

Zarpa Espinela soltó un grito ahogado. «¡Estrella de Tigre me ha mentido! ¡No es leal al Clan del Trueno en absoluto!».

Sintió una opresión en el pecho e hizo un esfuerzo por respirar con normalidad.

«Ha estado diciéndole a Corazón de Tigre las mismas cosas que me ha dicho a mí. ¡No está entrenándome para ayudar al Clan del Trueno!».

—Cuando llegue la batalla final —decía el enorme atigrado—, malgastar tiempo en Asambleas no te ayudará. Seremos nosotros contra cuatro clanes y sus enclenques antepasados. Entonces veremos quiénes son los auténticos guerreros…

Zarpa Espinela huyó de allí. Atravesó el bosque a la carrera; los árboles pasaban por su lado como un borrón… Aquella era, sin duda alguna, la batalla que Rosero había visto en su visión. Esa era la razón por la que Alcotán la había reclutado a ella.

Ella no era especial.

Era una estúpida.

Ahora sabía que Estrella de Tigre no quería ayudar al Clan del Trueno. ¡Lo único que quería era hacer la guerra contra los clanes! ¡Y estaba usando a los guerreros de los propios clanes contra ellos!

Resollando, la joven frenó en seco. El río se interponía en su camino, deslizándose silenciosamente ante ella. «¿Cómo puedo volver a casa?», se preguntó, parpadeando una y otra vez. «¡Despierta, Zarpa Espinela! ¡Despierta!».

—¿Te encuentras bien, pequeña?

Por un momento, la aprendiza atigrada se imaginó que estaba de vuelta en la maternidad, con Dalia murmurándole al oído. Pero, al abrir los ojos de golpe, vio a Hoja de Arce. La guerrera rojiza y blanca la miraba socarronamente.

—¡Déjame en paz! —bufó la joven.

—¿Estás teniendo una pesadilla, querida? —se mofó Hoja de Arce.

Zarpa Espinela se encogió para evitar el apestoso aliento de la guerrera.

—¿Por qué no te desvaneces en la nada?

Hoja de Arce flexionó las garras.

—Oh, no voy a ir a ninguna parte hasta que haya saldado algunas cuentas…

La aprendiza hizo un gran esfuerzo para no echarse a temblar.

—Yo… yo estaba buscando a Alcotán.

—Tu mentor está ocupado. —Hoja de Arce se acercó un poco más—. Me ha dicho que esta noche te entrene yo.

Zarpa Espinela tragó saliva.

—¿En serio?

—Vamos a practicar esos movimientos que aprendiste la última vez en el río.

Sintiendo que se le caía el alma a los pies, la joven gata miró hacia el río.

—Enséñame lo que aprendiste —le ordenó la guerrera, antes de darle la espalda para meterse en el agua.

Zarpa Espinela se obligó a seguirla. El agua le empapó las patas y empezó a tirarle del pelo.

—¿Aquí ya es bastante hondo? —le preguntó Hoja de Arce.

El agua le llegaba al cuello y la aprendiza tuvo que seguirla de puntillas para poder mantener la nariz fuera del agua.

—Y ahora ¿qué? —quiso saber la guerrera—. Recuerdas la lección, ¿no?

—Tengo que separarte las patas del suelo.

—Adelante entonces, querida.

«Es mejor que acabe con esto cuanto antes», se dijo Zarpa Espinela. Tomó aire y se sumergió, conteniendo una arcada cuando la corriente cálida y viscosa se deslizó por su hocico. Nadó hacia las patas de Hoja de Arce y estiró las garras para aferrarlas… Y de pronto, algo pesado la golpeó en el lomo, empujándola hacia abajo hasta que chocó contra el lecho fluvial. La joven se debatió mientras la sangre le rugía en los oídos. La guerrera la había inmovilizado contra el suelo y sus enormes garras se le clavaban en la piel, apretándola con fuerza contra los guijarros del fondo.

Zarpa Espinela forcejeó bajo las patas de la guerrera y vio que poco a poco iban saliéndole burbujas de la boca. ¡Hoja de Arce le estaba sacando el aire de los pulmones a base de empujones! La aprendiza se retorció desesperadamente, con la esperanza de librarse de su rival. Los pulmones le ardían. Su vista empezó a nublarse. Tenía que combatir el impulso de tomar aire…

De repente, sus patas traseras chocaron contra una roca que sobresalía. Con el primer golpe apenas se desplazó la anchura de un bigote, pero la joven pataleó de nuevo, esta vez con más fuerza, y la piedra empezó a moverse y, finalmente, tomó velocidad con la corriente. Hoja de Arce tuvo que apartarse cuando la roca pasó rodando por debajo de ella, y con un potente empujón Zarpa Espinela se impulsó hacia delante, liberándose mientras la guerrera perdía el equilibrio.

A pesar de que estaba desesperada por tomar aire, la aprendiza se obligó a permanecer bajo el agua y, propulsándose con las patas traseras, comenzó a nadar sumergida, alejándose todo lo que pudo de Hoja de Arce. Al notar que el lecho fluvial ascendía, siguió la curva y emergió en la orilla opuesta. Se arrastró sobre el barro, tragando aire a bocanadas.

Al mirar por encima del hombro, vio que Hoja de Arce estaba chapoteando en el río, buscando el lecho fluvial a trompicones. Agachada como una nutria, la aprendiza subió por la ribera y se deslizó entre los árboles. Cuando estuvo segura de que las sombras la ocultaban, se derrumbó resollando y escupió una gran cantidad de agua negra entre arcadas… Agotada, cerró los ojos…

—¿Zarpa Espinela?

«¡Zarpa de Tórtola!».

Cuando alzó la mirada, sintió una oleada de alivio al ver el contorno de su lecho y la cara de su hermana, que la miraba nerviosa. La primera luz del alba estaba empezando a filtrarse a través de los helechos.

—¿Te encuentras bien?

Zarpa Espinela se puso a toser, los pulmones todavía le ardían.

—Sí… —respondió con voz ronca—. Ahora estoy bien… —¡Nunca más volvería al Bosque Oscuro!—. ¿Cómo ha ido la Asamblea?

—Necesito preguntarte una cosa… —Zarpa de Tórtola parecía angustiada.

Fuera de la guarida de los aprendices, el clan estaba empezando a despertar.

—¿Qué?

Zarpa de Tórtola se inclinó un poco más hacia ella y Zarpa Espinela se incorporó.

—Cuéntame otra vez lo de Corazón de Tigre. —Agitó las orejas—. ¿De verdad está entrenando en el Bosque Oscuro?

La atigrada bajó la mirada.

—Sí —murmuró—. Lo siento…

Zarpa de Tórtola suspiró.

—No lo sientas… Creo que nunca me ha querido.

Zarpa Espinela levantó la mirada de golpe.

—¡No digas eso!

La aprendiza gris negó con la cabeza.

—Tú no lo entiendes…

—¡Claro que sí! —Zarpa Espinela salió de su lecho y se restregó contra su hermana—. ¡Estrella de Tigre lo ha engañado, igual que a mí!

Zarpa de Tórtola la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué quieres decir?

—Es todo una mentira…

—¡Espera! —la interrumpió—. Creo que Leonado y Glayo deberían oír lo que vas a contarme.

Zarpa Espinela se quedó mirando a su hermana. ¿De qué estaba hablando? ¿Qué tenían que ver ellos con todo eso?

—Confía en mí.

Zarpa de Tórtola le pidió que la siguiera al claro.

Glayo estaba saliendo de la guarida de los guerreros con un fardo de hierbas marchitas en la boca. Pareció percibir a Zarpa de Tórtola, porque volvió sus ojos ciegos hacia las aprendizas como si pudiera verlas y frunció el ceño. Luego metió las hierbas debajo de una piedra que había junto a la entrada de la guarida y fue a su encuentro.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Estamos bien —respondió Zarpa de Tórtola—. ¿Dónde está Leonado?

—Aquí.

El guerrero estaba bajando de la Cornisa Alta por las rocas desprendidas.

—Tenemos que hablar —susurró Zarpa de Tórtola, y se encaminó hacia el túnel de espinos seguida de los dos gatos y de su hermana.

«¿Qué sucede?», se preguntó Zarpa Espinela. Allí parecía haber tantos secretos como en el Bosque Oscuro.

Al salir del campamento, Zarpa de Tórtola los guio ladera arriba, se abrió paso entre los ventisqueros y saltó sobre un árbol caído. Al otro lado, el suelo estaba despejado porque el tronco había contenido la nieve. La joven se agazapó contra la corteza podrida mientras Glayo y Leonado se sentaban a su lado. Zarpa Espinela se balanceó un instante sobre el tronco antes de saltar junto a ellos, y los cuatro se apretujaron unos contra otros, protegiéndose del gélido viento.

—Adelante, Zarpa Espinela —le dijo la aprendiza gris a su hermana—. Cuéntaselo todo.

La atigrada miró a Glayo y a Leonado. Tenían el pelo erizado de expectación. Zarpa Espinela respiró hondo.

—He estado visitando el Bosque Oscuro en sueños… —empezó.

—Cuéntanos algo nuevo —rezongó Glayo.

Zarpa Espinela parpadeó.

—Estrella de Tigre ha estado entrenándome —continuó, tratando de aplastar las mariposas que bailaban en su estómago—. Y también Alcotán. Me dijeron que querían que fuese una gran guerrera y que así podría proteger mejor a mi clan.

—¿Y tú los creíste? —le espetó Leonado.

Zarpa de Tórtola se volvió hacia él.

—¡Deja que os lo cuente! —gruñó.

Su hermana la miró, agradecida.

—Estrella de Tigre me dijo que era leal al Clan del Trueno. Que había nacido en el Clan del Trueno y que jamás dejaría de sentirse como un gato del Clan del Trueno.

Glayo asintió despacio.

—Vale.

—Yo solo quería ser tan buena como mi hermana —explicó la atigrada—. Quería ser tan buena que todos repararan también en mí.

Se sintió aliviada al ver cómo la mirada de Leonado se dulcificaba.

—Eres una buena aprendiza, Zarpa Espinela —le dijo el guerrero—, y te convertirás en una buena guerrera. No intentes competir con tu hermana.

«¿Por qué no? —Los antiguos celos volvieron a brotar bajo su piel—. ¿Qué tiene ella de especial?».

—Eso es agua pasada —anunció—. Ahora sé la verdad. Estrella de Tigre y sus guerreros están planeando atacar a todos los clanes. Quieren destruirnos. Jamás regresaré al Bosque Oscuro.

Se sintió exhausta cuando la tensión abandonó sus músculos.

—¿Y cómo vas a evitarlo? —le preguntó Glayo, sorprendiéndola.

—¿Evitar el qué?

—Cuando te vas a dormir, ¿eliges soñar con el Bosque Oscuro? —quiso saber el curandero.

La joven entornó los ojos.

—Yo… supongo que no. Me despierto allí sin más —admitió.

—Bien. —Glayo se irguió.

«¿Qué significa eso? ¿Y si vuelvo a despertarme allí sin querer?». Zarpa Espinela sintió que se le revolvía el estómago.

—¿Qué es lo que está bien?

—Que vas a espiar para nosotros —contestó Glayo.

La aprendiza atigrada se echó a temblar.

—Pero… ¡yo no quiero volver!

—Demasiado tarde. —El curandero se encogió de hombros—. Tú te uniste al Bosque Oscuro. ¿Acaso crees que Estrella de Tigre va a dejarte marchar después de haberte entrenado tanto?

—Pero ¡yo ya no quiero entrenar más!

Glayo no la escuchaba. Sus ciegos ojos azules parecían estar clavándose en los de ella.

—Ellos no saben que has cambiado de opinión, ¿verdad?

Zarpa Espinela negó con la cabeza.

—Entonces debes seguir entrenando con ellos y contarnos todo lo que descubras.

A la joven gata se le desbocó el corazón.

—¿Quieres que… los espíe?

—Por supuesto. —Glayo se pasó una pata por los bigotes—. Estabas dispuesta a traicionarnos, ¿no? ¿Por qué no traicionarlos a ellos?

Zarpa de Tórtola se incorporó de golpe.

—Ella no sabía que estaba traicionándonos…

—¡Estaba entrenando con Estrella de Tigre! —le espetó Glayo, interrumpiéndola—. ¿Cómo demonios iba a ser bueno algo así para el Clan del Trueno?

Leonado enroscó la cola sobre las patas delanteras.

—Yo creo que es una buena idea.

Zarpa Espinela sintió como si estuviera atrapada en otra pesadilla horrible.

—Pero solo si Zarpa Espinela está de acuerdo —añadió el guerrero.

La atigrada notó las garras de Hoja de Arce en el lomo, aplastándola contra el lecho fluvial.

—¡No!

Ella solo quería volver a ser una aprendiza normal y corriente, llevarle musgo a Musaraña y Puma, y aprender a cazar en un bosque de verdad con gatos de verdad.

—No pienso volver —insistió.

—Quizá no tengas elección —masculló Glayo.

Zarpa de Tórtola sacudió la cola.

—Dejadme hablar a solas con mi hermana, por favor.

Leonado asintió y subió al tronco de un salto.

—Venga —le dijo a Glayo—. Dejemos esto en manos de Zarpa de Tórtola.

El curandero soltó un pequeño gruñido y siguió a su hermano.

Cuando sus pasos se alejaron por la nieve, Zarpa Espinela miró a su hermana.

—¿Qué ocurre?

La aprendiza gris volvió a agazaparse.

—Hay algo que todavía no sabes.

—¿El qué?

—Salta al otro lado de este tronco y ve a hacer algo.

—¿Hacer algo? ¿Como qué?

—Lo que sea. —Zarpa de Tórtola le dedicó un guiño—. Tira una bola de nieve, sube a un árbol. Da igual. Asegúrate solo de que yo no pueda verte ni oírte.

Un tanto desconcertada, Zarpa Espinela saltó sobre el tronco y se alejó por la nieve. Miró atrás y no vio nada, así que continuó adelante. En cuanto estuvo segura de que su hermana ya no podría oírla, se deslizó detrás de un árbol y excavó un agujero. Luego volvió a llenarlo y regresó junto a Zarpa de Tórtola.

—¿Y bien? —le preguntó resollando.

—Has hecho un agujero y luego lo has llenado de nuevo.

Zarpa Espinela estaba perpleja.

—¿Me has seguido?

—¿Acaso has visto mis huellas?

La atigrada negó con la cabeza.

—Entonces, ¿cómo lo has sabido?

Zarpa de Tórtola guardó silencio un instante. Sus ojos verdes brillaban de emoción.

—Puedo oírlo todo —le confesó—. También puedo olerlo todo, si me concentro.

Su hermana soltó un resoplido.

—¡Anda ya! ¡Solo estás fanfarroneando de nuevo! Ningún gato puede olerlo y oírlo todo.

La aprendiza gris sacudió la cola.

—No estoy fanfarroneando. A veces me gustaría que no fuese así, pero tengo poderes especiales. Soy parte de una profecía que dice que tres gatos tendrán en las manos más poder que las estrellas. Glayo y Leonado son los otros dos. Por esa razón me escuchan. Por eso me escucha Estrella de Fuego.

—¡Estrella de Fuego también me escuchó cuando le conté mi sueño! —protestó Zarpa Espinela.

—Pero ¡tú te lo inventaste! —exclamó Zarpa de Tórtola, pegando la cara a la de su hermana—. ¡Esto es real, Zarpa Espinela! Ahora mismo puedo oír cómo están riñendo a Lobezno porque ayer no le quitó las garrapatas a Saltón. Puedo oír a Gotita y Borrina peleando en su lecho para ver quién le da el primer mordisco a un gorrión esmirriado y maloliente que les ha llevado Grajo. Puedo oír a Cola Brecina enseñándole a Lebrón una ruta nueva a través de los arbustos de aulaga más frondosos, y a Estrella de Bigotes lavándose…

—¡Para! —Estaba costándole seguir a su hermana—. ¿De verdad puedes oír todo eso?

Zarpa de Tórtola asintió.

—Todo. También oí a los castores.

—¡Por eso supiste que estaban cortando el paso del agua! —Las cosas que la desconcertaban desde hacía mucho comenzaron a cobrar sentido de una forma extraña—. Y por eso Estrella de Fuego te mandó a ti a la misión, aunque no eras más que una simple aprendiza… —Le daba vueltas la cabeza —. Entonces… ¿Estrella de Fuego también lo sabe?

—Sí, pero solo él.

Zarpa Espinela sintió un hormigueo abrasador en la piel.

—¡¿Y por qué no me lo has contado hasta ahora?! —La atigrada no le dio a su hermana la ocasión de responder—. ¿No te dabas cuenta de cómo me dolía ver que siempre te escogían a ti, como si fueras una especie de superaprendiza?

Zarpa de Tórtola arañó el suelo.

—No me permitían contárselo a nadie. Nadie más sabe lo de Glayo y Leonado, excepto Estrella de Fuego.

—Pero ellos dos sabían lo del otro, ¿no? ¡Y seguro que Carrasca también lo sabía! —Zarpa Espinela estaba empezando a enfurecerse—. ¡De hecho, es culpa tuya que me fuera al Bosque Oscuro!

Zarpa de Tórtola la miró boquiabierta.

—¿Qué… qué quieres decir?

—La primera vez que vi a Alcotán no fue en el Lugar Sin Estrellas, sino en un prado con flores, luz del sol y cosas así. Él… él me elogió; pareció interesarse en lo que yo podría llegar a hacer, no en lo que podría llegar a hacer mi hermana. Nadie me ha tratado nunca así en el Clan del Trueno. Aquí, yo solo soy tu sombra…

—¡Eso no es cierto! —exclamó Zarpa de Tórtola.

—Pero ¡era así como me sentía! No puedes culparme por escuchar a Alcotán y por desear aprender todos los movimientos que me enseñaba.

—Nadie está culpándote —suspiró Zarpa de Tórtola.

Su hermana entornó los ojos hasta convertirlos en dos pequeñas rendijas.

—¿Estás segura de eso? Leonado y Glayo no confían en mí. ¡A lo mejor quieren que vuelva al Bosque Oscuro y me quede allí!

Zarpa de Tórtola pegó las orejas a la cabeza.

—¡No seas ridícula! ¿Es que no ves que te necesitamos? Sin saber qué está pasando exactamente en el Bosque Oscuro, la profecía no sirve para nada. Se ha cumplido tu deseo: ahora eres tú la especial.

Zarpa Espinela parpadeó.

—Ojalá no lo fuera —susurró—. Tengo miedo.

Su hermana le puso la cola sobre el lomo.

—Lo sé —maulló dulcemente—. Todos lo tenemos, incluso los miembros del Clan Estelar. Creo que nosotros podríamos ser lo único que haya entre el Bosque Oscuro y el final de los clanes.

De repente se sintió diminuta, ahí encogida en mitad de la nieve.

—Ayudaré en todo lo que pueda —le prometió Zarpa Espinela de inmediato.

Aquello ya no iba solo de ella; de hecho, no iba de ella en absoluto, sino de todos los gatos que vivían junto al lago.

—Diles a Glayo y a Leonado que volveré al Bosque Oscuro. Fingiré que sigo siendo una de ellos y descubriré todo lo que pueda sobre sus planes.

24

Rosero envolvió la nébeda en una hoja de hiedra y la guardó en su almacén, entre las zarzas. Luego comenzó a extender los tallos de atanasia unos junto a otros, preparándolos para formar un fardo con ellos… Y, de pronto, los vio borrosos. Un gran bostezo se apoderó de él.

—Rosero…

A lo lejos, alguien lo llamaba.

—¡Rosero! —Pelosa le dio un empujón con el hocico—. ¿No me has oído?

—Lo siento… —El joven curandero se giró hacia ella parpadeando—. ¿Querías algo? —le preguntó, suspirando para sus adentros.

No sabía si le quedaba energía para ayudar a más gatos.

—Por favor, ven a examinar a Borrina. Ha perdido la voz.

—Iré enseguida —le prometió—. Primero tengo que guardar esto.

Cuando la reina salió de la guarida, Cirro se rebulló en su lecho y asomó la nariz.

—Deberías descansar un poco —le aconsejó. Aún tenía la voz un poco nasal, pero sonaba más animado que antes—. ¿Anoche dormiste algo?

El joven se acercó pesadamente al lecho de su mentor.

—Un poco.

Cirro tenía los ojos más vivaces, y aunque su pelo seguía enmarañado, acababa de lavárselo.

—Eso me parecía… —El curandero se incorporó despacio—. No has parado de moverte y dar vueltas.

—Una pesadilla —admitió Rosero.

—¿La misma de siempre?

—Sí.

Durante el último cuarto de luna, Rosero no había tenido ni un momento de sueño que no se viera perturbado por la misma visión de caer y caer en una oscuridad interminable, mientras a su alrededor los gatos chillaban y aullaban de pavor.

—¿Sin otros detalles?

El joven devolvió su atención a la atanasia.

—El Clan Estelar solo envía oscuridad —dijo en un susurro—. Ninguna pista más, por el momento. No sé quién atacará primero ni cómo deberíamos prepararnos.

Cirro se inclinó hacia delante e intentó tranquilizarlo.

—Nuestros antepasados guerreros están con nosotros, Rosero. De lo contrario, no estarían avisándote. Es posible que ellos tampoco lo sepan. Cuando sepan algo más, lo compartirán contigo.

—O contigo —matizó Rosero.

Cirro emitió un ronroneo. El primero en bastante tiempo.

—No te preocupes —le dijo con voz ronca—. No planeo unirme a nuestros antepasados hasta dentro de mucho…

Un nuevo ataque de tos hizo que el viejo gato se estremeciera. Rosero se puso tenso.

—¿Quieres más nébeda?

Su mentor negó con la cabeza.

—Estoy cada vez mejor —afirmó.

—Prefiero asegurarme de eso… —El joven curandero empezó a rebuscar en su almacén.

—Ya no tengo fiebre y noto el pecho mucho más despejado. Guarda la nébeda, Rosero. La estación sin hojas siempre se prolonga más de lo que uno piensa.

El joven gato lo miró.

—Me alegro de que no te hayamos perdido.

—Te alegras tú y me alegro yo. —A Cirro le centellearon los ojos—. Ahora ve a examinar a Borrina.

El joven curandero recogió los tallos de atanasia después de apartar uno y los guardó junto con la nébeda.

—Échale un vistazo a Cedro también —le pidió Cirro—. Anoche lo oí toser en la guarida de los veteranos.

—De acuerdo.

Rosero recogió el tallo de atanasia y salió.

Pelosa estaba paseándose delante de la maternidad y corrió al encuentro del curandero en cuanto lo vio.

—Esta mañana Borrina parloteaba como un estornino —maulló—, pero al despertarse después de la siesta no podía hablar.

—No te preocupes. —Rosero entró en la maternidad—. Ahora tenemos hierbas y podemos tratarla si hace falta.

En el interior de la guarida, el ambiente era cálido y acogedor. Gorrioncillo corría por el suelo arenoso, persiguiendo una bola de musgo. La lanzó al aire de un manotazo, y Gotita saltó para arrebatársela. Su hermano se abalanzó sobre ella y la empujó contra Rosero, que se quitó de en medio.

—¡Tened cuidado! —los riñó su madre al entrar.

Borrina se asomó desde un lecho tejido con tallos de avellano. Gorrioncillo se separó de Gotita.

—¡Borrina está muy enferma!

—Haremos que mejore en un abrir y cerrar de ojos —maulló Rosero.

El joven curandero dejó la atanasia junto al lecho para olfatear a la cachorrita. Estaba caliente, pero el olor que desprendía no era amargo. Como mucho, tendría tos blanca. Cortó el extremo del tallo de atanasia y lo dejó con cuidado a los pies de Pelosa.

—Máscalo y dale la pulpa a Borrina después de que coma —le explicó.

La reina asintió y puso a buen recaudo el tallo cuando Gorrioncillo y Gotita se acercaron corriendo para investigar.

—¡Puaj! —Gotita se estremeció.

Su hermano hizo una mueca.

—¿Borrina tiene que comer hierbas?

Rosero se inclinó hasta que tuvo la nariz a la altura de la de los dos cachorros.

—No os acerquéis a vuestra hermana, o vosotros también tendréis que comer hierbas.

Dejó a Gorrioncillo chillando de asco y salió de la maternidad.

Cedro estaba tumbado delante de la guarida de los veteranos; le temblaron los costados cuando quiso reprimir un ataque de tos.

—Toma. —Rosero le puso delante el resto del tallo de atanasia—. Cómete esto —le indicó—. Y asegúrate de tragarlo todo.

Cedro lo apartó.

—Guárdalo para los jóvenes —replicó con la voz cascada—. He sobrevivido hasta ahora. Un poco de tos no me hará daño.

—Probablemente no —coincidió el curandero—, pero tómatelo de todos modos. Eso me facilitará la vida.

—En ese caso… —Cedro recogió la atanasia con la lengua, la masticó con una mueca y finalmente se la tragó—. Me alegraré de ver la estación de la hoja nueva más que nunca —rezongó.

Rosero bostezó.

—Creo que será mejor que vaya a dar un paseo —maulló—. O me quedaré dormido antes de que salga la patrulla del atardecer.

Se encaminó a la salida del campamento. En el exterior, el aire ya cortaba por la escarcha.

Sonaban chillidos desde el lago y el joven curandero plantó las orejas. ¿Algún gato tenía problemas? Luego reconoció las voces de Manto Ruano y Pinosa. No sonaban asustados. En realidad, sonaban… felices.

Resonaron unas pisadas sobre la nieve helada en dirección a él y por la loma apareció el pelaje pardo de Oliva, que frenó a su lado derrapando. La guerrera estaba sin aliento.

—¡Estamos jugando en el lago! Se ha congelado por completo —resolló —. Podrías ir andando hasta el territorio del Clan del Río si quisieras.

Entonces llegó Canela.

—¡Voy a por Carbón y Rapaz! —exclamó al pasar junto a ellos—. Ve a jugar un poco, Rosero —le dijo a su hermano por encima del hombro—. Últimamente estás demasiado preocupado. ¡Necesitas divertirte!

Y desapareció entre las zarzas.

Rosero sintió un cosquilleo en las patas. Hacía mucho tiempo que no se dejaba llevar. Estaba convirtiéndose en un veterano, obsesionado con los dolores y alarmado ante cualquier tos y estornudo.

Oliva echó a correr.

—¡Vamos!

El joven curandero fue tras ella, zigzagueando entre los arbustos para bajar hasta la orilla. El medio puente de los Dos Patas sobresalía entre la blancura, atrapado en el hielo. Oliva recorrió los tablones de madera y le hizo una señal con la cola al llegar al final. Rosero la alcanzó y se detuvo en el borde del puente.

El lago estaba completamente congelado; era una extensa lámina de hielo que relucía rosada bajo el sol poniente. Manto Ruano, a varios zorros de distancia de la orilla, corría sobre la reluciente blancura, y luego se tiró y patinó sobre la barriga dando vueltas. Lo siguieron los alaridos de alegría que

le dedicaron Grajo y Lomo Rajado. Incluso los guerreros más experimentados estaban pasándolo bien.

Oliva saltó desde el medio puente y aterrizó sobre el hielo.

—¡Venga, es seguro!

Nervioso, Rosero dio un salto y se sintió aliviado al notar la firmeza del hielo bajo las zarpas. Se alejó del medio puente con cuidado, dirigiéndose hacia Chirlero y Pinosa, que se lanzaban guijarros el uno al otro deslizándolos sobre el hielo.

—¿A qué jugáis? —les preguntó el curandero.

Pinosa dio un brinco.

—¡Bien hecho, Oliva! —exclamó—. Ahora ya tenemos bastantes jugadores.

Chirlero se acercó a Rosero.

—Queremos jugar a la piedra presa. Es un juego que acabamos de inventarnos. —Se volvió hacia Pinosa—. ¡Lánzanos la piedra!

Cuando la joven deslizó un guijarro redondo y liso sobre el hielo a toda velocidad, él lo frenó con pata experta.

—Esto es la presa —explicó Chirlero, empujando la piedra hacia Rosero —. Y ahí está su madriguera. —Señaló con la cola—. No es un agujero de verdad, pero todo el hielo que hay entre ese árbol y ese avellano es donde la piedra está a salvo. Si llegas allí, ganas. Si Pinosa o yo te detenemos, ganamos nosotros y tenemos que intercambiar el sitio.

Rosero entornó los ojos.

—Entiendo.

Y puso una pata encima de la piedra.

Oliva pasó junto a él.

—Tú y yo estamos en el mismo equipo —le dijo—. Desliza la piedra hacia mí si te bloquean el paso.

Chirlero y Pinosa ya estaban tomando posiciones para proteger la «madriguera de la presa».

Rosero se dio cuenta enseguida de que sería imposible pasar la piedra entre ellos. En vez de eso, se giró y empezó a alejarla de los dos aprendices.

—¡Sígueme! —le dijo a Oliva.

Ella lo siguió a pocas colas de distancia y continuó así mientras él empujaba la piedra por el lago. El hielo estaba cubierto de polvo de nieve, pero, aunque gélido, era maravillosamente resbaladizo.

Con el rabillo del ojo, Rosero vio a un grupo de gatos del Clan del Trueno que caminaban con cautela por el hielo cerca de su propio territorio. No le

importó. En el lago no había fronteras. Además, él era curandero. Podía ir a donde le apeteciese. Al ganar velocidad, dejó de levantar las patas para dejar que patinaran. El viento le alborotaba el pelo y se sintió volar. Siguió deslizándose y luego empujó la piedra hacia Oliva.

La guerrera la detuvo con una pata y giró en redondo.

—¡Vamos a atacar! —aulló.

Rosero dio media vuelta con la misma maniobra que Oliva y se acercó a Pinosa y Chirlero. Los dos aprendices estaban agazapados sobre el hielo, con los ojos entornados y fijos en la piedra, listos para abalanzarse encima de ella y detenerla al pasar.

—¡Aquí! —Oliva mandó la piedra hacia Rosero.

Él la atrapó y continuó patinando sin pararse. Luego se la envió a la guerrera, que estaba preparada y se la devolvió de inmediato. Chirlero y Pinosa miraban a un lado y a otro, intentando seguir la piedra mientras Rosero y Oliva iban pasándosela más deprisa cada vez, sin dejar de acercarse a la madriguera de la presa.

Rosero clavó la mirada en el hueco entre los aprendices y, con un potente manotazo, lanzó la piedra a través del hielo. La piedra silbó hacia el hueco, directa como un halcón descendiendo en picado. El curandero bajó la velocidad hasta detenerse y, con un cosquilleo de emoción en el estómago, se quedó mirando cómo la piedra iba aproximándose más y más a su objetivo.

—¡La tengo! —chilló Pinosa, lanzándose a través del hielo.

Se deslizó sobre la barriga tan veloz como una serpiente, frenó la piedra en seco estirando una zarpa y, con un aullido triunfal, la lanzó en dirección contraria por el hielo. La piedra pasó como un rayo al lado de Rosero, hacia el centro del lago. El curandero corrió tras ella.

Pasó patinando frente a Lomo Rajado y Grajo, persiguiendo a la piedra, que avanzaba girando. Con una oleada de satisfacción, el joven curandero vio cómo iba perdiendo velocidad hasta detenerse. Se deslizó hacia ella sobre la barriga y…

«¡Crac!».

El mundo se partió debajo de él.

El terror atenazó a Rosero cuando notó que el hielo escoraba bajo sus patas y lo lanzaba al lago. El joven se hundió en sus heladas profundidades con un alarido y el agua se tornó instantáneamente negra a su alrededor. Le tiraba del pelo, tan fría como unas garras de hielo.

Por encima de él, la luz fue apagándose mientras el agua lo llevaba hacia el fondo.

«¡Esto es lo que veía en mi sueño!».

Comenzó a patalear, desesperado, luchando por salir a la superficie.

«¿Por qué el Clan Estelar no me lo contó?».

Parpadeó, concentrándose en la dirección que tomaban las burbujas que lo rodeaban, y luego las siguió hacia arriba con una oleada de esperanza. Sus zarpas chocaron contra un muro sólido.

«¡No!».

Podía ver la luz al otro lado de la blancura y quiso ir hacia ella. Sus garras arañaron desesperadamente la desigual superficie inferior del hielo. Vio movimiento por encima de él, leves sombras sobre la capa helada del lago, y oyó aullidos y gritos llamándolo, y el retumbo de los pasos.

Entonces el agua comenzó a tirar de él hacia abajo. Rosero estaba demasiado cansado para defenderse. Cuando el ruido y el caos se apagaron, el curandero sintió que su cuerpo iba perdiendo sensibilidad. Dejó de mover las patas, permitiendo que el agua lo meciera.

Qué silencio.

Qué calma.

De repente, el agua empezó a agitarse. A su alrededor flotaron burbujas y trozos de hielo. Rosero vio un sedoso pelaje gris cerca de él.

«¿Glayo?».

¿El curandero del Clan del Trueno también había caído al agua?

«Aquí se está tranquilo…».

Quería explicarle a su colega que todo estaba bien.

«No luches…».

De pronto, unas zarpas lo engancharon del pellejo. Glayo lo había agarrado. ¡Estaba intentando sacarlo de allí!

«¿Dónde has aprendido a nadar debajo del agua?».

A través de las oscuras profundidades, Rosero vio los ojos de Glayo: aunque ciegos, parecían estar suplicándole. Rosero le sostuvo la mirada. «Es inútil. El hielo nos ha atrapado aquí debajo…».

La corriente tiraba de ellos con más fuerza, arrastrándolos al fondo, a pesar de los esfuerzos de Glayo.

Entonces, Rosero vio otro par de ojos, abultados y blancos. Había un tercer gato en el agua. Era una criatura grotesca. Aquel gato estaba calvo y lleno de cicatrices. Parecía flotar junto a Rosero, que se quedó mirándolo. Una minúscula parte de su cerebro se preguntó si sería un miembro del Clan Estelar al que no había conocido aún. Pero ¿algún guerrero, del pasado o del presente, había tenido un aspecto como aquel?

El grotesco gato alargó una pata hacia Glayo.

«¡Suéltalo!».

Rosero oyó la voz en su cabeza. No estaba hablándole a él, sino a Glayo.

«A él le ha llegado el momento de morir, pero a ti no. ¡Suéltalo!».

Rosero notó que Glayo retraía las uñas para desengancharlas de su piel, y comenzó a hundirse, mirando hacia la luz que se iba desvaneciendo.

La oscuridad lo envolvió por completo y la luz del sol desapareció para siempre.

25

Zarpa Espinela localizó a una musaraña correteando por la nieve. Corrió tras ella, saltó y la agarró por la cola antes incluso de que se diera cuenta de lo que ocurría. Le dio las gracias al Clan Estelar y se inclinó para propinarle a la presa una dentellada mortal.

Los chillidos del lago aumentaron. De pronto, los gritos tenían un matiz estridente. Zarpa Espinela levantó la cabeza. Con la musaraña colgándole de la boca, aguzó el oído, y por un momento deseó poseer las habilidades de su hermana. Luego cambió de idea. Sin duda debía de ser un auténtico incordio tener un poder semejante. ¿Cómo conseguía dormir Zarpa de Tórtola?

Los alaridos del lago resonaban extrañamente en el aire glacial. Zarpa Espinela quería ir a jugar por el hielo con Floresta y Rosada, pero se había prometido que cazaría hasta atrapar las presas suficientes para compensar las hierbas que les había costado a sus compañeros de clan. Sabía que, por lo menos, debía cargar con la mitad de la culpa. Al fin y al cabo, la habían pillado en la frontera del Clan de la Sombra, y le daba la impresión de que el Clan del Trueno ya le debía a Zarpa de Tórtola más de lo que jamás podría devolverle.

La joven se acercó a un roble retorcido y se puso a excavar entre sus raíces. Debajo de la nieve había un ratón y un gorrión. Llevaba cazando desde antes de que el sol llegara a su cénit y empezaba a notar el peso del cansancio en las patas. Sacó las dos presas, las recogió delicadamente con los dientes y se encaminó al campamento.

Para cuando llegó a la barrera de espinos, el sol había descendido por detrás de las copas de los árboles y las sombras envolvían el campamento. Sus compañeros de clan estaban arremolinados debajo de la Cornisa Alta, con el pelo erizado.

Glayo caminaba hacia su guarida y Zarpa Espinela vio, sorprendida, que el curandero estaba empapado. Hojarasca Acuática revoloteaba a su alrededor y lo siguió a través de la cortina de zarzas.

La aprendiza atigrada dejó sus presas encima de la solitaria ardilla y el escuálido estornino que conformaban el montón de la carne fresca. Látigo Gris se acercó a admirar su contribución.

—¡Vaya, menuda captura!

—He estado cazando todo el día —confesó la joven.

La voz de Estrella de Fuego resonó por todo el claro:

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas se reúnan debajo de la Cornisa Alta!

Espinardo y Manto Polvoroso salieron de la guarida de los guerreros. Rosella se acercó corriendo desde la maternidad, mientras Dalia guiaba a los cachorros al interior de su guarida. Raposo ya estaba paseándose al pie de las rocas desprendidas, con el pelo erizado. Rosada lo miraba con los ojos dilatados y sombríos, mientras Bayo pasaba atropelladamente entre Tordo y Nube Albina para colocarse en primera fila. Zarzoso se sentó al pie de las rocas, mirando al suelo, y Esquiruela hizo lo mismo a unas pocas colas de distancia.

Zarpa Espinela vio a su hermana saliendo deprisa del túnel del aliviadero. La aprendiza gris se reunió con ella al lado de Candeal.

—¿Qué sucede? —susurró.

Candeal negó con la cabeza al tiempo que lanzaba un suspiro.

—Tengo malas noticias —empezó Estrella de Fuego—. Rosero estaba jugando en el lago y se ha caído por una grieta en el hielo.

Rosella soltó un grito ahogado.

—¿Está muerto?

—No han encontrado su cuerpo. —El líder miró hacia la guarida del curandero—. Glayo ha intentado salvarlo, pero Rosero pesaba demasiado.

A Esquiruela se le erizó el pelo.

—¿Glayo se encuentra bien?

Estrella de Fuego asintió.

—Está helado, pero Hojarasca Acuática está cuidándolo. Ella sabrá qué hacer.

A Zarzoso se le ensombreció la mirada. Rosero era hijo de su hermana. Zarpa Espinela supo que el lugarteniente sentiría la pérdida más que nadie.

—De ahora en adelante —continuó Estrella de Fuego, en un tono más cortante—, cualquier gato que juegue sobre el hielo será castigado con

severidad.

Raposo agitó los bigotes.

—Sí —susurró—. Con la muerte.

Esquiruela lo hizo callar con un movimiento de la cola.

Zarpa Espinela notó cómo su madre la rodeaba con la cola.

—Prometedme que no pisaréis el hielo —murmuró Candeal.

—Por supuesto que no lo pisaré —maulló Zarpa de Tórtola.

—Desde luego. —Zarpa Espinela se estremeció, recordando el horror que la había invadido cuando Hoja de Arce la inmovilizó en el lecho del río negro.

—¿Ha caído al agua algún otro gato del Clan de la Sombra? —le preguntó Zarpa de Tórtola a Raposo cuando el joven guerrero se dirigía al montón de la carne fresca.

Él negó con la cabeza.

—No, solo Rosero.

Zarpa Espinela se acercó a su hermana.

—¿Te encuentras bien?

A Zarpa de Tórtola le temblaban las orejas.

—Hemos estado a punto de perder a Glayo… —murmuró.

—Pero está vivo, ¿no?

La aprendiza gris asintió.

—¿Y si hubiera sido Corazón de Tigre? —Se le empañaron los ojos.

—Pero no ha sido él. —Zarpa Espinela le acarició el lomo con la cola—. Estoy segura de que ahora mismo puedes oírlo.

Zarpa de Tórtola levantó el hocico y plantó las orejas, aguzando el oído. Su mirada perdida se dulcificó.

—Está velando a Rosero junto con los demás… —Se giró de golpe hacia su hermana—. Es como si pudiera percibir el vacío que ha dejado Rosero. —Se pegó a Zarpa Espinela—. Debe de ser espantoso perder a un hermano… —La rodeó con la cola—. No tienes que ir al Bosque Oscuro; lo sabes, ¿verdad?

Zarpa Espinela notó que se le encogía el pecho. No estaba segura de tener opciones. No era como al principio, cuando sus sueños la llevaban al prado y ella escogía seguir a Alcotán hasta el bosque. Ahora abría los ojos directamente en la oscuridad, tanto si quería como si no. Pero lo había prometido.

Quería ayudar a su clan.

Quería ayudar a Zarpa de Tórtola.

Mientras se acomodaba en su lecho musgoso, Zarpa Espinela notó que su hermana se inclinaba sobre ella.

—Si quieres, puedo dormir contigo en tu cama —se ofreció Zarpa de Tórtola—. Así puedo despertarte si me parece que tienes problemas.

La atigrada negó con la cabeza.

—Ya he estado allí montones de veces, ¿recuerdas? —dijo en voz baja—. Estaré bien.

«¡O eso espero!».

Cerró los ojos.

Pasó un buen rato antes de que el sueño la venciera. La respiración de su hermana ya se había ralentizado cuando Zarpa Espinela notó que sus agotados músculos se relajaban y que se deslizaba hacia la oscuridad. Abrió los ojos y saboreó el aire. Por primera vez, le temblaron las patas.

—Hola, Zarpa Espinela.

La joven se volvió en redondo, desconcertada. Estrella de Tigre se hallaba junto a un pino recto y oscuro, como si estuviera esperándola. Combatiendo el pánico, la aprendiza tragó saliva. Obligó a sus músculos a relajarse y aguantó la mirada de curiosidad del atigrado.

—Hola —lo saludó.

Él siguió mirándola durante unos largos segundos, sin decir nada.

—¿Has visto a Corazón de Tigre? —le preguntó finalmente.

—Está velando a Rosero. Quizá no venga esta noche.

—Rosero, ¿eh? —Estrella de Tigre se encogió de hombros. Era evidente que lo sabía todo sobre la muerte del curandero—. Supongo que podemos tacharlo de la lista: uno menos.

«¡Tiene el corazón de un zorro!», pensó Zarpa Espinela.

Estrella de Tigre dio un par de vueltas a su alrededor, dejando que su cola le rozara el costado.

—Me alegro de que hayas venido.

—¿Qué vamos a practicar esta noche? —La joven esperó que su tono alegre resultara convincente.

—Hoy entrenaremos más tarde. He pensado que primero deberíamos conocernos todos un poco mejor.

Echó a andar entre los altísimos troncos. La niebla se arremolinaba alrededor de sus patas, revoloteando mientras él avanzaba.

—¿Vienes? —la invitó.

Zarpa Espinela lo siguió. Estaba segura de que el corazón le latía tan fuerte que cualquiera podría oírlo. «Debo mantener la calma. Estoy haciendo

esto por Zarpa de Tórtola y por mi clan…».

Vio varias formas en las sombras que se alzaban a su alrededor. Oscuras siluetas de guerreros… Mientras seguía al oscuro atigrado a las profundidades del bosque, se dio cuenta de que había gatos por todas partes. Aguardaban entre la bruma, se paseaban de un lado a otro…

¿Eran gatos de clan o guerreros del Bosque Oscuro? Miró hacia las sombras entornando los ojos, para intentar reconocer los pelajes. Allí estaba Hoja de Arce, ceñuda en la oscuridad. La rodeaban unos guerreros desaliñados y llenos de cicatrices, que se gruñían unos a otros.

—Yo… no sabía que hubiese tantos gatos aquí… —le dijo a Estrella de Tigre.

—Suficientes como para igualar en número al Clan Estelar —le respondió él como si nada.

Los árboles dieron paso a un claro en penumbra y Zarpa Espinela reconoció la roca en la que habían entrenado casi una luna atrás. Garra de Cardo estaba afilándose las uñas en la lisa superficie de la roca, y las admiraba entre una pasada y otra. Alcotán la saludó con la cabeza, mientras Cebrado se paseaba junto a él. Desmochado y Nevado también estaban allí, y, a la sombra de la roca, inmóvil y vigilante, se hallaba Estrella Rota.

Zarpa Espinela se sintió aliviada al ver a Lobezno, Hormiguero y Ventolero. Había empezado a temerse que sería la única gata de clan en aquella extraña reunión. Estrella de Tigre se giró hacia ella.

—Puedes ir a sentarte con tus amigos —murmuró—. Tengo algo que anunciar.

«¡No son mis amigos!». Aun así, corrió hacia los rostros de Ventolero, Lobezno y Hormiguero, que ya le eran familiares, y se sintió menos nerviosa al acomodarse entre ellos.

Estrella de Tigre se subió a la roca de un salto.

—¡Que se reúnan aquí todos los gatos lo bastante viejos para cazar sus propias presas! —dijo con tono burlón, y los gatos que rodeaban la roca ronronearon socarronamente—. ¡El momento está al caer! —gruñó el enorme atigrado.

Entre los árboles se movieron algunas siluetas y de las sombras aparecieron más guerreros. El corazón de Zarpa Espinela retumbó con más fuerza y la gata se apretujó un poco más contra Hormiguero.

—¡El día se acerca! —La voz de Estrella de Tigre se transformó en un siseo estremecedor—. Vamos a invadir el mundo de los clanes para destruirlos, a ellos y a su código guerrero, de una vez por todas.

Zarpa Espinela notó que Hormiguero se tensaba a su lado. ¿Estaba tan asustado como ella? Lo miró a la cara y luego miró a Lobezno y Ventolero. ¡A los tres les brillaban los ojos! Era como si fuesen auténticos guerreros del Bosque Oscuro. Esforzándose por esconder su espanto, la joven examinó el claro. Hasta el último palmo de terreno rebosaba de gatos que aullaban furiosos.

—¡Los mataremos a todos!

—¡Los días de los clanes han terminado!

Hoja de Arce se irguió sobre las patas traseras y arañó el aire.

—¡Lamentarán incluso que los hayamos traído al mundo!

Zarpa Espinela plantó las orejas. Pero… ¿cuándo iban a atacar? Estrella de Tigre no añadió nada más. Se limitó a mostrar los colmillos y a bajar de la roca bufando. Luego se deslizó entre la multitud de felinos y la aprendiza lo perdió de vista. El aire crepitaba de emoción mientras los gatos se movían por el claro, zigzagueando con el pelo erizado.

Un par de ojos miraron centelleantes a Zarpa Espinela, que se encontró desenvainando las garras mientras Cebrado iba hacia ella.

—¿Estás preparada para la batalla de tu vida? —le preguntó con tono burlón.

La joven miró hacia el bosque, deseando poder desaparecer entre sus sombras.

—¿O quieres echarte atrás? —Cebrado pareció adivinar lo que estaba pensando.

—N-no, por supuesto que no.

—Bien.

La rodeó, dejando que su cola se deslizara por la columna vertebral de la aprendiza. La notó como una serpiente fría y pesada. Zarpa Espinela deseó que Corazón de Tigre estuviese con ella.

—¡Zarpa Espinela!

La joven levantó la vista, esperanzada, pero vio con desilusión que era Estrella Rota quien se acercaba a ella. El enorme gato cubierto de cicatrices inclinó la cabeza al llegar a su lado.

—Saludos, Zarpa Espinela. He estado observando tu entrenamiento. —Apartó a Cebrado de un empujón—. De lo más impresionante, la verdad.

La aprendiza le sostuvo la mirada, manteniendo localizado a Cebrado con el rabillo del ojo. ¿Por qué Estrella Rota estaba dándole un trato tan especial? ¿Acaso intentaba poner celoso a Cebrado?

—Tengo una misión especial para ti —continuó el guerrero oscuro.

Zarpa Espinela parpadeó.

—¿En serio?

Quizá fuera una especie de evaluación.

—Sígueme.

Estrella Rota se internó entre los árboles.

La aprendiza corrió tras él, y se le aceleró la respiración cuando el oscuro gato subió a una pequeña loma y bajó a un lecho fluvial sin agua. La torrentera serpenteaba entre troncos retorcidos y los llevó por debajo de ramas cubiertas de polvoriento musgo gris. Zarpa Espinela tuvo que agacharse para pasar por debajo de los troncos y se estremeció cuando notó que el musgo le dejaba en el pelo una especie de telaraña.

La joven gata se detuvo. Algo se desplazaba entre los helechos quebradizos de la orilla. Aguzó la vista a través de la niebla y se puso tensa al distinguir el pelaje de Cebrado.

—¡Lárgate, Cebrado! —aulló Estrella Rota, a su lado, sobresaltando a la joven.

Por lo visto, ella no era la única que había reparado en aquella sombra.

La escuálida silueta se quedó inmóvil unos instantes y luego desapareció de la vista.

—Cebrado no es mejor que un cachorrito lastimero —masculló Estrella Rota, señalando con la cola el árbol más cercano—. Enséñame tus habilidades como trepadora.

—Vale.

Zarpa Espinela saltó a la rama más baja y fue ascendiendo por el tronco grueso y nudoso. Cuando empezaron a dolerle las patas, se detuvo a recuperar el aliento y miró hacia arriba. No había ni rastro del cielo. «¿Cómo de alto es este árbol?». Muy lejos, en el suelo, Estrella Rota la observaba desde el lecho del arroyo.

—¡No está mal! —exclamó el guerrero—. Pero el descenso lo puedes hacer más rápido, ¿no?

Concentrándose al máximo, Zarpa Espinela se fue dejando caer mientras se aferraba a la corteza para controlar el descenso. Avanzaba a una cola de distancia cada vez, y cuando el suelo estuvo lo bastante cerca, saltó para aterrizar ágilmente en una zona de hierba lodosa que crecía en la ribera.

Estrella Rota salió de la torrentera para reunirse con la joven.

—Ahora enséñame una embestida de ataque.

Zarpa Espinela se agazapó, desenvainó las garras y se centró en una mata de musgo a pocas colas de distancia. Saltó y aterrizó directamente sobre el

musgo, y luego dio media vuelta atacando con las patas traseras, antes de caer de nuevo sobre las cuatro patas.

—Eres rápida. —Estrella Rota la miró a los ojos—. ¿Cómo son tus movimientos defensivos?

Sus palabras aún pendían en el aire cuando el enorme gato atacó.

Zarpa Espinela vio el destello de sus garras y se agachó en el último instante para esquivarlas. Con una sacudida, rodó para apartarse de su camino. Supuso que él se anticiparía a su reacción y se abalanzaría hacia delante en cuanto ella tocara el suelo… Y acertó… Medio segundo después, las garras de Estrella Rota se hundieron en el lugar que ocupaba la aprendiza, pero Zarpa Espinela giró en redondo con el pelo erizado y mostrando los dientes, preparada para el siguiente ataque.

Estrella Rota se sentó.

—Buena maniobra.

A la aprendiza le latía tan fuerte el corazón que estaba segura de que el guerrero podría oírlo. ¿Dónde estaba su misión? ¿Acaso solo estaba poniendo a prueba sus capacidades?

—Tengo una última tarea para ti antes de que puedas pelear junto a tus nuevos compañeros de clan.

Zarpa Espinela plantó las orejas. ¡Sí que era una evaluación!

—¿Cuál?

Algo se movió entre las sombras que bordeaban el claro.

«¿Cebrado?».

—¡Sal! —exclamó Estrella Rota.

Zarpa Espinela clavó las zarpas en el suelo cuando un gato de color rojizo salió de entre los helechos.

—¿Rosero?

El curandero del Clan de la Sombra tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Tú también te has caído al lago helado?

La aprendiza negó con la cabeza.

—Yo… yo… —Las palabras se le atascaron en la garganta. ¿Cómo podía explicarle por qué estaba ella allí?—. ¿C-cómo has llegado aquí?

—Estaba en el Clan Estelar. —El gato entornó los ojos, desconcertado, y miró hacia arriba—. He oído un ruido entre los arbustos y he ido tras él. Siempre iba por delante de mí, susurrando mi nombre, así que lo he seguido hasta llegar aquí. Pero… pero esto ya no parece el Clan Estelar… —Rosero arañó el suelo—. ¿Conoces el camino de vuelta?

Zarpa Espinela se quedó mirándolo sin saber qué decir.

—Mátalo.

La orden de Estrella Rota partió el silencio.

La aprendiza sintió un fogonazo de pánico.

—¿Qué?

«¡No puede hablar en serio!».

Entonces lo entendió. Era una trampa… una trampa en la que ella no iba a caer como un conejo con cerebro de diente de león.

—No puedo —respondió, mirando triunfalmente a Estrella Rota—. Ya está muerto.

«No va a pillarme con peticiones estúpidas».

Estrella Rota agitó los bigotes.

—Qué joven y qué inocente eres —gruñó el guerrero oscuro—. Ningún gato permanece eternamente en el Clan Estelar. Al final, todos acaban desvaneciéndose. —Paseó la vista por Rosero, como si el curandero fuera una jugosa presa—. A menos que alguien lo mate antes.

Zarpa Espinela entornó los ojos.

—¡Eso no es verdad! ¡Aquí es donde vienen los gatos para el resto de todas las lunas!

—Oh, es cierto. También es inimaginablemente doloroso entregar el último eco moribundo de la propia vida.

La aprendiza empezó a retroceder.

—No voy a matarlo.

De repente, el hocico de Estrella Rota estaba a solo un bigote del de ella. El aliento caliente y rancio del guerrero le escoció en los ojos.

—¿Por qué? —bufó—. ¿Eres una guerrera del Bosque Oscuro o no?

La joven parpadeó.

—Yo… yo…

La mirada de Estrella Rota la abrasó.

—No sé por qué te eligió Alcotán —gruñó—. Yo creo que tu lealtad siempre estará con los gatos de clan que viven junto al lago. —Se le acercó aún más—. Y eso te vuelve peligrosa.

—Pensaba que queríais gatos peligrosos —replicó Zarpa Espinela.

Si lograba defenderse de una forma convincente, Estrella Rota dejaría ir a Rosero, ¿verdad?

La mirada del guerrero oscuro no vaciló.

—Sé lo que es tu hermana.

—¿Y?

—Pues que sois hermanas…

—Si sabes tanto, entonces debes de saber que yo no formo parte de la profecía —le espetó Zarpa Espinela.

—Pero las dos compartís la misma sangre. ¿De verdad la traicionarías? ¿O debería matarla a ella para asegurarme de que tu lealtad no está dividida?

«¡No metas a Zarpa de Tórtola en esto!». Sin ella, los clanes estarían perdidos. La aprendiza atigrada levantó la cabeza. Estaba lista para morir.

Y, sin embargo…

Si ella moría en el Bosque Oscuro, ¿quién avisaría a los clanes? Estrella de Tigre había dicho que la batalla estaba cerca. Tenía que volver al Clan del Trueno. Y eso significaba que tenía que convencer a Estrella Rota para que la dejara vivir. Solo había una cosa que podía hacer.

—Soy leal al Bosque Oscuro —declaró.

Y dicho eso, se giró hacia Rosero y se agazapó sacudiendo la cola.

«Lo lamento, Rosero, pero ¡tengo que hacer esto por el bien de los cuatro clanes!».

Desenvainó las garras.

«¡Perdóname, Clan Estelar!».

Al saltar, vio con el rabillo del ojo un borrón de pelaje marrón oscuro y algo duro chocó contra ella. El impacto la lanzó despatarrada a través del claro. Parpadeando, la joven se puso en pie tambaleándose.

«¡Corazón de Tigre!».

—¿Qué crees que estás haciendo? —le chilló el guerrero, plantándose delante de Rosero. Sus ojos llameaban con espanto y estupor—. ¡No permitiré que destruyas lo que queda de mi hermano!

Estrella de Tigre surgió de entre las sombras.

—Oh, muy valiente. Veo cómo mi sangre corre por tus venas.

«Lo siento…». Zarpa Espinela intentó cruzar una mirada con Corazón de Tigre, pero el joven guerrero no despegaba la vista de Estrella de Tigre y Estrella Rota. Bufando, se pegó a Rosero.

—Dejad en paz a mi hermano.

—Estrella Rota —maulló Estrella de Tigre con voz tranquilizadora—, no hay necesidad de matar a Rosero. Él no supone ninguna amenaza. Solo sabe mezclar hierbas.

Estrella Rota se volvió hacia él con un movimiento rápido.

—Para mí no significa nada, ni vivo ni muerto. Pero ¿qué pasa con ella?

Señaló con la cola a Zarpa Espinela.

La aprendiza bajó la cabeza, intentando recuperar el aliento. ¿Había hecho lo suficiente para convencer a los gatos del Bosque Oscuro de que les era leal

a ellos y no a los clanes del lago? No se atrevía a pensar en lo que le haría Corazón de Tigre cuando regresaran al lago.

—Necesitamos a todos los guerreros que podamos reunir —respondió Estrella de Tigre con calma, y la aprendiza levantó la cabeza de golpe—. Cuando llegue la batalla final, Zarpa Espinela estará de nuestro lado.

Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, *Los gatos guerreros*.